



Donde  
acaban  
mis pies

Teresa Alvarez Blanco

## Annotation

Nada es lo que parece. Tras una inocente croisantería en la que confluyen toda una orgía de olores y sabores, se esconde un pasado agazapado tras la telaraña del tiempo y un presente lleno de extraños sucesos a los que Amina, nuestra protagonista, tendrá que enfrentarse. La croisantería, convertida en una curiosa `Santería`, por obra y gracia de su protagonista, será objeto de deseo y eje central sobre el cual se va a desarrollar la trama, donde el odio y la pasión conviven a partes iguales con los pasos erróneos y los silencios prolongados. Donde acaban mis pies es una novela de acción, con un poco de misterio y un ligero toque de humor, aderezado con unos personajes que campan descarados por las páginas hasta desentrañar el enredo que comienza en el primer capítulo.

**Teresa Álvarez Blanco**  
**Donde acaban mis pies**

# CAPÍTULO I

Los croissants permanecían inertes sobre las impolutas vitrinas, a la espera de ser engullidos por alguna boca devoradora y glotona, pero su exquisito olor no era suficiente para atraer a una clientela que se negaba a contribuir a perpetuar el pequeño negocio que, irremediablemente, empezaba a caer en el olvido.

Tartas de queso, bizcochos de chocolate, tartaletas de frutas, hojaldres de manzana, tiramisú... compartían espacio en una orgía de color, sabor y olores. El blanco virginal de la nata se confundía entre el contundente y oscuro chocolate, los brillantes colores de las frutas se mezclaban sobre la crema de un hojaldre jugoso y blando, los arándanos sobre el mouse de fresa componían una perfecta pareja de baile, todos habían sido elaborados desde horas tempranas, con la ilusa esperanza de no existir antes del cierre.

Era primavera, el día aparecía brillante con una luz que entraba, casi agrediendo, por los inmensos escaparates de la pastelería, la puerta permanecía abierta invitando a la gente a entrar, al tiempo que salía el olor de los dulces esparciéndose por una calle no demasiado concurrida. El sitio era más bien pequeño, pero suficiente para albergar en sus entrañas la cantidad de ambrosías necesarias para satisfacer al más exigente de los paladares. El techo era alto, con falsas vigas de madera distribuidas a lo largo, y alguna que otra cruzando el espacio hasta el suelo, que también era de madera, hecho con listones oscuros alineados a lo largo de una superficie de setenta metros, sobre él, un mostrador de cristal ocupaba la mitad del espacio, protegiendo en su interior los deliciosos dulces mientras los mantenía frescos.

Tras el mostrador, tres largas estanterías soportaban estoicamente un sin fin de tazas, platos, vasos y cubiertos tan perfectamente colocados, que podría pensarse que el espacio se había medido con una regla. Bajo ellas una cámara frigorífica contenía todo tipo de bebidas, zumos, refrescos, agua... Encima de otra estantería un ordenador y una caja registradora, y en la esquina de la pared, casi incrustada en ella, una moderna cafetera. El conjunto se completaba con pequeñas y medianas cestas de mimbre, conteniendo sobres de azúcar, sacarina, infusiones de todo tipo y servilletas.

Había dos pequeñas y redondas mesas altas con un par de taburetes, sobre cada una de las mesas descansaba el típico mantel de cuadros rojos y blancos junto a un adorno floral, todo ello daba al conjunto un aire cálido y acogedor que, unido al aroma que desprendía, enardecía los sentidos y atontaba la voluntad.

Tras una cortina que separaba la pastelería del pequeño almacén, surgió el rostro tenso de Amina, la joven llevaba sobre la mano una bandeja llena de croissants. Con pasos lentos, como si estuviera sorteando obstáculos, se acercó al mostrador y depositó la bandeja dentro. Arrugó ligeramente la nariz para olfatear el aire, atrapando con ella los aromas y durante unos breves segundos, la expresión de su rostro cambió, más liviana y relajada hasta que recuperó su semblante inicial.

Distrajo su tiempo colocando y limpiando mientras la música extendía sus ondas por el local, era una música lenta y suave, que entraba despacio para relajar el espíritu y no alterar el estado de ánimo de los futuros clientes. La joven también se movía lenta y suave, al ritmo de los acordes, manejando el trapo como si estuviera elaborando algún exquisito manjar.

Estaba concentrada en la tarea, cuando una tenue sombra se proyectó sobre el cristal

del mostrador, Amina alzó el rostro y una leve sonrisa se descolgó de su boca para mostrar el final de unos dientes dispares, mientras un ¡buenos días!, casi un silbido, escapaba por entre sus labios gruesos y rojos como las amapolas.

El hombre parecía cansado, como si no hubiera dormido bien, unas feas manchas moradas se dibujaban bajo sus ojos, junto a las incipientes bolsas. Movía el iris rápido de un lado hacia otro, parecía buscar algo; observó el mostrador, la puerta de acceso al almacén y finalmente el techo, para terminar posando los ojos sobre Amina que, impávida, lo miraba esperando que el hombre decidiera cuál sería su siguiente paso.

—¿Qué le pongo?

Casi gritó la joven protegida por el mostrador y animándole a tomar alguna decisión que no acababa de llegar.

—¿Perdón?

Preguntó el hombre con gesto distraído, mientras volvía la vista hacia el escaparate y seguía escrutando el local.

Amina suspiró hondo, gesto que le llenó los pulmones de un aire envuelto en azúcar, chocolate y nata. Observó al hombre, que seguía con la cabeza ladeada, con la mirada fija en una de las paredes. Era bastante gordito, de baja estatura, el traje impecable no disimulaba una barriga rebotante por el centro y los laterales, la parte de arriba de la cabeza, aparecía desprovista del preciado tesoro llamado cabello y estaba brillante, como si alguien hubiera invertido su tiempo en pulirla.

—Le he preguntado, ¿qué desea?

Volvió a decir Amina, al hombre que obstinadamente seguía observando alrededor suyo y que la miró, al escuchar su voz, como si fuera un fantasma. El silencio se apoderó del local, denso, pesado como una losa cayendo sobre los hombros de la joven, que por primera vez, sintió miedo. Tal vez estuviera enfrente de un loco, un ladrón o peor aún, quizás fuera un asesino dispuesto a robarle la vida por el simple placer de hacerlo.

—¡Ah!, disculpe... estaba distraído... si, mire quiero... uno de esos, otro de eso... dos de esos... de aquel... tres y... esas galletas.

El dedo del hombre se movió de un lado al otro del mostrador, golpeando el cristal con la uña mientras hablaba, Amina observó hipnotizada el dedo móvil que se paró de repente, para mirarla de un modo que, un frío escalofrío recorrió su cuerpo

Colocó lo más rápido que pudo los dulces en una bandeja y de memoria calculó el precio.

—Son nueve con cincuenta.

A pesar de la firmeza en su voz no logró que el hombre moviera un solo músculo, estaba estático, como arraigado al suelo de madera, tuvo que repetir dos veces más el importe, hasta que logró que reaccionara. Por fin, sacó el monedero y depositó un billete de diez euros sobre el mostrador que la joven cogió rápido y con la misma agilidad, le devolvió cincuenta céntimos.

Despacio tomó entre sus manos la moneda junto a los dulces y las galletas, empezó a caminar hacia la puerta arrastrando los pies, como si fuera a cámara lenta, los ojos

mirando a derecha e izquierda, arriba y abajo como velas azotadas por el viento. Ella le observó avanzar, mientras su corazón palpitaba con fuerza, logró que se calmara cuando lo vio cruzar el umbral para, a continuación, desaparecer como un espejismo.

Amina respiró profundo, notó sus músculos relajarse mientras un fuerte resoplido se esparció por el aire, mezclándose con el sonido de la música que, imperturbable, seguía su ritmo.

El resto de la jornada lo vivió como siempre, atendiendo a los clientes que, de vez en cuando, se dejaban caer por allí, compraban unos cuantos dulces y abandonaban el local con las mismas prisas con las que habían entrado, ella amable los atendía, con la sonrisa eternamente pegada al rostro y el deseo sobre el alma para que el maldito negocio volviera a funcionar en algún momento. Pero sabía en lo más profundo de su alma, que aquel lugar, donde había invertido tantas horas de su vida, tenía un reloj que estaba marcando la cuenta atrás, solo era cuestión de tiempo y ¡zas! la maldición del traspaso entraría por la puerta sustituyendo a los clientes.

Lo había heredado de su madre y ésta a su vez de la suya. Fue su abuela la que fundó la primera pastelería en una época en la que no era fácil que una mujer hiciera algo más que atender a su marido, tener hijos y hacerse cargo de una casa. La abuela fue una valiente, aún hoy con noventa y dos años a sus espaldas lo seguía siendo. Su cabeza coordinaba perfectamente, hasta el punto de querer vivir sola, en su casa, aferrada a sus recuerdos y con un gato que se acurrucaba sobre su regazo y se pasaba horas ronroneando sobre él. La abuela, cada tarde salía con sus amigas a una cafetería del centro, donde tomaba una infusión y jugaba a las cartas. Durante dos horas se dedicaban a jugar, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaban discutiendo, casi siempre, a causa de la abuela que era polémica en cada faceta de su vida. Tenía un carácter endemoniado y a pesar de su edad, seguía manteniendo viva esa energía que la ponía en pie cada mañana y la sentaba tras un espejo mientras, con pulso tembloroso, se maquillaba el ajado rostro con el mismo entusiasmo que con veinte años.

La abuela no tenía ni la más remota idea de lo que era un negocio, solo sus maravillosas manos haciendo repostería la avalaban y, nada más, ni siquiera sus padres le echaron una mano, se limitaron a llamarla irresponsable y orgullosa. El resto fue cosa de ella, buscó el poco dinero que invirtió, entre sus amigos e incluso entre los conocidos y no cejó hasta ver colocado el cartel encima de la puerta: "Pastelería La Sabrosa", así bautizó aquel santuario del placer. En tan solo tres meses, el negocio de la abuela ya estaba dando beneficios y al cuarto empezó a devolver el dinero prestado. Se extendió como la pólvora los exquisitos manjares de "La sabrosa" y los clientes aguardaban estoicamente grandes colas para poder saborear los dulces de la abuela.

Luego le tocó el turno a mamá, que también supo manejar diestramente el timón del barco, introduciendo unas cuantas novedades acordes a los nuevos tiempos y, por fin Amina, que heredó un negocio próspero, pero en una época caracterizada por las prisas y la falta de tiempo. Los clientes entraban rápido, elegían precipitadamente los dulces y salían corriendo como si les persiguiera una jauría de perros. También las grandes superficies tenían mucho que ver, ofrecían tartas envueltas en plástico duro, cuyo único sabor reconocible era el azúcar, pero a precios sin competencia y accesibilidad total, a cualquier hora se podían comprar; las insípidas tartas habitaban en unos supermercados prácticamente sin horario. La joven llevaba al frente cinco largos años y cada año era peor que el anterior, las ventas caían irremediadamente y las mejoras introducidas no servían para nada.

Amina se sentó a esperar, el hombre bajito le había dejado el alma tan turbada que, con absurda insistencia, una y otra vez acudía a su cerebro, hizo esfuerzos para arrancarlo, pero la ausencia de trabajo no le ayudaba en su cometido, se preguntó a qué grupo de locos pertenecería y ella misma se respondió mientras ajustaba un mechón de su pelirrojo cabello (herencia de la abuela) bajo el gorro: a los que tienen manía persecutoria.

A mediodía, desmotivada y tensa, cerró. Con pasos lentos caminó por la calle, avanzando cabizbaja sumida en un mundo de problemas que no sabía cómo resolver. Tenía cientos de facturas pendientes y ni un euro en el banco, estaba literalmente en números rojos y, como ya venía siendo habitual, la mañana había sido un auténtico desastre, y no confiaba que la tarde fuera mucho mejor, de nuevo tendría que tirar a la basura montones de dulces, y lo peor era que ya había proveedores que se negaban a servirle mercancía.

Cabizbaja abrió la puerta de la casa parental, el agradable aroma de la comida golpeó suavemente su nariz y con determinación se dispuso a enfrentar, como cada día, los hirientes comentarios de su madre.

Su padre, sentado alrededor de una mesa bien dispuesta, leía absorto el periódico deportivo, mientras que sus dos hermanos, estaban enzarzados en uno de esos diálogos que solo ellos entendían. Eran gemelos, o sea idénticos y por tanto difícil distinguir quién era quién, ellos disfrutaban de la confusión e incluso la provocaban vistiéndose exactamente igual y con el mismo corte de cabello. Los gemelos tenían quince años y eran la máxima expresión de la arrogancia, típica de esa edad en la que el adolescente cree estar preparado para enfrentarse a cualquier obstáculo.

—Hola hija ¿qué tal ha ido la mañana?

La voz de su madre agazapada tras una fuente de ensalada, la sobresaltó.

—Como siempre.

Respondió escueta sabiendo que la conversación no se zanjaría tan fácilmente.

—Eso significa que no has vendido nada, ¡otro día perdido!

Amina no respondió, su madre lo haría por ella, mientras su padre escondido tras el periódico, estaba pendiente de cada una de las palabras de ambas mujeres.

—Esto no puede seguir así, terminarás llevándonos a la ruina, ya te hemos dejado demasiado dinero, ¡se acabó no habrá más!

Los gemelos seguían en su mundo paralelo, los temas de su hermana no les interesaba en absoluto, bastante tenían con sus propios conflictos, además era demasiado mayor, treinta y dos años eran muchos, tantos que posiblemente por eso siempre estaba enfadada, aunque antes era diferente, se reía más e incluso de vez en cuando bromeaba con ellos, ahora siempre estaba ocupada y discutiendo con mamá, ¡eran pesadísimas!

—Acabo de entrar por la puerta y que yo sepa no te he pedido nada, ¿por qué estás tan enfadada?... tal vez será mejor que me vaya a mi casa.

La joven giró sobre sus talones decidida a largarse para evitar la bronca, estaba cerca de la puerta cuando la voz de su padre la detuvo.

—¡Siéntate a la mesa!, vamos a empezar a comer.

Era una orden y como tal no admitía replica, el padre de Amina no solía intervenir en las discusiones domésticas, y solo cuando éstas subían de tono, lanzaba algún mensaje. Era un hombre tranquilo y cordial, poco dado a las prisas, a la polémica y al enfado, sentía fobia hacia los gritos y contemplaba la vida con la generosidad de los ascetas.

La joven volvió sobre sus pasos y ocupó su asiento en la mesa, envuelta en silencio, incluso los gemelos permanecían callados, con las cabezas agachadas en señal de sumisión. Antonia, la madre, se sentó enfrente de Amina, desafiante, observando cada uno de sus gestos. Fue una comida desagradable llena de miradas torvas y rabia contenida, ni la una ni la otra, habían podido dar rienda suelta a la cólera y ésta permanecía en el pecho, agazapada como un buitre esperando a devorar la carroña.

Amina se despidió con un escueto "hasta mañana" que apenas recibió respuesta, su padre se incorporó para acompañarla hasta la puerta, donde extendió sus brazos para ofrecerle su generoso pecho, la joven agradecida se refugió entre ellos, mientras con voz suave, le preguntó:

—¿Por qué se comporta así?... sabe que lo estoy pasando fatal con la maldita croissantería y ella se regodea preguntándome siempre lo mismo ¿por qué papá?

El hombre suspiró, buscaba una respuesta que tranquilizara a su hija y a sí mismo, tampoco él comprendía tanta provocación diaria. Había hablado con ella cientos de veces y daba igual, la mujer estaba obsesionada con el negocio y no lograba hacerle entender, que lo había heredado Amina y ella nada tenía que ver ya en el asunto.

—Tu madre te quiere... simplemente está preocupada, actúa así, porque es excesivamente protectora.

—Sabes que eso no es cierto... ¡supongo que me quiere!, pero eso no le da derecho a tratarme como si fuera inútil... sabes, aunque no me lo ha dicho... sé que se arrepiente de haberme entregado el negocio.

Se miraron cómplices y tras el beso de despedida, se lanzaron sendas sonrisas.

Amina se detuvo frente a la croissantería para preguntarse una vez más donde estaba el error, ¡parecía tan acogedora!, entonces ¿por qué diablos la gente no entraba?

Observó la fachada y el cartel, "Pastelería La Sabrosa" había pasado a mejor vida y un moderno Croissantería "Le petit bocado", lo había sustituido. Eran mínimos los cambios que reformaron el negocio, pocos pero necesarios para adaptarse a los nuevos tiempos: el nombre, una mano de pintura, nuevo mobiliario y la sustitución de algún dulce por otro, era todo cuanto la joven había modificado, la esencia del negocio (sobre todo el sabor y aroma de las galletas que hacía la abuela, y que ella había rescatado para que perduraran en el tiempo), permanecía inalterable como en sus momentos de gloria.

Movió la cabeza de un lado hacia otro para apartar, los feos pensamientos que luchaban por abrirse paso entre sus neuronas. Con gesto cansado se adentró en su reducido mundo, aspiró despacio el delicioso olor de las tartas, los croissants, las galletas... todo se mezcló en su nariz formando una sinfonía de aromas, que Amina disfrutó con placer, logrando alejar durante un tiempo los negros nubarrones que cercaban su cabeza.



La tarde transcurrió con lentitud, la misma con la que entraban los clientes, poco dispuestos a dejarse envolver por la amabilidad de la joven y el olor de los dulces, compraban poco y rápido, sin detenerse a conversar con una Amina dispuesta a una charla que la distrajera un poco, cualquier diálogo le hubiera servido, desde la disputa en una comunidad de vecinos hasta el sesudo monólogo de un cantautor irreverente y trasnochado.

Cayó la tarde y una enorme luna pegada al horizonte comenzó a mostrar su redondez blanca y desnuda, mientras Madrid se dejaba acariciar por ella, los árboles empezaban a proyectar sus sombras sobre el asfalto o las aceras, la gente regresaba a sus hogares, las puertas de las fábricas, las oficinas, las pequeñas tiendas, se iban cerrando hasta quedar envueltas en profunda soledad.

También Amina cerró su negocio, y bajo la luz de la luna, caminó absorta entre el tráfico y los árboles, tan pendiente de sus problemas, que ni siquiera veía lo que sucedía a su alrededor. Avanzaba taciturna y así llegó a su casa, la que constituía su refugio y la separaba de los dolores del mundo. Se dejó arropar por ella, meciéndose entre sus brazos hasta quedar dormida. No comió nada, su apetito se había esfumado, del mismo modo que las ilusiones, le hubiera gustado meterse en algún agujero donde pudiera permanecer por tiempo indefinido, hasta que la situación cambiara, no tenía ganas de seguir luchando.

Cinco años con el negocio y solo el primero había sido interesante, los clientes querían charlar y consumir a partes iguales, Amina les escuchaba asintiendo con la cabeza, mientras llenaba la bandeja con los dulces solicitados; fueron buenos tiempos para la joven. Después todo sucedió de forma inesperada, primero una maldita obra en la acera, justo delante de su puerta, un año entero bloqueando la entrada, contribuyó a que muchos clientes buscaran accesos más fáciles, y otros posibles clientes ni siquiera vieran que existía la croissantería. Después le tocó el turno al centro comercial, a treinta metros de su negocio, y para más inri con la puerta de acceso al otro lado. Todo el mundo permanecía en aquel enorme espacio, lleno de infinitos productos, durante horas eternas, lo que significaba que no había un ser humano por la calle, solo los mendigos y algún chalado, se atrevían a recorrerla, el resto permanecían felices en el centro comercial, calientes en invierno y frescos en verano. Para rematar el asunto, a esta sucesión de calamidades había que añadir: los robos. La croissantería se había convertido en blanco de los ladrones, y cada cierto tiempo entraban a robarle lo poco que recaudaba.

Amina, entre la vigilia y el sueño, fue consciente de que algo debía hacer para poder seguir cuerda, ya que estaba a un paso de convertir sus neuronas en pura basura.

## CAPÍTULO II

Ramón Lender permanecía sentado sobre la mecedora, dejándose acunar por los movimientos rítmicos que su cuerpo imprimía en el asiento. Tenía las gordezuelas manos apoyadas sobre la bamboleante barriga, los ojos fijos mirando a un abismo que no existía y los pensamientos girando y saltando de un lado hacia otro, dentro de su redonda cabeza. No se inmutó al escuchar el timbre de la puerta, siguió en la misma posición, mientras su cuerpo se movía obstinado hacia adelante y atrás, con la monotonía de las agujas de un reloj.

Ni siquiera se detuvo al sentir que un cuerpo se interponía entre el suyo y el enorme ventanal que, generoso, dejaba entrar los últimos rayos de sol, de un día próximo a claudicar a la magia de la noche. El cuerpo siguió parado enfrente, quieto y silencioso, observando el incesante bamboleo de Ramón, que ajeno a todo cuanto sucedía alrededor suyo, continuaba pendiente de lo que ocurría en su cerebro.

—¿Qué te pasa papá?... ¿por qué no has aparecido hoy por la empresa?

La suave voz del hombre parecía preocupada, y su actitud serena se transformó en inquietud ante la falta de respuesta de un Ramón que seguía imperturbable, como si no hubiera escuchado nada.

—¡Papá!, ¿me oyes?

Esta vez sí reaccionó, alzó el rostro hacia Karlo, que estaba esperando alguna explicación, o al menos, alguna palabra de su silencioso padre.

—Disculpa hijo... estaba distraído, ¿qué decías?

Karlo suspiró confundido, sus ojos marrones y grandes, observaron escrutadores al hombre que le había dado la vida. Por su rostro moreno cruzó rápido un destello de asombro, su padre jamás bajaba la guardia, alerta siempre a cualquier detalle por mínimo que fuera.

—No has ido a trabajar, tampoco has llamado, ni siquiera Regina sabía de ti; ha intentado localizarte, pero no has respondido al teléfono.

Regina era su secretaria, la mujer que controlaba cada uno de sus pasos, dentro e incluso fuera de la oficina, nada escapaba a la incisiva mirada de la secretaria, por esa razón, se había sentido frustrada con la ausencia de su jefe, no poder informar sobre su paradero a todos cuantos le preguntaron, había convertido su sistema central en un manojito de nervios.

—Lo siento... un imprevisto... lo siento.

—Pero ¿qué imprevisto?

—Siento no haber informado.

Karlo observó a su padre, por primera vez se dio cuenta de las feas ojeras que marcaban sus ojos y también, por primera vez, le preocupó su salud. Siempre había sido un hombre sano a pesar de la obesidad, con una actividad frenética que ya quisieran para sí, unos cuantos jóvenes, sobre todo gozaba de una vitalidad impropia de un hombre de sesenta y dos años, sin embargo estaba tan absorto, e incluso

preocupado, que Ramón parecía la oscura sombra de un tiempo pasado.

—Olvídate de eso, y dime ¿qué te sucede?, pareces cansado... acaso ¿no te encuentras bien?

—Sí, sí hijo, estoy bien... solo un poco cansado.

A pesar de su insistencia, no logró arrancarle ni una palabra más, se había cerrado en banda y solo escasos monosílabos salían de su boca. Padre e hijo se despidieron con frialdad, el uno ausente, el otro taciturno y la mecedora que seguía con su incesante bamboleo, de atrás hacia adelante y viceversa.

Ya había oscurecido cuando Ramón Lender se incorporó de su asiento móvil, obligado por una mujer tan flaca y bajita, que sus escasas piernas podrían romperse en cualquier momento. Era Palmira, la persona encargada de todo cuanto sucedía en la vida doméstica de Ramón. Iba y venía de un lado para otro con la agilidad de una gacela; eterna incansable, su cuerpo siempre a punto, no conocía los placeres de un cómodo sofá sobre el que tumbarse, mientras el mando en la mano, cambiaba a capricho la programación del televisor.

Estaba siempre atenta y expectante a cualquier evento que la mantuviese activa: organizar la compra, ordenar la casa, planchar, cocinar... eran tareas que Palmira hacía con auténtico fervor y más disciplinada que un ejército espartano, como si el mundo dejara de girar si ella se paraba. Vivía pendiente de los deseos de Ramón, reía, sufría y lloraba con él, de tal modo, que la extraña conducta del hombre, sentado sobre la mecedora, sin nada que hacer más que observar el ventanal, la tenía confundida. En más de treinta años a su servicio, jamás lo había visto así, ni siquiera cuando la fulana de su ex, lo dejó tirado, ni tampoco cuando se arruinó por una descabellada inversión y casi tuvo que empezar desde cero. Habían sido momentos muy duros y, sin embargo, Ramón Lender nunca miraba atrás, sus ojos clavados en el futuro le obligaban a seguir adelante, sin un atisbo de nostalgia en ellos.

La mujer se acercó a él en varias ocasiones, primero para saber si quería tomar algo, luego a dejar un par de recados, más tarde a preguntar qué preparaba para la cena, a Ramón tanta interrupción lo fastidió y decidió incorporarse.

—Palmira, me voy a dormir... si llama alguien por teléfono le dices que no estoy.

La mujer asintió con la cabeza mientras sus ojos reflejaban estupor, también esto era nuevo, Ramón siempre estaba disponible para todo el mundo, daba igual la hora, vivía dispuesto a escuchar a cualquiera que lo necesitase.

—¿Te encuentras bien?... pareces cansa...

—Sí Palmira, estoy bien... mañana hablamos.

La mujer lo vio alejarse con paso lento, cargando sobre los hombros algo que no logró identificar, pero debía ser pesado, porque le caían lacios a lo largo del cuerpo. Volvió a las tareas de cada día, con la mente ocupada en la imagen de su jefe, convencida de ver un pajarraco de mal agüero revoloteando alrededor de Ramón Lender.

Él mientras, seguía con la cabeza en otra parte, dando vueltas a lo mismo una y otra vez, sin poderlo evitar. Todos sus pensamientos eran uno solo: el cabello, los ojos de la joven y las galletas.

Se desnudó despacio, se duchó y con la esperanza de dormirse pronto, colocó su

cuerpo entre las suaves y limpias sábanas dispuesto a relajarse para olvidarlo todo. Pero sus deseos y la realidad eran asuntos bien diferentes, las inofensivas galletas compradas en la croissantería, se pegaban descaradas a su cerebro para que siguiera pendiente de ellas.

Cuando logró dormirse ya era noche avanzada. Vivió horas de insomnio, moviéndose con pesar sobre un colchón que se le antojó demasiado duro. Poco acostumbrado a las noches en vela, magnificó las galletas, los problemas y hasta la vida, todo se volvió demasiado complicado e incluso imposible de soportar. Ramón vivió atormentado, hasta que el sueño lo tomó por sorpresa y una paz necesaria envolvió su espíritu, el trueno pasó y la mañana, junto a la hermosa luz de un día primaveral, se instaló al lado del hombre que, agradecido, obsequió al mundo con una sonrisa.

Padre e hijo se encontraron en el trabajo donde vivieron horas de intensa actividad, los pedidos se amontonaban en la centralita y las tres operadoras no daban abasto para dar salida a las peticiones de los clientes. Ramón Lender protegía su pequeño feudo con tesón, controlando cuanto sucedía. Disfrutaba de su trabajo al que se entregaba con una pasión desmedida que convertía todo lo demás en nada, a menudo se preguntaba qué ocurriría en la vida de un hombre tras la jubilación. El no sabía vivir fuera de aquellas cuatro paredes, ellas le habían visto luchar, reír, sufrir, habían conocido la derrota y más tarde la victoria, en ocasiones le habían consolado e incluso alguna vez, en sus buenos tiempos, habían sido testigos mudos de romances perecederos.

La puerta de su despacho permanecía abierta, como casi siempre. No vio entrar a Karlo, estaba absorto descifrando cuentas y dio un respingo en el asiento cuando escuchó la inconfundible voz de su hijo.

—¿Qué tal van esas cuentas?

Le preguntó al ver el papel que sujetaba entre las manos y el gesto de concentración de sus ojos.

—Supongo que bien, aunque no sé a qué corresponde este importe (dijo mostrándole el papel), se lo preguntaré a Regina, seguro que ella está al corriente, esa mujer lo sabe todo.

Sonrió pensando en ella, tan dispuesta y eficiente que no parecía real, tenía tal capacidad de trabajo que cualquier problema grave que ocurriera en la empresa terminaba en ella, el único ser humano capaz de resolver lo imposible.

—Hoy se te ve mejor... el disgusto de ayer... ¿ya estás bien?

Ramón miró fijamente a su hijo para tranquilizarle, era consciente de su preocupación y, agradecido, buscó las palabras oportunas que alejaran la expresión que reflejaba su rostro.

—Lamento haberte preocupado hijo, no había sucedido nada, ¡quédate tranquilo que estoy perfectamente!

—¿Tu salud?... tienes feas ojeras que...

—Ya, ya Karlo, créeme por favor, estoy perfectamente, olvídate de ayer y centrémonos en el hoy, es mucho más interesante.

Cuando su padre usaba la pseudofilosofía para responder, no había opción: el tema

quedaba zanjado. Lo sabía bien, porque llevaban juntos sus treinta y ocho años de vida, sin separarse más que en contadas ocasiones: en vacaciones, algún viaje por negocios y poco más, el resto del tiempo formaban una unidad trabajando codo con codo e incluso Karlo, a pesar de tener su propia casa, de vez en cuando guardaba en una bolsa de viaje sus cuatro cosas más personales y se presentaba en el hogar paterno, donde permanecía por tiempo indefinido, podía ser una semana o un mes, dependiendo de lo que necesitara para aclarar sus ideas, esto le sucedía en momentos de crisis existencial, la presencia de su padre siempre constituía un revulsivo contra las ideas de vacío y profunda tristeza. Ramón Lender sabía simplificar los problemas de la vida, todo lo reducía a "nada es importante", el secreto consistía en planificar a muy corto plazo, así los obstáculos se saltaban más fácilmente.

—Ya sé que no quieres hablar de ello, pero debes saber que... estoy muy preocupado.

El hombre mayor movió la cabeza de izquierda a derecha mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Soy tu padre, ¿no debería ser yo quién se preocupara por ti?

La pregunta quedó en el aire, los dos hombres se enfrascaron en sus respectivas tareas profesionales, dejando el resto para un momento más oportuno.

Cuando Ramón bajaba la guardia, las inoportunas galletas y el cabello de la joven le asaltaban por sorpresa, envolviendo su estado de ánimo en la misma neblina que el día anterior. Jugaba sucio y era consciente de ello; el problema era que si los suyos lo descubrían, no habría palabras que justificaran sus actos. Al pensar en ello, una pena más negra que los cuervos le corroía por dentro, se metía en sus entrañas y le hurgaba hasta retorcerlo de tristeza.

Siguió mirando papeles, forzándose a centrar cada uno de sus pensamientos en ellos. Observaba a Karlo de reajo, sabiéndose examinado por su hijo, el cual, continuaba en su despacho, revolviendo algo innecesario para retrasar a propósito el momento de volver al suyo, y bajar la guardia de Ramón Lender. Estaba pendiente de cada uno de sus pasos, lo conocía muy bien, por ello sabía que, la normalidad que había pretendido darle a su actitud del día anterior, no había convencido a Karlo, analista incansable, al que no le valía cualquier respuesta. La pretendida normalidad solo había servido para que su hijo "investigara" y eso era lo último que podía permitirse.

Enfadado separó los papeles de sus ojos, los arrojó sobre la mesa y con un rápido, "voy a la calle a tomar un poco de aire" que dirigió primero a su hijo y, luego a la secretaria, salió rápido de aquel lugar que comenzaba a asfixiarle.

Paseó sin rumbo por la calle, dejándose llevar por la voluntad de sus pies. Aspiró bocanadas del aire contaminado de la ciudad que, en aquel momento, aparecía bulliciosa y activa, la gente iba corriendo de un lado para otro, todos parecían tener mucha prisa, como si la vida solo pudiera vivirse a carreras sin tiempo para el relax y la tranquilidad. Ramón Lender sintió en su cuerpo los codazos de algún transeúnte frenético, mientras trataba de poner en orden sus ideas, debía salir del embrollo en el que se encontraba desde hacía demasiado tiempo, pero era muy complicado, había por medio un pacto, que no podía romper sin más, además el pacto significaba poder y riqueza y, hasta ahora, jamás había temblado para conseguir ambos. Era consciente de estar metido en un agujero que cada día lo alejaba más de la superficie.

Regresó a la oficina aturdido y con cara de pocos amigos, él, que por naturaleza, casi por genética, era amable y con ganas de agrandar al mundo, se estaba mostrando

huraño, poco dado a la conversación y nada dispuesto a la alegría. A su paso por la oficina dejó un reguero de miradas desconcertadas, otras de sorprendidas e incluso algunas conmovidas. El jefe estaba "raro" y en el argot del empleado, eso no era bueno para nadie. Ramón ajeno al interés que su persona despertaba, avanzó rápido en medio de las miradas cruzadas, para refugiarse en la soledad de su despacho. Cerró la puerta, lo que provocó otro pequeño brote de sorpresa, ya que su pequeño santuario, siempre permanecía abierto, excepto en contadas ocasiones (siempre muy justificadas), como reuniones o un problema puntual con algún empleado, hasta ese momento, habían sido los únicos motivos que le parapetaban tras la puerta.

Apenas llevaba diez minutos escasos escondido en su refugio, cuando escuchó dos suaves golpes, e inmediatamente el cuerpo de Karlo surgió repentino.

—Necesito saber que sucede y no me vengas con evasivas, sé que ocurre algo y no me moveré hasta que lo averigüe.

El gesto de Ramón Lender se contrajo, dejó sobre la mesa el vaso de whisky que descansaba en su mano, de forma ceremoniosa se incorporó del asiento y con el mismo aire, se acercó a la puerta para cerrarla. Se aflojó el nudo de la corbata antes de alzar el rostro hacia su hijo, que le sacaba más de una cabeza y con voz pausada le habló

—No puedo satisfacer tú curiosidad... lo siento mucho hijo, pero no te voy a contar nada, aunque me amenaces con quedarte aquí... créeme lo hago por tu bien... te juro que no te puedo contar nada.

—Pero ¿qué significa eso?, ¿estas metido en algún lío?

—Ya te he dicho que no te puedo decir nada.

—Y te he escuchado, te aseguro que lo he hecho, pero... no me sirve, si no obtengo una respuesta... haré lo imposible por averiguar qué demonios te ocurre y ¿sabes qué?, tarde o temprano lo descubriré.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Un silencio denso se coló en el despacho tras la partida de Karlo que, furioso, abandonó las oficinas para entregarse al vocerío de la calle, con la esperanza de disipar el malhumor que se había colado en su espíritu. Tenía muy buena opinión de su padre, lo consideraba un tío estupendo, de trato fácil, con quien compartía tanto las alegrías como las miserias, siempre había creído que era recíproco y, de repente, se había encontrado con secretos. Estaba claro que algo muy gordo le ocurría y se lo estaba ocultando, lo peor de todo, era que no confiaba en él, no tenía ninguna intención de contárselo, con la absurda excusa de que no podía porque lo hacía por su bien, pretendía dejar a Karlo al margen de sus problemas. ¿Qué habría sucedido?, ¿algún lío con la policía?, ¿le estarían chantajeando?, ¿tendría una grave enfermedad que solo sabría cuando llegara el fatal desenlace?... preguntas y más preguntas que no encontraban respuestas, a pesar del esfuerzo que hacía por recordar detalles de su vida que le dieran alguna pista.

Avanzó, unas veces por estrechas y otras por anchas aceras, por avenidas concurridas y calles vacías, bajo un sol suave que calentaba el cuerpo y animaba el espíritu, los frondosos árboles, estimulados por la primavera, le ofrecían la agradable sombra de sus verdes hojas recién estrenadas, mientras los jardines tapizados de verde le obsequiaban con el aroma de las flores a su paso, pero Karlo no era consciente de la vida que brotaba a su alrededor. Con paso firme, avanzaba sumido en el mar de dudas que Ramón Lender había generado en su cerebro y, enfadado, de vez en cuando

apretaba el paso, como si el ir más rápido le ayudara a encontrar respuestas.

Dejó de caminar cuando sintió sed, tenía la boca seca y se coló en el primer bar que encontró; pidió una cerveza que apuró sin respirar y casi de un solo trago. La segunda disfrutó durante más tiempo de la vida, se quedó sobre el mostrador acompañando a Karlo que, de vez en cuando, la acariciaba suave con la palma de su mano, mientras lentamente la acercaba a sus labios y sorbía un poco del espumeante líquido.

—Algún problema... ¡guapo!

La voz rota de la mujer, le hizo dar un respingo. Instintivamente dirigió sus ojos hacia el sonido que le había hablado y pudo contemplar un cuerpo, que probablemente aún no tendría los cuarenta, pero aparentaba sesenta y alguno. Estaba pintarrajeada como un payaso, el carmín rojo de la boca no respetaba el filo de los labios y feas marcas de pintura aparecían por encima y debajo; a los párpados de color dorado, les llegaba la pintura a las cejas hasta cubrirlas, procurando la sensación de que estas no existían; el cabello amarillo aparecía deshilachado y fosco. Su flaco cuerpo iba enfundado en un vestido que pretendía ser provocador, pero que en ella inspiraba cierta lástima, intentaba marcar unas curvas inexistentes y el generoso escote apenas cubría sus escuálidos pechos. Llevaba un cigarrillo apagado entre los dedos y la otra mano apoyada en la cintura.

Karlo observó pasmado a la mujer y automáticamente sus ojos recorrieron el local, que había ignorado al entrar, estaba oscuro y sucio. Examinó al camarero, vestía una camiseta negra con grandes letra rojas en inglés, que apenas lograba tapar su enorme barriga, un descuidado bigote ocultaba su labio superior y sobre su hombro izquierdo descansaba un sucio trapo que utilizaba para secar vasos, platos, copas y demás enseres. Karlo asombrado siguió contemplando el lugar, el resto estaba en consonancia con lo que había visto, tres hombres, uno en la barra y los otros dos en mesas diferentes, ahogaban sus vidas en enormes jarras de cerveza.

—Me llamo Tina y tú, guapo ¿cuál es tu nombre?

—Disculpe, tengo prisa. ¿Me puede cobrar, por favor?

Alzó la voz para dirigirse al camarero que, con paso lento, avanzó tras la barra hasta colocarse enfrente de Karlo.

—Por veinte euros te dejo el cuerpo nuevo.

La mujer le tocó el brazo mientras hablaba y Karlo se sintió aturdido por la voz rota y el contacto físico, notó cierta repulsión subir desde su estómago a la garganta y, con prisas, abonó la consumición. Sin mirar atrás, salió huyendo del local.

Al salir comprobó que se había alejado mucho de la oficina, no había sido consciente del recorrido y en ese momento se le antojaba largo y arduo, al menos iba a necesitar casi una hora para desandar el camino, decidido a tomar un taxi se movió por la estrecha y solitaria calle.

Se vio absorbido por una sucesión de calles sin sentido alguno, terminaba de caminar sobre una y se encontraba con otra casi idéntica. No conocía aquella parte de la ciudad y tuvo la impresión de estar metido en una especie de laberinto, ningún taxi se movía sobre el asfalto, los coches tampoco abundaban y, por supuesto, los peatones se contaban con los dedos de una sola mano. Harto de aquella situación, apuró el paso sobre la sucia acera sorteando papeles, latas y las enormes grietas que amenazaban

con tragárselo.

Todo fue tan rápido que apenas tuvo conciencia de lo que sucedía. Unos pasos rápidos se le acercaron, Karlo trató de girarse para hacer a sus propietarios, la pregunta más trivial del mundo: ¿cómo salir de aquel maremágnum de calles?. Cuando intentó el giro, unos fuertes brazos lo sujetaron por detrás, impidiéndoselo. Sintió que algo fino rozaba su cuello, mientras permanecía con los brazos inmovilizados, el objeto que le rozaba el cuello se fue deslizando hacia su garganta y pudo intuir que se trataba de una navaja, Karlo escondiendo su miedo, con voz firme se dirigió, sin verlos, a sus agresores.

—Tengo la cartera en el bolsillo de la chaqueta... ¡cogerla!

Una voz desconocida y con cierto aire de pasotismo se escuchó en medio de la quietud de la calle solitaria.

—No necesitamos tú asqueroso dinero, dile a tu padre que le estamos vigilando.

Cuando Karlo se dio la vuelta, los dos hombres habían desaparecido por una de aquellas intrincadas calles, no pudo ver nada, ni siquiera la espalda de quienes le habían amenazado. Aturullado empezó a caminar de nuevo buscando una salida. Logró encontrar una calle ancha, se subió a un taxi y con todos los pensamientos corriendo por su cerebro rebotando unos contra otros, se alejó de aquel lugar de miseria y suciedad donde la vida parecía haberse detenido.



## CAPÍTULO III

El nuevo cartel aparecía rotundo sobre la puerta de acceso, Santería "La dulce galleta" acababa de sustituir a la vieja croissantería "Le petit bocado". Unos cuantos dibujos, que más bien parecían jeroglíficos, daban una nota de color a la pared de la fachada; dentro velones, hierbajos secos y amuletos se distribuían generosos por el local, unos sobre las estanterías, otros colgando de las paredes y algunos de las falsas vigas del techo. El cristal del mostrador seguía protegiendo los dulces, pero los ricos tiramisús, los bizcochos de chocolate, las tartas de queso, las tartaletas de frutas, los hojaldres de manzana... habían desaparecido para dejar paso a unas enormes galletas.

Las había de diferentes sabores, bañadas en chocolate, en fresa, en nata o crema, pero todas ellas con un denominador común: un papelito en su interior que "orientaba" a quien la comiera, sobre su presente, algo parecido a las predicciones del horóscopo pero sin horóscopo.

Un par de mujeres mayores se atrevieron a cruzar la puerta que separaba el mundo real de aquel lugar de ficción que olía a incienso en vez de a galletas. Curiosas observaron a su alrededor, Amina con una leve sonrisa esperaba tras el mostrador, dejándolas fisgar el lugar. Ambas mujeres como si fueran una sola, perfectamente sincronizadas, se movieron a la vez y, también a la vez hablaron.

—Hola joven, ¿qué es lo que vendes?

Amina imaginó que en más de una ocasión, iba a tener que aclarar el tipo de negocio que regentaba. Era un lugar fruto de su imaginación y que muy probablemente duraría el tiempo que empleara en traspasar el negocio. Su parte irracional la había llevado a montar aquel engendro que ni siquiera ella, su creadora, sabía como denominar.

Tan solo habían transcurrido diez días desde que decidió que tenía que hacer algo con la croissantería, harta de las deudas y de su madre. Dispuso darle una última oportunidad al negocio familiar que durante años, había sido el sustento de la abuela y después el de su madre. En medio de la locura y, sin un euro para invertir en otro tipo de empresa, decidió acondicionar lo que tenía delante: un espacio entre lo abstracto y lo real, entre lo sublime y lo vulgar. Con un poco de pintura decoró ventanas y puertas, dibujó cenefas, ribetes, un friso, un licántropo, un unicornio, repartió adornos y como remate final cambió el nombre de la croissantería.

Las galletas surgieron como consecuencia del caos de la decoración. Encajar algo relacionado con la bollería en semejante lugar era muy complicado, parecía más bien una tienda de objetos esotéricos que un espacio para satisfacer el paladar, así se le ocurrió la locura de las galletas y los mensajes. Eran galletas enormes, del tamaño de un pastel, en cada una de ellas introducía un papelito, en plan las galletas de la suerte, pero mucho más historiado, algo así como: "Estás siendo demasiado vago-a últimamente, y no te esfuerzas todo lo que deberías en realizar tu trabajo o ciertas tareas que tienes pendientes desde hace tiempo, ponte en serio a trabajar un día completo, sin distracciones, te sentirás un poco menos agobiado-a" o también "Tendrás un día duro en el trabajo, y no te sentirás todo lo a gusto que deberías. Procura tomarte las cosas con más calma, si tienes un poco más de paciencia, conseguirás salir airoso-a de una complicada situación".

Amina sabía que el negocio estaba acabado y como cualquier ser humano, buscó una salida, consciente de no ser el más apropiado, pero no se le ocurrió otro.

Atendió solícita a las dos mujeres que abandonaron el santuario con una galleta cada una. Amina siguió esperando hasta que entraron más clientes, todos ellos movidos por la curiosidad, servicial atendió a cada uno de ellos y con paciencia explicó a más de uno el fundamento del negocio.

Antes de echar el cierre, hizo recuento de la recaudación y, satisfecha, dibujó una enorme sonrisa sobre su rostro. Estaba ensimismada en ello cuando alguien abrió la puerta, a pesar del cartel de "cerrado". La joven alzó los ojos para confirmar que su madre se colaba como un ciclón, entrando en lo que había sido su templo de paz.

—¿Qué rayos es esto?, pero ¿qué demonios has hecho con la pastelería?

Estaba furibunda y por sus ojos lanzaba chispas que se estrellaban directamente sobre la voluntad de Amina.

—¡Dios mío!, estás destrozando el negocio.

Antonia miraba atónita a su alrededor, intentando asimilar lo que veía. Tanto los hierbajos secos como los amuletos le parecieron una broma de mal gusto y los espantajos pintados sobre las paredes, obra del diablo. Cuando posó sus ojos sobre la vitrina del mostrador y vio las únicas dos galletas que su hija no había vendido, su mirada se posó directamente sobre Amina, que impasible la esperaba.

—Pero ¿qué es eso de ahí?

Dijo mientras con el dedo señalaba las solitarias galletas que, ajenas a cuanto sucedía fuera, permanecían inertes a que decidieran su futuro.

—¡Mira... mira todo lo que he vendido!

Amina sujetó entre las manos unos cuantos billetes para colocarlos ante la colérica mirada de su madre, que no mostró ni el más mínimo interés por lo que ella trataba de explicarle, estaba tan asombrada con la transformación del lugar que no acertaba a entender nada. Unos cuantos ¡dios mío! después y poco a poco empezó a estar receptiva a las palabras de la joven.

—¿Por qué los has hecho Amina?, ¿cómo se te ha podido ocurrir ridiculizar de este modo el trabajo de tu abuela y el mío?... ¡has convertido esto en un circo!

—Mamá, por favor, no estoy ridiculizando nada, lo único que intento es darle una oportunidad a un negocio que ya estaba muerto.

—¡Una oportunidad!, ¿poniendo colgajos sobre las paredes y dibujando en ellas cuatro mamarrachadas, pretendes darle una oportunidad? y esas dos galletas de ahí, ¿me puedes explicar qué significan?

Inquisidora señalaba la vitrina del mostrador y a sus dos moradores.

—Son galletas que... ayudan a enfrentarse al día.

Antonia dio un respingo al escuchar las palabras de su hija, cuyo cabello rojizo parecía fuego sobre los centelleantes ojos, por un momento pensó que se había tarado por completo, pero al ver la decisión en su mirada, supo que hablaba muy en serio. Impotente buscó una silla para sentarse, y esperó a que su corazón volviera a latir al ritmo habitual.

Las palabras de Amina se escucharon pausadas mientras le explicaba en detalle cada

paso que había dado hasta crear aquel lugar, se entretuvo sobre todo en el "porqué" y más concretamente en los motivos que la habían llevado a mantenerlo en secreto.

—No me hubieras dejado, me llamarías loca y destrozaría la poca motivación que tenía, esta mañana yo tampoco creía en esto, pero... ahora... ¿sabes cuánto tiempo hacía que no recaudaba lo de hoy?

—Es por la novedad, no te hagas ilusiones.

—Lo ves, ¡siempre haces lo mismo!... da igual lo que haga o diga, nunca te gusta.

Amina elevó tanto el tono de voz, que casi fueron un grito las palabras que dirigió a su madre.

—¡No te permito que me hables así!

—¿Y cómo quieres que te hable?, ¿eh?, me provocas constantemente, para ti, todo lo hago mal... sabes, me he pasado años tratando de complacerte y estoy harta... recuerda, de una maldita vez, que no fui yo quien te forzó a dejar la pastelería, fue tu salud y me la cediste, porque no te quedó más remedio, la abuela te la regaló y te sentiste obligada a...

La bofetada sonó como si hubieran golpeado el suelo con un látigo, Amina se tapó el lado del rostro donde había recibido el impacto, mientras sus encendidos ojos miraban a su madre sin dar crédito a lo que acababa de suceder. La bofetada había dolido, pero más el amor propio, sintió como le hervía la sangre por dentro y la ofuscación se agolpaba en su cerebro. Odió a su madre y deseó poder devolver la bofetada que seguía en el rostro, marcada con hierro candente.

Ambas mujeres se retaron con la mirada, los cuatro ojos lanzaron tantas chispas que, solo la oportuna llegada de Vinicio, padre y marido, logró aplacar. Su simple presencia, devolvió un mínimo de cordura a la absurda sinrazón en que se había convertido el momento.

—¿Qué os ocurre a vosotras dos?, ¿por qué gritabais?

Guardaron silencio, Amina con el rostro escondido en su cuello, Antonia desafiante e incapaz de consentirle a su hija tanta desfachatez, no solo había arruinado el negocio, sino que además se permitía insultarla.

Vinicio impaciente aguardaba una respuesta que no salía de ninguna boca, parecían selladas, el hombre miraba a una y a otra sin lograr nada.

—Estoy realmente cansado de vuestros enfrentamientos, jamás os ponéis de acuerdo en nada y cualquier excusa os sirve para discutir. La puerta estaba abierta y he oído tus gritos Amina, desde la otra punta de la calle, ¿qué demonios ha ocurrido?

Antonia miró a su esposo y por fin, empezó a hablar.

—Mira esta porquería que tu querida hija ha hecho (alzaba los brazos al techo mientras señalaba los dibujos), es una burla, casi una infamia a su abuela y a mí, fíjate en lo que ha transformado el negocio que se le entregó en bandeja... es humillante, además he tenido que soportar sus insultos, eso era lo que hacía cuando la has escuchado.

Los verdes ojos de Amina volvieron a lanzar fuego al oírla, su madre tenía la capacidad de alterar su estado de ánimo, aunque fuera feliz o estuviera tranquila, con una sola

frase lograba desequilibrarla.

—No te he insultado, me he limitado a mostrarte una realidad, en cambio tú... me has abofeteado y pen...

—No podía permitir que me siguieras insultando, soy tu madre y me debes un respeto.

—Bueno ya está bien (cortó Vinicio al detectar que el ambiente volvía a caldearse), por lo visto no podemos tener una conversación civilizada... Antonia vámonos, por lo que a ti respecta, Amina, ya hablaremos.

El hombre tuvo que sacar a su mujer casi a rastras. La paz y el silencio regresaron de nuevo, pero la cabeza de la joven, ya no estaba para disfrutar de la proeza que había logrado con el cambio de negocio. Echó el cierre y con pasos cortos se movió entre un día que estaba a punto de ceder su sitio a la noche, había poco tráfico y, aunque el centro comercial permanecía con sus puertas abiertas, tampoco se veía mucha afluencia de público.

Su casa quedaba a un cuarto de hora andando, estaba cansada, pero decidió hacer el recorrido a pie, necesitaba despejarse para organizar sus ideas, la bronca con su madre la había alterado profundamente y un paseo le vendría bien. Poco a poco su espíritu recuperó la tan ansiada calma, de tal modo que cuando cruzó la puerta de su hogar, ya tenía mil proyectos en la cabeza.

Amina vivía sola, llevaba separada tres años y ya no tenía ni siquiera un mal o buen recuerdo del que fuera su esposo, su historia de pareja había sido tan típica que no había mucho que contar. Se conocieron en el instituto, hicieron la carrera de novios durante cuatro años, y con veintiuno se encontró ante un altar jurando, al joven que estaba a su lado, amor eterno. Siete años duró el matrimonio, los necesarios para vivir odiándose unas veces y amándose otras, discusiones y reconciliaciones, fueron el pan nuestro de cada día, hasta que, en un momento cualquiera, en la vida de él se cruzó otra mujer que le hizo vibrar como lo había hecho ella en su día. No hubo rencores ni gritos, la relación desde hacía tiempo ya estaba terminada y solo se mantenía por inercia, tampoco había hijos, por lo que ambos se acomodaron rápidamente a su nueva vida. No volvió a saber de él, era un libro cerrado y precintado que, en contadas ocasiones, regresaba a su cabeza, tan solo algún hecho puntual le devolvía la imagen del que fuera su compañero de viaje durante siete años.

Después de él hubo algún hombre, aventuras esporádicas que terminaban con la misma falta de interés con la que empezaban y que no dejaban ni una sola muesca en la piel de Amina, hombres que entraban y salían tan rápido que no daban tiempo a la nostalgia. La joven creía que el resto de su vida lo pasaría en soledad, se había acostumbrado de tal modo a ella, que cada nuevo día le suponía más esfuerzo dejar las puertas de su casa de par en par y sobre todo las de su alma.

Se dio una ducha rápida, comió sin ganas un bocadillo de queso y se tiró sobre la cama con el portátil en el regazo, dispuesta a escribir unas cuantas tonterías en la pantalla. Debía escribir al menos, la misma cantidad de papelitos que el día anterior, así que tenía por delante una larga tarea. No quería incluir en varias galletas los mismos textos, por temor a que fueran a parar, a una misma familia que pudiera compararlos, tampoco podía ser excesivamente concreta en las sentencias, debían ser párrafos tan abstractos que cualquier ser humano pudiera identificarse con ellos, lo que le supuso a la joven más de dos horas delante de la pantalla.

Imprimió lo escrito, acto seguido recortó los papeles llenos de palabras y, satisfecha,

los guardó en una bolsa. Amina pensó algo parecido a una oración y, suplicante, pidió que el nuevo día fuera tan fructífero como el actual, y lo fue, ese, el siguiente y el otro. Durante toda la semana se vio inmersa en una vorágine de ventas y trabajo que ya no recordaba, la gente entraba a un ritmo lento, pero sin pausa, era un goteo constante de clientes. A lo largo de la semana se acostumbró a ver los mismos rostros y los nuevos que se iban incorporando. La mayoría de ellos no esperaban a cruzar la puerta para partir la galleta por la mitad, sacar el papelito de sus entrañas y leer con interés el contenido. Una vez leído lo guardaban con cuidado en algún lugar importante y se alejaban de "La dulce galleta" y de Amina hasta el día siguiente. La Croissantería o Santería de la joven estaba echando las raíces de un próspero negocio, afincándose firme en un tiempo donde cerrar empresas era tan habitual que, a nadie extrañaba ver sobre sus escaparates el cartel de "liquidación por cierre".

Durante cuatro días no vio a su familia, ni los padres, ni los gemelos fueron testigos de lo que estaba sucediendo en la vida de Amina. Su padre la reclamó unas cuantas veces por teléfono para que fuera a comer con ellos, pero la joven excusándose en el trabajo, fue dando largas hasta que el quinto día, la presencia de Vinicio en la tienda, transformó el paisaje.

Estaba atendiendo a un joven con el que intercambiaba alguna que otra frase cortés, mientras sujetaba una de las galletas con la pinza para depositarla sobre una servilleta, se la entregó al joven que pagó y los dejó solos. Ambos se miraron, pero la entrada de una mujer abortó cualquier intento de diálogo. A Vinicio le tocó esperar tanto que, aburrido, decidió dar una vuelta hasta la hora del cierre.

Regresó cuando Amina ya se había quitado el blanco delantal, el gorro que sujetaba su cabello y los zuecos. Esta vez recibió a su padre con una sonrisa, mientras se acurrucaba entre sus brazos. Notó su calor, sintiendo como se le iba metiendo despacio hasta tocarle el alma. Permaneció aferrada durante tanto tiempo al hombre que le había dado la vida, que vio pasar por su mente imágenes de su infancia, recuerdos que se deslizaban lentos para terminar envolviéndola junto a los brazos de Vinicio.

—¿Qué tal estás, hija?

Su voz llenó el aire que olía a galleta y una Amina complaciente, se desprendió de su brazo para observarle feliz.

—¿Has visto lo qué está sucediendo?... ¡la gente está regresando de nuevo a la tienda!

El hombre vio la emoción en sus ojos que, brillantes, esperaban su aprobación.

—Sí, lo he visto... ¿por qué no vienes a comer a casa y me lo cuentas todo?

Amina arrugó los labios, seguía enfadada con su madre y no tenía ganas de arruinar el día con otra discusión.

—Creo que no es buena idea... mamá y yo... bueno ya sabes. Te invito a comer el menú en un restaurante que está aquí al lado, la comida está muy bien, y... ¡ya tengo dinero para invitarte!

—Tu madre ya habrá preparado la comida y le va a...

—Vengaaaaa, por favor, necesito hablar contigo.

Se dejó convencer rápido. Vinicio llamó a Antonia por teléfono, se inventó una excusa

que no convenció a nadie, pero que le permitió salir del paso y padre e hija se sentaron ante una modesta, pero limpia mesa de comedor, preparados para ponerse al día hasta que la joven tuviera que abrir de nuevo la tienda.

—Por cierto, ¿qué tal tu trabajo?

Preguntó Amina. Su padre era aparejador en una empresa para la que llevaba trabajando más de veinte años. En alguna ocasión tuvo la oportunidad de establecerse por su cuenta y no verse sometido a la tiranía que, con demasiada frecuencia, las empresas privadas ejercen, pero la falta de iniciativa y la presencia de un autónomo en la familia, siempre actuaron para dejar a un lado semejante sueño. A pesar de ese pequeño sueño frustrado, a Vinicio le gustaba su trabajo, lo hacía en turno partido, pero a cambio tenía la oportunidad de comer en casa, donde disfrutaba de los extraordinarios platos de Antonia. Siempre fue así, incluso cuando su esposa tenía la pastelería, comían juntos, ella dejaba el día anterior todo preparado y se reunían los cinco en torno a la mesa, cargada de ricos alimentos. La mujer tenía unas manos únicas para la cocina y una increíble imaginación por lo que siempre lograba sabores exquisitos con una presencia única.

—Bien, de todos modos hoy he pedido el día, tenía que arreglar unos papeles y he aprovechado para venir a verte.

Hablaron sobre todo del nuevo negocio de Amina, no hizo falta que le pidiera detalles, la joven le explicó el funcionamiento al completo.

—Verás la idea es la siguiente: cada persona solo puede comprar una galleta al día, porque dentro de ella está el papelito que le va a "adelantar su futuro inmediato", pero solo sirve para ese día y persona en concreto.

—No lo veo muy claro, si solo pueden comprar una galleta, ¿no estás limitando las ventas?

—Piensa que no son pequeñas, tienen el tamaño de un pastel y normalmente con un solo dulce, cualquier persona tiene suficiente, además el precio es similar...

Amina se paró a tomar aire y un sorbo del vino con el que acompañaban la comida.

—Sabes papá, ¡es increíble lo que está sucediendo!, ya hay unos cuantos clientes que compran su galleta diaria y además se llevan una, que yo elijo personalmente, para cada miembro de su familia.

Padre e hija estaban sentados uno enfrente del otro, ambos comían despacio, más atentos a la conversación que al propio alimento, de vez en cuando Vinicio fruncía el ceño ante las entusiastas palabras de Amina que, con los ojos brillantes, no paraba de hablar y gesticular, ajena por completo a cuanto sucedía a su alrededor a pesar de la algarabía. Todas las mesas estaban ocupadas y los tres camareros iban y venían con una diligencia digna de admiración, no tenían tiempo de parar ni un segundo, todo el mundo les reclamaba y ellos se movían entre las mesas con la destreza de lo conocido.

—¿Qué ocurre, papá?... ¿a qué viene esa cara?

El hombre no respondió de inmediato, debía encontrar las palabras que no hirieran a su hija, al tiempo que le aclaraba cuál era su opinión al respecto.

—Verás Amina... aplaudo que lo intentes, que trates de salvar el negocio como sea, pero has creado algo que... ¡no sé cómo coño definirlo!, algo muy extraño y me

pregunto ¿cuánto tiempo durará?, posiblemente la novedad atraerá al cliente, pero luego... ¿qué ocurrirá cuándo se den cuenta qué escribes tonterías en los papeles?, es evidente que dejaran de comprar.

—También lo que pone en los horóscopos son tonterías y, sin embargo, todo el mundo lo lee. Esto es parecido.

Le dolía que su padre, el mismo que siempre apoyaba sus sueños, viera tantos inconvenientes en la nueva aventura que acababa de emprender. Supuso que su madre le habría calentado bien la cabeza, y, aunque solía mostrarse inmune a los comentarios de Antonia, esta vez había logrado su objetivo.

Terminaron de comer y su padre la acompañó hasta la puerta de la nueva tienda. Amina estaba desilusionada con Vinicio, le había estropeado la alegría a pesar de las ventas de la mañana, que habían superado con creces al día anterior.

Se estaban despidiendo con un beso, cuando escucharon una conocida voz: era la abuela. La mano derecha se apoyaba en su fiel bastón, la otra sujetaba uno de sus muchos abanicos y en el hombro un pequeño bolso se balanceaba al ritmo que imponía su derrengado caminar.

El pintado rostro se contrajo levemente por la sonrisa que dirigió a su yerno y nieta, sobre él se marcaron infinidad de arrugas, que se acentuaron cuando soltó una enorme carcajada al ver los dibujos sobre la fachada de la que, durante más de treinta años, había sido su pastelería. Se quedó parada enfrente, mientras el sol se posaba en su rojizo y peinado cabello, observando con ojo crítico cada detalle.

Amina dio unos cuantos pasos al frente hasta colocarse a su lado. Ambas contemplaron la fachada con la escrupulosidad de un crítico de arte.

—Ese bicho raro ¿qué es?

Le preguntó la abuela, señalando el único animal que aparecía dibujado.

—Es un grifo, abuela

—Pues no me gusta, ¡bórralo!, el resto de los dibujos, no están mal. ¡Vamos adentro!

Amina corrió hacia la puerta para abrirla. Vinicio se hizo a un lado para dejar pasar a la mujer que le saludó con una leve inclinación de cabeza, él respondió igual y entró tras ella. La presencia de la anciana, modificó sustancialmente sus planes, esperaba para escuchar la opinión de su suegra, que prometía no dejarle indiferente.

Husmeó cada rincón de la tienda, tocó los velones y los talismanes, acarició con las yemas de los dedos los dibujos y las extrañas formas, que Amina había encontrado en internet y que correspondían al alfabeto extraterrestre, olfateó los hierbajos y finalmente se giró hacia Amina, que contenía la respiración.

—¡Dame una de esas galletas!

—Pero abuela, no la puedes comer, tienes diabetes.

—No he venido aquí para que me recuerdes mis enfermedades, jovencita. ¡La galleta, por favor!

Obedeció y colocándose tras el mostrador seleccionó una de las galletas que, envuelta en una servilleta, entregó a su abuela. La anciana la olfateó y su olor la llevó a otro

momento, cuando era ella quién se encerraba tras una puerta a trabajar la masa, su mirada se posó sobre la inocente galleta para observarla en detalle y la sostuvo un tiempo entre las manos como si mentalmente la estuviera pesando. A continuación, y siguiendo con la ceremonia, rebuscó dentro de su bolso para sacar unas pequeñas gafas que se colocó sobre los ojos e inmediatamente, con gesto ágil, partió la galleta por la mitad para extraer el papelito.

Era un momento importante y tanto Vinicio como Amina, permanecieron callados observando atentamente cada movimiento de la anciana, el silencio lo envolvió todo, solo sus manos manipulando el papelito, rasgaron el pesado silencio. Lo abrió con destreza, tenía unos dedos ágiles a pesar de su edad y, con gesto concentrado, leyó las palabras que Amina había escrito el día anterior. Cuando terminó se quitó las gafas, las guardó en el bolso al lado del abanico y durante un tiempo, con semblante serio, se quedó observando a su nieta que le sostuvo la mirada como pudo. Vinicio se movió ligeramente para cambiar la posición del cuerpo, la abuela muchas veces lograba ponerlo nervioso, tenía un genio endemoniado y cuando se enfadaba era como el agua desbordada que arrasaba con todo a su paso. Miró a su hija que, ansiosa, esperaba el veredicto de la abuela, pero ésta, abusando de su autoridad, retrasaba el momento a propósito.

Una fuerte carcajada se escuchó por todo el local, escapando por las rendijas de la puerta hasta expandirse por la calle y después por toda la ciudad. Era una risa seca, contundente que se quedaba durante unos segundos flotando en el aire para caer luego sobre Vinicio y Amina.

—Pero, ¿cómo demonios se te ha ocurrido todo esto?

Preguntó la anciana, entremezclando las palabras con la estentórea risa.

—Es... increíble, deberías... ¿cómo se llama eso que se hace para que nadie te lo pueda copiar?, patente... eso es, deberías patentarlo.

La sonrisa de Amina iluminó el mundo, corrió hacia su abuela, se paró enfrente y con los ojos brillantes se estrechó contra su ajado cuerpo. Permaneció abrazada a ella mientras sus labios susurraban sobre el oído de la anciana: "gracias abuela, muchas gracias... te quiero".

Amina fue feliz. Lo que sucediera a partir de ese día ya no le asustaba, por fin alguien había comprendido su locura y eso le daba alas para continuar, seguiría hacia adelante y si volvía a caer, se alzaría de nuevo, como lo había hecho siempre la abuela, cuyo fuerte carácter no admitía derrotas. La misma sangre corría por sus venas y un punto de orgullo elevó su barbilla al cielo, mientras, poderosa, enlazaba la mano de la abuela.



## CAPÍTULO IV

La mesa aparecía llena de papeles que se esparcían como las hojas en otoño sobre el suelo, aparentando un aire de desorden que Regina, inútilmente, trataba de disimular. Facturas, notas, presupuestos y contratos se amontonaban hostiles, enfrentados a la diligente mujer que echaba mano de ellos cuando el teléfono y los compañeros se lo permitían. Regina era como el cajón de sastre donde todo iba a parar, cualquier problema de la empresa, ya fuera de contabilidad, de información, de presupuestos incluso de informática, aterrizaba sobre su mesa, siempre dispuesta a darle salida.

Por encima de las gafas vio a Karlo moverse atolondrado entre las mesas de la oficina, se preguntó ¿que rayos le sucedería!

Últimamente andaba como perro sin dueño, parecía un alma en pena errando sin sentido y cometiendo errores garrafales. Para Regina todo el mundo los cometía, andaban enredando en cosas que nada tenían que ver con el trabajo y ¡zas! metían la pata hasta lo intolerable, al final, siempre sucedía lo mismo, ella debía resolver los fallos de los otros. Volvió a observar a Karlo por el rabillo del ojo, mientras disimulaba sujetando un presupuesto delante de las narices, iba ensimismado con varios papeles en la mano, lo vio acercarse a su sitio y quedarse plantado delante de ella. Simuló una sonrisa que el joven, ajeno en su mundo, no le devolvió.

—Regina, por favor, necesito que envíes urgente este contrato, la dirección es la del post-it, como ves no coincide con la de cabecera.

Dijo señalando con el dedo la parte superior del papel, la mujer asintió amable con la cabeza, expresando que lo enviaría de inmediato, Karlo masculló un "gracias" y se alejó de nuevo, vagando entre los pensamientos, las mesas y las sillas.

No había hablado con su padre sobre la advertencia de los hombres, por un lado para no preocuparlo, por otro para averiguar en qué lío andaba metido. Llevaba cinco días cargando con el tema y su intención era, seguir callado y vigilar a Ramón Lender, hasta que alguno de sus pasos, le permitiera aclarar algo, tenía fe en la perseverancia y sabía que tarde o temprano, ésta le conduciría hacia alguna parte. Dirigió sus pasos hacia el despacho donde su padre esparcía su cuerpo sobre un cómodo y acogedor sillón, mientras tecleaba algo en el ordenador colocado en un extremo de la mesa, el resto era ocupado por papeles, teléfono y un recipiente en forma de cubo donde acumulaba bolígrafos de distintos diseños y colores.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa a través del espacio, no parecían padre e hijo, ni siquiera familia, tan solo la inquieta y profunda mirada los emparentaba, el resto eran polos opuestos. Ramón, bajito y obeso, caminaba por la vida con el sentido del humor pegado a la piel, era excesivo en todo y una capa sólida de orgullo envolvía su corazón. Karlo era de altura media y corpulento, amante de los deportes, un tipo comedido y brillante, que a veces se mostraba huraño y taciturno, sobre todo cuando la sombra de su padre planeaba sobre él. No era consciente de ello, pero su influencia era tan poderosa, que tras las grandes decisiones tomadas por Karlo, siempre estaba Ramón Lender, por esa razón llevaba cinco días que no le llegaba la camisa al cuerpo. Pocas veces había ocultado algo a su padre y, mucho menos, cuando ese "algo" se refería al propio Ramón.

—¿Qué sucede, hijo?, traes cara de susto.

—No... nada... no ocurre nada.

Respondió rápido, había bajado durante un minuto la guardia y su padre ya le estaba mirando de forma insistente. Era muy astuto, había llegado de la nada a su situación actual gracias a esa astucia y Karlo, debía conducirse con cuidado si quería descubrir en que líos andaba metido su padre. Se sintió observado mientras acercaba su cuerpo al de su progenitor, se detuvo enfrente de la mesa y ocupó uno de los dos asientos. Padre e hijo permanecieron separados por la enorme mesa, por el aire se repartían las preguntas calladas y, durante décimas de segundo, la inquisitiva mirada de Ramón Lender se clavó sobre la de un Karlo huidizo. A punto estuvo de contarle todo, pero sabía que si lo hacía, jamás averiguaría la verdad, su padre se inventaría cualquier excusa para justificar el asalto en plena calle, le restaría importancia y Karlo no tendría más opción que olvidar el asunto. Pero estaba dispuesto a cambiar el curso de la historia y que los hechos no sucedieran así, para ello buscó su faceta de normalidad, se la colocó encima del traje y, en ese instante, logró engañar a Ramón que, enseguida empezó a intercalar algún que otro chiste y chisme, en medio de la seria conversación profesional que mantuvieron durante casi una hora.

La semana transcurrió con el filo de la desconfianza clavada en Karlo. Cada vez que su padre salía de la oficina, con cualquier pretexto, salía también, abandonó su casa para instalarse con él durante unos días, alegando, como siempre, su escasa solvencia psíquica. Escudriñaba cada uno de sus pasos, gestos y formas de hablar, sometiéndolos al implacable ojo del microscopio, pero Ramón Lender lo único llamativo que hizo a lo largo de esa semana, fue dirigirse un par de veces a una vieja calle conocida y, desde la distancia, observar una pequeña pastelería que en un par de días se convirtió en otra cosa, aunque Karlo no supiera exactamente en "qué". La primera vez pensó que la presencia de su padre en aquella parte de la ciudad se debía a la nostalgia, Ramón Lender había nacido, crecido y jugado por aquellas estrechas calles, aunque de eso hacía ya mucho tiempo y el paisaje había cambiado sustancialmente.

La casa parental había estado un par de calles más abajo, pero no había sobrevivido al tiempo y otro alto edificio la había sustituido. La familia de Ramón Lender había sido muy numerosa y sin recursos económicos. Eran los años cincuenta y la situación del país, no estaba para lanzar cohetes, España empezaba a ver la luz, pero solo unos pocos privilegiados disfrutaban de esa bonanza, desde luego, no gente como los padres de Ramón, con ocho pequeñas bocas que mantener y pocos brazos para trabajar. Los chiquillos iban seguidos, como si sus padres tuvieran previsto ganar algún concurso, los pequeños casi coincidían en la tripa de la madre. Conoció la miseria, la suciedad y las discusiones diarias que conllevaba el exceso de trabajo unido a la falta de recursos.

Sus padres gritaban todo el tiempo: entre ellos, a los chiquillos, incluso con los vecinos. Los gritos y el ruido se habían convertido en el leif motiv de la familia. Ramón Lender se protegía de tanto ruido y miseria corriendo por las estrechas y sucias calles del barrio, así escapaba de la sordidez de aquellas cuatro paredes y de los cachetes que su padre le propinaba con mucha ligereza. Se refugiaba en un barrio donde encontraba el cariño negado en su hogar. Pasó su infancia recorriendo palmo a palmo cada trozo de suelo, acariciando con sus pequeñas manos las fachadas de los edificios, recogiendo piedras para lanzarlas sobre un terreno abandonado. Allí vivió Ramón sus primeros años de vida, justo los que marcan para siempre y de algún modo van a decidir el futuro.

La tercera vez que Karlo vio a su padre dirigir sus pasos hacia el lugar que le vio crecer, le siguió, como siempre, a cierta distancia. Esta vez, pensó, no se quedaría en

mera anécdota la repetida presencia de Ramón en su antiguo barrio, ya que empezaba a ser evidente, que en aquellas pequeñas y estrechas calles existía algo que a su padre le atraía con fuerza.

Estaba decidido a descubrir secretos y resolver enigmas. Caminaba tras él a mucha distancia, dejando gran espacio entre ambos para evitar ser visto. Lo vio de lejos caminar lento, hasta colocarse enfrente de la tienda indescriptible. Se quedó parado mientras decidía si entraba o no. Hasta Karlo casi llegó el sonido del bombeo de su acelerado corazón, lo supo nervioso por su forma de arquear ligeramente el cuerpo mientras su cabeza giraba rápida, de un lado a otro, como si estuviera buscando algo.

Por fin se decidió y su cuerpo desapareció, durante no más de diez minutos, en la extraña tienda. Lo esperó en la distancia, sin atreverse a dar un solo paso por miedo a ser descubierto, aprovechó para echar un vistazo alrededor suyo, grabando en su mente el poco atractivo lugar que se presentaba ante sus ojos.

Los edificios, que parecían enormes bloques de cemento, se alzaban orgullosos hacia un hermoso cielo azul al tiempo que, aferraban con fuerza sus raíces a la generosa tierra, varios árboles repletos de hojas adornaban, cada cierto espacio, una acera estrecha y mal dibujada, algún transeúnte despistado paseaba con su perro, mientras otros se colaban en la misma tienda que Ramón Lender. Coches aparcados a un lado, ocupaban la mitad de la calzada, por la otra mitad se movían los vehículos con escasa frecuencia. Casi enfrente de ella, un centro comercial se presentaba en toda su modernidad, apareciendo como un anacronismo, en medio de tanto edificio antiguo. La gente era engullida por sus puertas correderas, donde durante un tiempo convivían con zapatos, golosinas, ropa, aparatos para hacer deporte, bolsos, cafés, bisutería, cosméticos y un sin fin de objetos que se exhibían orgullosos sobre las impolutas estanterías. El resto de locales comerciales que salpicaban la calle, estaban ocupados por tiendas de chinos, un par de ellas dedicadas a la alimentación y otras dos vendían todo tipo de artículos, desde un sencillo bolígrafo hasta un sofisticado taladrador.

Cuando los ojos de Karlo, vieron a lo lejos, el cuerpo de Ramón Lender salir por la puerta de la extraña tienda, se ocultó tras la pared de un edificio y esperó impaciente a ver pasar, por delante de su improvisado escondite, la familiar figura de su padre. Esperó más tiempo del necesario para recorrer la distancia que los separaba y, a punto estuvo de mostrarse, cuando Ramón cruzaba al lado de la pared que lo mantenía oculto. Permaneció quieto, controlando su agitada respiración, si su padre lo descubría, encontrar una excusa creíble, iba a ser harto complicado. Mentalmente calculó el tiempo y se despegó de la pared cuando supuso que ya habría pasado. Vio su espalda cerca, bastante más próxima de lo que imaginó, por lo que, le dejó caminar sin cesar de observarlo mientras permanecía clavado al suelo. Solo dio su primer paso cuando, entre ambos, hubo suficiente tierra por medio.

De tanto mirarlo pudo ver que, en una de sus manos aferraba lo que parecía un papel, con la otra también sujetaba algo, pero fue incapaz de distinguir el qué. De todos modos pronto lo sabría, pues Ramón Lender lanzó el objeto en una papelera. El joven se acercó cauto a la basura y pudo ver entre la porquería restos de galleta, estuvo a punto de coger uno de los pedazos, pero el pudor venció a la investigación y lo dejó pasar.

Se desprendió de su padre cuando lo vio cruzar la puerta de la oficina, iba tan cabizbajo que parecía haber menguado de estatura, Karlo se preguntó por enésima vez, acerca del lío en el que andaba metido y, si debía perseguirlo por toda la ciudad. A ratos le asaltaban ese tipo de dudas, cuestionándose lo que estaba haciendo. En vez

de investigar a su propio padre, quizás sería más honesto, hablar seriamente y forzarlo, de algún modo, a sincerarse con él.

Intentó alejar esos pensamientos, porque sabía que cuando Ramón Lender se cerraba en banda, no existía forma humana de hacerle cambiar de opinión. Había decidido mantenerle al margen de su historia y Karlo jamás lograría convencerle de lo contrario.

Decidió volver a la extraña tienda. Desanduvo rápido el camino y, en menos de media hora en taxi, estaba de nuevo enfrente de una pared, llena de dibujos raros. Leyó el cartel Santería "La dulce galleta" y entornó los párpados, convencido de haber leído mal. Al comprender que sus ojos no le habían fallado, decidió entrar con la esperanza de entender algo acerca de la tienda o de su padre.

Cuatro personas aguardaban enfrente de un aburrido mostrador donde, lo único que se exhibía eran grandes galletas de distintos colores. El extraño olor, una mezcla entre incienso y dulces, se le pegó a las aletas de la nariz impregnándole hasta el cerebro, de tal modo, que tuvo la sensación de ser incapaz de pensar. El lugar, se dijo Karlo, era una especie de disparate, una mezcolanza de objetos imposibles de unir que, sin embargo, en aquel pequeño espacio, aparecían juntos sin orden ni concierto. La razón no tenía cabida entre aquellas cuatro paredes que, lo mismo albergaban un amasijo de amuletos que unas terrenales galletas; la realidad del pasado con la esperanza de atrapar el futuro. Allí lograban convivir juntos los olores etéreos con los reales, alcanzando su máxima expresión lo divino y lo humano.

Observó a la mujer (y supuso la causante de aquel disparate), que tras el mostrador, atendía con media sonrisa a unos clientes sumisos que esperaban su turno. Tenía las mejillas encendidas y varios bucles de su curioso cabello rojizo, se escapaban de un inútil gorro negro, incapaz de cumplir su cometido. Karlo, descarado la observó atender con entusiasmo a cada uno de los clientes, movía sus ágiles manos hacia las galletas, atrapándolas en medio de servilletas de papel que recorrían el corto camino de vuelta hasta terminar, entre los dedos de dichos clientes. Ellos parecían encantados como si recibieran un don divino y alguno, ni siquiera esperaba a cruzar la puerta, allí mismo rompía la galleta y, absorto, memorizaba cada una de las palabras escritas sobre el papel extraído de las entrañas de dicha galleta.

A Karlo todo aquello le pareció la consulta del tarot. La mujer del pelo encendido y ojos verdes como los campos, aprovechaba la credulidad de la gente para hacer negocio. Era un hombre pragmático y, cualquier cosa que tuviera que ver con el esoterismo le parecían majaderías, actividades de personas sin escrúpulos que utilizaban las debilidades ajenas en su propio beneficio: echadores de cartas, videntes, lectores de manos... todos eran parásitos sin oficio ni beneficio. Amina fue incluida en el mismo saco y, desde el instante que contempló su cuerpo moverse tras un mostrador lleno de galletas, etiquetó a la joven en la categoría de los indeseables y, con semejante actitud, sus fríos ojos marrones, tuvieron que enfrentarse a la calidez de una acogedora sonrisa que, limpia de prejuicios, recibió a Karlo con la alegría del hijo pródigo.

—¿Qué le pongo?

Fue la escueta pregunta de Amina. Se sabía observada por el hombre del traje, pero una vez más, supuso que su extraño negocio era el causante de esa actitud. La gente entraba por primera vez movida por la curiosidad, luego la necesidad los impulsaba a volver hasta convertirlos en clientes habituales. Tuvo que explicar al hombre de la insistente mirada, como funcionaba aquello. Lo hizo despacio y con entusiasmo, nadie había entrado tras él y le atendió sin prisas, explicando al detalle lo que consideró

oportuno.

—Es decir, que... según tú, mi día a día depende de lo que diga una... ga lle ta.

Dijo Karlo con ligero sarcasmo. Amina vio tal escepticismo en sus ojos que tuvo dificultades para seguir defendiendo algo en lo que tampoco creía. Las recomendaciones salían del teclado a lo loco, primero juntaba sílabas, luego palabras, más adelante frases para finalmente, lograr un texto que iba directamente al interior de la galleta. Ella había sido la primera sorprendida en el resultado, jamás imaginó que la gente reaccionara tan bien a sus palabras, comenzó como un juego ante la falta de alternativas y se estaba convirtiendo en una necesidad para muchas personas. Ella no tenía un espíritu tan sensible capaz de desentrañar el misterio de la vida, tampoco aspiraba a ello, simplemente luchaba por comer cada día y escribiendo estupideces sobre un papel, de momento lo estaba logrando.

—Más o menos.

Fue su escueta respuesta. Karlo observó con curiosidad a la joven en busca de algún rastro burlón o cínico, pero no lo halló por parte alguna. Un gesto sobrio enmarcado en un rostro de líneas suaves, se afanaba en mostrar tal inocencia, que Karlo pensó estar ante la pureza personificada o la mejor de las consumadas actrices. No intercambiaron más preguntas, aclaraciones o respuestas, el hombre se limitó a girar sobre sus talones para dirigirse hacia la puerta abierta de par en par, mientras Amina observaba, con el ceño fruncido, su espalda alejarse hasta perderlo de vista.

Caminó por la calle a paso rápido, pronto sintió la necesidad de refugiarse entre las paredes de su casa y hacia ella se dirigió. Tomó un taxi y con el rostro encendido de Amina bailando dentro de su cerebro, se tiró, cuan largo era, sobre el acogedor sofá que le recibió con los cálidos brazos del viejo amigo. De vez en cuando, grandes tragos de la cerveza que reposaba en una de sus manos, se deslizaban por su seca garganta devolviendo a la cabeza, la exhibición y lujuria que el alcohol proporciona.

A Karlo los verdes ojos lo persiguieron durante dos días hasta que les plantó cara y decidió deshacerse de ellos. Cada vez que, insistentes se mezclaban entre sus pensamientos, con un manotazo al aire los sacudía, devolviendo así la cordura a su cerebro.

Siguió persiguiendo sin sentido a Ramón a lo largo y ancho de una ciudad que, de vez en cuando, se mostraba hostil, impidiendo con sus semáforos, señales o tráfico, la consecución de sus planes. Sin apenas darse cuenta, se veía inmerso en calles desconocidas y con su padre alejado de su vista y vida, en esas situaciones no tenía más remedio que recuperar el camino de vuelta y regresar donde había empezado, sin saber dónde y con quién estaría Ramón Lender.

No descubrió gran cosa, lo más interesante fue saber que su padre tenía tratos comerciales con un asiático, chino para ser más exactos, ambos habían ido a ver un local vacío, en una buena zona de Madrid, se trataba de una calle bastante céntrica y estaba situado en una esquina, el lugar perfecto para poner en marcha cualquier negocio. A parte de eso, nada a destacar, Ramón Lender llevaba una vida tranquila y normal, más o menos como el resto de los mortales. Pasaba la mayor parte del tiempo dentro de la oficina y cuando estaba fuera, habitualmente era a consecuencia de ella: un cliente que visitar, un papel que arreglar o un contrato que negociar. Su vida era la empresa y a ella le dedicaba la mayor parte de su arrolladora energía, que últimamente, reconoció Karlo, estaba siendo un poco más laxa de lo habitual.

A Ramón Lender los diablos en la cabeza no le dejaban vivir tranquilo, aparentaba normalidad, pero por dentro, un hervidero de incómodos pensamientos azotaban su vida últimamente con mucha frecuencia. Notaba cierta desazón en el alma que, en demasiadas ocasiones, le asaltaba casi por sorpresa, convirtiendo su estado anímico en un conjunto de crueles nervios empeñados en desbaratar su sosiego espiritual.

Volver y entrar a la pastelería, había sido un error, los negocios y los sentimientos no hacían buena pareja, los unos interferían en los otros y viceversa, impidiendo así, actuar con objetividad. Empezaba a ser esclavo de la conciencia y, si quería seguir haciendo mucho dinero, debía dejar ésta a un lado y actuar como lo había venido haciendo hasta ahora, nada de sentimentalismos, ni tonterías de ese tipo. Ramón Lender era un tipo duro para ciertas cosas, con las personas no, con la gente su corazón era generoso, pero cuando la economía estaba en medio, el pedernal sustituía a la generosidad.

La absurda pastelería se le había metido dentro como un mal recuerdo y se estaba quedando en ella para pellizcarla y devolverle una vida pasada, que prefería no recordar. La primera vez que entró fue como un mazazo, los recuerdos se habían ido borrando con el tiempo, pero al cruzar la puerta, el olfato y la vista, le trajeron lo que el cerebro había escondido en el subconsciente. El olor, las galletas, el lugar y sobre todo la joven, le transportaron a los años en los que el niño Ramón, corría como una cabra loca por las calles del barrio, escapando en muchas ocasiones de los coscorriones y quantazos que su padre le soltaba. Aprendió a mimetizarse con el aire y a desaparecer cuando las cosas en casa pintaban mal. Era el más listo de los ocho hermanos lo que le sirvió para escapar en muchas ocasiones del resentimiento paterno y, en algunas del materno. Desde muy pequeño supo cuando sobraba en la casa y, antes de ver alzar la mano a cualquiera de sus progenitores, el niño Ramón Lender, ya había desaparecido entre las intrincadas y estrechas calles del barrio que le vio nacer.

Iba a casa de Juan, el panadero o donde Dolores, la portera del edificio más chulo que había visto en su corta vida. Con ellos jugaba a ser mayor, pero sobre todo buscaba el ansiado calor que los suyos le negaban. En otras ocasiones, las sucias calles eran su compañía, sobre ellas descargaba su ira infantil cuando los gritos en casa superaban lo mínimamente razonable; la frustración que sentía, la volcaba directamente sobre unas calles silenciosas, testigos mudos de su ajetreado espíritu que no descansaba hasta convertir la ira, en algo que se asemejara a una especie de paz silenciosa.

La maldita pastelería había traído a su memoria todos estos recuerdos y alguno más que guardaba escondido en alguna parte. A través de la joven del pelo rojo, los recuerdos de unas cálidas manos, acudieron en tropel a su cabeza y, una vez más, se maldijo por dejar que estas sensaciones le influyeran tanto que, de algún modo, se estuviera cuestionando lo que hacía. Ramón tenía un alto concepto de sí mismo, se consideraba altruista y generoso, incluso le preocupaba la extrema miseria en la que vivían demasiados seres humanos, por eso no entendía los remordimientos que le asaltaban cada vez que la estúpida pastelería, se cruzaba en sus pensamientos. La duda y el remordimiento eran calificativos que desconocía y, últimamente, se habían instalado en su casa y, al parecer, no querían largarse.

Además debía añadir el problema de Karlo, estaba muy raro ese chico, se quedaba observándolo con insistencia, como si no lo reconociera y en cuanto sus miradas se cruzaban, disimulaba con una extraña sonrisa, que no convencía a nadie y menos a él, que lo conocía como si formara parte de sus entrañas. Se mostraba huidizo y escrutador, atento a cada uno de sus pasos, y pendiente hasta el hartazgo, de su estado anímico, Ramón intuía que le estaba siguiendo, aunque no lo había podido

comprobar. Cuando su hijo se lo proponía era bien escurridizo.

De todos modos a ese respecto, estaba relativamente tranquilo, aunque estuviera todo el día pegado a sus talones, con ese método no encontraría nada. El problema era, si a Karlo se le ocurría investigar sus finanzas, si lo hacía, lograría encontrar todo el dinero oculto en Nauru. El chico era demasiado listo y, probablemente, si insistía en la investigación, terminaría localizándolo a pesar de la protección existente en torno a ese tipo de cuentas.

Había sido una operación limpia y sencilla, solicitó un crédito en un banco español de cinco millones de euros para adquirir varias obras de arte, dicho dinero lo ingresó en la cuenta de Nauru, perfectamente justificado con la documentación facilitada por dicho banco español, a los quince días devolvió el crédito solicitado, alegando que finalmente no había adquirido las obras de arte y así, Ramón Lender colocó gran parte de su dinero negro en un paraíso fiscal. Aparentemente todo era legal, pero Karlo desconocía esa operación y si le daba por investigar su pasado financiero, tal vez localizara algo. De todos modos, no comprendía por qué tanta insistencia, simplemente se había comportado "raro" durante un día y, aunque no había ido a trabajar, no le parecía motivo suficiente para que Karlo siguiera al cabo de diez días pendiente del asunto.

Pensó y repensó el modo de distraerlo, debía encontrar algo que le alejara de su objetivo, tal vez si lograba que se centrara en otra cosa, se olvidaría del tema. No podía ser tan difícil, al fin y al cabo (quiso tranquilizarse), sus "negocios" eran tan "limpios" que, incluso para su obstinado hijo, sería casi imposible encontrar algo, no obstante, alejarlo era tan buena idea que, Ramón Lender, dejó su cerebro en blanco para centrarse en exclusiva en el modo de separar las narices de Karlo de sus asuntos.

Caminó sobre la alfombra de su despacho, golpeando fuerte el suelo con los pies, y recorriendo con insistencia el espacio que separaba una pared de la otra, se paraba enfrente de la ventana para mirar sin ver, el exterior, mientras sus pensamientos, metidos en un bucle, daban vueltas sobre lo mismo, luego se acopló en el sillón, con las palmas de la mano sobre el estómago y la mirada fija en el techo, hasta que una pequeña luz se fue filtrando a través de sus pensamientos y, por fin Ramón Lender, con una leve sonrisa, agarró un vaso de whisky escocés (Cardhu de doce años), simuló un largo brindis con la nada y comenzó de forma inmediata a trazar su plan.

## CAPÍTULO V

Había sido un día tan extraño que, aunque ya estaba en su casa, a punto de ser llevada por el reparador sueño, a un mundo desconocido, pero tranquilo, su cerebro seguía reviviendo parte de los momentos de la tienda. Primero fue el hombre mayor, gordito y calvo, había cruzado la puerta con el mismo gesto y actitud de la primera vez, cuando Santería "La dulce galleta" todavía era croissantería "Le petit bocado", con el rostro contrariado y observando a la joven como si no se creyera su existencia. Compró una galleta, que previamente señaló con el dedo y, sin decir una sola palabra, cruzó de nuevo la puerta en sentido contrario. Por fortuna, había más gente en la tienda y Amina se sintió protegida, los locos entran y salen de nuestras vidas con más frecuencia de la que imaginamos.

Después le tocó el turno al otro, el atractivo hombre del traje, que la miró como si hubiera cometido algún delito, tuvo duras palabras hacia ella, tanto las que salieron de su boca como las que se quedaron dentro, sus silencios y miradas fueron tan elocuentes, que un regusto amargo se le pegó a la boca y, a pesar de las horas transcurridas, todavía lo seguía notando.

Fueron momentos tan absurdos, pero tan presentes en su cabeza que, Amina deseó poder eliminarlos de un manotazo y continuar como si nunca hubieran sucedido, pero por alguna extraña razón que escapaba a su entendimiento, volvían una y otra vez, dándoles una importancia que el sentido común no comprendía.

Un par de papeles más y ya podía dormir tranquila. Terminó de redactar las sentencias mientras daba largos tragos de agua a la botella que descansaba al lado del teclado: "Buscar la armonía con tu cuerpo y tu espíritu será muy difícil y lo sabes, pero sientes que hoy, cuando has despertado por la mañana, tienes la inspiración necesaria para lograrlo, procura esforzarte y antes de terminar el día la habrás encontrado". Amina por fin había escrito el último de los papeles y apagó el portátil en cuanto terminó de imprimir todo. Cada día debía trabajar durante más tiempo redactando los párrafos, ya que las ventas aumentaban diariamente, incluso había ratos en los que la gente se apretaba en la tienda, guardando escrupulosamente su turno y, aunque le parecía increíble, los hechos le estaban indicando claramente que el negocio empezaba a resurgir, exactamente igual que el ave Fénix.

Encantada, aceptaba el giro tan inesperado que en su negocio se estaba produciendo, incluyendo en el lote la inoportuna presencia de aquellos dos, estaba dispuesta a escuchar palabras similares a las de Karlo si a cambio, la pastelería de la abuela seguía en pie y con ella su orgullo. A parte del tema económico que, desde luego, era fundamental, estaba lo otro, la vanidad, el amor propio, o cualquier adjetivo que tuviera que ver con su "ego". Estaba harta de las estridentes y ampulosas palabras de su madre: humillante, infamia, ridiculizar... todavía seguían resonando en su cerebro como latigazos. Amina necesitaba cambiar el curso de la repetitiva y cansina historia que cada día se producía en casa de sus padres, necesitaba demostrar a su madre que era una mujer adulta, capaz de triunfar y salir adelante sin ayuda. Estaba deseando mirarla de frente, con los ojos limpios de rencor y devolverle hasta el último euro.

Se durmió con el rostro de Karlo bailando dentro de su cabeza y las arrugadas manos de la abuela manipulando galletas de diferentes colores.

Antes de ver el brillante sol, naranja como una bola de fuego, mostrarse tras el



horizonte, la joven ya estaba en pie, dando forma a la harina entre sus dedos, manipulando la masa cuyo interior albergaría los papeles escritos el día anterior. Sus blancas manos se movían ágiles, mientras la suave música envolvía la atmósfera con sus acordes para colarse a través del oído de Amina, que la recibía con una sonrisa en el rostro.

Era sin duda, el mejor momento del día, sentía la masa florecer entre sus dedos, el suave tacto recorrer la palma de su mano, el olor del azúcar, la nata, el chocolate, la fresa, la crema, se confundían en el aire, golpeando directamente dentro de su nariz dispuesta a llenarse del rico aroma. Sus ojos lo vigilaban todo, atentos a cualquier suceso inoportuno que alterara el maravilloso momento y perturbara la paz entre la que se movía, el proceso de elaboración de las galletas. No era un trabajo, para Amina era un ritual lleno de tal belleza que el olfato, la vista y el tacto, alcanzaban su máxima expresión, toda la razón de su existencia se definía en ese preciso instante. Sus manos moldeando la masa informe eran dos artistas concentradas en tan sublime tarea, en la cabeza de la joven desaparecía su pasado y su futuro, solo el momento presente tenía valor.

Abrió la puerta de par en par, dejando entrar la luz y el calor del sol que, generoso, estrechaba con sus largos brazos a toda la humanidad, sin distinciones de rasgos ni colores. Amina lo dejó posarse sobre su rostro y durante unos segundos sintió su calor extenderse por todo su cuerpo hasta acabar en los pies. Contrariada abandonó tan preciado momento para colocarse tras el mostrador a esperar la llegada de los clientes.

El primero no se hizo esperar, una mujer joven muy maquillada, con altos tacones y envuelta en un demolidor perfume, cruzó recelosa la puerta. Mientras se acercaba a las galletas echó un vistazo a su alrededor olfateando el aire, luego clavó su azul mirada sobre Amina que, paciente, la esperaba con una amable sonrisa. Ya se había acostumbrado a la reacción de la gente la primera vez que entraban en su pequeño santuario. Siempre era igual, entraban suspicaces, se movían torpes entre el espacio que separaba la puerta del mostrador, luego miraban alrededor suyo, unos disimuladamente, otros no tanto, para finalmente solicitar explicaciones de cómo funcionaba aquello, ella lo explicaba lo mejor que sabía y, debía hacerlo bien, porque siempre compraban y habitualmente repetían.

—Disculpa, pero... supongo que vendes... galletas... pero la verdad es que el cartel de afuera, me ha despistado un poco.

La mujer de los altos tacones, escuchó atentamente la voz de Amina, mientras asentía de vez en cuando con la cabeza. Compró un par de galletas, una para ella y otra para su amiga, dio las gracias y se giró hacia la puerta por la que ya cruzaba otro cliente.

La mañana prometía agotadora, la gente entraba de forma asidua, y en las horas centrales fue un no parar. Todo el mundo quería galletas y alguno hasta las había bautizado como "las galletas de la vida". La joven atendía al público lo más rápido posible, pero a pesar de ello, hubo momentos para grandes colas, lo que atraía a la gente que pasaba al lado, tanto movimiento dentro de la tienda les llamaba poderosamente la atención y optaban por entrar también.

Amina estaba preocupada, si el mundo entero decidía comprar galletas, en breve se quedarían las estanterías vacías y, así fue. Media hora antes del cierre, no había ni rastro de ellas. Tuvo que colocar el cartel de cerrado, a su lado puso otro explicando el motivo del cierre y sin perder tiempo buscó, en un establecimiento del centro comercial, los ingredientes necesarios para hacer más galletas.

Se encerró en su "laboratorio" privado donde preparó la masa que se quedó reposando mientras, en su casa se liaba a escribir párrafos y párrafos sin ningún sentido, ni siquiera intuición, Amina escribía, sin orden ni concierto, lo primero que le venía a la cabeza, con el mismo criterio que usó desde el primer día que se embarcó en esta aventura. No comprendía por qué algo que estaba haciendo sin ningún sentido, ni fundamento, estaba teniendo tan buena acogida, pero no estaba dispuesta a perder el tiempo con disquisiciones filosóficas, ni éticas, lo necesitaba para seguir escribiendo. Su cabeza debía centrarse exclusivamente en la pantalla del portátil y olvidar el resto de asuntos que, en ese preciso instante, carecían de importancia.

Estaba agotada al cruzar de nuevo la puerta de la "Santería", con el bolso lleno de los pequeños papeles que, introdujo en las entrañas de las galletas cuando éstas terminaron de hornearse. En un tiempo récord, tres horas y media, abrió la tienda con las estanterías abarrotadas de hermosas y olorosas galletas con las correspondientes sentencias en su interior.

Por la tarde sucedió lo mismo que a lo largo de la mañana, la tienda se llenó unas cuantas veces y otras, el chorro de gente fue constante. No hubo tiempo para el descanso y la tranquilidad, el cuerpo de Amina estuvo en activo siempre, hasta que llegó la hora de cerrar. Agradeció el momento con una especie de mueca sobre la boca, estaba tan cansada que era incapaz de mover un solo músculo. Sintió algo parecido a una náusea y recordó que no había comido nada en todo el día, excepto el desayuno, a su estómago no había llegado más que aire. Sintió debilidad en las piernas y agarró lo único comestible que tenía cerca: tres galletas.

Eran los restos de aquel increíble día. Las tres únicas galletas reposaban solitarias sobre las estanterías, como muestra de la batalla que la joven había librado. Estiró la mano hacia ellas y, extrayendo el papel de su interior, glotona las devoró. Los papeles fueron directamente a la basura, la curiosidad no pudo con ella y ni siquiera se molestó en echarles un vistazo.

Recogió todo y salió rápida hacia la calle, donde disfrutó de los últimos rayos de sol, que suavemente, lanzaban su débil calor sobre los mortales. Alzó la cabeza hacía un cielo color cobalto en busca de la luna, entre un par de edificios la descubrió, estaba llena, empezando la vida a lo lejos, pegada a la tierra, muy redonda y muy blanca. La disfrutó mientras caminaba hacia ella, como si fuera a su encuentro y en algún punto del planeta, ambas se pudieran fusionar.

Llegó a su casa y sin perder un minuto de tiempo, lanzó la mitad de su cuerpo en el sofá y con el portátil sobre las rodillas, comenzó a escribir. Lo hizo sin darse tregua y, tan solo se detuvo para hablar, poco más seis minutos, con su padre. Intercambiaron noticias, sucesos y alguna que otra opinión, se informó sobre los gemelos y su madre, a la que no había vuelto a ver, ni hablar desde la disputa en la tienda.

—Deberías venir a verla (dijo Vinicio por tercera vez, un tanto cansado por hacer siempre de árbitro), sabes que es muy orgullosa y no dará el primer paso... alguna de las dos tendrá que hacerlo, si no queréis pasar el resto de vuestras vidas evitando encontraros.

Amina respondió con el silencio, su padre tenía razón, pero el entendimiento con su madre se había convertido en imposible, esa guerra estaba perdida. Antonia tenía la capacidad de remover sus instintos más primarios, convirtiéndola en un ser tan irracional que, la agresividad era el único sentimiento que habitaba en su alma.

Se despidió de él para recuperar la intensa actividad en el ordenador. Las frases iban y volvían en su cabeza con la misma agilidad que sus dedos sobre el teclado, pensaba y escribía rápido, hasta crear tantos párrafos que sintió la mente bloqueada. Estaba tan saturada que tuvo que apartar el portátil a un lado, cerrar los ojos e intentar no sentir, ni pensar. Durante unos cuantos minutos se dedicó a dejar su cerebro limpio como la patena, solo un guiño interfirió en dicha limpieza: si las ventas continuaban a ese ritmo iba a necesitar ayuda.

El nuevo día, en cuanto a movimiento de gente, fue una copia del anterior, con la única diferencia de la previsión, la joven hizo tantas galletas que tuvo suficientes, a pesar de los nuevos clientes que se unieron a la fiesta. A la hora de cerrar se notaba realmente agotada, sumaba el cansancio de un día al siguiente y estaba empezando a caer en las redes del estrés. Dormía poco y apenas comía por falta de tiempo para lo uno y lo otro, Amina, consciente de no poder continuar con semejante ritmo, decidió colocar en el escaparate, un cartel solicitando un dependiente.

Estaba preparando el cartel, cuando escuchó abrir violentamente la puerta. Sorprendida miro hacia ella, y lo que vio le hizo temblar hasta las uñas de los pies. Un par de tipos con pinta de drogadictos, se plantaron en un tiempo récord en medio de la tienda. Llevaban dos navajas, de tamaño considerable, que movieron a escasa distancia de las narices de Amina que sintió, como el miedo paralizaba su cuerpo, dejándolo completamente rígido y sin poder mover un solo músculo, solo sus ojos alternaban el rostro de uno y de otro, el resto de su organismo se había quedado como si hubiera fallecido en ese mismo instante.

Una voz rota y violenta se escuchó en medio del terror de la joven, arañando su piel hasta hacer daño.

—La pasta, ¡danos toda la pasta!

Las estúpidas navajas la seguían observando de cerca, impidiendo que su cuerpo respondiera a la burda voz, los pies clavados en el suelo fueron incapaces de obedecer las órdenes del cerebro que, insistente, trataba de provocar algún tipo de reacción.

No era la primera vez que entraban a robarle, últimamente había tenido que verse sometida a semejante experiencia en tres ocasiones, y por un momento, creyó que uno de los drogadictos, repetía. Los tipos mal encarados que tenía enfrente parecían violentos, como si estuvieran dispuestos a cualquier cosa con tal de conseguir el dinero. Amina lo vio en sus turbios ojos, lo olió en el aire y sus ágiles dedos casi pudieron tocar la sinrazón que los movía.

—He dicho que me des toda la pasta, ¡joder!

Algo en su cerebro, una especie de resorte primario, logró mover su cuerpo que, obediente, se giró para buscar en la caja la recaudación de la tarde. Era bastante, y estaba cogiendo varios billetes entre las manos cuando de nuevo la voz rota, impactó entre las paredes y el techo.

—No me la juegues tía y, dámelo todo o te rajo de arriba "pa" bajo.

No tuvo opción, agarró todos los billetes y con ellos en la mano los extendió hacia los dos rostros iracundos que, escrutadores, estaban pendientes de cada uno de sus gestos. El que llevaba la voz cantante, y de momento el único que había hablado, estiró la mano hacia la suya para agarrar con fuerza los papeles que, con tanto esfuerzo la joven había logrado. La repulsiva mano del ladrón, rozó la suya, despertando en la

joven asco e ira a partes iguales, aquellos mal nacidos estaban mancillando su tienda y su trabajo, y desgraciadamente, no podía hacer otra cosa que obedecer las estúpidas órdenes de tan desagradables personajes.

—Venga tía, todo "pa cá"... vacía el cajón, que seguro guardas más pelás.

Volvió a hablar el mismo, acompañando sus palabras con leves empujones en la espalda de Amina para que se acercara de nuevo a la caja. La joven con las piernas blandas, dio un par de pasos hacia ella e introdujo de nuevo la mano para extraer el resto de billetes y las monedas que, con gesto de repugnancia, depositó sobre las manos extendidas del que no hablaba.

En poco más de cinco minutos la normalidad regresó a la tienda, con la misma violencia y rapidez que entraron, salieron. El aire quedó impregnado con el olor de los dos ladrones y un rastro como de burla, se ensañó con el miedo de Amina. Tristeza, decepción, rabia y mucho rencor se quedaron acompañando a la joven, que necesitó sentarse para que sus traicioneras piernas no la lanzaran directamente contra el suelo. Dos lágrimas ardieron sobre su rostro hasta quedar suspendidas en el filo del mentón, mientras con palabras entrecortadas, expresaba en voz alta sus pensamientos.

—¡Mal-di-tos, hijos de pu-ta!, ¡me lo han robado to-do!

Lo único bueno, si es que había algo bueno, en semejante situación, era que lo recaudado a lo largo de la mañana, no estaba en la caja, se lo había llevado a mediodía; además estaba el seguro que, supuso, se haría cargo de todo como en ocasiones anteriores.

Amina tardó en reaccionar. Colocó el cartel sobre el cristal, buscando dependiente cualificado, y con el susto por compañero, salió de la tienda. La rabia y el miedo se mantuvieron a su lado hasta llegar a casa, donde tuvo que hacer grandes esfuerzos para centrarse en la pantalla del portátil. Necesitó mucho tiempo hasta terminar todos los párrafos que consideró suficientes para rellenar galletas.

El nuevo día, lo recibió con la esperanza de que apareciera alguien que encajara en el negocio. Necesitaba ayuda y, tal vez la presencia de otra persona en la tienda, disuadiera a los ladrones y hechos tan desagradables como los del día anterior, no volverían a producirse. Tres mujeres se interesaron por el anuncio, dos jovencitas y una bastante mayor, pero ninguna le transmitió ni la profesionalidad, ni la empatía que Amina buscaba. Necesitó otro día para encontrar a la persona adecuada.

Olga entró en la tienda como un ciclón, arrollando todo a su paso, era pura energía y al rostro de Amina, acudió una sonrisa en cuanto la vio aparecer por la puerta. Hablaba muy alto y su risa atronadora hacía temblar el mundo, intercalaba chistes y chascarrillos en medio de las conversaciones y siempre había un punto de humor en cada uno de sus actos. Era la exageración en persona, desproporcionada en todo y con una generosidad que rayaba en la utopía. Olga mostraba su lado feliz, dejando las penas en los rincones más escondidos de su casa. Tenía cuarenta años, dos hijos casi independientes y un marido machista y gruñón al que seguía queriendo, a pesar de ser un nulo merecedor de tanto cariño. Amina y Olga eran las dos caras de una moneda y como polos opuestos se sintieron inmediatamente atraídas la una por la otra.

Comenzó a trabajar al día siguiente, se colocó tras el mostrador y empezó a repartir galletas a diestro y siniestro. Su presencia confundió a los clientes habituales que, se habían acostumbrado al trato exquisito, cordial y un tanto lejano de Amina. La nueva dependienta, era tan estridente y cercana que su presencia anulaba toda la

parafernalia del lugar, convirtiéndolo en un sitio sencillo, sin el halo de secretismo que Amina había impreso sobre cada objeto, solo cuando se hacía visible, moviendo su cuerpo tras el mostrador, el entorno recuperaba de nuevo su aire de misterio.

Las galletas volaban de las estanterías y Amina escondida en su "laboratorio" se dedicaba a elaborar más, mientras Olga atendía a los clientes. Disfrutaba del placer de la masa entre sus dedos y se imaginaba a la abuela haciendo lo mismo sesenta años atrás.

Al pensar en ella una sonrisa iluminaba su rostro, recordando el momento en el que dio el visto bueno a la tienda. Todavía sentía su calor cuando, agradecida, se acurrucó entre sus brazos, la abuela aceptó generosamente el infernal giro que había dado al negocio que ella sola, sin más ayuda que sus propias manos, había puesto en pie. Asumió los cambios que Amina, acuciada por las deudas, tuvo que efectuar y la animó a seguir hacia adelante. La abuela era así, sorprendente en cada uno de sus actos, tanto para lo bueno como lo malo, su posición ante cualquier hecho o circunstancia en raras ocasiones era predecible, solía tomar el camino menos transitado y por tanto el más difícil.

Por la tarde el ritmo de la tienda no decayó. Olga enseguida se hizo con el trabajo y buscó la ayuda de Amina en tan solo un par de ocasiones. Era una mujer resuelta y tenía recursos para salir al paso de cualquier situación por complicada que fuera, de todos modos, el trabajo no entrañaba dificultad alguna y enseguida se sintió como pez en el agua.

Amina se llevó el portátil a la tienda y aprovechaba para escribir sobre la pantalla el "futuro" de los clientes. Mientras una despachaba al público, la otra escribía y en los escasos ratos que se quedaban solas, narraban retazos de sus vidas. Al principio fueron cosas sin importancia, pero poco a poco, llegaron las confidencias y con el tiempo trasvasarían la relación profesional, forjando una gran amistad que permanecería para siempre.

La presencia de Olga en la vida de Amina fue un alivio, ya no llegaba a casa derrotada y las ventas seguían imparable, por lo que la joven decidió organizar su economía para empezar a pagar deudas. Por supuesto primero a los bancos, luego les llegaría el turno a sus padres, con suerte, si todo continuaba igual, en muy poco tiempo se habría librado por completo de ellas y podría disfrutar de cierta seguridad, y si la fortuna seguía estando de su parte, no tendría que volver a soportar rostros similares a los del par de energúmenos que le habían robado. Intentaba paliar esas situaciones con la presencia de Olga, convencida de disuadir con más probabilidad a los ladrones, si eran dos. La mujer esperaba siempre a que Amina cerrara y juntas avanzaban un tramo de la calle, hasta que llegaban al punto donde sus caminos se separaban para continuar solas.

Habitualmente, Amina regresaba a casa tras la jornada laboral y, solo en contadas ocasiones, hacía algo diferente como: ir de compras, tomar una copa con alguna amiga, ver una peli en el cine, cenar en un restaurante... eran pinceladas de color que, de vez en cuando, daba a su vida, acostumbrada de tal modo a la rutina, que cualquier suceso distinto convertía su tiempo en una fiesta.

Ese día la joven, no tenía ganas de sentir en su piel la soledad de la casa y decidió caminar sin rumbo, dejando que fueran sus pies los autores de la decisión. Caminó sin saber hacia dónde y durante mucho tiempo, disfrutando de una agradable temperatura a pesar de que el sol estaba a punto de ocultarse. Olfateó el aire envuelto en polución y

ruido y se detuvo para observar a su alrededor. No sabía en qué parte de la ciudad se hallaba y siguió observando y caminando, hasta encontrar algún punto de referencia conocido.

Era una zona relativamente céntrica, llena de altos y modernos edificios, la gran mayoría usados como oficinas, pero algunos como los hogares de unos cuantos privilegiados. Las calles eran amplias y las aceras tan anchas, que Amina se preguntó ¿por qué tantas diferencias de unos barrios a otros?, en su calle, cuando dos personas se cruzaban, casi debían hacerlo de lado, eran estrechas, con grietas y en muchas ocasiones la limpieza brillaba por su ausencia, y además estaban las cacas de los perros, esos desechos inmundos que muchos dueños se negaban a recoger. Milagrosamente en las aceras que en ese instante pisaba, no había ni un solo trozo de caca, como si allí los seres humanos fueran más civilizados o los barrenderos recorrieran la calle con más frecuencia.

De pronto se frenó y un sudor frío se empeñó en recorrer todo su cuerpo hasta sentirlo empapado, su blusa aparecía mojada en axilas y espalda y una enorme bola de saliva se le quedó atravesada en la garganta. Empecinada en lanzarla hacia abajo, repitió infructuosamente la tarea de tragar varias veces, pero la bola continuó allí, áspera y seca, hasta que la joven tuvo que obviar su existencia. Clavada en el suelo y entregada por completo a la falta de voluntad, vio a una distancia relativamente próxima a ella, a uno de los tipos que había robado en su tienda, concretamente el que llevaba la voz cantante. Habían transcurrido cinco días desde el suceso y Amina tenía su rostro y ojos perfectamente clavados en el cerebro, como si hubiera sucedido hacía escasos minutos. La probabilidad de error era cero, además su cuerpo en alerta lo confirmaba.

Siguió con la mirada el magnífico coche al que subió, era un vehículo de alta gama y el ladrón se sentó en el asiento trasero. El coche salió zumbando y Amina, aunque trató de ver al conductor, no lo consiguió, pero sí logró memorizar parte de la matrícula, le faltó un número, el conductor salió tan rápido que no le dio tiempo.

La joven se quedó allí anclada, con la matrícula incompleta dándole vueltas dentro de la cabeza y pegada a su espalda, la burla de un destino que se dejaba entrever.

## CAPITULO VI

El teléfono sobre la mesa sonaba insistente, Karlo estaba comprobando un pedido y dejó que el cansino sonido continuara sus desacordes. El silencio se recuperó y siguió centrado en el papel que aferraba entre sus manos, con el ceño fruncido y la mirada clavada en las letras y los números.

De nuevo el teléfono se propuso por segunda vez, que el hombre mostrara un poco de atención hacia él, Karlo estiró el brazo y tras colocarlo sobre la oreja, escuchó atento la voz de su padre que le reclamaba.

—Necesito hablar contigo, ¡vente a mi despacho!

—¿Es urgente?, ¿puedes esperar diez minutos?

—No hay problema.

Karlo terminó de comprobar el pedido, hizo un par de correcciones y se lo entregó a Regina que lo dejó sobre la bandeja de los asuntos urgentes. Cruzó el pasillo que lo separaba de su padre y, a través de la puerta abierta, lo vio repantigado sobre el asiento, con las manos cruzadas encima del estómago y el rostro dirigido al techo. Era la postura típica que utilizaba para pensar siempre que se traía algún asunto entre manos, daba igual su naturaleza, se tumbaba sobre un cómodo asiento y dejaba caer el tiempo, hasta que su cerebro comenzaba a dar forma al tema.

—¿Y bien?, ¿de qué quieres qué hablemos?

Ramón Lender, cambió de postura, su cuerpo se colocó normal en el asiento y sus dos manos se apoyaron sobre la mesa. Observó a su hijo con tanta intensidad que Karlo pensó que, por fin, le iba a confesar en qué diablos andaba metido y quienes eran los dos capullos que le habían amenazado.

—He pensado en ampliar el negocio.

Karlo suspiró decepcionado. Estaba harto de seguir a su padre sin resultado alguno, excepto lo del chino y el local, el resto de la vida de Ramón era tan normal y aburrida que se preguntó, una y mil veces, si los dos tipos que le advirtieron sobre él, no se habrían equivocado de persona.

—Quiero abrir una oficina pequeña, con tan solo lo imprescindible y un par de furgonetas, como ves sería algo muy modesto, para no asumir muchos riesgos, ¿qué opinas?

—Bueno, en principio parece poca inversión, pero habría que hacer previamente un estudio de mercado.

—Lo sé, por eso te he llamado. Quiero que lo hagas tú, eres un buen analista y confío en tu criterio. Usa todo el personal y el tiempo que necesites para el proyecto.

Karlo no supo si sentirse halagado por las palabras de Ramón Lender. Era extraño que dejara un negocio (por modesto que fuera), de semejante envergadura en sus manos. Respecto a ese tema, su padre siempre tenía que controlarlo todo, para los asuntos importantes no confiaba en nadie, por ese motivo le pareció extraño que le permitiera a él tener el control.

—Pero... ¿por qué no lo haces tú?

Una suave carcajada se coló por el oído de Karlo y además, en voz bajita, las siguientes palabras.

—Ya estoy mayor, creo que la capacidad de mis neuronas está disminuyendo...

En tono jocoso siguió hablando.

—Shhsss, no se lo digas a nadie, no me gusta confesar estas cosas.

Ambos sonrieron, después se quedaron en silencio, uno esperando una respuesta, el otro rumiando la sorpresa de tan inesperada proposición.

—Bueno ¿cuál es tu respuesta?

—¿En qué ciudad sería?

No respondió de inmediato, se tomó su tiempo y cuando lo hizo una especie de jarro de agua fría cayó sobre Karlo.

—Había pensado en Burdeos, está cerca de España y...

—En BURDEOS (casi gritó Karlo), pero ¿por qué tan lejos y fuera de nuestro país?... creía que estábamos hablando de alguna ciudad próxima... ¿en Burdeos?, ¿por qué?

—Quiero abrir mercado fuera de España, por ese motivo solo confío en ti.

—Pero ni siquiera conocemos las leyes en Francia, papeles, permisos, en fin todo el lío que supone abrir un negocio.

—Por eso he dicho que te tomes todo el tiempo necesario.

Los dos hombres se enfrentaron con la mirada, padre e hijo vivieron tensos minutos, hasta que Karlo habló para preguntar.

—Somos una modesta empresa de transportes que funciona muy bien aquí, y entendería que quisieras ampliar en nuestro territorio, pero salir fuera ¿qué sentido tiene?

Ramón Lender sacó del cajón de la mesa el plano de la ciudad, un documento con un sin fin de estadísticas y otro con las empresas de transporte, similares a la suya, que operaban en Burdeos. Con todo ello sobre la mesa y un bolígrafo en la mano, explicó con voz pausada y lo más detallado posible el porqué de la elección de la ciudad y sobre todo las amplias posibilidades que creía haber visto en ella.

Fue un monólogo, Karlo se limitó a escuchar y asentir mientras su padre desplegaba todo su poder de persuasión, subrayando cifras, sumando números, restando gastos y finalmente rodeando con un círculo rojo las posibles ventas que, bajo su criterio, podían lograr.

—Tengo que pensarlo ¿de acuerdo?, no tengo ganas de ir a ningún sitio.

—¿Por qué no quieres ir?, ¿qué te retiene aquí?, eres libre de ir a donde quieras.

—Ya, pero ahora mismo, no tengo ganas de irme de aquí. También tú eres libre.

Dijo Karlo, con la evidente intención de aguijonearlo, pero Ramón Lender, no picó el



anzuelo y no se molestó en responder.

Salió del despacho para regresar al suyo y, entre la tranquilidad de las cuatro desnudas paredes, dio rienda suelta a la imaginación. En un principio, cuando su padre le habló del proyecto, pensó que era muy extraño, luego, cuando le mostró los datos con estadísticas tan analizadas y apoyadas en la ubicación de la ciudad, ya no supo que pensar.

Quizás no fuera tan descabellado y podría ser un comienzo para expandir el negocio, pero la idea de hacerlo fuera de España no le atraía en absoluto y no alcanzaba a entender los motivos de su padre. A pesar de ampararse en la crisis tan terrible que el país estaba viviendo, a Karlo no le parecía argumento suficiente, pensaba que lo más razonable era comenzar en territorio nacional, un medio ya conocido y con menos probabilidades de error, sin embargo, Ramón prefería apostar fuerte y arriesgarse a perder una suma importante de dinero.

Además estaba el otro asunto, si Karlo se embarcaba en el proyecto, que prometía ser largo, tendría que olvidarse de averiguar quiénes y por qué estaban vigilando a su padre y, francamente, no quería dejar eso de lado.

El día fue un tanto complicado para Karlo, se movía entre dos aguas y no sabía hacia qué lado tirar. Cuanto más pensaba en lo de Burdeos, más le atraía la posibilidad de cambiar de aires y empezar en otro lugar. No había nada que le atara, no existían cuerdas ni afectivas, ni sentimentales que le indujeran a echar raíces en una ciudad enorme, que en multitud de ocasiones se le aparecía hostil y deshumanizada. Solo Ramón Lender y el trabajo, le obligaban a vivir anclado en aquel espacio, y la idea de alejarse una temporada de su padre le pareció repentinamente tentadora, resolver sus propios conflictos sin echar mano de él, empezó a parecerle más que interesante.

Pero si se alejaba, adiós a la investigación.

Al final del día, tomó la decisión y con paso firme entró de nuevo en el despacho de Ramón. Su padre no estaba ni en el despacho, ni en lugar alguno de la oficina, ni siquiera Regina sabía dónde había ido, la mujer le aclaró que lo vio salir hacía unos diez minutos aproximadamente, pero no le dijo dónde iba, ni a qué hora volvería, se limitó a pasar delante de ella y con un "enseguida vuelvo", desapareció de su vista.

Karlo salió hacia la puerta, como si le persiguieran mil demonios, cruzó pasillos y bajó escaleras a la velocidad de la luz. Llegó a la calle y se paró en medio de la acera, girando su cuerpo en todas las direcciones. Lo vio justo en el preciso momento que salía disparado como una flecha, el inconfundible coche de su padre, corría despavorido, entre el tráfico, sorteando otros vehículos y en dirección contraria a la de su domicilio.

Pensativo se quedó clavado al suelo, decidiendo cuál sería su siguiente paso. La gente se movía a su alrededor con prisas, ya era tarde y desde luego, la hora punta había pasado, pero aún quedaban bastantes rezagados que acababan de salir del trabajo y tenían prisa por llegar a sus hogares, como si quisieran compensar a sus familias de todo el tiempo invertido en las oficinas. Karlo plantado en medio de la calle era un obstáculo para algunos que, ofendidos, mascullaban por lo bajo algún improperio contra el hombre que parecía ajeno a todo; hasta que la vio.

Fue su pelirrojo y rizado cabello el que detuvo su mirada, que se derramó con ira sobre ella, al reconocer a la joven impostora de las galletas. Estaba al otro lado de la calle y parecía absorta en algo. Karlo, sin pensar lo que hacía, cruzó la calle y en un par de

minutos estaba plantado frente a Amina, que al sentir la presencia de alguien parado a su lado, dio un respingo. Alzó los ojos hacia el hombre y un atisbo de reconocimiento, cruzó rápido su mirada. Le estaba observando cuando escuchó sus ininteligibles y furiosas palabras.

—¿A dónde diablos ha ido mi padre?

Ella permaneció callada esperando que le aclarara a que se refería exactamente, no tenía aspecto de loco, pero sus palabras eran pura chaladura.

A Karlo la presencia de la mujer lo había alterado por completo. Enfadado había bajado a la calle, convencido de encontrarse a su padre, comprando algo o paseando o bebiendo una cerveza... cualquier cosa típica, pero al ver su coche correr como si huyera despavorido, tuvo la impresión de haber sido burlado, que acababa de echar por tierra, todo el trabajo de persecución e investigación. Su padre se la había jugado. Para Karlo, era evidente que Ramón Lender, además de ocultarle algo, en ese momento estaba con el objeto de sus desvelos, había bajado la guardia con el nuevo proyecto y su padre había aprovechado la coyuntura para despistarle. Estaba enfadado por su despiste y la presencia de Amina no hizo, sino acentuar el cabreo, en apenas cinco minutos se preguntó cien veces que relación guardaban aquella mujer y el hombre que le dio la vida.

—Es que no me has escuchado, ¿dónde ha ido mi padre?

—Exactamente, ¿de qué me estás hablando?

—Sabes perfectamente de que te hablo, ahórrate la cara de inocente.

—Pero ¿quién te crees para tratarme de este modo?... no sé quién eres tú, ni quién tu padre, así que déjame en paz.

Amina con la dignidad intacta, giró sobre sus talones para alejarse de un Karlo boquiabierto y poco acostumbrado a semejante trato, y menos por parte de una mujer. Habitualmente era un hombre deseado por ellas, atractivo, educado, buen conversador y cuando quería, también sabía ser simpático, era lo que vulgarmente se conoce por "un buen partido". Sabía conquistar a las mujeres y, si aún permanecía soltero era por dos razones fundamentales: por un lado, le asustaba el compromiso y todo lo que conlleva y por otro sujetar su vida a una sola mujer le parecía absurdo.

En una ocasión estuvo enamorado hasta el tuétano y a punto de casarse, pero no funcionó y a partir de ese mismo instante, el subconsciente de Karlo actuaba por él, poniendo barreras entre su corazón y las mujeres.

—¡Ey!, espera, ¡no te vayas!

Corrió hacia ella. Cuando llegó a su altura, la sujetó por el brazo con intención de hacerla girar, pero Amina, al sentir la mano del hombre, empezó a sacudir con fuerza el brazo hasta que se soltó

—Vale, tranquila... ¡no voy a hacerte nada!

—¡No vuelvas a tocarme!

Le advirtió mientras sus ojos verdes lanzaban puñales hacia el rostro de Karlo. Estaba tan furiosa que si hubiera podido, le hubiera soltado un buen guantazo al chulo que tenía enfrente. Por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, aquel tío la

estaba siguiendo. Primero entró en su tienda, no para comprar sino para darle la charla acerca de las galletas y, con una desfachatez increíble, cuestionar su negocio y ahora para soltar incoherencias.

—No quiero que me toques, ni te acerques más a mí ¿te queda claro?

—Por supuesto que no me queda claro, quiero saber qué relación tienes con mi padre y hasta que no me lo digas, no tengo intención alguna de dejarte en paz.

—Pero ¿quién coño es tu padre, que no dejas de nombrarlo?

Karlo alzó el rostro hacia el cielo como si pidiera clemencia, la mujer le estaba haciendo perder la poca paciencia que le quedaba, ¡era imposible que no conociera a su padre!, ¿por qué estaba allí?, ponía cara de inocente y ofendida como si él hubiera cometido una gran afrenta, pero no podía ser casualidad la coincidencia en el tiempo y el espacio entre su padre y ella. Estaba usando la inocencia y la ofensa para confundirle, igual que había hecho en la tienda, donde también le mostró su rostro más virginal.

—Creo innecesario responder a esa pregunta.

Dijo Karlo encontrando restos de la poca paciencia que aún le quedaba.

—Entonces, supongo que ya podré largarme, si no consideras necesario aclarar de quien estamos hablando es...

—¡Volveremos a vernos!, tal vez en otro momento tu memoria esté más fresca.

No intercambiaron más frases, cada uno siguió su camino, Amina en busca del refugio de su casa, Karlo se encerró entre las cuatro paredes de su despacho, dispuesto a no moverse hasta que apareciera Ramón Lender, con la intención de sacarle hasta la última palabra de su extraño comportamiento.

Esperó poco más de media hora, el silencio en la oficina, fue testigo de los ligeros pasos de Ramón sobre el suelo. Ya no había nadie, los empleados se habían ido rápidos a su hora, sin regalar ni un solo minuto a la empresa, excepto Regina que se había quedado para terminar un par de asuntos pendientes, pero de eso hacía ya un buen rato, y el espacio que cada día ocupaba la mujer, también estaba vacío.

Karlo se incorporó de su asiento con la agilidad que da la desazón, cruzó rápido la distancia que lo separaba de su padre y con el rostro serio, se enfrentó a él.

—¿A dónde has ido?

La pregunta clara y concisa alcanzó de lleno la templanza de Ramón Lender que alzó la mirada hacia su hijo para descubrir un algo turbio que le empañaba los ojos, sus labios apretados y el ceño fruncido, le hicieron comprender que debía ser muy cuidadoso con la respuesta, si quería tranquilizar a Karlo.

—¡No esperaba qué siguieras aquí!, deberías haberte ido a casa.

—Papá, te he hecho una pregunta a la que me gustaría respondieras, ¿dónde has estado?

—¿Qué sucede, hijo?, ¿ahora te has convertido en mi guardián?

Dijo en tono desenfadado, mientras movía entre los dedos, la llave de la oficina.

—Vamos hijo, no pongas esa cara de amargura... he salido un momento, nada importante.

—Bueno, si no es importante, ¿por qué no me lo cuentas?

—Está bien, está bien.

Ramón, se hizo el misterioso y en tono confidencial, se acercó a su hijo que, intrigado, esperaba sus palabras.

—Pero antes quiero que me aclares algo, ¿me has seguido?

Ambos se miraron recelosos como si estuvieran en una competición y cada uno analizara a su rival. Ramón Lender permanecía con cierto halo de misterio como si fuera a confesar algún pecado inconfesable, Karlo, con el rostro grave, estaba pendiente de cada uno de sus gestos.

—Dime, ¿me has seguido?... supongo que no es una pregunta acertada, porque si lo hubieras hecho sabrías donde he estado.

Karlo negó con la cabeza, lo que dio vía libre a su padre para inventarse cualquier historia que pareciera verídica, lo hizo en tono tan bajito que su hijo tuvo que estirar el cuello para poder escucharle. Un halo de solemnidad acompañó cada una de sus palabras.

—Verás hijo, no sé cómo decírtelo, pero... si te empeñas... he estado (silencio), he estado con... una fulana.

Tan contundente afirmación no admitía ni preguntas, ni más explicaciones. La vida sexual era personal e intransferible, y cada uno la vivía como mejor sabía o las circunstancias se lo permitían. Si Ramón Lender optaba por satisfacer sus impulsos sexuales con profesionales, era algo que solo a él le competía y Karlo no era quien para cuestionar, ni juzgar. No dudó ni un solo segundo de las palabras de su padre, supuso que le dio un calentón y en lugar de masturbarse en el baño, prefirió salir urgente en busca de una prostituta.

La escena le dio risa y sin poder contenerse acercó su rostro al de su progenitor y con voz suave y muy bajita le espetó.

—Te voy a comprar una muñeca hinchable, la guardamos aquí, en tu despacho, bien escondida para que Regina no la encuentre, y cuando te venga el calentón le das unos cuantos meneos.

Ambos rieron con ganas, se había esfumado la tensión y el buen rollo regresó de la nada.

Era muy tarde y tras cerrar la oficina regresaron a casa. Karlo seguía instalado en el hogar paterno y ya tenía ganas de volver al suyo. Así lo hizo, acompañó a su padre, guardó en una mini maleta los cuatro objetos personales y necesarios, y antes de cruzar la puerta, miró detenidamente a Ramón Lender que, sentado en un sillón y liberado del traje y la corbata, descansaba cómodamente mientras observaba el ir y venir de su hijo.

Se acercó para sentarse enfrente e intercambiar las palabras que, desde hacía unos cuantos días, le ardían en la boca.

—Te voy a explicar, ¿por qué me he instalado en tu casa durante estos días?... he tomado una decisión, y ya no tiene sentido continuar aquí.

Se revolvió incómodo en el asiento, las palabras que iban a llenar el espacio durante unos cuantos minutos, eran tan delicadas que Karlo no sabía cómo expresarse. Su padre, reclinado en el sofá y con un vaso de whisky en la mano (otra vez Cardhu de doce años), permanecía atento, a la incomodidad de su hijo. Supuso que era uno de esos momentos transcendentales en la historia de las familias y con una ligera sonrisa, alentó a Karlo para que continuara.

—Verás, hace poco menos de veinte días, iba por una calle desconocida y dos tipos, a los que no pude ver el rostro, me colocaron una navaja en el cuello y me dijeron que te diera un mensaje.

Ni un solo músculo de Ramón Lender se alteró, como si estuvieran hablando otras personas, en otra casa y de un tema que no le afectaba en absoluto, su sereno rostro permaneció estable mientras su hijo continuaba hablando.

—"Dile a tu padre que le estamos vigilando", esas fueron sus palabras exactas.

Dio un largo trago de whisky, mientras clavaba los ojos en la ventana. Era noche cerrada y al otro lado se imaginó el mundo oscuro, sin formas, con los contornos de los objetos difuminados, en simbiosis con la negrura de la noche.

—¿Por qué has tardado tanto en contármelo?

—Supuse que no me aclararías nada ¿no es cierto?

—Debiste hablar conmigo, algo así no se oculta.

Ramón Lender estaba procesando en su cerebro la información, necesitaba encontrar una salida digna, algo que satisficiera a su hijo, o al menos, lo enredara un poco.

—¿Quiénes eran?... ¿por qué esa advertencia?

—Supongo que si te digo que no lo sé... no me creerás.

—No.

Tras otro largo trago de whisky, se incorporó del asiento para moverse por el espacio libre dejado por los muebles y adornos. Sus negros ojos, encendidos como brasas, se movían al ritmo de su cuerpo mientras se posaban, de vez en cuando, sobre un Karlo paciente que recibía, tanto las miradas como la actitud de su padre, con una tranquilidad digna de exhibición.

—Pues deberías hacerlo, soy tu padre, ¿por qué iba a mentirte?, ¿qué sentido tendría?

—No lo sé dímelo tú, porque soy yo quien no entiende nada. Es evidente que algo sucede, pero te niegas a compartir lo que sea, conmigo.

—¿Por qué es evidente?, es posible que un par de tipos que no conoces de nada ¿tengan más credibilidad que yo?

La conversación siguió en la misma línea durante bastante tiempo hasta que Karlo, cansado de dar vueltas y más vueltas sobre lo mismo, sin obtener absolutamente nada, decidió dejar el asunto. Estaba dolido con su padre, creía que entre los dos había más confianza y el secreto que se negaba a compartir con él, le hería como una afrenta,

pero comprendió que la conversación se había metido en un bucle del que Ramón se negaba a salir.

Echó un vistazo alrededor suyo, como si se estuviera despidiendo de la casa. Cada objeto estaba colocado en su sitio, sin desplazarse ni un milímetro del lugar asignado y además, todo estaba tan pulcro, que Karlo imaginó a Palmira limpiando durante horas cada uno de los muebles y enseres de la casa hasta arrancarles ese brillo utópico, que solo ella era capaz de extraer de cualquier objeto. Dirigió sus pasos hacia la puerta, su mano sujetó el picaporte y antes de empujarlo, habló a su padre cuya mirada estaba clavada sobre su espalda.

—He decidido aceptar el proyecto e ir a Burdeos, si te parece, mañana en la oficina lo concretamos.

Padre e hijo se separaron, el uno rumiando las novedades, el otro con el corazón disgustado e intentando remendar la desconfianza que se estaba abriendo entre su alma y la de Ramón Lender.

## CAPÍTULO VII

Los clientes entraban y salían tan rápido como las diestras manos de Olga eran capaces de atender a un público cada vez más numeroso. Todo el mundo quería galletas y, aunque tuvieran que esperar, lo hacían encantados, sus vidas, en gran parte dependían de ellas, saber lo que les iba a deparar el día les ayudaba a afrontarlo con más habilidad, sorteando los obstáculos ya previstos, gracias al papelito que escondían en sus entrañas.

El público aumentaba y las galletas disminuían, si las ventas continuaban así, en breve no quedaría ni siquiera una, como testigo de lo que allí había sucedido.

Amina, escondida en su "laboratorio", se afanaba por crear más. La masa reposaba tranquila en el frigorífico, hasta alcanzar la consistencia exacta, mientras la joven con el portátil sobre las rodillas, tecleaba párrafos y más párrafos para conseguir todos los necesarios y satisfacer al gran público.

Finalizada la tarea de inventar vidas, se dedicó a dar forma a la masa. De vez en cuando Olga la apremiaba para que se diera prisa, pues en las vitrinas el material se iba esfumando como el humo, pero Amina sabía que el asunto llevaba un proceso y las prisas solo servían para romper el flujo correcto de las galletas, la masa necesitaba su tiempo y la joven lo sabía y respetaba. La abuela también lo sabía y se lo transmitió a su hija y después, llegó a ella que asumió el legado como se asume el devenir de los días: con absoluta normalidad.

Cuando la masa estuvo lista, la mezcló con el chocolate derretido y la introdujo en los moldes, dos para cada galleta, y sin perder tiempo fueron directas al horno, donde se cocieron al ritmo exacto que Amina les impuso. Las extrajo de los moldes, en uno de ellos introducía el papelito y colocaba el contenido del otro molde encima, los unía con melaza y volvían al horno durante escasos minutos para que las dos partes de la galleta se unieran dando aspecto uniforme.

Estaba concentrada en la tarea, pero sus pensamientos escapaban de vez en cuando de su control, y el rostro alterado de Karlo, junto al cuerpo del ladrón entrando en el espléndido coche, acudían a su cabeza donde, insolentes, se mezclaban con el perfume de las galletas.

La joven se había preguntado cientos de veces ¿quién le estaría dando cobertura al ratero?, ¿el tipo del coche sería su jefe?, pero no tenía ningún sentido, los ladrones de poca monta trabajan para sí mismo, con el único fin de comprar droga, alcohol o lo que sea. Desde luego, apostaría fuerte a que los dos tíos que entraron a robarle, pertenecían a ese grupo, no se los imaginaba metidos en una gran organización maquinando los robos, tenían pinta de ser dos yonquis alterados por la necesidad de heroína y con mucha prisa para conseguirla, habían entrado en su tienda, porque era más sencillo que en el centro comercial, donde habrían estado mucho más expuestos.

Y luego estaba el tío del traje, Amina se preguntaba ¿qué demonios le ocurriría?, no le conocía de nada, sin embargo, él sí parecía conocerla, todo en él era tan extraño que la joven era incapaz de encontrar algo de normalidad en su actitud. Parecía tan cuerdo y, sin embargo, tan imposible de comprender sus locas palabras que, por más que analizó cada sílaba dicha, no encontró la cordura por ningún lado. Todas las frases que intercambiaron eran un disparate, la obsesión con su padre, constituía el centro de la conversación y a pesar de insistir que no le conocía, sus palabras debían frenarse en

algún lugar, porque el tío no había dejado la cantinela ni un solo momento. Un hombre tan atractivo y tan desubicado, ¡lástima!

Recordó su rostro cuando la sujetó por el brazo, y ella le gritó que la soltara, parecía avergonzado, como si hubiera cometido una falta grave, incluso sorprendido por actuar así. Sus últimas palabras "Volveremos a vernos, tal vez en otro momento tu memoria esté más fresca", permanecían tan incrustadas en su cabeza que Amina estaba convencida que serían ciertas, algo en su interior le auguraba otra puesta en escena, similar a la sucedida en pleno centro.

Terminó la tarea y con ello la tranquilidad regresó al espíritu de Olga que, desde hacía un buen rato, estaba dando mucha más conversación de lo habitual a los clientes, con la intención de alargar el tiempo todo lo posible para que Amina pudiera abarrotar de nuevo las estanterías de galletas. Respiró hondo cuando la vio aparecer con la primera bandeja, el magnífico olor ocultó momentáneamente, el incienso y los clientes que esperaban, abrieron las aletas de la nariz para disfrutar del inesperado regalo, incluso alguno manifestó a la joven lo anacrónico que era usar palos de incienso en semejante lugar.

A lo largo de la semana las mujeres trabajaron sin descanso, apenas tuvieron tiempo de parar a reponer fuerzas, cada día los clientes se agolpaban en Santería "La dulce galleta" como si no existiera otro sitio a donde ir, el lugar se había convertido en un trájín constante y ni Amina, ni Olga tenían capacidad para asumir lo que estaba sucediendo.

—¡Esto es una locura!, he estado años detrás de ese mostrador suplicando para que alguien entrara y ahora es como si hechizáramos a la gente, ¡siempre vuelven!

Confesaba Amina a una Olga casi tan sorprendida como ella al ver que un negocio tan escueto, podía atraer tanto público. No existían espacios donde solo se vendieran galletas y, sin embargo, las pruebas eran más que evidentes.

La abuela se dejó caer, una tarde por allí. Amina la recibió con tanta alegría que durante un buen rato abandonó sus obligaciones profesionales para compartir su tiempo con ella. Olga se quedó atendiendo el negocio mientras las dos se sentaban en la terraza de una cafetería a disfrutar del café y de la charla.

Hablaron de galletas, del país, de la crisis y finalmente del enfado de Antonia y Amina que fue el tema estrella y ocupó el resto del tiempo. No se habían vuelto a ver, a pesar de la insistencia de Vinicio que, en varias ocasiones, intentó acercarlas. Ambas eran demasiado testarudas y lo que empezó siendo una tonta riña entre madre e hija, se estaba agrandando y alargando hasta el infinito.

—Bueno niña, ya soy muy mayor para perder el tiempo tratando de entender las tonterías, si no quieres disculparla no lo hagas, pero no justifiques tu actitud magnificando lo que te hizo. Dijo unas cuantas bobadas ¿y qué?, ¿hay alguien que no las diga?

Soltada la sentencia, enseguida se incorporaron de los asientos. Había sido una tarde agradable, la temperatura perfecta y la compañía de la abuela, animaban el espíritu de la joven renovando sus ganas de vivir. La acompañó hasta localizar un taxi y antes de subirse a él, dirigió a su nieta unas cuantas palabras en forma de consejo.

—Has acertado con el negocio, aunque no es bueno confiarse, parece que has encontrado la gallina de los huevos de oro, aprovéchalo y nunca bajas la guardia, los



negocios lo exigen todo, son como un amante al que cada día debes complacer.

La vio alejarse en medio de un tráfico denso. Recorrió el camino de vuelta hacia la tienda, lo hizo rápido, porque era casi la hora de cerrar y no quería tener a Olga esperando, su jornada laboral era ya bastante larga y lo último que pretendía era "quemarla" nada más empezar.

En cuanto vio la puerta entornada, su instinto le susurró que algo había sucedido, caminó deprisa hasta alcanzar la tienda y, antes de entrar, respiró hondo. Olga estaba pálida como un muerto, con los ojos llorosos y descargando su dolor sobre una cliente. La mujer escuchaba en silencio todo lo que una compungida Olga le contaba. En cuanto vio a Amina corrió hacia ella, aferró sus hombros y escondiendo el rostro entre el hueco de su cuello, siguió llorando hasta que se quedó sin una gota de agua en el cuerpo.

Cuando esto sucedió, se despegó de la joven para mirarla fijamente.

—Nos han robado... se llevaron todo el dinero... y... no he podido hacer nada.

Sintió la sangre hervir dentro de sus venas, una mezcla de rabia, ira e impotencia se apoderaron de su cuerpo, luego se extendieron a su cerebro para finalmente llegar hasta su boca donde soltó un ¡MIERDA! tan alto y ronco que el grito las sobresaltó.

Era la segunda vez que le robaban en menos de quince días y, aunque el seguro probablemente lo cubriría, si continuaba así, ninguna compañía se iba a querer hacer cargo. Además estaba el tema del miedo, de momento no les había sucedido nada, pero a esos miserables, se les podía ir la mano, perder el control y... no quiso pensar en ello, dolía demasiado pensar así.

—¡Cálmate por favor, y olvida el dinero!

Hubo de pasar tiempo hasta que logró tranquilizarse, estaba demasiado asustada, tanto que, cuando explicó a la joven como había sucedido, lo hizo a empellones, las palabras se atropellaban unas contra otras en una sucesión interminable de sílabas sin sentido, tuvo que detenerla varias veces y obligarla a empezar de nuevo hasta enterarse de los hechos.

También esta vez habían sido dos tipos con aspecto de querer partirlas las piernas a alguien y con la sangre tan llena de droga que no se sabía cuál primaba en sus venas. Obligaron a Olga a desbaratar todo el cajón del dinero y no se largaron hasta coger el último euro, momento en el que abandonaron la tienda como si les hubieran puesto un cohete en el culo, dando tumbos, pero tan rápido que Olga tardó en comprender que ya estaba sola y con libertad para dar rienda suelta a sus sentimientos.

—No te preocupes ¿vale?, ya pasó y lo importante es que estás bien... ¡Maldita sea! otra vez tengo que ir a la policía a poner la denuncia para que el seguro se haga cargo... y me temo que vas a tener que acompañarme.

Al cabo de dos días Amina seguía enfadada con la vida. Soportar dos robos seguidos no debía ser peaje suficiente, la vida le exigía más y junto al hecho de que el seguro se había mostrado un tanto reacio a devolverle el importe de lo robado, se unía la dificultad de localizar al propietario del vehículo donde había visto subir al ladrón.

Para conseguir el nombre de los propietarios de los coches, recurrió a un amigo que trabajaba en tráfico y tenía acceso a la base de datos donde estaban incluidas las matrículas de los vehículos, dicho amigo le facilitó la información de los diez

propietarios. Amina no entendía una sola palabra de vehículos, por tanto había sido incapaz de especificar el modelo, incluso desconocía el color exacto, sabía que era un coche oscuro, enorme y poco más, el resultado era que tenía esos diez propietarios de los que había descartado la mitad por tratarse de vehículos de color claro. Tres de ellos pertenecían a empresas y los otros siete a particulares, de estos últimos, descartó a cuatro por el evidente color claro y respecto a los de empresa descartó uno por el mismo motivo, por tanto le quedaban cinco vehículos pendientes y podía ser cualquiera de ellos.

Siguió desmenuzando el embrollo, adentrándose en el misterioso mundo de investigar con tan escuetos datos. Había colocado sobre el suelo los papeles con la información detallada de cada vehículo, apartó los cinco que no le servían y se quedó con los "posibles". Se concentró en la tarea de tal modo que, al cabo de diez minutos, se había quitado otros dos de en medio, uno de los propietarios vivía fuera del país y el otro a nombre de empresa estaba ubicada en otra ciudad, aunque sabía que no era muy riguroso el criterio utilizado, le sobraban vehículos y necesitaba acortar la búsqueda.

Movió las tres hojas entre las manos, buscando la inspiración en el techo, pero ni ésta, ni ninguna otra vinieron en su ayuda. Amina se incorporó del suelo para dar unas cuantas vueltas por la casa, con la esperanza de que el cambio de postura le aclarara algo; de vez en cuando, largos tragos de coca cola interrumpían el recorrido, obligándola a detenerse y cambiar el ritmo.

A través de los cristales contempló la noche. Abajo sobre la acera, los serenos árboles se dejaban acariciar por la luz de las farolas. Observó las ventanas de los edificios de enfrente e imaginó colarse a través de ellas para participar de otras vidas, otros problemas, alegrías, ilusiones... unas vidas diferentes a la suya, pero con un denominador común: la resistencia. La que el ser humano es capaz de generar para enfrentarse cada día con los obstáculos que se atraviesan en su camino.

La joven continuó con su propia batalla. En un papel escribió el nombre de cada propietario, los dos particulares estaban, uno a nombre de Mariano Cisneros de Calatar y el otro a nombre de Duarte Mencia Blasco, respecto al de empresa figuraba como propietario, Transportes Lender. Buscó en Internet información sobre cada uno de ellos, pero lo que localizó apenas le sirvió, eran datos que no lograba encajar en el asunto que le traía de cabeza, incapaz de relacionarlos en modo alguno.

¿Y ahora qué? se preguntó Amina, con la mirada clavada en la pantalla del portátil.

Ante la imposibilidad de una respuesta se limitó a cerrar la máquina y confiar en la suerte que, algunas veces, se nos acerca veladamente y durante un tiempo nos regala su presencia.

Entre la tienda y la casa, las horas iban cayendo para la joven en una sucesión interminable de días que pasaban deprisa con la monotonía de lo repetitivo. Descubrió nuevos clientes, pero sobre todo descubrió a una Olga satisfecha con su nueva vida, fuera de casa. La mujer estaba encantada, disfrutaba con cada uno de los clientes, tanto a los que utilizaban las galletas como una forma de comenzar el día, como a los otros, los rezagados, los que aparecían por la tarde sin prisas y se quedaban a charlar con ella, que les daba cuerda para que no se fueran, como si la existencia del silencio fuera algún tipo de delito contra el que la mujer estaba dispuesta a luchar con todas sus fuerzas.

Hablaba mucho y deprisa, aunque de vez en cuando callaba para escuchar las

opiniones ajenas, así se enteró Amina, escondida en su "laboratorio", de lo que opinaban muchos de sus clientes sobre aquel lugar tan extraño que había creado. El talante bondadoso de Olga invitaba a la confianza y escuchó cosas como: "es increíble, estas galletas saben lo que me va a ocurrir" o "tengo que comprarlas para evitar sorpresas a lo largo del día". Estas expresiones y otras parecidas, escuchó una Amina estupefacta que, a pesar de llevar con el negocio más de dos meses, aún no se había acostumbrado al éxito. No comprendía ¿por qué tanta fe ciega en el contenido de unos papeles que escribía con muy poco rigor científico y ningún fundamento?, la única máxima que guardaba era utilizar frases tan abstractas, que cualquiera se pudiera identificar con ellas. El resto era pura repetición, decir lo mismo con distintas palabras, en esas dos premisas radicaba todo y, sin embargo, la gente creía en ello, hasta el punto de convertir en una religión los mensajes de las galletas.

Cada día se hacía las mismas preguntas ¿cuánto tiempo aguantaría en pie su pequeño negocio?, ¿cuándo se daría cuenta la gente que el contenido de los mensajes eran pura invención?, mientras se enfrentaba a pensamientos tan derrotistas, intentaba disfrutar lo más posible del momento actual, donde todo era miel y laureles. Si no fuera por los energúmenos amantes de lo ajeno, la vida profesional de Amina estaba en su cenit.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por el insistente sonido del teléfono, no pudo identificar el número en la pantalla, puesto que aparecía como número privado. Descolgó rápido, intrigada por una hora (casi las doce de la noche) tan poco usual para llamar a un desconocido, pero nadie al otro lado se identificó, solo extraños sonidos surgieron del aparato como si alguien respirara fuerte a la vez que ronroneaba como un gato. Colgó y descolgó a la misma velocidad pues, de nuevo el teléfono la reclamaba y de nuevo el mismo sonido se extendió por su cerebro.

—¿Quién está ahí?

Amina fue consciente de lo absurdo de la pregunta, era evidente que quien quiera que fuese, prefería mantenerse en el anonimato, pero la pregunta era tan típica e instintiva que surgió sin pensar, por decir algo y no permanecer en silencio.

Volvió a colgar, pero por lo visto, alguien tenía interés en mantenerla ocupada y preocupada, pues el teléfono, lejos de permanecer callado, soltó nuevamente su magistral sinfonía. Otras cuatro veces se repitió la misma operación, la joven colgaba y el teléfono la reclamaba, hasta que decidió dejarlo descolgado e irse a dormir.

El sueño tardó en aparecer y cuando lo hizo no logró reparar el agotamiento, ni del cuerpo, ni de la mente. A punto estuvo de estrellar contra la pared el despertador, cuyo desagradable sonido, la obligó a incorporarse de una noche más parecida a un maratón que a un remanso de tranquilidad y descanso.

Con mucho esfuerzo logró llegar a la tienda, donde sin perder tiempo, comenzó a preparar la masa. Sumergió las manos en ella, buscando la paz que el sueño le había negado. La movió, la golpeó y la lanzó contra la superficie que le servía de mesa para finalmente, dejarse acariciar por ella mientras sus dedos le iban dando forma.

Olga llegó cuando las vitrinas estaban atiborradas. Lo hizo como siempre, canturreando y con la sonrisa pintada de rojo pasión, acorde con los vestidos de colores chillones que habitualmente utilizaba, junto a unos zapatos también de colores y con un tacón imposible.

—Hola cariño, ¿qué tal estás?

Fueron sus primeras palabras y en cuanto cruzó la puerta, también como siempre, se acercó a la joven y le plantó en el rostro los correspondientes besos, uno en cada mejilla.

—¿Qué ha pasado?, no tienes buen aspecto.

Amina, le abrió el alma, últimamente era la persona más cercana a su vida y en ese momento necesitaba descargar todas sus penas; su padre casi la había abandonado, estaba tan mosqueado por su actitud con Antonia que le había dado un ultimátum: si no intentaba reconciliarse con su madre no volvería a verle. Sin el hombro de Vinicio, la joven sentía el peso de la soledad como un lastre amarrado a su pierna, era quien la sacaba a flote en los momentos más duros de su vida. Cuando estaba con el agua al cuello, su padre venía a rescatarla, así había sido cada día de su vida y Amina notaba su ausencia como si le hubieran pinzado el corazón.

Todos los sentimientos salieron a pasear entre las cuatro paredes que rodeaban a las dos mujeres. El dolor, el remordimiento y sobre todo el miedo, adoptaron la forma de las palabras y acompañados de algún que otro ¡oh! de Olga, surgieron del interior de la joven como un torrente, fue como un abrir de compuertas, Amina se despachó a gusto e hizo partícipe a la mujer de todo cuanto últimamente le rondaba por la cabeza.

—Sabes, no logro arrancarme la imagen del ladrón entrando en el espectacular coche... y, luego el tío del traje preguntándome por su padre... ¿por qué estaba allí?, ¿tiene algo que ver con el ladrón?... y las llamadas de ayer, ¡casi a las doce de la noche!... no sé, Olga, es todo tan extraño que no consigo atar ni un solo cabo, y para complicar más el asunto, no logro identificar al propietario del coche... ¡maldita sea!, si hubiera podido ver toda la matrícula...

Amina se desesperaba al ser consciente de lo lejos que estaba de llegar a buen puerto. La casualidad había querido ponerla frente a una pista, pero en cuanto empezó a investigar, surgieron complicaciones a las que se veía incapaz de enfrentar.

Por un lado tenía tres propietarios, por otro un ladrón que, inexplicablemente, estaba relacionado con uno de los propietarios, además estaba el tío del traje y sobre este último, tenía varias hipótesis: podía estar siguiéndola o no, podía tener relación con el ladrón o no, lo cierto es que era todo un misterio, al que debía añadir las inoportunas e insistentes llamadas de teléfono.

—No te tortures con lo de la matrícula, niña... además la tienes casi identificada, sabes que son tres los posibles dueños, así que habrá que localizarlos...

—Ya, pero ¿de qué sirve localizarlos, si no consigo establecer la relación con el capullo que nos robó?

—Bueno, no sé... lo mismo el del coche es su padre.

Amina se quedó digiriendo las palabras de Olga, no se le había ocurrido semejante posibilidad, el tipo que le había robado estaba demasiado tirado para pertenecer a una familia pudiente, incluso para pertenecer a una familia, pero tal vez la mujer tuviera razón, la droga hace mal juego con la pulcritud y la moral, y quizás el tío se había deteriorado tanto que costaba mucho relacionarlo con algo diferente a la delincuencia y la calle.

El primer cliente interrumpió la conversación, Olga se parapetó detrás del mostrador dispuesta a repartir galletas y Amina por su parte se ocultó en su "laboratorio", armada

con el portátil y la impresora, y dispuesta a sacar de la cabeza cualquier pensamiento que no tuviera que ver con los papeles que posteriormente irían a parar al interior de las galletas.

Durante más de dos horas tecleó en la pantalla los párrafos sobre la supuesta ventura y desventura de la gente, hasta que sintió dolor en el trasero, llevaba demasiado tiempo sentada y necesitaba estirar las piernas y oxigenar el cerebro. Decidió salir a dar una vuelta, mientras la incombustible Olga seguía atendiendo a un público casi constante. Se despidió de ella con un ligero movimiento de cabeza y con paso también ligero cruzó la puerta.

El sol la recibió con la alegría de la primavera, los suaves rayos acariciaron su piel mientras alrededor suyo, la vida se movía con la vorágine de la gran ciudad: gente desplazándose rápido por las aceras, otros mirando escaparates, algunos esperando el autobús, era el día a día de una ciudad viva.

Amina estaba ensimismada observando el constante ir y venir de los desconocidos rostros que se cruzaban con el suyo, gente anónima con la que coincidía, durante unas décimas de segundo, en el mismo espacio y que nunca más recordaría, cuando de repente abandonó tan interesantes elucubraciones para salir corriendo hacia la parada del autobús. Fue como un flash en su cerebro, vio pasar un autobús que iba hacia la calle donde había visto al ladrón subirse al coche y, sin pensar antes de actuar, decidió dejarse caer por allí en busca de inspiración.

Tardó en llegar poco más de media hora, buscó el sitio exacto donde había visto al tipo, y con paso firme y la mirada fija en un punto indeterminado, avanzó sin pestañear hacia el lugar donde quizás habitara la esperanza.

## CAPÍTULO VIII

Las dos maletas apiladas, aguardaban el momento de ser transportadas a otro lugar. En su interior, camisas, pantalones, chaquetas, corbatas, zapatos y unas cuantas cosas más, permanecían pulcramente dobladas y ordenadas con exactitud matemática. Karlo comprobaba los últimos detalles, confirmando que todo estaba correcto. El avión salía a las dieciséis horas cinco minutos, eran las doce y media por tanto, tenía tiempo suficiente para pasar por la oficina a recoger una documentación necesaria para el nuevo proyecto y, de paso, a despedirse de su padre y los empleados.

El taxi llegó cuando Karlo estaba bajando en el ascensor, las grandes maletas descansaron en el maletero del vehículo, mientras éste se dirigía, sorteando el tráfico, hacia el lugar donde cada día Karlo había contratado nuevos clientes, negociado presupuestos, ajustado facturas... un sin fin de tareas que habían ocupado su tiempo y su vida y que, durante una buena temporada, dejarían de pertenecerle.

Un sentimiento suave muy parecido a la nostalgia, le llenó por dentro mientras el taxi se desplazaba lento por las diferentes calles de su ciudad. Allí había nacido y crecido y, en ese momento, Madrid se le apareció más hermoso que nunca, con su amplia luz invadiéndolo todo y derramando su cielo azul sobre unos edificios brillantes, que se convertían en enormes linternas durante la salida y el ocaso del sol. A través de la ventanilla observó las calles, los jardines, los edificios antiguos (la plaza de Neptuno, luego Cibeles para continuar por el paseo de Recoletos) y, sobre todo, el ir y venir de la gente, era un mundo que se le escapaba entre los dedos de las manos y que empezaba a añorar antes de tiempo. El sentimiento de nostalgia se entremezclaba con la ilusión por lo nuevo, Karlo se estaba enfrentando a las situaciones ambivalentes de la vida: por un lado la atracción de lo nuevo, por el otro la seguridad de lo conocido.

Siguió observando por la ventanilla, recordando los acontecimientos más recientes. El último mes había transcurrido entre el proyecto de Burdeos y el intento casi diario de conseguir arrancarle a su padre alguna información sobre los dos tipos que le habían amenazado. Al principio había sido sutil, tratando de no incomodarle, pero en cuanto se dio cuenta de las constantes evasivas y las triquiñuelas de Ramón Lender para no aclarar nada, fue a saco. Pero las conclusiones finales fueron una absoluta decepción, su padre no soltó prenda y Karlo hubo de conformarse con cuatro migajas que le regaló.

Recordaba especialmente un momento: cuando le preguntó por la chica del pelo rojo. Fue la única vez que vio a su padre perder la compostura, siempre había dominado cada una de las situaciones comprometidas, pero cuando mencionó a la chica, saltó como si le hubieran pinchado mil avispas. "¿Tú qué sabes sobre eso?", dijo con el rostro tan desencajado que Karlo se asustó y no tuvo más remedio que dejar el tema, por temor a que le sucediera algo a su corazón, hasta que el propio Ramón lo retomó al día siguiente. Le contó una historia sobre la pastelería y sus recuerdos de infancia, algo así como que, la añoranza le había invadido, invitándole a entrar en la ya inexistente pastelería, donde los recuerdos se le agolparon al ver a la chica del pelo rojo, ya que curiosamente le recordaba a una señora muy amable que en otro tiempo, cuando la miseria era la segunda piel de los habitantes de aquellas intrincadas callejuelas, le regalaba deliciosas galletas y bollos que comía con ansia, tanta que a veces le dolía la tripa, pero semejante precio no era nada comparado con la satisfacción de poder disfrutar los ricos manjares.

La explicación no convenció del todo a Karlo, supuso que parte era verdad, pero había otra parte más importante que se callaba, además no le supo responder cuando preguntó ¿qué hacía la chica abajo, al lado de la oficina el mismo día que Ramón Lender se había ido con la prostituta?. Su padre puso cara de idiota y haciéndose el sorprendido, como si no supiera de qué le estaba hablando, inició la contraofensiva, con tantas preguntas que Karlo pensó que tal vez fuese cierto que su padre no la conocía y la simple casualidad los había llevado a encontrarse.

El taxi se detuvo al lado del edificio donde estaba la oficina, con bastante esfuerzo empujó las maletas hacia el interior y, antes de cruzar la puerta, comprobó la hora. Al levantar la vista del reloj, vio reflejado en el cristal de la puerta de entrada, una imagen que le hizo dar un respingo y girarse inmediatamente hacia el cuerpo causante del reflejo.

Las miradas se cruzaron en los escasos tres metros que los separaban. Imposible describirlas: asombro, ira, estupor, dudas... eran sentimientos que ambos mostraban a través de unos ojos obstinados en seguir clavados en el contrario. Ni Amina, ni Karlo fueron capaces de articular una sola palabra durante unos cuantos minutos, el mundo se detuvo a su alrededor y solo ellos permanecieron en un planeta donde desapareció cualquier atisbo de existencia.

Tardaron en reponerse y cuando lo hicieron, las palabras de Karlo fueron las primeras en confundirse con el ruido externo.

—¿Qué haces aquí?

Las de Amina tampoco se quedaron dentro.

—¿Quién coño eres?

Y otra vez la confusión y de nuevo mil preguntas. El mundo siguió girando, pero a ellos la suspicacia los paralizó, sus cerebros no lograban atar cabos, y la irritación era más que evidente en el rostro de ambos. Karlo alzó los brazos al cielo como pidiendo clemencia en un gesto tan de teatro, que Amina definitivamente creyó que estaba tarado.

En menos de un segundo cruzó la distancia que lo separaba de la joven y se plantó enfrente de ella.

—Escucha bien lo que te voy a decir, porque probablemente no tenga otra oportunidad. En menos de tres horas voy a coger un vuelo que me alejará de aquí durante una buena temporada y antes de irme, quisiera saber ¿cuál es la jodida relación que tienes con mi padre?

Lo dijo con rabia, marcando cada sílaba y con gesto amenazante. Estaba muy cabreado, había creído en parte a Ramón Lender y la presencia de la joven allí, desbarataba todo el palabrerío que su padre se había inventado, desde luego, ya no le cabía la menor duda de que ambos se conocían y estaba dispuesto arrancarle la información, aunque fuera a la fuerza.

—¿Acaso no me has escuchado?

Amina sintió como la adrenalina le subía desde las glándulas suprarrenales al cerebro, aquel hombre tenía la facultad de alterarla hasta el infinito y la cantinela sobre su padre empezaba a ponerla nerviosa.

—¿Quién eres?, ¿por qué me sigues? ¿eres tú quién llamó anoche a mi teléfono?

El hombre la miró impresionado, ya no le cabía duda alguna que estaba ante una consumada actriz, sabía cómo engañar a la gente y así lograba vender las absurdas galletas.

—Normalmente soy una persona bastante paciente, pero estás logrando que mi paciencia se agote... voy a volver a preguntarte lo mismo ¿de qué conoces a mi padre?

—¡Ya está bien! (dijo Amina gritando y aburrida de tanta incoherencia), ¡maldita sea!, no sé quién es tu puñetero padre.

La voz de la joven se había escuchado por encima de todos los ruidos de la ciudad, hasta el punto de hacer girar, en su dirección, las cabezas de algunos transeúntes que pasaban cerca de ellos. La firmeza de sus palabras hizo tambalear en parte las convicciones de Karlo que, usando por fin la sensatez, comenzó a pedir explicaciones sin juzgar previamente.

—¡Vale, de acuerdo!... no sabes quién es mi padre, pero entonces... ¿qué haces aquí?

—¿Y tú?, ¿qué haces tú?

—Trabajo aquí, en este edificio.

Dijo señalando su interior y con cara de "obviamente". Amina siguió la dirección de su dedo, vio al conserje plantado en medio de una enorme puerta que daba acceso a un alto y moderno edificio con toda la fachada de cristal. El hombre los estaba observando, pero la joven lo ignoró y siguió mirando, intentando atravesar con sus ojos el espacio para poder ver más allá del conserje.

—¿No me vas a responder?

La impaciente voz de Karlo, le hizo girar de nuevo la cabeza hacia él, pero una vez más obvió la pregunta y testaruda le imitó.

—Y ¿qué hay ahí?

—Como que... ¿a qué diablos te refieres?

—Pues... al tipo de oficinas que hay en el edificio, por supuesto.

Karlo no entendía a la mujer que tenía delante de sus narices, al principio parecía confundida, como si no comprendiera nada de lo que sucedía en el mundo, en cambio ahora en sus ojos, la duda se había despejado para dar paso a algo bien diferente, ese algo se llamaba decisión y fue dicha decisión y firmeza la que provocó en Karlo las respuestas sin titubeos.

—Hay varias, una es un call center, en otra planta se dedican a la moda, hay un bufete de abogados... no sé, hay alguna más, pero no recuerdo ahora...

—Y donde tú trabajas, ¿cuál es?

—Estamos en la primera planta, somos una empresa de transportes y...

—¿Cómo os llamáis?

—¿Por qué diablos me haces tantas preguntas?, creo que ya te he dado demasiadas explicaciones, lo siento, pero ahora te toca a ti.



El hombre estaba asombrado, la pelirroja lo estaba manipulando como si fuera un crio y, sin darse cuenta, había respondido a cada una de sus preguntas, ¡maldito estúpido!, se dijo varias veces, mirando a la joven con rencor.

—Muy bien si no me lo quieres decir, entraré en el edificio a comprobarlo.

Sin darle tiempo a reaccionar, Amina giró sobre sus talones y con paso firme avanzó decidida hacia la puerta y hacia el conserje que seguía observándolos como si no tuviera otra cosa que hacer.

—Espera... espera

Fueron las palabras de Karlo mientras trataba de detenerla, sujetándola por el brazo. Se revolvió como una pantera, clavando su verde mirada sobre él, mientras anclaba su cuerpo al suelo y escupía las palabras hacia el rostro de Karlo.

—¡NO ME TOQUES!

La frase fue escueta, pero tan firme que llegó rápido al cerebro del hombre. La soltó sin decir nada. Se quedó parado, sujeto al cemento, como si cuerdas invisibles amarraran sus pies, mientras observaba a la mujer caminar hacia la puerta. Tras intercambiar unas cuantas palabras con el conserje, la vio girarse de nuevo y caminar hacia él.

Esperó atento su llegada, en breves segundos se produciría de nuevo el reencuentro y, por el furioso rostro de la mujer, supuso que no iba a ser muy amable. Traía las mejillas rojas, las aletas de la nariz abiertas y la mirada clavada en Karlo que no se había movido ni un centímetro del suelo.

—¡Maldito hijo de puta... te voy a denunciar!

Tras las palabras llegó la huida. Amina salió corriendo, dejando al hombre tan asombrado que fue incapaz de reaccionar, siguió varado al suelo observando la escapada de la joven, el cuerpo sorteando a la gente, el tráfico y corriendo despavorido.

Cuando logró reaccionar agarró las maletas y se dirigió hacia la puerta de entrada. El conserje lo miró con cara de póquer que, no abandonó ni siquiera cuando Karlo le habló.

—La chica... ¿qué le ha preguntado?

Se conocían desde hacía tres años, cuando sustituyó al anterior conserje, cada día se veían y cada día se saludaban con la rutina que va implícita en el hábito, sin dirigirse muchas palabras aparte del "buenos días" y "buenas tardes". El hombre siempre estaba allí, clavado en la puerta fisgando el mundo o sentado tras el mostrador que lo identificaba y siempre mostraba el mismo rostro, ni las alegrías ni las penas parecían formar parte de él, parecía estar por encima de las emociones.

—Que cómo se llamaba la empresa de la primera planta, o sea, su empresa.

Fue la clara respuesta del conserje, Karlo confirmó que le había informado sobre el nombre de transportes Lender y tras darle las gracias, introdujo las maletas en el ascensor.

Ramón hablaba por teléfono sentado en el cómodo sillón que permanecía oculto por la enorme mesa, lo vio gesticular mientras aguardaba a que finalizase la conversación. Se

movió impaciente por el amplio espacio hasta que su padre, colgó sin haber concluido la conversación, la actitud nerviosa de Karlo no le pasó desapercibida e intuyendo que algo había sucedido, le prestó toda su atención. No tuvo que esperar mucho, antes incluso de que el teléfono alcanzara su lecho, escuchó las palabras de un Karlo tan enfadado, que ocultaba su ira tras un manto de contenida calma.

—Necesito saber antes de irme... ¿qué relación tienes con la mujer del pelo rojo? y... por favor, no me mientas de nuevo, tengo que saber la verdad.

—¡Dios mío, hijo!, ya te lo dije, me recuerda a alguí...

—Entonces ¿por qué acaba de amenazarme?

—¿Queeeee?

Ramón Lender se había incorporado del asiento y se paró enfrente de su hijo, la diferencia de estatura le obligó a levantar la cabeza para ver en sus ojos, que se estaba abriendo una enorme brecha en la confianza de Karlo hacia su progenitor y que si ésta se agrietaba más, iba a ser muy complicado cerrarla. Pero las manos de Ramón estaban envueltas en demasiadas complicaciones para que su hijo pudiera entenderlas en el escaso tiempo del que disponían hasta su partida y además, ¿cómo explicarle que no siempre actuaba con la legalidad por bandera? que, a veces, usaba métodos poco convencionales para amasar la pequeña fortuna que tenía y que Karlo ignoraba. Él era Ramón Lender, el "intachable Ramón" como lo llamaban algunos conocidos, el que iba a misa los domingos, el que rezaba cada día a su Dios, el que donaba cantidades importantes a los pobres de espíritu y de alimento, el que siempre tenía la sonrisa abierta al mundo...

Las palabras se quedaron dentro. Karlo sin despedirse, y tras una larga mirada al que había sido su ejemplo a seguir, abandonó el despacho con la dolorosa sensación de la traición en su alma y en su espalda. Cerró tras él la puerta como quien cierra un libro, sabiendo de antemano que tardará en releerlo y, caminando despacio, se dirigió al aeropuerto en busca de otra vida.

Mientras, Ramón Lender ahogaba su malestar en un vaso de whisky. Últimamente la vida se le aparecía tan complicada que no sabía cómo resolverla. "El chino" no dejaba de presionarle, el drogadicto en cualquier momento cometería alguna estupidez, Karlo le pedía explicaciones casi a diario y ahora debía añadir a la pelirroja, era la que faltaba en su fiesta para estar al completo, sentía que el círculo iba estrechándose alrededor suyo y semejante presentimiento le estaba agarrotando.

La pelirroja había amenazado a su hijo ¿por qué?, acaso ¿sabría algo?, pero ¡eso era imposible!, siempre hacía las "cosas" con mucho cuidado, atendiendo cada detalle y manteniéndose al margen de cualquier ilegalidad. El único error cometido hasta ahora, había sido permitir al "pelao" entrar en su coche, pero no tuvo opción, el muy hijo de puta había conseguido saber donde trabajaba y le advirtió que subiría a "montarle el pollo" (eso le dijo textualmente), si no bajaba para "charlar" un rato. No podía entender como había conseguido la dirección de la empresa y quizás estuviera de droga hasta el culo, pero no era ningún idiota y Ramón no logró arrancarle una sola palabra al respecto.

La conversación fue un callejón sin salida, el "pelao" se limitó a extorsionarle, consciente de poder hacerlo, las únicas palabras que salieron de su boca fue "pasta, necesito más pasta" y Ramón, aunque intentó hacerle comprender que ya le había entregado lo acordado, tuvo la sensación de golpearse contra un muro, el drogadicto

no soltaba prenda y cada vez que lo hacía era para pedirle dinero. También él alzó la voz y le amenazó con la pretensión de intimidarle, pero fue en vano, el otro por algún motivo que escapaba a su razonamiento, aparecía por encima de las amenazas, no hacían mella en él y con una desfachatez indescriptible se atrevió a enfrentarse al intachable Ramón.

Enfadado y con ganas de estrangular la absurda, negra y casi desdentada sonrisa que aparecía en su estropeado rostro, le obligó a bajarse del coche en cualquier calle con la disparatada creencia de que así resolvería algo.

Durante los siguientes días se refugió en su despacho, pendiente de cada sonido externo y con la zozobra en el cuerpo en cuanto escuchaba algún ruido más alto que otro. Veía el rostro oscuro del "pelao" en cada esquina, convencido de que en cualquier momento aparecería cruzando la puerta de su despacho, con la navaja en la mano y gritando para que todo el mundo supiera lo que Ramón Lender escondía en la trastienda de su vida.

Afortunadamente para él, no ocurrió nada y los días se fueron sucediendo monótonos, cayendo en picado uno tras otro, hasta ese preciso momento, en el que la pelirroja había entrado en escena para complicarle la vida, y para que todo fuera más difícil aún, involucrando a Karlo. Su pobre hijo, era una gran persona cuyo único defecto era que cuando confiaba en alguien, lo hacía a ciegas, entregándole hasta el último gramo de su lealtad, no abría brechas, ni desconfianzas solo lazos de fidelidad le unían con la persona objeto de su devoción.

Por eso ocurrió lo que ocurrió, a punto de casarse, con un pie en el altar y la muy zorra pegándose con un amigo. Fue un momento muy duro para Karlo. Él, que había sido un conquistador, que había disfrutado de hermosas mujeres que hubieran dado la sangre de las venas por estar a su lado, se había ido a enamorar de la única mujer sin corazón que vivía en el planeta. Ramón la odió desde el principio, vio algo desagradable en aquella mujer bella y fría como la escarcha que, aunque su cabeza no supo definir, sus entrañas sí. Fue cuestión de empatía y desde el minuto cero no la hubo.

Luego llegaron los lamentos, Karlo se colocó el disfraz de noctámbulo, pasota y socarrón que no se quitó en un año, el tiempo que duró el duelo. Los conocidos le aplaudieron por lo bien que lo había encajado, solo unos pocos íntimos supieron del dolor de su corazón, tan hecho girones que creyó que jamás se iba a poder reconciliar con él. Pero afortunadamente el tiempo todo lo amortiguaba y poco a poco logró aparcarse el terrible instante de ver, como su futura esposa se metía en su cama y en los ratos libres en la de un amigo. Fue un momento tan intenso que a fecha de hoy, Karlo prefería no hablar de ello.

Ramón Lender creía que, a consecuencia de aquello, su hijo voluntariamente había decidido no volver a confiar en mujer alguna. A partir de la rubia de hielo (de eso hacía ya muchos años), varias lo habían intentado, pero ninguna lograba acercarse a un corazón empeñado en vivir en soledad, sin más afectos que la escasa familia y los pocos amigos. En muchas ocasiones, se enredaba con alguna para satisfacer su deseo sexual, sentir la calidez de una piel suave y disfrutar, por un corto periodo de tiempo, de una compañía que él mismo se había vetado. Algunas terminaron demasiado heridas, pero eso a Karlo no parecía importarle y, a pesar de ver el dolor reflejado en sus ojos, las alejaba antes de aferrarse tanto que no tuviera voluntad para echarlas.

Definitivamente la pelirroja, debía saber algo. Ramón Lender se propuso investigar a

fondo hasta descubrir el qué. Con la ausencia de su hijo, tenía más libertad para entrar y salir sin sentir sus ojos clavados en la nuca, podría moverse con la tranquilidad de no buscar los caminos largos para despistarlo. La idea de Burdeos había salido tan redonda que seguía sorprendido de lo fácilmente que Karlo había aceptado, solo le mostró el anzuelo y él mismo se encargó del resto, Ramón no tuvo que convencerle de nada. Jamás se le habría ocurrido abrir empresas fuera de España, era una idea absurda y le parecía increíble que su hijo no se diera cuenta de ello, pero por alguna razón, a Karlo no le pareció tan descabellado y se había lanzado de cabeza en el proyecto.

Durante un mes se había dedicado por completo a preparar cada detalle: el local y su acondicionamiento, los permisos, la pequeña flota de furgonetas, los contactos para localizar personal... y el largo etcétera que conlleva la apertura de un nuevo negocio. Ramón Lender era consciente de lo que suponía la nueva inversión: una pérdida importante de dinero, pero si ello le permitía cuidar su reputación, daba por bueno el gasto.

Siguió enredando con los papeles que reposaban sobre la mesa, mientras los pensamientos se tejían sin descanso. Uno tras otro, se iban enlazando en su cabeza hasta formar una gran tela que amenazaba con desbordar a un Ramón, hastiado por tantos frentes abiertos. Estaba solo en la oficina, desde la huida de Karlo el tiempo se había borrado, ni siquiera fue consciente de la ausencia de Regina que, finalizada la jornada laboral, ya hacía rato que abandonara el barco. A lo largo de toda la tarde los papeles y el exceso de trabajo fueron las disculpas idóneas para ocultar el embrollo de su cabeza.

Pensó en su hijo y sintió que algo en su corazón le hurgaba hasta hacerle daño, recordó su mirada antes de cruzar la puerta sin despedirse y, tuvo que admitir, que en ella vio la decepción en mayúsculas; perfectamente notó la desconfianza y si alguien en la vida podía destrozarle, ese era Karlo. La simple idea de fallarle, era un asunto imposible de admitir bajo ningún concepto en la ética de Ramón Lender. Su hijo era una de las razones de su vida, quien le ponía en pie cada mañana y le ayudaba a mantener la sonrisa intacta a lo largo del día. Por esa razón, enviarle a Burdeos, había sido tan duro como necesario si quería seguir conservando su respeto.

Apagó el ordenador y colocó algunos papeles que ocultaban buena parte de la mesa. Con desgana se incorporó del asiento y con paso cansado abandonó la oficina para encerrarse entre otras cuatro paredes: las de su casa.

Mientras, Karlo descansaba su cuerpo sobre una cómoda y anónima cama de hotel, a muchos kilómetros de distancia, pero al igual que su padre, con la cabeza hecha un lío. También en ella los pensamientos fluían a la velocidad de la luz, por un lado Ramón Lender y su absoluto hermetismo, por el otro la pelirroja y sus ojos verdes clavándose en la piel. No sabía cuál de ellos le ocupaba más tiempo, pensar en su padre le producía tanto dolor que, prefería tomar distancia para ver las cosas como si fuera un mero espectador, donde la implicación de sentimientos fuera mínima. Tener la certeza de que no confiaba en él ocultándole cosas importantes, era algo que jamás hubiera imaginado.

Siempre había creído que la relación entre ambos era tan cordial y transparente que no había necesidad de palabras, el amor y el respeto fluía entre ellos como algo natural, era tan sólido e inamovible que cada día se daba por supuesto que seguía ahí. Pero ahora, los hechos le mostraban lo contrario y el esqueleto de ética y valores que había ido formando a lo largo de su existencia, con la evidente ayuda de su padre, empezaba

a desmoronarse. Sentía que Ramón le estaba traicionando y lamentaba que tanto el amor como el respeto se fueran a la mierda.

El otro asunto era bien diferente. La pelirroja actuaba como una lunática, pero de algún modo que le resultaba incomprensible, lograba ver en ella restos de cordura a pesar de no entender ni una sola palabra de las que, en su delirio, lanzaba al aire sin ton ni son, además alguien que vende galletas con mensajes con tan altas pretensiones como predecir el futuro, no puede estar bien de la cabeza, algún circuito en ella no funciona correctamente. Y lo más inquietante de todo ¿qué buscaba en su empresa?

Sus últimas palabras llenas de odio y de amenaza, las llevaba Karlo clavadas a fuego, eran como agujijones que con demasiada frecuencia le pinchaban para recordarle su existencia. Y no quería, ni debía pensar en ella, ni en sus palabras, ni en su rojo cabello, ni mucho menos en sus furiosos ojos lanzando cuchillos sobre él. Pero tanto su cuerpo agitado como sus palabras amenazantes le perseguían entre el aire, primero en el avión, luego mientras recorría las calles de Burdeos, tratando de empatizar con ellas y ahora en el hotel. El olor de la joven (a galletas e incienso) se había pegado a las paredes y no encontraba la forma de arrancarlo.

Confiaba que con la distancia, tanto un asunto como el otro, se alejarían de él y cuando se encontrara de nuevo frente a su padre, esa distancia y el tiempo devolverían la normalidad a su relación y, Ramón Lender volvería a ser el espejo donde podría mirarse sin miedo a errar. Con respecto a la pelirroja, esperaba no volver a verla, ni a sentirla jamás, que su presencia se fuera diluyendo hasta desaparecer por completo permitiendo a Karlo tomar las riendas de su vida, sin incidentes, como venía siendo habitual desde hacía mucho tiempo.

## CAPITULO IX

Estaba furiosa, el enfado se prolongó durante toda la semana hasta que, poco a poco, fue tomando distancia y empezó a pensar con cierta coherencia. Al principio fueron pequeños flashes, notas de color que surgieron espontáneas en su cerebro, algo parecido a una sucesión de fotografías sin ninguna relación entre ellas, pero que una vez reposadas, empezaron a tener sentido. Dejó de estar paralizada y empezó a moverse utilizando la herramienta más cómoda y de más fácil acceso: Internet.

En el buscador tecleó Transportes Lender y la imagen de un careto vagamente familiar apareció en la pantalla. El rostro estaba sonriente mientras, orgulloso, mostraba su imperio. Era la página web de la empresa y Ramón Lender agradecía a sus clientes la confianza, alababa el trabajo de sus empleados y daba la bienvenida a futuros clientes, todo ello con la sonrisa condescendiente de quien disfrutaba de la vida.

Amina sintió flojera en las piernas, sus dedos ligeramente temblorosos siguieron pulsando sobre el teclado en busca de más información. Leyó con avidez y en repetidas ocasiones, todo lo referente a la empresa hasta casi memorizarlo, buscando algo que le aportara una mínima luz con la que poder conectar los descontrolados datos que pululaban dentro de su cerebro y poner un poco de orden a todo el entramado que había ido generando a raíz de los extraños acontecimientos. Pero, aparte de descubrir que el tal Ramón había estado en su tienda un par de veces, el resto de lo que localizó en internet no le sirvió de gran ayuda. A pesar de buscar entre líneas, Amina tuvo que conformarse con poner nombre al hombre que, de algún modo, tenía relación con el sujeto que le había robado, pero semejante confirmación, estaba lejos de traer un poco de sosiego a su espíritu que, en lugar de calmarse, se mostraba cada vez más inquieto.

¿Qué relación tenía el respetable hombre que aparecía sonriente en la página web con el ratero de tiendas?, ¿serían padre e hijo cómo había dicho Olga?, siguió navegando por la red como una posesa, hasta que la falta de respuestas le hizo abandonar tan ardua tarea y dejar un trozo de cerebro libre para que se colara en él una imagen que le desagradaba bastante: la del tipo que trabajaba en transportes Lender y al que había amenazado.

Desconocía el motivo que impulsó a su lengua a lanzarle al rostro el insulto y la amenaza, ya que no poseía dato alguno que le relacionara ni con el delincuente, ni con el coche, ni con Ramón Lender, solo su fortuita presencia y el hecho de trabajar en la empresa de transportes. Amina dejó a los pequeños flashes que surgían de forma espontánea en su cerebro que siguieran haciendo su trabajo y así, despacio, sin apenas darse cuenta, a su cabeza acudieron en tropel dos imágenes juntas: la de Ramón Lender entrando en su tienda para comprar una galleta y la del tipo del traje entrando, casi de forma inmediata, a soltarle sin palabras, el rollo sobre la inmoralidad de vender falsas ilusiones.

Fue algo parecido a una visión, los imaginó juntos, pero ¿por qué?, se preguntó por el tipo de relación, debían ser algo más que jefe y empleado, no podía ser casualidad que ambos aparecieran por su tienda el mismo día y con una diferencia mínima de tiempo, algo sucedía en la vida de aquellos dos hombres que de algún modo se extendía hacia ella. La certeza del hecho la tuvo alterada a lo largo de todo el día y, aunque Olga partícipe de sus confidencias, trató de entretenerla con historias propias e inventadas, la cabeza de Amina era un remolino que no encontraba un minuto de paz. Un dato

llevaba a otro y este a otro más, hasta que magnificó tanto los sucesos que, terminó convirtiendo a Ramón Lender y al tío impertinente, en un par de psicópatas dispuestos a terminar con su vida.

Quedaban diez minutos escasos para la hora del cierre y ambas mujeres, aguardaban el momento limpiando los restos del día. Ensimismadas en la tarea, enseguida comprendieron lo que estaba sucediendo, cuando los dos tipos, camuflados tras unos ridículos pantis sobre la cabeza, se les echaron casi encima. En la mano, la enorme navaja amenazante se paseó por delante del rostro de Amina que, lívida, lo observaba moverse al compás de una imaginaria melodía.

Enseguida supo que era él, lo olió en el aire y lo vio a través del absurdo disfraz tras el que pretendía ocultarse. Era el mismo yonqui de la vez anterior, el que subió al fantástico coche de Ramón Lender y que tenía pinta de querer hacer daño, incluso pondría la mano sobre el fuego que también se trataba del mismo que robaba en la croissantería, cuando vendía tan poco, que los euros recaudados no le permitían pagar ni una factura. Al otro no pudo identificarlo, pero creía que había sido sustituido; le pareció más bajo y flaco que el anterior, pero igual de silencioso. El líder se paseó a sus anchas por la tienda, como quien se mueve sobre lugar conocido mientras su voz, rota y violenta, se esparcía de nuevo por las paredes, dando de pleno en el estómago de Amina que sintió algo parecido a una náusea.

—La pasta tía, ¡dame toda la pasta!

Una vez más lo hizo, vació el cajón y depositó todo el dinero sobre el mostrador. Olga permanecía a su lado, con el rostro lívido y el gesto desencajado, la joven estaba atenta vigilando cada movimiento de los dos sujetos. Observó al líder estirar la mano hacia el dinero que descansaba sobre el mostrador y mientras lo estaba recogiendo, la voz de Amina se escuchó en medio de la tensa atmósfera.

—¿Por qué vienes a robar siempre aquí?... ¿te envía... Ramón Lender?

No pudo decir más, el yonqui con una asombrosa agilidad, estiró el brazo hasta colocar la navaja sobre el cuello de Amina que sintió como se le podía escapar la vida en décimas de segundo por el simple capricho de un "zumbado".

—¡Cállate, jodida puta!... a mí no me manda nadie... no sé quién es... ese tío.

La joven retrocedió al sentir el filo de la navaja, pero el yonqui la siguió hasta que logró paralizarla, Amina se quedó quieta, atada al lugar por cadenas más férreas que el propio acero; eran las cadenas del miedo. A través del panty, vio su torva mirada clavada en ella e intuyó que debía guardar silencio si quería seguir respirando, la prudencia era su única arma ante las oscuras intenciones del sujeto que parecía disfrutar con su más que evidente superioridad. Fueron momentos duros, el silencio lo envolvió todo mientras la escena se desarrollaba en la tienda, durante minutos, nadie se movió: la navaja apuntando al cuello de Amina, el yonqui observando el pequeño cerco blanco que dejaba la presión de la punta de dicha navaja, Olga y el otro con la respiración contenida y el tiempo parado en algún momento impreciso entre la vida y la muerte.

—¡Vámonos tío!

Fueron las milagrosas palabras del otro las que devolvieron la cordura a la escena. El silencioso, fue el encargado de establecer la normalidad y, recogiendo el resto del dinero que seguía sobre el mostrador, logró arrancar al yonqui de las garras de la

locura.

Se fueron rápido, dejando a Olga y Amina sumidas en una especie de letargo. La joven comenzó a llorar, fuertes convulsiones se agarraron a su cuerpo y no pudo detenerlas a pesar de los cálidos brazos de Olga rodeándola, mientras suaves y reconfortantes palabras, salían de su boca.

Con dedos temblorosos logró llamar a su padre, Vinicio se presentó en poco más de diez minutos y en cuanto cruzó la puerta de la tienda, su hija se le arrojó literalmente en busca de sus protectores brazos. Mientras Olga le contaba lo ocurrido, Amina permaneció aferrada a él como si quisiera recuperar tantos días de abstinencia de su cariño. Luego la acompañó hasta la comisaría más próxima a poner la denuncia, y finalmente a su casa, donde los gemelos la recibieron con su típica indiferencia y Antonia con un más que evidente recelo, hasta que Vinicio le contó lo sucedido y el recelo, rápido dio paso a la preocupación.

La atendió y cuidó con el fervor de las madres mientras Amina se dejaba hacer. Estaba casi en estado de shock y la certeza de saber que había estado a escasas intenciones de ser atravesada su garganta por un cuchillo, no contribuía a recuperar la tranquilidad. La imagen del yonqui se le aparecía sin querer una vez y otra dejándola paralizada por completo. Necesitó tiempo para que los cuidados de Antonia surtieran efecto, pero al final logró dormir de forma intermitente. En medio de la noche se despertaba y encendía la luz para alejar los fantasmas y recuperar los contornos de los familiares objetos que formaban parte de su antigua habitación. Ésta permanecía intacta para que pudiera disponer de ella cuando quisiera y, aunque Amina la utilizaba poco desde que se independizó, agradecía a su madre el detalle de mantenerla siempre lista para ella.

A pesar de los desvelos, el sueño fue reparador y la joven se despertó con otro ánimo, alejó en parte el miedo que le tenía sujeta el alma y con los restos del coraje que le quedaban, cruzó la puerta de la tienda y dejó que sus manos se mimetizaran con la masa.

Se reencontró con una Olga inexplicablemente cauta y silenciosa, tanto que Amina se mostró más dicharachera que nunca hasta que logró romper su mutismo.

—Casi me desmayo cuando el "tarao" te colocó el cuchillo sobre el pescuezo, ¡pobrecita niña, lo qué tuviste que sufrir!

—¡Fue horrible, una experiencia tremenda!

—Sabes, no he dejado en toda la noche de darle vueltas al tema y creo que el "tarao", es el mismo que entró a robar cuando tú no estabas... no lo podría asegurar... pero es posible que fuera él.

Amina no se inmutó, las palabras de Olga no le sorprendieron en absoluto, tenía la certeza de que así era. Por alguna razón desconocida, el yonqui la había tomado con su tienda, probablemente porque en los tres robos había salido con un buen botín lo que le animaba a volver, era la explicación más lógica. Pensó en Ramón Lender, parecía tan afable en las fotos de internet que relacionarlo de algún modo con el yonqui, parecía un disparate y, sin embargo, ella había sido testigo.

Los clientes entraron en cuanto puso el cartel de abierto, Olga se colocó tras el mostrador y empezó a repartir galletas, momento que Amina aprovechó para salir. Caminó decidida hacia la parada del autobús, aguardó unos minutos hasta su llegada y con la seguridad de quien sabe lo que hace, se dirigió a la empresa de Ramón Lender.



El portero protegía la puerta de entrada con su cuerpo, la joven lo saludó con un rápido "buenos días" y ascendió el pequeño tramo de escaleras que la separaba de su objetivo.

La mujer mayor la recibió sin una sola muestra de simpatía, era muy flaca, con el rostro surcado de arrugas y los finos labios apretados, tras las gafas, los ojos de Regina se clavaron en la joven.

—Quería hablar con Ramón Lender

Dijo Amina un tanto mosqueada por la actitud de la mujer que la observaba como si pretendiera taladrarla con la mirada.

—¿Quién es usted?, ¿Está citada?

Fue la escueta respuesta de Regina que se preguntó ¿quién demonios sería la mujer que preguntaba por su jefe?, no tenía pinta ni de representante, ni de comercial, ni por supuesto de familiar.

—Me llamo Amina y no tengo cita con él, pero necesito verle ¿puede usted decirle que soy la chica de la tienda de galletas, por favor?

Regina alzó una ceja al escuchar la palabra galletas y clavó con más insistencia la mirada sobre la joven. Demoró todo lo posible la llamada hasta lograr poner más nerviosa a Amina, que ya empezaba a morderse las uñas de impaciencia y a cuestionarse si estaba actuando de un modo correcto o su comportamiento era producto de un calentón. La mirada y actitud de la mujer, habían frenado en parte la decisión de la que había hecho gala en cuanto cruzó la puerta de su tienda para acercarse al mundo de Ramón Lender.

La escuchó hablar por teléfono durante escasos minutos, colgar y automáticamente, con una agilidad propia de su delgada condición física, la acompañó hasta el lugar donde trabajaba el hombre que en dos ocasiones había visitado su tienda.

Ramón la recibió sin moverse de su asiento y, parapetado tras la impresionante mesa, indicó a Regina que cerrara la puerta. La observó cruzar el espacio que los separaba y durante breves minutos se vio envuelto en una extraña atmósfera. El cabello y los ojos de la mujer, una vez más lo transportaron a otro tiempo y lugar donde la vida era bien diferente, sin espacios con mesas de auténtica madera, whisky de marca o trajes impecables. Eran los tiempos duros que le habían tocado vivir y que durante mucho tiempo permanecieron ocultos hasta que, la joven y el sabor de las galletas, los devolvieron al rincón del alma donde hacían daño.

Se movía con gracia sobre el pulido suelo, al ritmo de alguna balada imaginaria, los ojos clavados en un Ramón Lender reclinado sobre el asiento que, poco a poco, iba abandonando la cómoda postura para enfrentarse a la presencia de la joven.

—¡Estoy aquí para advertirle qué le voy a denunciar!

Fueron las alocadas primeras palabras que salieron de la boca de Amina. Había preparado a lo largo de trayecto en autobús tantas veces la puesta en escena y con tan buenos resultados que al observar la escasa reacción del hombre se preguntó ¿qué estaba haciendo allí? tal vez, entrar en su despacho y amenazarle sin pruebas, había sido una idea pésima con cero probabilidades de averiguar algo y con muchas de buscarse un problema. A Ramón, a pesar de la percepción de Amina, el corazón le dio un vuelco, trató de aparentar una normalidad que estaba muy lejos de sentir al

escuchar la palabra denuncia.

—Y... ¿se puede saber a qué debo ese honor?

—¿Es necesario que se lo aclare?... creo que sabe perfectamente a qué me refiero.

Amina siguió apostando fuerte, aunque entendía que posiblemente iba por el camino equivocado.

—¡No tengo idea de qué me estás hablando!, si entras en mi despacho para amenazarme, supongo que tengo derecho a saber el motivo.

Una vez más la voz de Ramón salió firme, a pesar del millón de sensaciones que habitaban dentro de su cabeza. Cuando escuchó a Regina el nombre de la joven, sintió clavos agujereando su estómago y todavía seguían allí, acentuados con su presencia. Se llamaba igual que ella, el mismo cabello, los mismos ojos, el mismo negocio y ahora el mismo nombre, para confirmar un parentesco que Ramón Lender se empeñaba en rechazar, unos lazos que deseaba no existieran para que su conciencia siguiera actuando como lo había hecho siempre: como una máquina de hacer dinero.

Pero enfrente de él la realidad se alzaba evidente y lo más probable es que estuviera ante la nieta de la mujer que en otro tiempo, le alivió las heridas del hambre, la soledad y la ira, obsequiándole con succulentos dulces que el niño Ramón Lender devoraba como si no existiera más vida que la de aquellos sabrosos manjares. Era pura generosidad que él jamás supo devolver, limitándose a engullir cuanto la mujer le ofrecía.

Después abandonó la casa, el barrio, los amigos y también la pastelería; hasta ahora, momento en el que la vida le plantaba delante del rostro su pasado, obligándole a enfrentarse a él como si no hubiera avanzado el reloj y la mujer que le obsequiaba los dulces, hubiera traspasado la telaraña del tiempo para reclamarle el pago de los preciosos momentos que le había regalado.

Amina tragó saliva, el hombre preguntaba y ella debía responder, justificar su presencia en aquel elegante despacho que era tan grande como su casa. Buscó en su cerebro palabras suaves que lograran atravesar la coraza de Ramón y con ello encontrar las respuestas que desde hacía días, eran su única forma de vida.

—Me han robado últimamente tres veces en la tienda... siempre es la misma persona, un estúpido yonqui con pinta de estar tarado del todo, y... creo que usted le conoce...

No hubo reacción, al menos aparente, Ramón se limitó a incorporarse del asiento y caminar alrededor de Amina, ella permaneció rígida, observando por el rabillo del ojo los movimientos del hombre que, de vez en cuando, se detenía para mirarla fijamente con tanta intensidad que la joven involuntariamente se encogió sobre sí misma. Fueron momentos muy largos, muy tensos y sobre todo muy embarazosos para ella que no encontró acomodo ni en la posición de las piernas, ni del cuerpo, se movió despacio, con movimientos apenas perceptibles buscando un lugar en el espacio. Mientras, Ramón Lender seguía dando vueltas, logrando con ello agotar definitivamente la paciencia de Amina.

—Supongo que no me va a responder.

Fueron las palabras que pudo arrancar de su boca, con la firmeza suficiente para que se oyeran normales, sin las alteraciones que estaba sufriendo su cuerpo. Esperó callada, con el único sonido de los pies del hombre sobre el suelo y los hielos agitados

del vaso de whisky que había agarrado en algún momento de la escena.

—Conocer a un drogadicto, no veo que sea un motivo para denunciarme, supongo que he tenido que hacer algo más para justificar una denuncia.

La voz se escuchó clara y contundente, sin un atisbo de emoción en ella, Amina se preguntó por enésima vez ¡qué rayos estaba haciendo allí!, había llegado decidida y convencida de hacer lo correcto, pero ahora ya no sabía lo que estaba bien, ni lo que estaba mal. Estaba acusando sin pruebas. El hecho de ver subir en el coche de Ramón Lender al yonqui no significaba nada, ni siquiera sabía si era el propio Ramón quien lo conducía; tal vez fuera otra persona.

Demasiados "tal vez" se agolparon en su cerebro para quitarle la razón y dársela al hombre que seguía dando vueltas por el despacho, con el vaso fuertemente sujeto a la mano. Pero estaba allí y de algún modo debía justificarse o al final iba a ser ella la denunciada, optó por seguir acusando y lanzó sobre el aire un órdago sin ningún fundamento.

—Usted lo sabe... sabe que va a mi tienda, le está dando cobertura ¿por qué?...

Ramón se volvió hacia ella como un tigre con las garras afiladas, clavando sus ojos sobre una Amina asombrada, tanto de lo que había dicho como de la reacción del hombre. Instintivamente dio unos pasos hacia atrás en busca de protección, mientras Ramón Lender se acercaba para colocarse a escasos centímetros de ella. Pudo oler el fuerte perfume que le golpeó agresivo en la nariz hasta casi marearla y sentir la rabia del hombre transitando por su piel.

—No sé de qué me estás hablando y mucho menos de qué me acusas, pero entrar en mi empresa y hablarme como lo estás haciendo es muy atrevido por tu parte. No te permito ni una sola palabra más y, ahora mismo te largas, pues como continúes aquí, no te voy a echar yo, lo hará la policía.

Sintió que el aire se llenaba de ira y rencor e hizo lo más inteligente que podía hacer en ese momento: huir.

Escapar de la rabia y los turbios ojos de Ramón Lender y refugiarse en los brazos de Olga y de la tienda, disfrutar de la calidez de ambos y tratar de olvidar al hombre que con tanta furia le había hablado.

Cruzó la puerta de la tienda agotada de emociones. Varios clientes aguardaban su turno, preparados para ser atendidos por una Olga tan dispuesta como siempre. Compartía risas y confidencias con ellos y, hasta se permitía algún que otro consejo. Su positiva actitud ante la vida transmitía ese buen rollo que, en ese preciso momento, era esencial para el estado anímico de Amina.

La mujer se dio cuenta enseguida que algo le había sucedido a la joven, al verla cruzar la puerta con el gesto tenso comprendió que debía tenderle los brazos lo antes posible. Empezó a repartir las galletas obviando comentarios para ir más rápido y acudir pronto en ayuda de Amina, que se había refugiado en su "laboratorio" para ocultar la rabia y el miedo.

El rostro desencajado y las duras palabras de Ramón Lender la habían asustado, el hombre apenas había alzado la voz, pero las palabras salieron tan contundentes y bruscas que fueron como una bofetada para Amina. Se notaba paralizada mientras permanecía sola y oculta entre las cuatro paredes de su pequeño mundo, hasta que la

puerta se abrió para dar paso al preocupado rostro de Olga.

—¿Qué te ha sucedido, cariño?

Fue como abrir una compuerta, se abalanzó sobre los brazos abiertos y allí se quedó durante un tiempo. Últimamente lloraba con mucha frecuencia, parecía estar sobre un polvorín de sensaciones, sus sentimientos a flor de piel se desbordaban con demasiada facilidad: el negocio, la afluencia de clientes, el exceso de trabajo, los robos, la afectividad de Olga, Ramón Lender, el tío del traje... eran muchos los acontecimientos que estaba viviendo y, parejo a ellos, infinidad de afectos y desafectos pululaban por su cuerpo y su espíritu con tanta desfachatez, que cogían a la joven desprevenida y predispuesta a la lágrima.

Le relató a Olga todo lo sucedido, hasta el mínimo detalle, incluyendo su opinión sobre Ramón Lender, su empresa e incluso su vida.

—Pero cariño, ¿cómo se te ocurrió ir sola?, yo te hubiera acompañado... seguro que yendo las dos no se hubiera atrevido a amenazarte.

Mientras hablaba le acariciaba el cabello y, poco a poco, logró reconfortarla. Vivió el resto del día inmersa en una nube y por la noche, en la soledad de su casa, se tuvo que enfrentar a las interminables llamadas anónimas que, de tan repetitivas, se habían convertido en más molestas que preocupantes. Habló por teléfono con su padre y después con su madre, con la que mantuvo una larga conversación donde ambas se pedían disculpas y se prometían más tolerancia la próxima vez. Antonia le pidió que retomara la costumbre de comer de nuevo con ellos y que los buscara cada vez que necesitara algo, era su hija y siempre sería bienvenida a casa y a sus vidas, daba igual la hora, el lugar o el momento, tanto los brazos como las puertas permanecían abiertas para ella.

Amina se quedó flipada, no era costumbre en su madre ser tan generosa con las palabras y los afectos y esta nueva faceta, además de agradarle, se mantuvo en su cerebro durante horas, hasta que el sueño vino a rescatarla, aunque para ello tuvo que dar unas cuantas vueltas sobre la cama hasta convencer a Morfeo para que viniera en su ayuda.

Luego se durmió y, en medio de un sueño tormentoso se despertó y decidió tomarse las cosas con más calma, dejando que los días se sucedieran irremediabilmente, con la esperanza de vivirlos sin las oscuras maquinaciones de Ramón Lender ni la intermitente presencia del yonqui en su vida.

## CAPITULO X

Ramón Lender siguió enclaustrado entre las paredes de su despacho durante mucho tiempo, tanto que se quedó solo, ni siquiera el hambre había logrado arrancarlo del asiento. Regina, preocupada, en un par de ocasiones se ofreció para salir a comprarle algo que aliviara su estómago, pero estaba saciado de preocupaciones y comida era lo último que su cuerpo necesitaba.

Una pelirroja (la abuela) se le aparecía en cuanto cerraba los ojos o dejaba sus pensamientos vagar por los caminos del pasado, la otra pelirroja (la nieta) lo hacía cuando los pensamientos vagaban por los caminos presentes o futuros. De un modo u otro, los ojos verdes y el rizado cabello rojo estuvieron al lado de Ramón a lo largo de todo el día, acompañándole allá donde fuese. Quiso desprenderse de ellos, arrojarlos como si fueran basura, pero su voluntad se mostró débil y, a pesar de su habitual fortaleza psíquica, tuvo que rumiar cada sílaba, cada palabra y frase que Amina había soltado con tanta desfachatez.

Ramón Lender no estaba acostumbrado a ese trato, hacía demasiado tiempo que ya nadie le acusaba de nada, normalmente el mundo le rendía pleitesía, agradeciéndole todo cuanto estaba haciendo por la humanidad. Ni siquiera el "pelao", se había atrevido a tanto, a pesar de pretender extorsionarle, cuando le pedía la pasta agachaba la cabeza como rindiéndose; en cambio la joven ¡había sido tan descarada!, la mirada fija y amenazante desbordaba autoridad, arrinconando su firmeza. La sintió hostil e inflexible y lo peor de todo, en sus ojos vio la disposición a seguir, intuía que la joven no iba a bajar la guardia fácilmente y, aunque pareció asustada con sus últimas palabras, Ramón suponía que muy pronto volvería a verla.

Añoraba a Karlo, aunque no pudiera compartir sus temores con él, su simple presencia le ayudaba a sortear dificultades y le llenaba el ánimo de fortaleza. Pero su hijo estaba lejos, viviendo la vida que tan meticulosamente le había proporcionado y de la que parecía estar disfrutando. Se había adaptado a la ciudad, el paseo ribereño en forma de luna, paralelo al río Garona, se había convertido en su lugar de paseo favorito y callejear por la zona antigua de los barrios viejos, situados cerca del río y alrededor de la plaza de la Bolsa, ya formaba parte de sus hábitos. A Karlo la ciudad, le había encajado como un guante y, aunque llevaba poco tiempo, ya formaba parte de ella.

Hablaban todos los días por teléfono, incluso dos o tres veces, cuando el nuevo negocio lo requería, su hijo estaba haciendo un buen trabajo y en breve estaría funcionando transportes Lender en Burdeos. Se dijo a sí mismo que debía aprender a estar sin él, ya que las palabras de Karlo indicaban claramente la intención de permanecer allí, quería hacerse cargo del negocio una vez abierto, por lo que el regreso a Madrid parecía bastante improbable. Para Ramón, que nunca se imaginó al hijo lejos de sus protectoras alas, semejante decisión era una contrariedad, había querido alejarlo durante un tiempo, hasta que las aguas volvieran a su cauce, pero una vez recuperada la normalidad quería tenerlo cerca, como había sucedido siempre, compartiendo confidencias.

Los días se sucedieron como en un trampolín, ni la pelirroja, ni el "pelao" le dejaron en paz, solo las llamadas de Karlo le devolvían un poco de calma y de ánimo. Tanto Regina en el despacho, como Palmira durante el escaso tiempo que convivían juntos en casa, lo vigilaban de cerca, ambas mujeres sabían que su jefe no estaba pasando por un buen momento y, desde la distancia, sin bajar la guardia, trataban de

complacerle cada vez que Ramón abría la boca. Sobre todo Palmira, cuyo amor platónico e incondicional afecto por el hombre, era más que evidente.

Era una mujer solitaria sin otra vida que la que ocurría alrededor de Ramón y, aunque apenas le veía, le gustaba imaginar que agradecía el esfuerzo de mantener su vida doméstica limpia y en perfecto orden. Durante treinta años había sido así y continuaría así, porque era un buen hombre que, mantenía su servicio durante las mismas horas (aunque ya no lo necesitaba), para no recortarle el sueldo. Palmira sufría por él, como si fuera su esposo y no soportaba la tristeza con la que últimamente se le veía transitando por la vida. Al principio supuso que la ausencia de Karlo tenía mucho que ver en el asunto, pero con el paso de los días fue evidente que algún problema rondaba por la cabeza de Ramón, el hombre alegre y dicharachero que siempre tenía una palabra de afecto hacia ella, estaba escondido en alguna parte y, aunque Palmira lo buscaba con tesón, no lograba encontrarlo.

Ramón Lender se movía entre sus dos infiernos. El "pelao" estaba actuando por su cuenta y eso no era bueno para él. Las palabras de la pelirroja sobre el nuevo robo en su tienda, le había dejado sin palabras y en cuanto abandonó su despacho, intentó contactar con él, pero el muy cabrón no daba señales de vida, como si la tierra lo hubiera engullido. ¡Ojalá la haya palmado!, pensó, se habría quitado de un plumazo un auténtico y mortal problema, pero presentía que la ausencia del "pelao" era un puro trámite y que, en breve, estaría en activo presionando, hasta obligarle a tomar la fatal decisión.

Una vez más marcó su número de teléfono, seis pitidos y se cortó, agarró el móvil con fuerza y lo golpeó sobre la pulida mesa, pensó que el muy hijo de puta le estaba tocando los cojones. Con rabia se incorporó del asiento y comenzó a dar vueltas por el despacho, con el vaso de whisky agarrado con fuerza entre las manos. Últimamente estaba bebiendo más de lo que debía, pero el alcohol era lo único que calmaba sus estados de ansiedad debidos a las fatales circunstancias. Siguió dando vueltas y largos tragos hasta que, el sonido del móvil le interrumpió, con grandes zancadas se acercó a la mesa y comprobó el número sobre la pantalla: era Yong.

Descolgó el teléfono con preocupación, las escasas llamadas del chino siempre eran una sorpresa, tanto para bien como para mal, con él nunca se sabía, lo mismo te alegraba el día como lo convertía en un holocausto.

—¿Qué ocurre con el local?, ¿por qué no está libre?

Hablaba perfectamente español, con una dicción tan clara que, al no verlo, costaba imaginar que fuera chino, pero las contundentes palabras y el tono ácido, situaron rápidamente en el cerebro de Ramón Lender, el rostro de Yong, un personaje siniestro que tenía la capacidad de aterrorizar cuando los sucesos no ocurrían tal y como él tenía previsto.

—Ya te lo he explicado... lo estoy intentando, pero no es fácil... ahora no...

—No me importa si es fácil o no, lo tienes que hacer y ya no tienes plazo.

—Pero... ¿está funcionando!, es imposible cerrarlo.

—Hazlo posible.

Colgó. Yong colgó y Ramón se quedó con el teléfono pegado a la oreja y el corazón encogido. Él daba las órdenes y los demás se limitaban a ejecutarlas; siempre era así y

de ese modo se funcionaba correctamente, el chino conseguía lo que deseaba y a cambio te llenaba las manos de dinero, todos satisfechos. Pero por primera vez Ramón no conseguía satisfacerle y, no quería pensar en las consecuencias de un chino cabreado, ya le había mostrado una mínima parte, cuando utilizó a dos de sus esbirros para que atacaran a Karlo por la espalda y le dieran el mensaje de advertencia, con esa estrategia pretendía que comprendiera algo que Ramón ya sabía: para Yong no existían los límites y si para alcanzar su objetivo tenía que utilizar a la familia, lo haría sin dudar.

Un regusto amargo empezó en su estómago y subió hasta alcanzarle la boca, era el miedo que, descarado, se peleaba con los restos de valor que aún le quedaban. Tanto la pelirroja como el "pelao" desaparecieron automáticamente de su cabeza, un asunto y el otro carecían ya de importancia y solo existían en su cerebro las amenazantes palabras del chino.

Apuró el vaso de whisky, lo dejó sobre la mesa y salió a la calle en busca de aire. Llenó los pulmones de contaminación y se dejó aturdir por el ensordecedor ruido del tráfico. Caminó al lado de jardines en flor, bajo la sombra de árboles derrochadores de primavera y sobre fresca hierba repleta de vida, acompañado siempre de un sol lacerante, preludio de un verano hostil de tan caluroso.

Caminaba aturullado, sin rumbo y con el miedo tan pegado a la piel que se tropezaba con los transeúntes que pasaban a su lado. Ni los codazos, ni las oscuras miradas lo devolvieron a la realidad, Ramón Lender avanzaba como autómatas, con las palabras del chino colgando en su memoria y consciente de vivir una situación tan crítica que debía hacer algo o su estabilidad futura corría serio peligro. Ramón vivía ahogado en su propio miedo y se prometió cientos de veces que debía tejer un plan para escapar de los alargados brazos de Yong.

El sol caliente de Madrid acariciando su desnuda cabeza, participó en la elaboración de los inicios del plan que pretendía salvar su reputación. Regresó a la oficina y, con el teléfono en la mano y el corazón acelerado, marcó el temido número, preludio de todo lo que iba a suceder a partir de ese instante.

Cuatro días más tarde, Karlo disfrutaba de su recién estrenada vida. La apertura del negocio prometía ser más rápida de lo que en un principio había pensado, las trabas legales ya habían sido solventadas y solo quedaban un par de detalles, de escasa importancia, para poner el cartel de Transportes Lender.

Karlo estaba satisfecho, la ciudad era pequeña, pero con el suficiente bullicio para ser anónimo y al mismo tiempo sentirse cómodo. Por otro lado, la ausencia de su padre le permitía ser él mismo, sin la sombra alargada de sus brazos protectores, hecho que agradecía, pues resolver cada problema, cada bache, sin la eterna ayuda de Ramón, le permitía mostrar una parte de su carácter casi desconocida hasta ahora: la eficacia y tenacidad. Había encontrado gente que prometía ser fiel y, por el camino, estaba repartiendo lazos que varias personas iban recogiendo para sorpresa y agradecimiento de un Karlo que se mostraba más extrovertido, recordando en muchas ocasiones a la actitud abierta de su padre ante la vida.

Además estaban los otros asuntos, sumergirse en el trabajo le había permitido olvidarse de los líos que su padre se traía entre manos y también de la pesadilla de la chica del pelo rojo. Estaba olvidando sus ojos, que habían dejado de perseguirle por las esquinas y apenas recordaba sus absurdas palabras, como si jamás hubiera existido y todo fuera producto de su fértil imaginación. Ambos hechos eran un descanso para el

alma y Karlo estaba disfrutando de esa tranquilidad, la distancia le permitía ver las cosas desde otra perspectiva, pues últimamente hasta llegar a Burdeos, estaba como en un polvorín, pendiente de cada paso de su padre, con el sobresalto constante de pensar que pudiera estar metido en algún feo asunto, y la presencia intermitente de la pelirroja, no ayudaba precisamente a tranquilizar su espíritu.

Llevaba un par de meses y no pensaba volver, al menos de momento, quería empezar otra vida, lejos de rostros conocidos, pasear por calles nuevas donde sus pasos fueran vírgenes, aspirar olores diferentes y abandonarse al placer de otros alimentos, quería sentir que aferraba el timón de su vida y que solo él, dirigía su barco, que el resto del mundo permanecía a su lado, pero solo como compañeros de viaje. Karlo había librado esa batalla durante mucho tiempo, pero ahora era el momento donde sus fuerzas le permitirían ganarla, solo debía continuar allí.

El olor del Garona se le incrustó en la nariz y, satisfecho, aspiró profundo para sentir su fuerza y humedad. El sonido del móvil lo arrancó de su mundo de sensaciones y con pereza observó el número en la pantalla, era el de su padre.

La voz asustada de Palmira le golpeó fuerte en el oído, no logró entender sus aturulladas palabras y tuvo que pedirle que las repitiera hasta que logró asimilar su contenido.

—Tu padre... tienes que venir... ha sufrido un... ictus.

De algún modo incomprendible, logró regresar al hotel, empaquetar cuatro cosas (las más personales), ir al aeropuerto, volar, dirigirse hacia el hospital y sin saber cómo, se vio ante el cuerpo inmóvil de un Ramón Lender con una mascarilla en el rostro, una enorme jeringuilla sobre el dorso de la mano que comunicaba con la bolsa del suero y del medicamento, cubierto con el pijama y las sábanas del hospital, y alrededor suyo unas cuantas máquinas que desconocía para que servían.

Karlo permaneció a su lado, aferrado al suelo por tiempo infinito y tan cargado de dolor que se sintió lleno de heridas. El hombre fuerte que le había dado la vida y que era invencible, aparecía vencido sobre la cama, frágil como el cristal y con marcadas arrugas sobre la frente y alrededor de los ojos, como si le hubieran caído veinte años encima. Parecía otra persona, y por primera vez se dio cuenta, de la levedad del hombre al que contemplaba. No fue capaz de llorar, pero tampoco pudo contener las lágrimas que se le quedaron bloqueadas en el filo de los ojos, abrasándole como fuego, mientras un bloque de hielo se le atravesó en la garganta impidiéndole hablar, solo podía observar el debilitado cuerpo de Ramón descansar sobre la cama.

El tiempo se detuvo entre las cuatro paredes del hospital.

Afuera los días avanzaban al ritmo de siempre, la gente iba de un lado para otro a sus quehaceres diarios, con sus fantasías, sus miedos, sus esperanzas, pero dentro, la vida se había detenido tanto para Ramón como para Karlo. A pesar de las visitas de amigos y conocidos que se dejaban caer por allí, ambos hombres estaban solos, el hijo se aferraba con fuerza al padre tratando de rescatarle del otro lado, mientras el padre se agarraba fuerte al hijo para no caer en las garras de lo infinito.

Los momentos duros de llanto contenido y dolor punzante, pasaron a formar parte de la vida de Karlo que se mantuvo pegado a la cama del hospital, como si ese fuera el único modo de sacar a su padre del lugar por donde andaba transitando. Ni los consejos de los amigos, ni las recomendaciones de los médicos para que desconectara un rato, hicieron mella en él, permaneció fiel en su sitio, pegado a Ramón Lender y dispuesto a



plantarle cara a cuanto intruso pretendiera arrancarle la vida a su padre.

Un hecho vino a interrumpir la rutina establecida, fue algo tan inesperado y sorprendente que, por primera vez en varios días, Karlo dejó de pensar en su padre para centrarse en otro asunto: su madre.

No supo reconocerla hasta que escuchó su voz, habían pasado demasiados años desde la última vez que se vieron.

Fue alrededor de la mesa de la cocina, desayunando, Karlo tenía dieciséis años y un millón de proyectos en el aire. Comió rápido como siempre, un zumo y unas cuantas magdalenas con leche, luego cruzó deprisa la puerta con la mochila al hombro cargada de libros. Ella lo acompañó y quiso darle un beso, pero él se negó, ya era demasiado mayor para semejantes ñoñeces, la despidió agitando la mano, como hacían los hombres y cuando regresó a casa, ella había desaparecido para siempre. Logró olvidarla bastante rápido, con la ayuda de Ramón su vida recuperó la normalidad tan pronto, que enseguida aprendió a vivir sin ella, de tal modo que en su futuro ni la extrañó, ni la lloró, solo muy de vez en cuando, en algún momento puntual le rozaba levemente la añoranza, pero el sentimiento era tan suave que apenas hacía mella en su corazón. Y, de repente, la tenía delante, tan extraña y diferente que no sintió nada, ningún afecto se despertó ante su presencia, solo la sorpresa y la curiosidad, la misma que despertaría un conocido tras largo tiempo de ausencia.

—¿Para qué has venido?

Fue lo único que se le ocurrió preguntar a la desconocida que, incómoda, permanecía rígida delante de sus narices, mientras observaba el cuerpo inmóvil de Ramón. Tenía el cabello rubio platino, recién teñido y muy arreglado, el maquillaje sobre el rostro le daba aspecto de playa como si hubiera tomado interminables baños de sol, llevaba un traje veraniego de falda y chaqueta de manga corta color turquesa y sobre el cuello y las muñecas infinidad de abalorios que tintineaban cada vez que agitaba las manos. En sus oscuros ojos la mirada huía, de vez en cuando lograba enfrentarse a la de Karlo, pero habitualmente permanecía fija sobre su ex marido.

—Para ver a Ramón... me he enterado de lo que le ha sucedido y... tenía que verle.

—¿Por qué tenías que verle?, hace veintidós años que desapareciste sin dejar rastro, ¿por qué ahora?

No había ni un atisbo de emoción en sus palabras, ni siquiera sonaban a reproche, solo la sorpresa las animaba. Siguió escrutando a la desconocida que tenía delante, tratando de penetrar más allá de lo que a simple vista se veía, pero se topó con la barrera del fuerte perfume que la rodeaba y no logró ver nada. La mujer hizo un ademán como si fuera a decir algo, pero inmediatamente cerró la boca y la pregunta de Karlo quedó suspendida en el aire.

—¿Quién te ha avisado?

Volvió a preguntar y esta vez sí hubo respuesta.

—Lo vi en Internet y Palmira me lo confirmó por teléfono.

¡Maldito internet! y ¡maldita Palmira!

El silencio volvió. Eran dos estatuas mirando en la misma dirección, la vista fija en la cama de Ramón Lender y la curiosidad que empezaba a anidar en el corazón de Karlo.

Pero las palabras se quedaron atravesadas en la garganta, había transcurrido tanto tiempo que, aunque esa curiosidad arañaba su sentimiento, era muy difícil darle salida encontrando las frases oportunas que aclararan lo que su madre parecía dispuesta a seguir ocultando: el motivo por el que se había ido.

No quiso permanecer más tiempo al lado de la persona que lo había abandonado y salió de la habitación, con la esperanza de encontrar en la calle, la paz que necesitaba para seguir luchando junto a su padre. Caminó sin rumbo, al principio en círculos que poco a poco fue ampliando, en la cabeza siempre la imagen punzante de su madre, lo que le obligaba a dar las zancadas más largas para alejarla de su cerebro y recuperar a Ramón, su único y principal objetivo. Nada debía distraerle, tenía que centrar la atención en su padre, era la única forma que conocía de poder estar tan cerca de él, que no se pudiera escapar a ningún lado, sin embargo, la maldita mujer que en otro tiempo fue su madre, se empeñaba en colarse, distrayéndolo sin contemplaciones.

Siguió avanzando por las aceras concurridas de gente que se movía de un lado para otro, con la agilidad que dan las prisas, el abundante tráfico llenando las calles de ruido y de humo y el sol derramando su calor sobre el asfalto y la cabeza de Karlo.

No lo pensó, se limitó a dejar que su instinto lo guiara. Detuvo un taxi, le dio la dirección y esperó paciente hasta llegar al destino.

La puerta de la tienda estaba abierta y se coló rápido para no darse tiempo a pensar lo que hacía. Había gente comprando las absurdas galletas, pero tras el mostrador, el rostro de la pelirroja había sido sustituido por otro bien diferente. Giró sobre sus talones buscándola, pero solo vio gente desconocida esperando a ser atendidos por la amable y dicharachera mujer que, sonriente, les preparaba los pedidos.

—¿Dónde está la chica del pelo rojo?

La voz de Karlo se escuchó alto y claro; varios clientes se dieron la vuelta para ver a la persona que con tanta autoridad hablaba, también Olga dirigió sus ojos hacia él. Las miradas se encontraron entre los cuerpos de los clientes y el silencio, hasta que la mujer, como una autómatas sin voluntad, señaló la puerta que daba al "laboratorio" donde Amina amasaba, escribía los papeles y unía ambos en un producto en forma de galleta.

Entró sin más, ni siquiera le dio tiempo a Olga a reaccionar, en dos zancadas atravesó el espacio que lo separaba de la puerta, agarró el picaporte y dejó de par en par el mundo de Amina.

Para Karlo fue una especie de fotografía, un instante que quedaría, para siempre, impreso en su retina. La chica tenía las manos sumergidas en la masa mientras que, con suaves movimientos, la acariciaba despacio, los ojos cerrados para absorber las sensaciones del tacto y de los acordes de una música ligera que sonaba bajito, el cabello atrapado en un gorro y con varios mechones escapando a ambos lados del rostro, un rayo de sol colándose por las rendijas de la persiana y haciendo diana en la frente de la joven, todo eso vio Karlo en el escaso tiempo que empleó Amina en reaccionar al escuchar la interrupción.

La joven abrió los ojos y el hombre pudo sentir, de nuevo, su fuego. El preocupado rostro de Olga apareció tras él, pero Amina le hizo un gesto con la mano para tranquilizarla y la mujer volvió a sus quehaceres.

—¿Qué demonios haces aquí?

Karlo no respondió a la voz urgente de la mujer, cerró la puerta y con pasos lentos avanzó hacia ella. Se paró a escasos centímetros y se quedó quieto para olfatearla, las miradas clavadas en la proximidad y, sin previo aviso, un calor infernal invadiendo los cuerpos.

Karlo, alcanzó las manos manchadas de harina de la joven y las enlazó entre las suyas, después tiró de ellas hasta que sus cuerpos quedaron pegados. Ambos respiraban fuerte y siguieron observándose en una especie de reto en las miradas, hasta que el hombre, inclinándose levemente encontró la boca de Amina. La ligera oposición de ella duró escasos segundos, enseguida cedió a la insistencia de la lengua de Karlo que se entrelazó con la suya en un intercambio de saliva y deseo. Las manos corrieron ágiles y sabias por el cuerpo de la joven, en busca de los lugares más íntimos, las prendas una a una, fueron cayendo al suelo en sucesión irremediable y las jadeantes respiraciones, les animaba a seguir desafiando la lógica de lo improbable. La boca, la lengua y las manos de Karlo exploraron urgentes el rostro y el cuerpo de Amina que, con la conciencia totalmente perdida, se dejó hacer.

Primero se detuvo en la boca donde, con suaves y repetitivos movimientos alrededor de la lengua, se lamieron y absorbieron hasta vaciarse, luego bajó por su cuello, allí se paró a besar y chupar mientras las manos se movían expertas por la espalda. El hombre siguió bajando peligrosamente hasta alcanzar los pechos, le recibieron unos pezones hambrientos de caricias, rosados, ligeramente abombados y erectos, Karlo los sujetó con las manos, acariciándolos despacio, controlando el deseo hasta que su boca los atrapó, entregándose a ellos con fruición, sorbiendo hasta sentir que el cuerpo de Amina se arqueaba para pegarse más al suyo mientras, un gemido escapaba de la boca entreabierta, ella arrastró la camiseta del hombre hacia arriba para sentir la piel que rodeaba su abdomen y pecho, mientras los ágiles dedos de Karlo buscaron por debajo de la falda, la minúscula braga que cubría las partes más íntimas de la mujer que, excitada, le animaba a seguir hurgando.

La boca del hombre se sometió al sabor y olor de los redondos pechos, degustando con placer los pezones que, generosos, se le ofrecían. La lengua de Amina recorrió desde el ombligo hasta la garganta la piel de Karlo, dejando a su paso un rastro de baba y placer, mientras su mano se cerró sobre la protuberancia del pene que, erguido, la recibió con la ansiedad del deseo insatisfecho.

Pasión, placer, saliva, jadeos, sudor y deseo llenaron las paredes de un "laboratorio" testigo mudo de tanto derroche de vida, hasta que el sonido del móvil de Karlo transformó la escena, devolviendo a sus actores a una realidad inesperada. La mujer empujó bruscamente con sus manos al hombre, se bajó la falda y buscó en el suelo las prendas desperdigadas sobre él. Sujetador, camisa y delantal volvieron a estar colocados sobre el cuerpo de Amina, mientras un atolondrado Karlo respondió al móvil, con el cabello revuelto, la camiseta mal puesta y la cremallera del pantalón desabrochada. La voz del hombre salió ronca, expuesta a los peligros del deseo contenido, habló con alguien de Burdeos sobre un pequeño problema con la luz del nuevo local, Karlo le dio instrucciones y tras el breve intercambio de frases, colgó.

La tensión flotaba en el aire hasta masticarse. El hombre enredó el tiempo colocando la ropa sobre su cuerpo e invirtiendo más minutos de los necesarios. Cuando ya no tuvo nada que hacer, alzó los ojos en busca de Amina que tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo. Karlo fue a decir algo, pero la mujer se le adelantó.

—¡Fuera de aquí!

Las firmes palabras fueron acompañadas del dedo señalando hacia la puerta y los ojos cerrados. Él la miró y con movimientos lentos se alejó del pequeño santuario de Amina. Cruzó la tienda sin despedirse y en la calle le recibió un sol caliente. Apuró el paso hasta encontrar un taxi que le devolviera, al lugar donde su padre descansaba ajeno a cualquier acontecimiento.

Su madre ya se había ido, solo Ramón Lender permanecía en la habitación rodeado de tubos, máquinas y cables que pretendían volverlo a la vida. Karlo se sentó a su lado, en la cabecera de la cama y agarró con firmeza su mano, que acarició despacio, con pequeños y rítmicos movimientos circulares del dedo índice, mientras en su cerebro el olor y sabor de la pelirroja campaba a sus anchas para convertir sus pensamientos en una turbulencia de emociones casi olvidadas que, insistentes, luchaban para quedarse y anidar en los sentimientos del hombre que, desde hacía mucho tiempo, ya no quería saber nada, ni del amor, ni de la compañía, ni de la pura necesidad del otro, solo quería sortear la vida con tranquilidad y sin compromiso, viviendo sin la tiranía de los deseos de una pareja estable y exigente que algún día pudiera decidir rasgarle el corazón.

## CAPÍTULO XI

La mujer estaba aturdida, el terremoto de sensaciones que se le movían por dentro era incontrolable, las manos veteadas de manchas, le temblaban ligeramente al sujetar el picaporte de la puerta para escapar, una vez más, del cuerpo que yacía inmóvil y sujeto a la cama de hospital. Paulina salió detrás de su hijo para no quedar a solas con el hombre al que seguía odiando, a pesar de estar inconsciente y del tiempo transcurrido. Las duras palabras del hijo, se le habían clavado en alguna parte hasta hacer daño y necesitaba el aire de la calle para poder respirar. La mujer se alejó del feo edificio y, con gesto cansado, caminó por la calle sin saber a dónde. Lo hacía con la cabeza ligeramente inclinada hacia el suelo y cuando alzó los ojos, se tropezó con la espalda de Karlo que también caminaba aturdido, como ella, sin un destino concreto. Se detuvo para dejar más espacio y, sin ser plenamente consciente de lo que hacía, comenzó a seguir al hijo.

Al igual que él, se subió a un taxi y cuando lo vio entrar en la extraña tienda, se ocultó detrás de un edificio a esperar. Los minutos se volvieron eternos, mientras Karlo permanecía en el interior de la tienda, tanto que a Paulina le dio tiempo a pensar que, no estaba bien husmear en la vida de su hijo y, el arrepentimiento comenzó a abrirse paso en su conciencia. Pero la curiosidad pudo al sentido común, por lo que siguió oculta y muy extrañada al ver a Karlo en el barrio donde Ramón Lender había dado sus primeros pasos para iniciar su destino. Tras la larga espera, el cuerpo de Karlo apareció abandonando la tienda, pasando muy cerca de donde ella permanecía oculta, pero caminando tan ensimismado, que Paulina pudo permitirse contemplarlo sin ser descubierta, luego observó la espalda alejarse hasta que detuvo un taxi para abandonar la solitaria calle.

La mujer, curiosa, encaminó sus pasos hacia la tienda. Al cruzar la puerta, absorbió el olor a galletas e incienso. Cuatro clientes esperaban su turno para ser atendidos y Paulina se colocó detrás del último, aguardando paciente hasta que la dependienta se dirigió a ella.

—¿Qué le pongo?

La voz de Olga se escuchó profesional y amable, con la pinza en la mano para atrapar rápido las galletas, la señora que tenía enfrente parecía indecisa y la Olga luchadora salió rápido a escena.

—Le sugiero las de chocolate, ¡están buenísimas!

La mujer asintió con la cabeza mientras observaba el curioso local: los velones, los amuletos, los hierbajos secos, junto a las cenefas, ribetes, frisos, unicornios y licántropos dibujados en las paredes, formaban un extraño conjunto surrealista y no apto para imaginaciones simples. Paulina ensimismada, estaba observando el lugar, cuando la voz amable de Olga la apremió a coger la galleta para seguir atendiendo al público. Mientras abría el monedero, una joven pelirroja apareció tras una puerta, las mejillas coloradas, los ojos encendidos y los labios tan apretados que daban a su rostro impresión de dureza.

Lanzó un "enseguida vuelvo" a la dependienta y desapareció por la puerta abierta que daba a la calle.

Paulina caminó tras ella que avanzaba con pasos rápidos, golpeando con fuerza la

acera. La siguió a cierta distancia, sin saber por qué, ni la conocía, ni tenía ningún interés en ella, pero por alguna inexplicable razón, su voluntad la obligó a ir detrás de un cuerpo desconocido que se movía rápido y con tanta prisa que, Paulina tuvo que apurar mucho el paso para no perderla de vista.

Amina necesitaba caminar, agitar su cuerpo con movimientos bruscos para escapar de las imágenes que, impúdicas, se agolpaban en su cabeza, el olor de Karlo se le había pegado a las entrañas y en sus manos llevaba las marcas de la piel del hombre. Los rastros de su lengua y su boca permanecían fieles sobre su cuerpo magullado por el deseo y las caricias reprimidas, le quemaban en cada resquicio de su piel, virgen desde hacía tiempo. El muy canalla la había confundido y arrastrado a un mundo de sensaciones ya casi olvidadas, mientras le arrancaba suspiros escondidos en algún lugar que creía no existían.

Se movía con fiereza por las calles de Madrid, confundida por la respuesta de su cuerpo ante un tío desconocido y casi odiado; el mismo hombre que había alterado su estado anímico en cuestión de segundos, había logrado someter su voluntad y confundir su sentido común en el mismo tiempo. ¡Maldita estúpida!, se flageló unas cuantas veces mientras sus alocados pies corrían involuntarios por aceras conocidas, esquivando rostros que avanzaban en dirección contraria a la suya.

Amina necesitaba gritar lo que su interior guardaba y para ello buscó a la única persona capaz de comprender un alma atormentada: su abuela.

Llamó al timbre y cuando los dos pares de ojos idénticos, se cruzaron en el espacio, sobraron palabras, solo brazos abiertos y caricias fueron necesarios para aplacar la furia que venía persiguiendo a la joven. La abuela lo intuyó, las mejillas encendidas, el fuego en los ojos, el cabello revuelto y los labios apretados, la llevaron a otro momento donde ella era la protagonista luchando por una pasión incontrolada. Abuela y nieta eran demasiado parecidas, tanto en físico como en carácter, para que se le escapara la tormenta que estaba envolviendo a Amina.

—¿Quién ha sido?

Las tres palabras abrieron unas compuertas endebles, y la joven soltó a pasear su corazón por las paredes de la casa de la abuela. Explicó cada detalle acerca del hombre que la había cogido desprevenida en el "laboratorio": cuando lo vio por primera vez, los siguientes y desafortunados encuentros, el rechazo que sintió hacia él y por último el intercambio involuntario de pasión y deseo.

—Es un capullo, que de algún modo está relacionado con el yonqui que ha robado más de tres veces en la tienda... ¿cómo es posible que me haya dejado llevar?, es... es... increíble... le odio abuela, y sin embargo...

—Y, sin embargo, no has podido imponerte, pero NO lo vas a permitir, no otra vez, si ese hombre tiene relación con los robos, tienes la obligación de usar la cabeza, no las tetas para defenderte.

Siguieron hablando, la abuela usando consejos, Amina preguntando y asintiendo. Por alguna razón, las palabras de la abuela, muchas veces duras y contundentes, calaban en la joven, hasta que la hacían reaccionar.

La dejó sentada en la vieja mecedora balanceando su anciano y a la vez ágil cuerpo mientras el sol se fundía sobre su rojo cabello, donde quedaba atrapado para convertirse en fuego.

La vuelta a la tienda fue más tranquila, parte de la carga emocional se había quedado en los rincones de la casa de la abuela, sentía su cuerpo más liviano y su cerebro empezaba a despejarse de la presión de un suceso tan surrealista como el que había vivido. Recordó las últimas palabras de la abuela y una sonrisa acudió rápida a sus labios, mostrando los dientes blancos y disparejos, le había confesado, entre risas, que también ella había hecho el amor sobre la mesa donde amasaba. Fue un coito rápido, fogoso y lleno de furia con el jovencito que le llevaba la mercancía cada mañana, un simple calentón que nunca más se dio, porque el joven desapareció como si nunca hubiera existido, al día siguiente otro vino en su lugar y jamás volvió a verle "una pena, porque me hubiera gustado echar algún que otro polvo", le confesó la abuela descarada.

Logró hacerla reír y hasta frivolar sobre lo sucedido, ella no había sido tan atrevida como la abuela, porque el sonido del móvil le devolvió la cordura, algo tan trivial la hizo reaccionar y recuperar las riendas, pero había estado tan cerca, que tenía miedo de su cuerpo, de no poder controlarlo y que hiciera su santa voluntad.

Olga esperaba tras el mostrador, faltaban diez minutos para el cierre y los clientes se habían esfumado. Las dos mujeres recogieron los restos de galletas y se despidieron. Tenían un par de horas para comer y descansar y Amina, con paso firme, se dirigió a casa de sus padres. Desde la reconciliación con Antonia, las aguas habían vuelto a su cauce y cada día, la joven disfrutaba de nuevo, de la compañía y generosidad de Vinicio.

La mesa estaba preparada. Platos, vasos, cubiertos y servilletas se alineaban en perfecto orden, acompañados de una vistosa ensalada en el centro, de una botella de vino a un lado y del otro una jarra con agua y una pequeña cesta con trozos de pan. Los gemelos estaban sentados alrededor de la mesa y, como era su costumbre, no saludaron a la joven, limitándose a seguir en su mundo privado de heroicidades y sueños, donde solo tenían cabida ellos, nadie los entendía y mucho menos sus padres o hermana, demasiado mayores para comprender sus conflictos. También Vinicio ocupaba su sitio, ensimismado y ocultando parte del rostro tras el periódico deportivo, en cuanto escuchó los pasos de Amina, apartó el periódico para recibirla con su agradable sonrisa.

—¿Qué tal ha ido el día, hija?

—Muy bien, hemos tenido una caja generosa... ¡los clientes aún no se han cansado de las galletas!

—Eso es bueno.

Antonia apareció con una enorme fuente entre las manos que depositó, sobre el único trozo libre del blanco mantel que cubría la mesa. Saludó a su hija, como lo hacía siempre, una mueca casi imperceptible en los labios y las dos palabras tópicas "¿qué tal?"

Comieron despacio (excepto los gemelos), saboreando los ricos y sabrosos alimentos que Antonia, con esmero, preparaba cada día. La verdura a la plancha acompañada de una exquisita salsa y los filetes con patatas fritas, fueron engullidos en su totalidad, después se sucedieron los postres, fruta o yogur y para finalizar, Amina un té, sus padres café y los gemelos nada. Estos abandonaron la mesa en cuanto terminaron de comer, el rollo de la charla tras la comida no les iba en absoluto y dejaron al resto de la familia, delante de sus respectivas tazas, hablando sobre sus historias.

—Estoy devolviendo al banco el crédito... en breve también os devolveré a vosotros lo que os debo.

—No te preocupes, no pienses en eso, no hay ninguna prisa.

Dijo rápido Vinicio restándole importancia, aunque para ella sí la tenía. Quería saldar la deuda cuanto antes para tranquilizar la tacañería de su madre, Antonia era un tanto austera con la economía, no se prodigaba en dispendios y normalmente compraba por pura necesidad, ella no sabía de compras compulsivas, derroches, ni caprichos absurdos y cada objeto que entraba en la casa era un símbolo a la utilidad. Todo lo contrario que Vinicio, espléndido hasta el extremo y derrochador si Antonia se lo permitiera, la mujer lo ataba corto para que no se le fuera la cabeza y terminara llevando la ruina a la familia. Amina lo sabía y por ello necesitaba saldar la deuda con su madre para que pudiera disfrutar del cómodo colchón que le proporcionaban los ahorros y seguir viviendo tranquila, sabiéndose con las espaldas cubiertas.

—Sí que pienso papá, eran vuestros ahorros y... y... bueno en cuanto sea posible...

No pudo acabar la frase, el móvil interrumpió su discurso, era Olga. Uno de sus hijos había tenido un accidente con los patines y estaba en el hospital, esperando que le escayolaran la pierna.

—En cuanto pueda me acerco a la tienda ¿vale?

—No te preocupes, cuida a tu hijo que ya me encargo yo.

Colgó el teléfono. Sin la ayuda de Olga la tarde se presentaba complicada por lo que, sin perder más tiempo, se incorporó de la silla dispuesta a reclutarse en el "laboratorio" y preparar de nuevo la masa interrumpida por culpa de la pasión.

—No vas a poder atender al público y a la vez hacer las galletas.

Fue la voz de Vinicio la que expresó en alto, lo que estaba pensando, no sabía cómo hacerlo, en realidad, era imposible. El tiempo invertido en los besos y en casa de la abuela hablando de ellos, le habría permitido tener un buen surtido de galletas que ahora necesitaba, su única opción era abrir más tarde y así se lo dijo.

La respuesta de su padre la cogió por sorpresa

—¿Qué te parece si le echas una mano, Antonia?

Era una proposición casi indecente y Vinicio lo sabía, ambas eran incompatibles, sobre todo en el trabajo, en tan solo una ocasión vivieron semejante experiencia juntas, codo con codo, y fue lo más parecido a un infierno que les tocó vivir. De eso hacía mucho tiempo: cuando Antonia le cedió el negocio y Amina, con cero experiencia, necesitó la ayuda de su madre para tomar las riendas.

Fue una semana de infarto, con discusiones diarias y la presencia de Vinicio en medio de ellas (cuando su trabajo se lo permitía), para que las dos mujeres no se agarraran de los pelos. Cada acto era constantemente criticado por la otra y viceversa hasta que su padre, cabreado como no lo había visto jamás, puso un poco de cordura en medio del caos, acusándolas de imbéciles y de impedir a propósito, la comunicación entre ambas. Las obligó a una tregua que básicamente consistió en escucharse y respetar la opinión del otro y así logró que capearan, a duras penas, la semana que pasaron juntas.



—Creo que no es buena idea, mamá... tiene que hacer cosas aquí y... no os preocupéis, ya me las arreglaré.

—Solo será hasta que llegue Olga, tú puedes preparar las galletas mientras tu madre atiende a los clientes.

Hubo un incómodo silencio, la propuesta de Vinicio era tan razonable que, por más que buscó argumentos en su contra, no encontró ninguno. Amina esperó sentada, hojeando una revista, su padre también permaneció sentado, enfrente, con el periódico entre las manos y la sonrisa en la boca, mientras Antonia se arreglaba para la ocasión. Surgió como una aparición en medio de la puerta de la salita, pulcramente vestida y con el maquillaje correcto sobre el rostro.

Vinicio la miró embobado, tantos años compartidos con aquella mujer y todavía seguía queriéndola como antes, cuando el amor y el deseo se juntaban para convertir su vida en pura necesidad de Antonia. La amaba en mayúsculas, con sus muchos defectos y sus muchas virtudes, a pesar de su fuerte carácter, convertido casi siempre en un genio endemoniado. Era su mujer perfecta, la que permanecía leal a su lado, la que le hacía reír a menudo, la que compartía con él sus miedos, ilusiones e incluso sus fracasos, en secreto y al oído, para que nadie más se enterara de sus debilidades, Vinicio a cambio la escuchaba y permanecía fiel a ella, sujetándola con fuerza cuando la sentía frágil, aferrada a miedos infundados y que, con frecuencia, se le pegaban en el alma donde permanecían durante días, hasta que algún inesperado milagro, la devolvía al mundo de la ilusión y, de nuevo, recuperaba la alegría que tan generosamente le regalaba.

—¡Estas preciosa!

Las palabras del hombre le arrancaron una tímida sonrisa.

—Es cierto mamá, estas muy guapa.

Confirmó Amina, cogiendo desprevenida a su madre que, casi se ruborizó con semejante despliegue de halagos. Nunca supo recibirlos, sentía cierto pudor cuando le regalaban los oídos, solo Vinicio se podía permitir esa licencia sin que la mujer reaccionase como atolondrada cuando alguien se atrevía a destacar, en voz alta, alguna de sus cualidades. Miró de soslayo a su hija y, con un leve movimiento de cabeza, la urgió a levantarse del sillón para enfrentarse a lo que Antonia consideraba la lucha diaria. El hombre se despidió de ellas, deseándoles buena tarde, buenas ventas y las dejó alejarse, satisfecho de verlas juntas para ayudarse sin lanzar al aire palabras implacables, ni miradas apocalípticas.

La tarde se fue en un suspiro, Antonia atendió a los clientes con la seguridad de saber lo que se hace y la satisfacción de hacerlo bien, recuperando con ello parte de su juventud. Los ojos brillantes y la ilusión pegada al lado, fueron testigos del mundo interior de Antonia. Recordó otros tiempos, cuando ella era la única responsable de sacar el negocio adelante, pelear cada día para mantenerlo en pie y lograr que, hasta el último momento, fuera su medio de vida. Pero entonces, cuando todo funcionaba correctamente, el maldito cáncer apareció en escena, la quimioterapia y la depresión pasaron a formar parte de su vida y con ello, la ausencia total del negocio.

Fueron días de dolor, lágrimas e infierno donde creyó quedarse para siempre a pesar de la constante mano de Vinicio empeñada en sacarla de allí, pero cada día sentía que vivía a ras del suelo, y deseaba que por fin, se la tragara, para poder separarse del obscuro dolor del alma que a cada momento, le dolía más. Tuvo que ceder la

pastelería, incapaz de seguir haciéndose cargo de ella, hubiera querido traspasar el negocio o alquilar el local y olvidar el asunto, pero su madre empeñada, le insistió para que Amina se hiciera cargo y no tuvo más opción que entregársela. Se la puso en bandeja y tuvo que enseñarle todo desde el principio, pues su hija jamás había mostrado interés alguno y no sabía lo que allí sucedía. Necesitó mucha paciencia para que aprendiera algo y la maldita enfermedad, que empezaba a corroerla por dentro junto al escaso interés de Amina, no eran la mejor de las ayudas.

La enfermedad siguió su largo y lento proceso, acompañada de la oscura depresión que, con su negra mano, lo envolvía todo, convirtiendo a Antonia en un guiñapo incapaz de enfrentarse a nada. Hasta que un día, ese que se queda marcado para siempre en las neuronas, una pequeña luz se abrió paso dentro de su cerebro cuando los médicos le regalaron la pequeña esperanza que volvió a formar parte de sus días. Tras el lento año y medio aferrada a la desilusión, la gran noticia entró en casa con la algarabía que traen las buenas nuevas y Antonia descubrió, que el mundo a su alrededor seguía en pie, a pesar de su ausencia psíquica. Los gemelos continuaban en el colegio, Amina se acababa de divorciar e intentaba mantener a flote su vida y la pastelería, Vinicio permanecía fiel a su lado, como un fuerte roble que no se doblaba jamás. Los vecinos, amigos, y el resto de la familia volvieron de nuevo para celebrar con ella la noticia y por fin, un poco de claridad entró en sus días.

A las ocho y media madre e hija pusieron el cartel de cerrado y, aprovechando la espléndida tarde cargada de luz y calor, dieron un paseo hasta encontrar una mesa libre en la terraza de una cafetería con bastante gente y mucho ruido. Los ilusionados ojos de Antonia, miraban alrededor para no perder detalle de la vida que fluía a raudales por todas las esquinas, mientras tomaban un par de refrescos cómodamente sentadas al lado de gente bullanguera.

—Mamá, muchas gracias... me has salvado la tarde... al final Olga no pudo venir, y...

—No me las des, he disfrutado mucho, ya no recordaba lo que se sentía... la ausencia de Olga me ha permitido recordarlo de nuevo.

Amina observó sorprendida a su madre, tan alegre que parecía una persona diferente, no era frecuente verla así, normalmente estaba huraña, dispuesta a amargarle la vida y con una predisposición a discutir, que rayaba en la obsesión. A menudo pensaba que había algún desconocido secreto que atañía a ambas y que influía en el comportamiento de su madre hacia ella, además, teniendo en cuenta la actitud tan diferente hacia sus hermanos y padre, más se reafirmaba en la idea.

—En serio, me has ayudado un montón y, aunque parezca increíble... no hemos discutido ni una sola vez.

Las dos mujeres rieron con la risa hilarante de lo superficial. Siguieron hablando hasta que Vinicio se incorporó a la pequeña tertulia, satisfecho al ver a sus dos joyas dialogar sin lanzarse los trastos a la cabeza e incluso riendo una, las bromas de la otra. Acompañaron a la joven hasta su casa, todos vivían cerca de la tienda, la abuela, Amina y ellos, por lo que resultó un paseo corto, pero agradable, bendecido con la intención de respetarse por el resto de los días. Luego volvieron cada uno a sus rutinas, Vinicio y Antonia a la irreverencia diaria de los gemelos, a los hábitos domésticos y al apoyo mutuo, Amina a la soledad de su casa, a su mundo interior y a las llamadas de teléfono de amigos y conocidos para romper el silencio.

A veces, la soledad pesaba como una gran losa, que se colocaba encima de la cabeza

y presionaba con fuerza hacia abajo. Aunque su matrimonio no había sido el ideal, en algunos momentos echaba de menos un compañero al que agarrarse cuando estaba a punto de caer, alguien con quien compartir su corazón satisfecho por la reconciliación con su madre, la alegría de un negocio solvente, sentimientos, sensaciones, ilusiones... todo el mogollón de situaciones por las que atraviesa el ser humano cuando está vivo.

El olor de Karlo le llegó repentino, sin querer un millón de imágenes se pegaron a la planta de sus pies y comenzaron subir poco a poco hasta recorrer todo su cuerpo, notó calor y dolor en la vagina y en medio de la soledad de su casa se masturbó, hasta sentir que su cuerpo se partía y perdía la conciencia durante segundos por el impacto de un orgasmo tan rápido, que la cogió desprevenida. Se quedó tirada sobre el sofá para que su cuerpo se recuperase, mientras un acceso de nostalgia hacía su entrada por la puerta trasera del corazón. El momento se rompió con el sonido del teléfono, puso en pie su desmañado cuerpo y corrió a descolgarlo sin fijarse en la pantalla; el silencio y el miedo fueron la respuesta a su insistente "¿quién es?", hasta que furiosa, arrojó sobre un sillón el teléfono descolgado y se dejó caer al suelo de cuclillas, apoyando la espalda en la pared.

Mientras, en la otra punta de la ciudad, Paulina resumía en su cabeza los hechos sucedidos durante su faceta detectivesca. Recorrió numerosas calles, primero detrás de Karlo y, luego de la pelirroja, pero no sabía ¿por qué lo había hecho?, ni siquiera había podido confirmar que existiera alguna relación entre ambos. La joven tras salir de la tienda, había estado durante casi una hora, metida en una casa, luego regresó de nuevo a la tienda para cerrar e irse, supuso que a comer. Paulina en ese punto abandonó la persecución, regresó a su hogar y dejó que la tarde cayera lenta sobre ella. Cerca de las siete, volvió de nuevo a la carga.

Sustituyó el traje color turquesa por algo más discreto, y se deshizo de los collares y pulseras que adornaban su cuerpo. Llegó a la tienda quince minutos antes del cierre y enseguida vio a la pelirroja y a una mujer mayor salir de ella. Con pasos lentos se dirigieron a la terraza de una cafetería donde charlaron animadamente delante de un par de refrescos, un hombre también mayor se unió a ellas, y Paulina los observó desde una mesa próxima. Ni rastro de Karlo, la mujer tenía la absurda idea, sin fundamento alguno, de que entre la pelirroja y su hijo existía alguna relación, esa certeza la había llevado hasta allí, a vigilar a gente normal como si fueran delincuentes, para confirmar lo que rondaba por su cabeza.

Un leve brote ético, arañó la conciencia de Paulina y se tuvo que enfrentar a su moral para justificar su presencia a escasos metros de aquellas personas. Se dijo cientos de veces, que necesitaba saber de Karlo, llevaba demasiado tiempo alejada de él y la ausencia de Ramón Lender, postrado en la cama, le daba coraje para intentar de algún modo el acercamiento, si para ello tenía que perseguir a una joven o subir al Himalaya, lo haría sin dudar, tal vez la pelirroja fuera la puerta de entrada para reencontrarse de nuevo con Karlo, ya que la vía directa era imposible, cada vez que recordaba su firme oposición cuando se encontraron en el hospital y su absoluta indiferencia, sentía como si la golpearan con un mazo. Además estaba el asunto del dinero, con Ramón en coma se había cerrado el suministro y lo necesitaba para vivir. Con estos argumentos Paulina acalló su conciencia y siguió sentada observando a Vinicio, Antonia y Amina.

Los vio incorporarse de sus asientos y caminar con el paso tranquilo de los paseos, estaba dispuesta a levantarse para continuar la "persecución", cuando sucedió algo que la dejó estática y clavada al suelo: alguien más les estaba vigilando.

La certeza del descubrimiento, en un momento dado la hizo reaccionar por fin y seguir

al perseguidor. Acortó con pasos rápidos la distancia que la separaba y, curiosa, se movió detrás de todos ellos. La pareja mayor despidió a la joven con un par de besos frente a la puerta de un edificio y, sin cambiar el ritmo del paso, se alejaron en dirección contraria, ajenos por completo a lo que ocurría tras ellos. Paulina observó al hombre que les estaba vigilando, era un tipo normal, ni alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco, alguien que posiblemente pasaría desapercibido con bastante frecuencia y en el que ella se había fijado, porque estaba tan pendiente de la pelirroja que miraba todo cuanto sucedía a su alrededor. Le había visto por primera vez durante la mañana, rondando la tienda y ahora volvía a rondar la casa, mientras fumaba un cigarrillo.

Parecía nervioso, iba de un lado para otro en la acera de enfrente, con pasos cortos y rápidos, Paulina utilizó la esquina de un edificio como el lugar donde ocultar su cuerpo y, a intervalos, sacaba la cabeza para confirmar que el hombre seguía allí. Sin comprender lo que estaba ocurriendo, tuvo que sujetarse el pecho para acallar los fuertes latidos de su corazón, era evidente que estaba vigilando a la joven y Paulina se preguntó en que andaría metida para ser objeto de tanta atención por parte del anodino personaje. Siguió atenta y oculta, con un miedo, que se iba acentuando a medida que los minutos pasaban, a ser descubierta por el hombre.

Durante un tiempo no hubo más vida que la de vigilar, uno el edificio, la otra al hombre, hasta que el anodino, modificó sustancialmente la escena, arrojó al suelo uno de los varios cigarrillos fumados y tras mirar a ambos lados de la calle, entró en el portal del edificio, aprovechando la salida de una mujer. La puerta se cerró, ocultando su cuerpo y Paulina con una extraña sensación en la boca del estómago, se quedó observando el edificio que, imponente, se recortaba contra un cielo azul marino, que comenzaba a dar los últimos coletazos del día para dar paso a una noche estrellada, pero disimulada por las luces de la ciudad. Con los restos del calor del sol suspendidos en la atmósfera, la mujer mentalmente rezó una breve oración y siguió parada sobre la acera esperando que sucediera algo.

## CAPITULO XII

Ramón Lender inerte sobre la cama, seguía fiel a la vida, su débil y rítmica respiración se agarraba con fuerza a las máquinas que le servían de puente entre el otro lado y este, Karlo pegado como una lapa, gestionaba la empresa de Madrid vía teléfono, utilizando a un par de empleados de confianza como si fueran sus brazos, despachaba con ellos a primera hora de la mañana y al cierre de la oficina y tan solo se acercaba a su despacho si algún asunto urgente le reclamaba. Respecto a Burdeos, el tema estaba en stand by, esperando a que su padre se recuperase para retomarlo de nuevo.

Quería estar al lado de Ramón, porque dejarlo solo era tanto como abandonarlo y, a pesar de las últimas discusiones, necesitaba a su padre, verlo postrado sobre la cama, tan humano e indefenso le partía el corazón. Volver a recuperar al hombre fuerte de siempre, era su único objetivo y para ello permanecía leal a su lado. Le frotaba las manos, le masajeaba los pies, le afeitaba, le informaba de cuanto ocurría en la empresa... con el único fin de intentar brindarle un poco de la normalidad perdida en el mismo instante que su conciencia se alteró.

A Karlo la vida se le había vuelto del revés de un día para otro, a Ramón Lender también, pero aún no era consciente de ello. Tenía ilusiones, una nueva vida en Burdeos y sobre todo un proyecto que, a medida que se había ido implicando en él, más interés tenía en sacarlo adelante y hacer que transportes Lender se posicionara en Francia como una importante empresa. En su cabeza había soñado unas cuantas oficinas repartidas por los dos países, la breve experiencia le había servido para querer ampliar la modesta empresa de su padre y hacer de ella un negocio solvente y duradero capaz de superar crisis e incluso cambios de propietario. Pero el repentino ictus, lo había trastocado todo, obligándole a detener el trabajo realizado para poder permanecer al lado de Ramón, que continuaba prácticamente igual que el primer día; la mejoría era tan leve que hablar de ella era tanto como insultar a la realidad.

Casi un mes había transcurrido y la única novedad en el cuerpo inmóvil era que ya no se ayudaba de la máscara de oxígeno para respirar, el resto se mantenía idéntico, como si el tiempo se hubiera detenido en el mismo instante que Ramón Lender cayó inconsciente sobre una amplia acera llena de árboles alineados uno muy cerca del otro, un césped al lado, verde y fresco que invitaba a retozar sobre él y con un sol calentando sobre los mortales con tanta fuerza, que los humanos buscaban la sombra para protegerse de sus agresivos rayos. El mundo se volvió oscuro cuando rozó el suelo y dicha oscuridad se le había quedado dentro del cuerpo, extendiéndose por él hasta llegar al último de sus rincones.

Los sueños sin cumplir estaban comenzando a devorar el ánimo de Karlo. Desde el primer día se había acoplado al mundo inconsciente de su padre y ya llevaba demasiado tiempo metido en él, tanto que estaba sufriendo las consecuencias de vivir encerrado en una habitación, sin más vida que la acarreada por las enfermeras cada vez que entraban a cambiarle el suero, la que portaban los médicos cuando querían comprobar algún dato puntual, o la presencia, cada vez más esporádica, de amigos o conocidos pendientes de la evolución de Ramón Lender. La vida de Karlo se había mermado de tal modo que, la única ilusión que le quedaba era hablar por teléfono con sus empleados para seguir controlando la marcha del negocio, eran esos los momentos que le permitían seguir en pie forjando mínimas ilusiones.

La puerta de la habitación se abrió de par en par, el enclenque cuerpo de Palmira

surgió a través de ella, flaco, delgado y ágil como las gacelas. Con un simple gesto de la cabeza intercambiaron información sobre el estado de salud de Ramón Lender. La mujer vivía consumida, más flaca si cabe, desde que su jefe se quedó sin la parte consciente del cerebro, esa que te sujeta a la tierra para permitirte vivir y compartir experiencias. Palmira estaba perdida con la ausencia de Ramón, la casa se había vuelto fría y oscura sin su presencia y, lo único que devolvía un poco de calor a sus días, eran los momentos que pasaba en el hospital pegada a la cama del hombre. Con sus pequeñas manos le acariciaba suave el rostro, mientras alguna furtiva lágrima corría solitaria por su mejilla. Karlo sabía de la devoción de la mujer por su padre y procuraba dejarlos solos, aprovechando para salir a tomar el aire, un café o dar un paseo por los alrededores del hospital.

El tranquilo y reconfortante paseo, pronto se vio interrumpido por la presencia de su madre. Verla de nuevo fue para Karlo como si le estrujaran las entrañas con una mano de hierro, sintió que le hervía la sangre de cólera y en cuanto la tuvo al lado le espetó.

—¿Para qué cojones has vuelto?

El fuerte y elevado tono de voz paralizó a Paulina que, durante un momento, se quedó estática sin saber qué hacer ni decir, tardando en lograr que su cuerpo y cerebro reaccionaran, lo que obligó a Karlo a repetir la pregunta.

—Necesito hablar contigo... es importante.

—¿Ahora necesitas hablar conmigo?, después de tanto tiempo...

El rostro de Karlo era una máscara de incredulidad y sorpresa, quería seguir hablando con aquella mujer, usar palabras hirientes que le tocaran el corazón, pero la sentía tan desconocida que no sabía que decirle.

—Verás... cuando te largaste yo también quise que hablaras conmigo, que me explicaras tu ausencia, ¡cualquier cosa me hubiera servido! y durante un tiempo esperé, y esperé, hasta que perdí la esperanza y te borré de mi vida por completo, exactamente igual que tú me borraste de la tuya.

Se detuvo para tomar aire, Paulina imperturbable tenía los ojos clavados en él.

—No tenías derecho a largarte sin una explicación... no me vengas ahora con la estupidez de que necesitas hablar conmigo... a estas alturas ya no tienes nada que decirme.

Karlo giró sobre sus talones para alejarse de la mujer que durante un tiempo fue su madre, caminaba decidido hasta que su voz lo detuvo.

—Es sobre la chica de la tienda... la pelirroja.

Tardó en reaccionar, las palabras no lograban adherirse a la parte del cerebro de Karlo que soportaba la comprensión y tuvo que repetir las varias veces en voz baja, hasta conseguir entender el significado de cada una de ellas; no así la intención.

Se volvió despacio hacia su madre, con movimientos estudiados como si estuviera rodando una película. Ni la cara, ni el cuerpo de Paulina decían nada, solo estaban alertas, pendientes de cada gesto de Karlo, cuyo rostro se había contraído por la presión de la boca al apretar con fuerza los dientes.

—¿De qué me estás hablando?

La reacción no pasó desapercibida para Paulina que mentalmente se felicitó, la actitud de su hijo confirmaba sus sospechas: ambos se conocían y, el siguiente reto, era saber hasta donde, descubrir que significaban el uno para el otro.

El día anterior, Paulina había permanecido plantada enfrente del edificio, mientras el tipo que perseguía a la pelirroja estuvo dentro. Los diez minutos de espera se le hicieron eternos, por fin, cuando lo vio cruzar la puerta, se ocultó tras una furgoneta de reparto que estaba aparcada enfrente y desde dicha atalaya pudo observar, sin ser descubierta, los pasos del hombre alejarse por la estrecha acera para enseguida, desaparecer engullidos por la noche. Paulina no tuvo coraje para seguirlo, una cosa era tontear con Sherlock Holmes, siguiendo los pasos de la pelirroja y otra muy diferente vigilar a un tipo cuya actitud imponía bastante, al menos en apariencia.

La investigación terminó ahí, en el punto exacto donde el miedo le ganó la partida a la intuición, y la prudencia entró en escena. Paulina le dejó ir, aun a sabiendas de perder la oportunidad de saber algo más del mundo relacionado con su hijo.

El silencio de Paulina espoleó la curiosidad de Karlo que, enseguida volvió a la carga.

—¿De qué la conoces?... ¿por qué quieres hablar de ella?

Tenía tanta ira acumulada dentro que escupió las palabras como dardos. La inquietud por Ramón Lender, la presencia de su madre, la fuerte atracción hacia la pelirroja, el parón profesional, eran circunstancias en su vida que le estaban trastocando los sentidos. Enfrentarse a tantas novedades en un tiempo mínimo, comenzaba a pasarle factura y Karlo se sentía desbordado, como si estuviera perdiendo el timón de su vida y el barco se zarandeara según los caprichos del mar. Estaba solo, sin un hombro sobre el que llorar, sin nadie con quien compartir lo que su espíritu gritaba y, escuchar las misteriosas palabras de su madre, espoleaba más si cabe, la sensación de pérdida y abandono.

—¿Hace tiempo qué la conoces?

Paulina dijo dichas palabras como podría haber soltado otras bien diferentes, estaba nerviosa frente a Karlo, no sabía qué hacer, ni decir para captar su atención e intentaba usar un poco de misterio para que su hijo no le diera la espalda, dejándola con la palabra en la boca y la relación patas arriba.

Los párpados de Karlo se entornaron mientras respondía.

—¿Qué puede importarte eso?... y tú ¿de qué la conoces?... ¡maldita sea!, de repente apareces en mi vida como por arte de magia y... me increpas sobre una persona, ¿qué demonios pretendes?, ¿qué coño quieres?

Casi gritó. Paulina, dadas las circunstancias y a pesar de ser un hombre con un relativo control sobre su persona, lo estaba poniendo al límite, tenía tanta furia dentro que sintió ganas de golpearlo todo y tuvo que hacer algunos ejercicios mentales para devolverse la calma. La mujer al verlo, perdió el control de la situación, sintió la ira del hijo correteando por sus venas hasta impactar en el filo de su boca, donde tuvo que apretar los dientes con fuerza para evitar decir barbaridades. De todas las sensaciones que invadieron a Karlo, ella fue consciente, porque a pesar del tiempo transcurrido, su hijo no era un desconocido y su esencia seguía posada en las entrañas de Paulina.

—Escúchame Karlo, no quiero que te enfades, solo quiero ayudarte, aunque... no haya estado a tu lado... durante todo este tiempo... tienes que creerme, jamás he querido

hacerte daño.

—Ja, ja, ¡disculpa qué me ría!, ¡dices qué nunca has querido hacerme daño!, necesitas que te explique lo que siente un adolescente, cuando llega a su casa del colegio y se encuentra con la noticia de que su madre se ha largado para siempre. Gracias a mi padre, te borré de un plumazo y nunca te necesité y ahora menos que nunca. ¡No quiero que me ayudes!, tampoco lo necesito, lo único que quiero de ti es saber de qué conoces a la pelirroja ¡dímelo y lárgate!

Seguía furioso y Paulina comprendió que era el momento de dar marcha atrás, su hijo no estaba en condiciones de tolerar nada referente a ella y pretender flexibilidad y comprensión, era tanto como pedirle que renunciara a todos sus valores y empezar desde cero, como si su historia de vida y sus recuerdos, no hubieran existido.

Lo escupió todo. Primero expuso cómo le había seguido a la tienda donde esperó escondida hasta verlo salir y, luego le explicó su siguiente paso: el seguimiento que hizo a la pelirroja hasta descubrir que alguien más estaba interesado en ella. No supo aclararle los motivos de su extraño comportamiento, se limitó a utilizar la corazonada y la intuición para justificarse y Karlo que la había estado observando mientras hablaba, con el mismo interés que un científico analizando una bacteria bajo el microscopio, no movió un solo músculo de la cara, ni siquiera asintió o negó con la cabeza.

Imperturbable recogió toda la información de su madre y con gesto serio, giró sobre sus talones, le dio la espalda y caminó en dirección al hospital donde rápido, se esfumó, engullido por la puerta de entrada y los seres humanos que entraba y salían por ella.

Paulina se quedó colgada a medio camino entre la realidad y la ficción, no supo interpretar a Karlo, su rápida huida le había impedido el análisis o la intuición referente al hijo. Se había ido sin más, ni una sola palabra, gesto o expresión que le permitiera vislumbrar algo, una vez colocada la máscara, no pudo discernir que ocurría en la cabeza del hombre que un día fue su hijo y que ahora huía de ella.

Se alejó del hospital cabizbaja y escondiendo el insolente dolor que se le había clavado en el rincón donde las emociones se vuelven intensas y escapan a la razón.

Karlo, por su parte, estaba aturdido con la presencia de ésta nueva madre que pretendía ser su colega, enterrando años de abandono y olvido; no quería pensar en ella y, sin embargo, lo hacía, quería desentenderse de la pelirroja y se le fijaba en el centro de la memoria recordándole constantemente su existencia. Sentado al lado de la cama de Ramón Lender, luchaba por mantener su atención en él y extraer la imagen de las dos mujeres para devolverse un poco de paz, pero ambas permanecían ancladas atormentando, su ya de por sí, atormentada existencia.

Lo hizo sin pensar, por puro sentimiento, sin medir consecuencias o si le incumbía o no el hecho, simplemente lo hizo y ni siquiera se cuestionó porqué. Buscó entre sus contactos, un profesional que vigilara las veinticuatro horas a la pelirroja y le informara puntualmente de todo cuanto sucedía en la vida de la mujer.

Esta decisión fue el pistoletazo de salida para otras. Karlo asumió que por mucho que amara a su padre su vida, de algún modo, debía continuar, sacrificarse hasta el extremo de anularse por completo, no era una postura inteligente y, aunque sintió que se desgarraba, cuando decidió soltar las cuerdas que le sujetaban a la cama de Ramón Lender, logró hacerlo.

Volvió a la oficina para tomar las riendas del trabajo, con la ausencia de su padre todo



el peso de las decisiones recaía sobre él, pero los años a su lado y la breve, pero intensa experiencia en Burdeos, le habían dado la suficiente solvencia para enfrentarse a los problemas sin que le temblara el pulso y con la frialdad necesaria para ser objetivo.

Despacio, pero sin detenerse comenzó a vivir en la normalidad. Repartió su tiempo entre la oficina y las regulares visitas a su padre. Habitualmente estaba junto a él, un rato por la mañana y otro más largo por la tarde. Allí, en la soledad de la habitación, Karlo vaciaba su alma. Ramón, inmóvil y con el cerebro en otra parte, oía las dolencias del hijo y se ocultaba tras la máscara de la indiferencia, pero a Karlo esas sesiones de terapia le hacían bien, escuchar en voz alta las historias de cada día, le ayudaba a verlas desde otra perspectiva y poner cada cosa en el lugar correspondiente.

El detective privado le informaba puntualmente sobre las idas y venidas de la pelirroja. Aprendió que llevaba una vida muy disciplinada, comía en casa de los padres y tres veces por semana machacaba el cuerpo en un gimnasio, el resto del tiempo solía enclaustrarse en casa, limitando su vida social a visitar, de vez en cuando, a su abuela o quedar con un amigo o amiga a tomar algo. Su vida era la tienda y en ella pasaba las horas preparando las galletas que los clientes demandaban, estos se agolpaban, en el reducido espacio del local, esperando la preciada galleta. El detective privado fue, en dos ocasiones, testigo de los robos en la tienda, en ambos, un par de delincuentes se hicieron con la caja en un tiempo récord, en menos de diez minutos abandonaron el local, se metieron en un coche y como si llevaran fuego en el culo, recorrieron la calle a toda velocidad.

Karlo supo que la pelirroja se llamaba Amina y que estaba separada desde hacía más de tres años, sin hijos y sin grandes estridencias, tuvo que aceptar que se trataba de una persona normal e incluso centrada, no era ninguna descerebrada fascinada por lo esotérico y con la cabeza viajando por el espacio. Para su sorpresa, la persona sobre la que hablaba el detective, no tenía mucho que ver con la que se había inventado y hubo de aceptar que el precipitado juicio, no tenía fundamento alguno. La certeza de saber que no estaba desnortada, le obligó a retomar la cuestión en el punto exacto donde lo había dejado cuando se fue a Burdeos ¿qué relación tenía con Ramón Lender?, su padre nunca se lo quiso aclarar, la historia de sus recuerdos y el parecido físico con una señora que le llenaba la barriga de galletas y bollos, nunca le había convencido y, ahora Ramón habitaba en un lugar donde la conversación era imposible.

Karlo dobló cuidadosamente la hoja donde anotaba las novedades que el investigador le iba suministrando respecto al caso, sobre el folio apuntaba lo más llamativo referente a la mujer que lo traía de cabeza. La presencia de Amina en su vida se había convertido en imprescindible, cada día el detective le descubría algo nuevo sobre ella y Karlo aprendió a conocerla. Estaba asustado por convertir la investigación en necesidad, quería arrojar esos sentimientos lejos y que el trabajo del detective fuera un simple trabajo que no interfiriera con sus deseos o anhelos, pero saber acerca de Amina, se había convertido en algo más que un mero trámite.

Estaba metido en un revoltijo de sentimientos que ni entendía, ni quería y la chica siempre estaba en medio de ese revoltijo; su madre no, a su madre la sacó tres días después de su nueva ausencia. Tras la confesión sobre Amina, no había vuelto a saber de ella, como si la tierra se la hubiera tragado, no dejó ninguna estela en la vida de Karlo, solo curiosidad. A diferencia de cuando tenía dieciséis años, esperaba no volver a verla y que la fugaz visita se quedara en eso, aunque no hubiera estado de más, una aclaración sobre su presencia después de tantos años. Volver para husmear en vidas ajenas, no hablaba bien en su favor constituyendo otro punto en detrimento de la

imagen ya de por sí deteriorada de Paulina.

El cuerpo de Regina en el umbral de la puerta le obligó a centrar su atención en el momento actual. La mujer llevaba el cabello recogido en un moño en la parte baja de la cabeza, los pómulos aparecían marcados por la ausencia del cabello lo que le daba un aire de institutriz severa, dispuesta a corregir cualquier fea conducta del hombre que la observaba desde su sillón. Fuera del edificio la vida de aquella mujer sería y adusta, era un completo misterio para Karlo, nunca supo si vivía sola o acompañada, tampoco cuando estaba feliz o insatisfecha con la vida, su intimidad era un enigma y se relacionaba con el mundo haciendo gala de ese secretismo, arrancarle una sonrisa era misión imposible y solo Ramón Lender había logrado, en alguna ocasión, algo parecido a la risa, consistía en una especie de mueca donde estiraba ligeramente los labios y un suave brillo se posaba sobre sus ojos.

—Hay un hombre esperando que pregunta por usted, Santiago Colmenero.

Casi dio un respingo en el asiento. Era la primera vez que el detective iba a su despacho, hasta ahora, toda la información había sido transmitida por teléfono y Karlo se preguntó qué novedades traería la visita.

—Hágalo pasar, por favor.

Regina giró sobre sus tacones y con paso firme, abandonó el despacho, para volver casi inmediatamente acompañada de Santiago. Los dejó solos y cerró la puerta tras ella.

Los dos hombres se sentaron uno enfrente del otro, separados por la mesa que soportaba el ordenador, el teléfono, unos cuantos papeles y varios cachivaches de oficina. El despacho era más modesto que el de Ramón Lender, pero igual de impresionante, con una mesa redonda y siete sillas a su alrededor para las reuniones de empresa, un armario enorme lleno de contratos y otros papeles, un mini bar y un ventanal gigante que daba a un pequeño jardín cuidado con esmero.

El detective una vez acomodado en el asiento, echó un vistazo a su alrededor.

—Bonito despacho.

Fueron sus primeras palabras tras el saludo inicial, luego Karlo, aunque estaba con la paciencia al límite, supo ser educado y ofrecer al visitante una bebida. Santiago agradeció la fría cerveza cuya espuma flotaba sobre el brillante líquido amarillo. Estaba sediento y de un solo trago apuró la mitad de la bebida, afuera hacía calor a pesar de que el otoño ya había hecho su aparición dejando que el verano se alejara hacia otros lugares del planeta, sin embargo, el sol todavía golpeaba con fuerza y la gente se movía por las calles buscando la sombra de árboles y edificios.

—Gracias, la necesitaba.

Dijo el detective alzando el vaso hacia el rostro de Karlo que ocultaba la impaciencia tras una fingida sonrisa. Otro trago de cerveza y por fin, el ceremonial terminó para dar paso al asunto que le había llevado a presentarse sin previo aviso, en la oficina de su cliente.

—He podido confirmar que, efectivamente, alguien vigila a la chica.

Rápidas y concretas, así fueron las palabras del detective que dejaron a Karlo pendiente de lo próximo que iba a decir, la mirada clavada en los labios de Santiago

para que, no escapara ni una sola coma o punto, que pudiera modificar el sentido de la conversación.

—Dadas las circunstancias, no me lo creía, ya que tras casi un mes de vigilancia, ha sido la primera vez que observo algo extraño y... lo cierto es que lleva una vida tan normal, que es difícil imaginar que alguien pueda estar interesado en ella.

Hizo una pausa para dar el último trago de cerveza y continuó

—Pero, aunque parezca increíble, su fuente de información era correcta y alguien va detrás de la mujer... he seguido al sujeto y... aquí tiene lo que he podido recopilar acerca de dicho personaje... no es mucho, pero sería conveniente no perderle de vista.

Sobre la mesa soltó una delgada carpeta que permaneció inerte durante el tiempo que Karlo tardó en reaccionar, la cogió entre las manos y con ágiles dedos la abrió para enfrascarse inmediatamente en su contenido.

Se llamaba Indalecio Guzmán Fuentes, tenía treinta y dos años y un pequeño historial delincuente cargando sobre sus espaldas: robos de poca monta, tráfico de drogas y un par de trifulcas gordas en plena calle donde sacó la navaja a pasear. La cárcel era como su segunda casa, entraba y salía con la misma facilidad, ya que la magnitud del delito no tenía la suficiente importancia como para permanecer durante largo tiempo dentro. Era un preso de paso que, en cuanto salía de la cárcel volvía a las andadas. Karlo, concentrado en el papel, leyó el pequeño informe, donde aparte de sus actividades delictivas, informaba brevemente sobre su situación familiar, unas cuantas pinceladas sin importancia. Había una foto del sujeto que, sostuvo entre los dedos y observó durante tiempo, como si pretendiera encontrar respuestas en el rostro fotografiado

Cuando terminó, alzó la cabeza hacia Santiago en busca de más aclaraciones que el detective no parecía tener o no quería adelantar.

—Pero ¿por qué la sigue? y ¿cuánto tiempo lleva detrás de ella?

Tardó en dar una respuesta, previamente la meditó mientras Karlo esperaba impaciente sus palabras.

—No sé ¿por qué la está siguiendo?, no he descubierto ninguna conexión entre ellos, además, ha surgido de repente y... eso es extraño, hacer un seguimiento de alguien requiere tiempo, tanto que...

El detective siguió hablando durante largo rato, sobre las dificultades que entraña hacer un seguimiento correcto para llegar a buen puerto e insistía en que la vigilancia debía ser continua y no, como era el caso, de vez en cuando. Un profesional se pega al perseguido y no lo suelta hasta saber cada uno de sus pasos. Siguió hablando largo y tendido sobre el tema con tanta profundidad, que Karlo llegó a perderse en los vericuetos de una realidad que desconocía por completo. La conclusión a la que llegó fue simple: un tío perseguía a la pelirroja, de vez en cuando y desconocían el motivo.

—La chica está limpia, no tiene antecedentes penales (ni siquiera multas de tráfico), no hay un marido despechado que la esté siguiendo, no hay malos tratos... lo he descartado todo y, hasta ahora, no he llegado a ninguna conclusión, si le parece sigo investigando, seguro que localizo algo ¿ok?

Asintió con la cabeza para aceptar las condiciones del detective que se incorporó del asiento con la intención de largarse.

—¡Ah!, se me olvidaba, le he traído también la foto de los chorizos que le robaron dos veces en la tienda, iban disfrazados, pero les fotografié después, cuando se pararon a repartir el botín, son un par de drogadictos.

La carpeta se detuvo sobre la mesa, Karlo la dejó allí mientras acompañaba al detective hasta la puerta. Se despidieron con un fuerte apretón de manos y, acto seguido, vio la espalda de Santiago alejarse, aparecía ligeramente doblada hacia adelante como si sobre los hombros soportara un gran peso, la camisa y el pantalón arrugado junto al arrastre de pies, le daban un ligero aspecto desaliñado.

Karlo regresó al despacho, ocupó el asiento y observó, con el ceño fruncido, las dos carpetas que Santiago le había dejado y que descansaban sobre la brillante mesa. Repasó de nuevo su contenido, fijando cada detalle en la memoria, junto a los rostros de los tres personajes que aparecían en las fotos y que grabó a fuego, por si algún día sus caminos se cruzaban. Luego cerró las carpetas y las guardó en un cajón bajo llave y, sin más dilación, se enfrascó en un par de contratos de nuevos clientes con un volumen de movimiento tan importante que, Karlo logró olvidarse de todas las turbulencias creadas a su alrededor, para centrarse única y exclusivamente en la captación de los dos clientes que supondrían una, nada despreciable, fuente de ingresos para Transportes Lender.

## CAPÍTULO XIII

La tienda se había abierto como siempre a las ocho de la mañana y también, como siempre, los primeros clientes se arremolinaban tras el mostrador y el sonriente rostro de Olga. Eran imparables, exigían su trozo de futuro desde las primeras horas del día, con la modestia de quien depende de una galleta para comenzar a dar sus primeros pasos con acierto, algo tan prosaico era difícil de explicar, por ello los clientes no se paraban al análisis acerca de lo que estaban haciendo y se limitaban a esperar su turno y que la amable dependienta les ayudara a enfrentar el día.

Olga ejercía de maestra, los veía tan humildes e incluso suplicantes, que a ratos sentía que en sus manos estaba hacer feliz a la gente. Amina le repetía hasta la saciedad que el contenido de los papeles, eran puras chorradas sin sentido alguno, pero por alguna razón, que aún no había logrado entender, la gente creía en ello y cada día buscaban su chute de sueños.

—No es cierto, tienes el don de predecir lo que les va a suceder, lo he...

—Olga por favor, no tengo ningún don, lo único que tengo son deseos de pagar mis facturas, comer, vestir y tomarme una cerveza de vez en cuando, el resto lo han decidido los clientes que cada día entran en este local... no soy responsable del futuro de nadie, si alguien quiere creer en ello porque se siente mejor, me alegro, pero no pongas sobre mis hombros la felicidad o infelicidad de los otros, yo... no soy nadie, solo junto palabras y preparo la masa.

—Da igual lo que digas, yo sé lo que veo.

Lo cierto es que el negocio de Amina era tan próspero que ya había cancelado gran parte de la deuda con el banco, el único problema que tenía, era asumir la elevada prima que su compañía de seguros le exigía, el alto índice de robos había convertido su tienda en un negocio de riesgo por lo que su actual aseguradora le exigía un importe tan elevado que Amina estaba buscando y comparando precios, con la esperanza de encontrar alguna asequible.

Había sufrido otros dos atracos en un mes por el mismo desgraciado de siempre, lo denunció al ver su careto en las fotografías que la policía le mostró. Rodolfo Revuelta se llamaba, pero a pesar de sus antecedentes penales y estar fichado por la policía, para Amina, mientras estuviera suelto, seguía siendo una pesadilla. Había pensado en contratar un vigilante de seguridad, pero hacerlo, significaba otro sueldo y hasta que no tuviera sus deudas canceladas, no podía soportar semejante gasto.

Estaba harta del maldito yonqui, en los dos últimos robos se había mostrado tan osado que la joven sintió temor, físicamente estaba bastante deteriorado, pero su imprevisible coco junto a la necesidad de droga, lo convertía en un arma letal. Amina le dejaba llevarse todo sin oponer resistencia, en su memoria seguía el recuerdo de la única vez que se atrevió a decir algo, el frío filo del cuchillo pegado a su garganta, aún le producía una sensación extraña como si la vida terminara en ese preciso instante.

Era mediodía, cerraron la tienda y en la puerta se despidieron con un beso. Las despedidas de Olga siempre eran así, un simple "hola" o "adiós" no le servía, necesitaba un rostro donde depositar todos los besos que parecía tener en abundancia, Amina los recibía como un hábito aceptando el cariño implícito en ellos.

Caminó en dirección a la casa de sus padres, el pequeño paseo le ayudaba a despejar sus ideas y relajar sus emociones, lo que agradecía dado el mogollón de sucesos extraños a los que tenía que hacer frente.

Vinicio, en cuanto la vio, dejó el periódico a un lado, su agradable sonrisa lo acompañó mientras observaba a su hija desprenderse del bolso y los zapatos para acomodarse sobre una silla, enfrente de la suya, e iniciar el ritual intercambio de palabras. La mesa estaba dispuesta y el olor de la comida fue directo a las papilas gustativas de Amina, olía a cebolla frita, ajo y tomillo mezclado con el guiso de carne que Antonia cocinaba como nadie, era su plato estrella, sin duda el mejor de la casa.

—Ummmm, ¡qué rico huele!, ¡mamá ha hecho el guiso de ternera!

—Sí, creo que hoy está muy contenta... no sé qué habrá ocurrido en su vida para que esté tan feliz.

Dijo Vinicio en tono de broma y, continuó diciendo en el mismo tono mientras guiñaba un ojo a Amina.

—Creo que quiere compartir su felicidad con nosotros a través de su magnífico guiso, ¿la estás oyendo canturrear?

La voz cantarina de Antonia se escuchaba en medio del ruido de cazuelas y platos y ambos, padre e hija, comenzaron a reír. Los gemelos estaban enfrascados en una revista de coches y permanecían ajenos a la conversación.

—¿Qué pasa con vosotros dos?, ¿no os habéis enterado qué estoy aquí?

Les dijo Amina mientras golpeaba ligeramente con las manos la revista, los gemelos sin apenas mirarla, le hicieron un gesto casi idéntico, indicando claramente su falta de interés y la joven se giró de nuevo hacia Vinicio con quien siguió charlando.

La comida fue agradable de sabor y conversación, la relación con su madre parecía seguir por buen puerto, a pesar de algún pequeño rifi rafe, en líneas generales se estaban respetando y manteniendo la cordialidad. Ese día Antonia aparecía especialmente radiante, como si el planeta tierra brillara más de lo habitual, se la notaba eufórica y con ganas de charlar por lo que el peso de la conversación lo llevaba ella, mientras el resto del auditorio escuchaba; unos más atentos que otros.

Estaban con los postres cuando sonó el timbre de la puerta. Se miraron extrañados, no esperaban visita alguna y la presencia de alguien en la casa a esas horas, resultaba un hecho anacrónico. Vinicio fue el encargado de incorporarse del asiento para comprobar, quien era el impaciente que estaba al otro lado de la puerta llamando con tanta insistencia. Observó por la mirilla el rostro serio de la abuela y abrió rápidamente.

—¿Estáis sordos o qué?

Fueron sus primeras palabras mientras se dirigía hacia el salón, dejando a Vinicio encargado de cerrar la puerta y seguir sus pasos. Se quedó parada en medio de la estancia, su mano derecha apoyada en el bastón, el rostro con sus infinitas arrugas, bien maquillado y colgando sobre el hombro el pequeño bolso donde ocultaba sus tesoros. Amina se incorporó rápido del asiento en cuanto la vio.

—¡Abuela!

Se lanzó a sus brazos y se quedó un ratito, el suficiente para absorber un poco de su

calor y olor. El recibimiento del resto de la familia fue bastante más frío, los gemelos ni se inmutaron, para ellos la abuela era una gran cascarrabias con muy mal genio, para Vinicio era mejor mantenerse alejado de ella para no despertar su lado terrible y para Antonia... el sentimiento era mucho más profundo, era su madre y ese hecho lo complicaba todo, no se trataba de que fuera o no cascarrabias, que tuviera o no mal genio, que fuera o no desagradable con quien decidiera serlo... era su madre y desde el inicio de su vida había tenido que cargar con ese estigma. Siempre sintió que sobraba, que su presencia coartaba las alas de la abuela, cuyas ansias de libertad estaban por encima de la maternidad y el afecto. Los lazos que su madre estableció con ella fueron tan endebles y tan de compromiso, que Antonia jamás sintió la protección, el apoyo y el amor que un niño necesita.

Su madre pasaba las horas en la pastelería y para cuando llegaba a casa, la niña Antonia ya estaba arrebujada entre las sábanas, vigilada por sus abuelos donde encontraba el cariño que su madre tan austeramente le repartía. La pequeña Antonia no tenía padre, ni una sola referencia sobre algún posible, su madre había sido una tumba al respecto y a estas alturas de su vida, ya no tenía ningún interés en saber el nombre de un probable muerto; ni siquiera había tenido la deferencia de aclararle si había sido un polvo solitario o el fruto de una relación que terminó en ese preciso momento.

La adolescencia fue peor si cabe, discusiones continuas durante el escaso tiempo que pasaban juntas, los gritos e insultos se convirtieron en la forma habitual de estar y, aunque los abuelos trataban de poner un poco de paz y cordura entre ellas, solo conseguían pequeñas treguas que duraban lo justo para no convertir la casa en un campo de batalla. Hasta que ocurrió lo inevitable: el fallecimiento de los abuelos con una diferencia de cuatro meses. Primero fue la abuela, un paro cardíaco, y en ese mismo instante el único objetivo del abuelo fue irse con ella. Decidió morir el mismo día que el cuerpo de la abuela entró en la tumba y, lo consiguió a pesar de su increíble salud, dejó de comer y de vivir, y en cuatro meses, se volvió a encontrar con la que había sido su compañera de viaje durante cincuenta y seis años.

Antonia conoció a Vinicio y al poco tiempo se casaron. Durante años se olvidó por completo de la existencia de su madre hasta que, un día cualquiera, se encontraron de frente en medio de la calle y decidieron, con la intervención de Vinicio, hacer las paces. Retomaron las palabras y se extendieron escuálidos lazos que solo sirvieron para mantenerse cerca. Hasta que nació Amina, la presencia de la niña la transformó, se convirtió en abuela afectiva y entregó a Antonia la pastelería, con una sola condición: ella cuidaría de Amina mientras Antonia atendía a los clientes.

La pequeña creció entre los besos de la abuela y la frialdad de la madre, que regresaba del trabajo para comprobar, asombrada, los interminables juegos y las delicadas caricias que la mujer derrochaba sobre la niña. Aprendió a sentir celos de su propia hija, de la niña que había sido capaz de derribar las barreras de la indiferencia y la apatía, y que se dejaba querer como si fuera un derecho adquirido. Antonia lo resistió manteniéndose alejada de ellas, que formaban una unidad solo interrumpida por la presencia de Vinicio, el único que sabía penetrar en la fortaleza alzada alrededor de ellas.

—¿Qué tal estáis?

Las palabras salieron de la boca de la abuela sin una pizca de emoción, más que una pregunta fue una exigencia dirigida a Antonia y los gemelos, estos respondieron con un ligero movimiento de cabeza, Antonia fue más explícita.

—Bien, ¿qué haces por aquí?

—Solo he venido a saludar.

Dijo lacónica y con prisa en la respuesta. Se acomodó en un asiento libre y mientras bebía una infusión, escuchaba atenta las palabras de Amina que, entusiasmada con la visita de la abuela, no paraba de hablar. El trabajo, sobre todo, fue el tema central, llevaban cuatro días sin verse y la joven, aunque ya habían hablado por teléfono, le puso al tanto de todo lo sucedido. Los gemelos se disculparon y se encerraron en su habitación, Antonia por su parte, se recluyó en la cocina donde se peleó en el fregadero con vasos, platos, cazuelas y cubiertos hasta dejarlos brillantes, solo Vinicio permaneció al lado de las dos mujeres, escuchando las entusiasmadas palabras de su hija y observando la concentración de la abuela en ellas.

El tiempo pasó rápido y la joven se incorporó para regresar a la tienda. La abuela la imitó, empeñándose en acompañarla, pero antes de cruzar la puerta se dirigió a Antonia.

—No deberías esconderte cada vez que aparezco y el rencor que acumulas es malo, mata las buenas acciones.

Antonia tragó las palabras de su madre por dos razones: no le dio tiempo a responder y no supo que decir. La abuela seguía siendo imprevisible a pesar de los años y, con el tiempo, había adquirido la desfachatez de decir siempre lo que pensaba, sin temor a que sus palabras despertaran odio, rabia o ira, simplemente soltaba lo que sentía sin medir las consecuencias, era demasiado mayor para tener delicadeza en sus opiniones y demasiado inteligente para sentir luego remordimientos.

Las dos mujeres se alejaron, mientras Antonia rumiaba cada sílaba. Nadie fue testigo de su furia contenida, ya que los gemelos seguían encerrados en la habitación y Vinicio se había ido a trabajar. Se quedó sola con la rabia dentro, preguntándose una vez más ¿de dónde provenían el desprecio y la frialdad?, su madre solo repartía afecto para Amina y alguna migaja para Vinicio, hacia el resto mostraba tanta indiferencia que llegaba a hacer daño, a los gemelos los miraba de reojo y a ella, habitualmente le soltaba alguna perla que la dejaba descolocada y enfadada para todo el día.

La abuela caminaba agarrada del brazo de Amina, con pasos lentos y disfrutando de la agradable temperatura de un otoño que auguraban seco y lleno de constipados. Tenían tiempo hasta llegar a la tienda y con su amena conversación entretenían el camino.

—¿Qué ha pasado con la compañía de seguros?

Preguntó la abuela interesada en Amina. La joven le había contado el asunto de los robos, pero no había entrado en el detalle del yonqui para no preocuparla, tampoco Vinicio lo sabía.

—Estoy sin seguro, son demasiado caros... soy un negocio de riesgo.

—¡Malditos desgraciados!, para cobrar todo son facilidades y buenas maneras, pero cuando no interesas, te dan una patada en el culo y ¡allá te las compongas!

La abuela a menudo se enfadaba con el sistema, a políticos, banqueros y grandes empresarios los metía en el mismo saco de lo maléfico y despotricaba sobre ellos todas las barbaridades que se le ocurrieran en ese momento.

—¡Pero no puedes estar sin seguro!, si algún sinvergüenza te vuelve a robar...



—Lo sé, abuela, seguiré buscando y si no encuentro algo más asequible tendré que pagar la barbaridad que me piden, lo que hago ahora es, cada cierto tiempo vaciar la caja y guardar parte del dinero en el "laboratorio" para que, si entran a robar, no se lleven toda la recaudación.

Siguieron recorriendo despacio los últimos metros hasta llegar a la tienda, sin prisas, sabiendo que Olga ya estaría tras el mostrador atendiendo al público. Doblaron la esquina y el rostro de Amina se contrajo al verlo: enfrente de ellas, parado y por lo que parecía, algo impaciente, estaba el hombre que la razón de Amina quisiera no volver a ver nunca más.

Llevaba un traje oscuro y camisa clara, impecablemente vestido como siempre que se habían encontrado, excepto cuando entró por sorpresa en el "laboratorio", que estaba irreconocible, vestido de sport y un tanto desaliñado. No se habían vuelto a ver desde ese día, casi un mes, recordó su memoria, y el impacto ante su presencia, la hizo detenerse en seco mientras le clavaba los ojos. Sus miradas se encontraron en algún punto intermedio cuando Karlo fue consciente de su presencia, y los dos jóvenes quedaron enfrentados, con cientos de sensaciones recorriendo sus cuerpos y el lado fisgón de la abuela pendiente de cada acto.

—¿A qué has venido?

Fría como hielo y seca como hojarasca, Amina le retó con la mirada mientras hacía la pregunta obvia. Él no pareció inmutarse con el gélido tono, más bien todo lo contrario, transmitía aplomo y seguridad, como alguien acostumbrado a soportar actitudes impertinentes.

—Buenas tardes, señora.

Dijo Karlo dirigiendo su mirada hacia la abuela e inclinando levemente la cabeza, ella respondió con un ligero gesto, equivalente a un saludo y el hombre continuó hablando, esta vez hacia la joven.

—No quiero molestarte, pero necesito hablar contigo... es importante.

—Creo que no hay razón alguna para que tú y yo hablemos, no sé por...

—Te repito que es urgente e importante para ti.

—Me niego a hablar contigo.

Dijo la joven tirando de la abuela y caminando en dirección a la tienda, cuya puerta permanecía abierta de par en par.

—Creo que te conviene hablar conmigo, Amina.

¿Cómo rayos sabía su nombre?, ella solo podía visualizarlo en su cabeza como el hombre del traje, sin embargo él... se preguntó que más sabría de ella y por qué tanta insistencia en conversar. La voz a su espalda la hizo detenerse en el acto, frenando también a la abuela, tan pegada a la joven que parecía una prolongación de su cuerpo; ambas se giraron a la vez, hasta quedar enfrente de Karlo que permanecía inmóvil y atento a todo lo que sucedía.

—Estoy harta de ti y tus misterios, al principio era con el rollo de tu padre y ahora utilizas la intriga ¿para qué?, ¿crees que de algún modo me vas a impresionar?

—Nada más lejos de mi intención, cuando quiero impresionar a alguien te aseguro que utilizo otros métodos, no tengo ningún interés en impresionarte.

—Entonces, ¡lárgate!, aquí sobras.

—No actúes como una niña caprichosa, no estoy aquí por gusto, he venido para decirte algo y voy a hacerlo, luego haz lo que te dé la gana y... disculpe señora si soy un poco grosero.

Dijo dirigiéndose a la abuela que estaba disfrutando como una niña con zapatos nuevos. Tras la sorpresa inicial, enseguida supo quién era el hombre que reclamaba a su nieta y en cuanto lo vio, entendió que se le rindiera en el "laboratorio". Era tan apuesto y educado, que cualquier mujer con la cabeza en su sano juicio, disfrutaría llevando al lado a semejante hombre, y además, por lo que Amina le explicó, sabía mover las manos (y otras cosas) sobre el cuerpo femenino, con gran maestría.

—Te repito que no quiero escucharte.

Dijo Amina testaruda e hizo ademán de seguir caminando hacia la tienda, notó la mano de la abuela sobre su brazo tirando suavemente de ella, la joven extrañada la miró de reojo y se quedó atenta oyendo sus palabras.

—Tal vez tenga algo que decirte que debas escuchar...

—Pero abuela...

—Shhhittt, tal vez.

Insistió bajito. No era una alternativa, era una exigencia de la abuela que estaba quieta como una estaca y no había forma de moverla, a pesar del firme tirón de Amina, no logró arrancarla del suelo y, sin opciones, decidió prestar atención al hombre.

—Es conveniente que usted... no lo escuche señora.

Dijo Karlo, dirigiéndose de nuevo a la abuela, con una leve sonrisa en la boca a modo de disculpa.

—Lo que tengas que decirme lo puede oír mi abuela, ¡ella se queda aquí!

—Está bien, como quieras... alguien te está siguiendo.

Lo soltó a bocajarro, impactando directamente en el ánimo de la joven que se vino abajo, a pesar de los esfuerzos por mantenerse entera e indiferente. Lo que acababa de oír era el colofón a los sucesos extraños e inexplicables que últimamente estaba viviendo: los atracos realizados por la misma persona, las misteriosas llamadas de teléfono, la sensación de alguien espiando al otro lado de la puerta de su casa. Eran pequeñas piezas que, unidas a lo dicho por el hombre, formaban el puzzle de lo incomprendible, un conjunto de sucesos que se habían adherido a su día a día sin que ella hubiera entreabierto la puerta para dejarlos pasar, colándose sin permiso a desazonar su alma.

—¿Por qué?... ¿cómo lo sabes?... ¿de qué estás hablando?

Miró a ambos mientras hacía las preguntas, la abuela aparecía pálida e incrédula, el hombre muy serio, sin un atisbo de broma en el rostro. Amina esperó alguna aclaración que le permitiera entender el sinsentido, pero encontró tan pocas que siguió preguntando.

—¡Vamos, responde!... exactamente ¿qué significa qué me están siguiendo? y ¿por qué?, soy una persona normal que no sé de líos... es absurdo que alguien me siga, no tiene ningún sentido.

—Creo que aquí, en medio de la calle, no es un buen sitio para hablar, ¡vayamos a alguna cafetería próxima!

Amina dudó al principio, pero enseguida comprendió que seguir poniendo dificultades era una insensatez, asintió con la cabeza y tras informar a Olga, los tres se encaminaron hacia una cafetería cercana.

Sentados alrededor de una pequeña mesa redonda, con un colorido mantel sobre ella, un servilletero y una carta de bebidas, esperaron al camarero. En cuanto fueron atendidos, el hombre sacó una carpeta del interior de la cartera que sujetaba entre las manos, lo dejó encima de la mesa y mirando fijamente a Amina, comenzó a hablar.

—Me llamo Karlo y soy hijo de Ramón Lender, lo primero que debo hacer es pedirte disculpas por haber contratado a un detective privado para que te siga, sé que no tengo derecho, pero tras una información que me llegó, a través de una vía que no viene al caso, me he visto en la obligación de hacerlo.

Karlo se detuvo a tomar un trago de la cerveza que reposaba sobre el mantel, Amina y la abuela observaban devotas, cada uno de sus movimientos sin apartar la vista ni un segundo, estaban tan confundidas que no se atrevían a mover un solo músculo, como si al cambiar la posición de la escena fueran a modificar el contenido de la conversación.

—La información sobre el tipo que te sigue está en la carpeta (la señaló con el dedo índice), también hay una foto de los que te robaron en la tienda... no sé si te servirá de algo, pero tal vez saber sobre ellos te ayude a recordar.

La cabeza de Amina empezó a dar vueltas como una noria, sintió que estaba metida en un teatro del absurdo y que nada de lo sucedido tenía relación con ella o, tal vez, se tratara de una pesada broma con el fin de poner su vida patas arriba. Miró a la abuela en busca de un poco de cordura en aquella sinrazón, pero lo único que halló fue desconcierto y el rostro lívido, a la abuela parecía que le hubieran colocado encima otros diez años y ni el maquillaje lograba tapar las arrugas que, se habían vuelto más numerosas y profundas.

—¿Eres hijo de Ramón Lender?

Karlo, asintió con la cabeza. Amina agarró la carpeta entre las manos y estudió detenidamente su contenido. Lo primero que comprobó fue el careto del yonqui plasmado en la fotografía, estaba con otro de características parecidas y ambos parecían felices, Karlo le explicó que había sido tomada mientras se repartían el botín robado en su tienda. Tras la aclaración, la joven siguió leyendo y comprobando todo el material relacionado con ella. Unas cuantas fotos de un tío desconocido, aparecían ordenadas en una secuencia en el tiempo, todas habían sido tomadas el mismo día y en la mayoría se la veía a ella al fondo, el fotógrafo (en este caso investigador) había querido dejar plasmado sobre el papel las dos presencias: la del perseguidor y el perseguido.

Leyó el breve informe acerca del sujeto desconocido. Indalecio Guzmán Fuentes, era un delincuente con un largo historial delictivo, que conocía de cerca el mundo de las cárceles y los policías. Amina se preguntó asombrada ¿para qué rayos la seguiría

aquel tío?, un escalofrío repentino y torpe entró en su cuerpo al ver la mano de la abuela estirada hacia ella, con la palma abierta hacia el cielo. La joven comprendió al ver la delicada mano, que había sido una idea pésima traer a la abuela, aunque tenía mucho carácter y una salud que parecía inquebrantable, los noventa y dos años que cargaba sobre su presente, pesaban demasiado para soportar la realidad de un delincuente persiguiendo a su nieta con, seguramente, no muy loables intenciones. La mano siguió solicitando con insistencia la carpeta para ver su contenido y Amina no tuvo opción, se la entregó a sabiendas de hacer entrega de un regalo envenenado y temió por el gastado corazón de la abuela.

Los minutos se volvieron largos y tensos mientras se colocaba las gafas sobre la nariz y analizaba minuciosamente el contenido de la carpeta. Karlo y Amina se observaban de reojo con la inseguridad de no ser capaces de juzgar al contrario, aunque el hombre tenía un dossier completo acerca de la vida y milagros de la mujer (lo que le daba cierta ventaja sobre ella), se notaba torpe a su lado, temeroso de hacer o decir algo inapropiado que precipitara la huida de la joven.

La abuela dejó la carpeta sobre la mesa y clavó sus desgastados ojos verdes sobre Karlo, con gesto tenso y voz ronca, dijo

—¿Ramón Lender?... hace mucho tiempo conocí a un Ramón Lender, era un pequeño tragón que se comía las galletas de dos en dos.

El silencio siguió a las palabras de la abuela, su mirada evocando otros momentos, se elevó al cielo donde una suave brisa se alzó sobre sus cabezas, deteniendo el tiempo en ellas y susurrando emociones escondidas, cuando quisieron recuperar la realidad, ésta se había transformado y un etéreo Ramón Lender, se quedó a conversar con ellos.

## CAPÍTULO XIV

A Paulina el tiempo le ardía en las manos, había pasado ya más de un mes desde la última vez que vio a Karlo y necesitaba hablar con él y poner en orden su economía. Se arregló con esmero, pantalón naranja, camisa y chaqueta negra, altos tacones también color naranja y un sin fin de abalorios colgados de la muñeca y el cuello. Con el cabello arreglado y el rostro muy maquillado para disimular frustraciones, miedos y arrugas, alzó la cabeza, enderezó la espalda y con una idea perenne en el centro del cerebro, cruzó la puerta de su casa.

El hospital olía a desinfectante y a dolor. Paulina sin detener el paso, buscó la habitación del que una vez fuera su esposo. Al lado de la cama, el frágil cuerpo de Palmira permanecía sentado mientras sus pequeñas manos sujetaban la derecha de Ramón. A pesar del tiempo transcurrido, estaba igual, más pequeña y más flaca, pero fácilmente reconocible. La mujer se giró al escuchar la puerta, durante breves segundos en sus ojos apareció la boba expresión de lo desconocido, pero de forma inmediata, las miradas de las dos mujeres se encontraron entre el hielo y la frialdad de un pasado cargado de palabras calladas y conversaciones aplazadas, hasta que la voz airada de Palmira se escuchó entre las blancas paredes.

—¿A qué has venido?

Paulina alzó una ceja, sorprendida por el tono de la que, una vez fue su asistente, siempre supo de la devoción hacia su ex, pero jamás se había atrevido a alzar la voz.

—¡Vaya, vaya!, parece que hoy no tenemos un buen día, ¡no deberías ser tan irrespetuosa!

—Si Ramón pudiera verte, dudo mucho que aprobara tu presencia.

—¿Y tú qué sabes? (dijo Paulina descarada), acaso eres la guardiana de los amigos o enemigos suyos... además él no me interesa... busco a mi hijo.

—¿A tu hijo?, ahora es tu hijo... después de tanto tiempo...

Había burla e incluso rencor en las palabras de Palmira y durante un momento Paulina no supo que decir, asumía esas palabras de boca de Karlo y hasta de Ramón, pero de ella no, en la mujer que siempre había permanecido callada y obediente, sonaban extrañas.

—No tienes ningún derecho a juzgarme, guarda los reproches para tu familia y deja que yo actúe con la mía como considere, ¡no eres quién para decirme nada!... ¿dónde está Karlo?

—Trabajando.

—¡Creía que había dejado a un lado el trabajo para poder pasar más tiempo con Ramón!

Palmira hizo una mueca que lo mismo podía ser de afirmación, de negación o de cualquier otro adverbio, tan indefinida que Paulina no pudo interpretarla. Se despidió con un rápido "hasta luego", dejando tras su marcha inquietud y el pesado olor al intenso perfume.

En el trabajo supo que había salido. Se identificó nada más entrar, pero a pesar de ello, se encontró con la fuerte oposición de Regina que posó sus inquisitivos ojos sobre ella, hasta hacerla sentir incómoda. No consiguió más información de la mujer que, la miraba descarada y autoritaria, como si fuera la dueña y señora del lugar. Paulina abandonó el edificio enfadada, convencida de estar asistiendo a la revelación del mundo en su contra, a su alrededor despertaba demasiadas antipatías, sobre todo entre las mujeres. Siempre había sido así, por alguna razón, ella y el género femenino no compartían los puntos de vista y con frecuencia las distintas opiniones terminaban en discusión.

Buscó un banco donde sentarse y desde el cual poder controlar las entradas y salidas del edificio, con el fin de localizar a Karlo, estaba dispuesta a soportar el tiempo que fuera necesario con tal de hablar con él. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, el otoño avanzaba inexorable y los débiles rayos de sol, apenas tenían fuerza para calentar las calles, la gente corría acelerada de un lado para otro, envuelta en chaquetas, los molestos coches se movían lentos por la ancha avenida, debido al exceso de tráfico y Paulina mientras, seguía clavada al duro banco, con la mirada fija en el edificio y un hervidero de pensamientos dentro de su cabeza.

Tras dos largas horas de espera, por fin lo vio, con gran agilidad se incorporó y corrió hacia él. El portero le dijo algo, pero Paulina no respondió ni se detuvo, siguió corriendo detrás de su hijo. Lo alcanzó subiendo las escaleras. Karlo se giró al escuchar el rápido sonido de los tacones, para enfrentarse con el congestionado rostro de su madre, que aparecía rojo por el esfuerzo de la carrera. Se quedaron parados enfrente, ella tratando de recuperar el aire y él, la compostura tras la sorpresa inicial.

—Y ahora... ¿qué quieres?

Fueron las primeras palabras de Karlo. La mujer lo miró suplicante y con voz suave le dijo.

—Necesito hablar contigo... no me rechaces... por favor.

Hubo un momento de vacilación en Karlo, pero con un leve gesto de la cabeza le indicó que subiera. Caminaron por el tramo de escaleras que restaban, uno al lado del otro, en silencio hasta alcanzar la puerta de entrada a la oficina. Regina seguía en su puesto, un leve gesto de ira cruzó su rostro al ver a la mujer acompañando a su jefe, enseguida recompuso el gesto a la primera pregunta de Karlo.

—¿Alguna novedad?

—No, no ha sucedido nada relevante.

Llegaron al despacho, Karlo cerró la puerta y ofreció un trago a Paulina. El generoso chorro de whisky quedó atrapado entre las manos de la mujer, mientras buscaba acomodo en el sillón que su amable hijo le cedió. Él permaneció de pie, atento a cuanto allí sucedía e impaciente por conocer las palabras que su madre estaba a punto de regalarle.

—¿Qué ha sucedido con la pelirroja?

—¿Has venido hasta aquí para saber de ella?, si es así, la conversación ha terminado.

—No, no, disculpa, solo era curiosidad...

Vio en Karlo que no estaba dispuesto a admitir medias verdades, ni juegos con trampa,

así que decidió lanzarse al ruedo y lidiar con el toro como buenamente pudiera.

—No me voy a andar por las ramas, iré directa al grano... necesito dinero... no tengo nada... Ramón me hacía ingresos mensuales, pero... desde que está inconsciente...

Karlo estaba confundido, no entendía de qué estaba hablando la mujer que, en otro tiempo muy lejano, ejerció de madre. La expresión de extrañeza no le pasó desapercibida a Paulina que tuvo que repetir cada palabra con más detalle, para que su hijo comprendiera lo que le estaba contando...

—Tu padre ingresaba en mi cuenta un dinero mensual... no trabajo y por tanto no tengo sueldo alguno, he vivido de lo que él puntualmente me ingresaba... estoy en números rojos desde que está en el hospital... no tengo... ni para comer.

—¡Aguarda un momento!, me estás diciendo que ¿mi padre te estaba manteniendo?, ¿qué es quién pagaba tus facturas, tu ropa y hasta quién... te daba de comer?

La mujer agachó la cabeza en señal de aprobación, manteniendo esa postura durante el tiempo que Karlo tardó en verter un chorro de whisky en una copa y apurarlo de un solo trago, luego con la expresión de quien se ha extraviado, sus ojos se enfrentaron a los de su madre.

—Y ¿por qué?, ¿por qué mi padre te pagaba un sueldo?, ¿a cambio de qué?

Paulina siguió con la cabeza mirando al suelo mientras el hombre esperaba la respuesta, caminaba con grandes zancadas por el despacho sin perder de vista a su madre que se había convertido en estatua, estaba inmóvil e incluso parecía contener la respiración, hasta que Karlo, harto de tanta comedia, dio un fuerte golpe con el puño cerrado sobre la mesa al tiempo que gritaba.

—¿A cambio de qué, mi padre te pagaba?

La mujer dio un respingo sobre el asiento asustada por la violencia del hijo, su rostro era una máscara de ira y rabia, como si la hubiera acumulado durante años y saliera a la luz, justo en ese momento.

—A cambio de... de renunciar a ti.

Lo dijo bajito para que nadie lo escuchara, incluso Karlo tuvo que aguzar el oído para no perderse la frase. Después de semejante confesión llegó la demencia al interior del hombre, sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor convirtiendo en un caos todo lo que hasta ese momento había sido orden y armonía. Su madre, testigo directo de la tormenta que estaba viviendo, permanecía quieta mirando de reojo al hijo que apuraba la bebida a grandes tragos, ahogándose en el bendito alcohol que, en ese instante, era lo único a lo que aferrarse para no caer en la ira y liarse a puñetazos con los objetos del despacho.

—Me estás diciendo que... mi padre me compró... que tú me vendiste... que he sido mercancía durante todos estos años... que... ¡largo de aquí!, ¡no quiero volver a verte nunca más!, desaparece para siempre de mi vida y no se te ocurra volver.

—Pero Karlo...

—Quiero que te vayas Paulina.

Lo dijo con los dientes apretados y mirando hacia otra parte, no quería verla, ni olerla,

el fuerte perfume le estaba revolviendo el estómago y la realidad se estaba imponiendo en su cerebro con tanta fuerza, que no sabía cómo actuar sin hacer daño. Le hubiera gustado vengarse, que sufriera por lo que había sido y lo que era, pero un poso de ética y dignidad le impedía actuar como un bruto y necesitaba alejarla para que el animal siguiera oculto y no tener que arrepentirse después, cuando el daño fuese irreparable.

—Necesito que te vayas... no soporto verte... tienes que irte.

Lo dijo más calmado, controlando cada sílaba para que sonara con autoridad. Ella dejó el vaso vacío sobre la mesa y se incorporó del asiento. Con la cabeza agachada, los hombros hundidos y el paso cansado, alcanzó la puerta. Antes de abrir, con el rostro hundido en el cuello, alzó la voz.

—Necesito dinero Karlo...

El hombre cerró los ojos y permaneció con ellos cerrados mientras hablaba.

—Ahí tienes papel y bolígrafo, anota el número de cuenta y vete.

La escuchó moverse por el despacho y después el golpe de la puerta al cerrarse. Siguió de pie, al lado de la ventana, observando el exterior, con una mano sujetando el vaso y la otra oculta en el bolsillo del pantalón. Permaneció en esa postura mientras analizaba lo ocurrido, aunque el análisis era simple: sus padres decidieron separarse y para quedarse Ramón con la custodia del hijo llegaron a un acuerdo económico, así de sencilla y triste era la realidad.

Karlo abandonó el vaso sobre la mesa, había bebido demasiado y la cabeza empezaba a dar inapropiadas vueltas, buscó el refugio del sillón donde prácticamente se tiró. El trozo de papel con el número de cuenta de su madre, le miraba provocativo desde la distancia, estiró el brazo para cogerlo.

Junto al número había anotado la cantidad a ingresar, cuatro mil euros y debajo una palabra: perdóname.

Con rabia arrugó el papel entre las manos y lo lanzó al suelo, luego se reclinó en el sillón dispuesto a olvidarse de Paulina, a quien sustituyó por Amina y la abuela. La conversación con ellas había discurrido por senderos sorprendentes, Karlo creía que su visita sería la de un informador y al final, él se había convertido en el informado. La abuela resultó ser un cofre lleno de recuerdos sobre Ramón Lender y su familia. Su padre jamás hablaba de su infancia, cuando Karlo preguntaba al respecto, con evasivas y otras argucias evitaba las respuestas. Por la abuela supo de la extrema pobreza en la que vivió, de los golpes, gritos y bofetadas que hubo de soportar por parte de unos padres ignorantes y poco dados al cariño, supo del desapego con sus hermanos y con el barrio en general, convirtió la pastelería en su refugio y a ella acudía con tanta frecuencia que la abuela lo tomó bajo sus alas protectoras, hasta que el canijo y huraño niño Ramón, se hizo un poco mayor y voló, desapareció un día cualquiera del barrio, la pastelería y el calor de la abuela. Ella se quejó de su ingratitud, nunca esperó nada, tan solo alguna visita inesperada para saber ¡qué había hecho la vida con el salvaje e indómito muchacho!

Pero los meses sucedieron a los días, luego vinieron los años y Ramón Lender no volvió nunca, se esfumó como el humo y, aunque a veces preguntó, ni padres, ni hermanos, ni vecinos supieron aclararle a que parte del planeta había ido a parar.



La abuela se quedó impresionada al comprobar que estaba delante de su hijo y aprovechó la coyuntura para satisfacer su curiosidad. Karlo no se dejó nada en el tintero e informó de todo cuanto sabía que había sucedido en la vida de Ramón desde que ella le perdió la pista. Después le tocó el turno a Amina, que contagiada del buen rollo que se empezó a fraguar entre ellos, habló sobre los últimos acontecimientos en su vida. Así se enteró de que la joven no conocía a su padre y de algunas cosas más que le dejaron aturrido.

Saber que Ramón Lender se relacionaba con el yonqui que, con demasiada frecuencia, entraba a robar a la tienda de la mujer, era un hecho muy extraño y Karlo no podía interpretarlo. Por lo visto, la vida de su padre tenía tantos vericuetos que era difícil transitar por ella, sin embargo, no lo parecía, aparentaba tal normalidad que el hombre se preguntó ¿cuándo caminaba su padre por las zonas pedregosas?, y para complicarlo definitivamente todo, la presencia de su madre, pidiendo dinero y desvelando lo que para él era un secreto, había sido como la última gota que desbordaba el vaso, y ya no sabía que pensar.

Se incorporó del asiento y buscó la calle, necesitaba despejarse, que entrara un poco de aire en su cerebro para alejar todo el cúmulo de misterios y líos de su padre, él tenía su propia vida y debía ser objetivo juzgando la de su progenitor, tenía que alejarse y ver todo desde una perspectiva diferente, tal vez así llegaría a comprender algo. Sin querer, los ojos y el cabello de Amina se interpusieron entre Ramón y las necesidades de Karlo, su memoria recuperó el olor y sabor de la joven y otro mogollón de sensaciones le atacaron por sorpresa. La recordó sentada al lado de la abuela, moviendo las manos mientras hablaba con voz pausada y gesto concentrado, de vez en cuando acercaba el vaso a los labios para apurar pequeños sorbos del refresco y continuar enseguida, explicando todo lo relacionado con Ramón Lender.

Tanto la abuela como Karlo se sorprendieron al saber que la joven y Ramón intercambiaron duras palabras en el despacho de éste, un hecho extraordinario teniendo en cuenta que Ramón era de naturaleza afable, con pocas probabilidades de hacerle perder los nervios, sin embargo, la mujer que estaba metida dentro de su cabeza, lo había conseguido hasta el punto de ser expulsada del despacho y amenazada con avisar a la policía. No, definitivamente ese no era el estilo de su padre y menos con las mujeres, suave y extremadamente educado en el trato con ellas, aunque últimamente, nada relacionado con Ramón Lender se ajustaba a lo que Karlo conocía sobre él, cada nueva información era toda una sorpresa, y siempre para ensuciar su imagen.

Se centró de nuevo en Amina y sus emociones. No era hermosa en el sentido literal de la palabra, pero su cabello rojo, rizado en enormes y desordenados bucles, junto a unos inmensos ojos verdes, le daban un aspecto tan irreal que Karlo, al verla tenía la impresión de cambiar de lugar, notaba una sensación extraña en la boca del estómago y la urgente necesidad de ser el mejor, de captar su atención y que su mirada se posara eternamente sobre él. Pensó que si continuaba por ese camino, iba a necesitar mucho esfuerzo y amor propio para arrancarla de los rincones por donde se le estaba metiendo con tanto descaro.

La información del detective privado acerca de su vida y milagros, la había colocado muy cerca de su alma, saber de ella equivalía a conocerla, le provocaba admiración ese conocimiento y de la admiración al amor solo había un paso que Karlo, se resistía a dar. Se esforzaba por mantener a raya sus deseos e intentaba ver en la mujer, a una más, alguien que alteraba ligeramente su corazón y su piel, pero que no llegaba a alcanzar la zona del espíritu donde residen las debilidades y la fortaleza de cada ser

humano, ese lugar donde se forja lentamente el carácter de cada cual y que no existe pudor alguno en mostrar al ser amado. Karlo protegía esa parte como el mejor de los carceleros, no quería dejar entrar a nadie y eso incluía a Amina, aunque a veces sentía que se ahogaba por la fuerza del deseo, los contornos del cuerpo de la joven se le aparecían de repente y era como lidiar con un toro bravo, terminaba agotado y con ganas de alejarse del mundo.

Regresó a la oficina tras el largo paseo. Al entrar, olfateó el aire, el olor del perfume de Paulina seguía prendido en alguna parte y de nuevo sintió mareo por la contundencia del aroma. Terminó un par de asuntos pendientes con un cliente nuevo, hizo una llamada a un proveedor, transfirió por internet los cuatro mil euros a la cuenta de Paulina y, tras despedirse de Regina, se alejó del edificio para charlar un rato con Ramón Lender, que le esperaba ausente entre las blancas paredes del hospital.

Colocó una silla al lado de la cabecera de la cama, buscó la fría mano de su padre para protegerla entre las suyas y tras un largo suspiro alzó la voz.

—¿Quién eres?

No era una pregunta, eran sus dudas saliendo de la boca, mientras la magia de la relación entre ambos, escapaba por la ventana. Era la segunda vez que Karlo sentía que su padre era un fraude y esa dura realidad le golpeaba con estridencia. No quería sentir así, habían sido demasiados años adorando a un ídolo y no era fácil asumir que tal ídolo no existía sin que el corazón sufriera un duro revés. Por décima vez se preguntó, que relación tendría con el yonqui que tantas veces había robado en la tienda de Amina y por décima vez no halló explicación alguna.

—¿Quién eres papá y cuantas cosas me has ocultado?

Otra vez su voz grave salió sin querer, expresando en alto toda la decepción que llevaba dentro. Un ruido en la puerta le hizo girar rápido la cabeza, fijó la mirada en ella y unos ojos (los que últimamente siempre le andaban rondando), se clavaron en los suyos. Karlo se incorporó de la silla y con evidente sorpresa, se acercó a la joven que se había parado en la entrada sin saber qué hacer.

—Hola, he ido a tu trabajo y... tampoco sabía si te encontraría aquí...

—¡Entra, no te quedes ahí parada!

Amina obedeció y se sentó enfrente de Karlo. El silencio se impuso mientras la joven observaba atenta el cuerpo inmóvil de Ramón Lender, se le veía más flaco de como lo recordaba e incluso parecía estar más calvo. De vez en cuando algún movimiento sacudía su cuerpo como un acto reflejo y, luego nada, regresaba a su mundo para separarse del resto, dejando a Amina y a Karlo solos, mirándose sin comprender las curiosas reacciones de sus pieles.

—¿Te parecerá extraño qué haya venido?

—Si... mucho.

—Es que no te he contado todo, porque... delante de mi abuela, no quería preocuparla más, es muy mayor y hay que cuidarla... ¡ya escuchó demasiado!

Karlo se hizo cargo y estuvo de acuerdo con Amina. A partir de ese momento la joven le detalló cómo había sido amenazada por el yonqui durante uno de los robos, le habló sobre las misteriosas llamadas de teléfono, le transcribió la dura conversación con

Ramón Lender y finalmente expresó su ira hacia el hombre que yacía en la cama.

—Sabes, creo que todo esto, lo que me está sucediendo, es por culpa de tu padre. La primera vez que entró en la tienda se comportó de modo extraño, supongo que en parte, porque recordó a la abuela, pero había algo más... sé que buscaba algo... quizás tú sepas más de lo que hoy contaste.

—No sé más, he dicho todo cuanto sabía.

—Entonces ¿por qué te has molestado en ponerme un detective?, ¿temes que me suceda algo?

—No, ya te lo dije, por una fuente que no viene al caso, me enteré que te estaban siguiendo, simplemente quise corroborarlo para...

—No te creo, me ocultas algo, tú sabes lo que está sucediendo y para proteger a tu padre estás tratando de desviar la información y...

Se quedó callada, de repente estaba indignada y con mucho miedo, las dos sensaciones vivían entremezcladas dentro de ella y era difícil saber cuál primaba. Karlo observaba su intensa reacción sin saber qué hacer o decir para calmarla, intentó mantenerse sereno, a pesar de las duras acusaciones de Amina, con la esperanza de que la mujer se fuera tranquilizando por sí misma, pero la indignación crecía dentro de ella y habló a voz en grito.

—¡Vamos, confiesa!, tu padre me ha metido al yonqui en la tienda y contratado a alguien para que me vigile...

—Espera un momento, respecto al yonqui no puedo decir nada, pero mi padre ¿no ha podido contratar a nadie para que te siga!, es ridículo pensar así teniendo en cuenta que lleva en cama más de dos meses... es absurdo, ¿quién le iba a pagar?

Karlo dejó las palabras suspendidas en el aire y se quedó observando a la chica, frunció el ceño como si acabara de recordar algo.

—¿No estarás pensando qué soy yo?

Ella ni se inmutó, su rostro aparecía rígido y contraído por la rabia y eso fue suficiente para espolear el orgullo de Karlo.

—Pero ¿por qué siempre me estás acusando?... desde que te conozco, estás empeñada en responsabilizarme de todo cuanto te sucede, lo que haya hecho mi padre es asunto suyo y nada tengo que ver en ello, soy un simple espectador tan sorprendido como tú.

—Tu padre conocía al yonqui y... tú también ¿verdad?

—¡No me estás escuchando!, desde el principio decidiste que soy culpable y quieres seguir pensando lo mismo, da igual lo que diga. Posiblemente mi padre haya cometido grandes errores... pero nada tengo que ver con ellos, ¡debes creerme!, comprendo que estés enfadada y que sientas miedo... pero ¡no tengo motivos para mentirte!

Los minutos de silencio se sucedieron uno tras otro, envueltos en el miedo a las palabras y en el cruce de miradas esquivas, eran dos extraños navegando por mares inciertos y con fuerza se agarraban para no hundirse. Karlo querría firmar una tregua y dejar de ser el blanco de las acusaciones, pero Amina estaba aterrada, saber que

alguien la vigilaba era mucho más de lo que era capaz de comprender y admitir, no tenía pistas, la única realidad eran, Ramón Lender y Karlo y, el primero ya no servía. Con respecto al segundo sus sentimientos se confrontaban, por un lado quería creerle, pero la evidente implicación de su padre, de algún modo, que era incapaz de discernir, le salpicaba. Él parecía empeñado en mostrarse limpio y ajeno a los actos de su progenitor, pero Amina pensaba que ocultaba algo. Iba a hablar, a seguir exigiendo explicaciones cuando la puerta se abrió de par en par.

—¡Oh, disculpad!... debí llamar a la puerta.

—Entra Palmira, estás disculpada.

La mujer se colocó al lado de la cama de su jefe y Karlo las presentó. Intercambiaron unas cuantas frases de cortesía y Amina enseguida decidió irse. Se despidió con prisas, alegando que era tarde y salió rápido, espoleada por las circunstancias.

Karlo la alcanzó en el ascensor, se puso a su lado y los dos entraron rápido cuando las puertas se abrieron. Un par de personas, con rostros cansados, aguardaban dentro en silencio. El ascensor bajó lento parando en cada planta a recoger más gente, hasta que llegaron, por fin, a la salida. Karlo y Amina caminaron uno al lado del otro sin hablarse, mientras buscaban la puerta. Recibieron con alivio el suave aire de la noche, la joven dejó que la incipiente luna le acariciara el rostro, al tiempo que cerraba los ojos para llenar los pulmones de oxígeno. Atrás habían dejado el denso calor y el olor a desinfectante y medicinas.

Sin detenerse, comenzó a caminar más rápido en busca del aparcamiento, el hombre la siguió, ajustando el paso al de ella y sin decir una sola palabra, hasta que Amina se detuvo y hecha una furia se volvió hacia él.

—¿Qué estás haciendo?, ¿por qué no os vais al infierno tu padre y tú y me dejáis en paz?

El hombre la sujetó por el brazo y con brusquedad tiró de él, hasta pegar su cuerpo al suyo. Los ojos de Amina eran puro fuego mientras abría levemente la boca para quejarse, Karlo la tenía agarrada con tanta fuerza que le estaba haciendo daño. Los dos se observaron a través de la ira mientras sus cuerpos permanecían unidos, y calientes, con los rostros tan cerca, que podían olerse la respiración y el anhelo. Karlo iba a tocarla con la mano que tenía libre, pero de repente la soltó y la empujó hacia un lado, separándose de la realidad y el deseo para huir al rincón de la tranquilidad donde no existía la pasión ni la necesidad de otro cuerpo.

—¡Vale, te voy a dejar en paz!... que te vaya bien.

La voz le salió ronca y en cuanto dijo la última palabra se giró para caminar en dirección al hospital. Alcanzó la puerta, dentro sintió una bofetada de calor, pero siguió caminando indemne a cualquier sensación externa. Su mente era una apisonadora dispuesta a aplastarlo todo a su paso. Subió las escaleras de dos en dos, era un quinto piso, pero Karlo no sintió en las piernas la debilidad del recorrido, estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos para notar las reacciones de su cuerpo.

Palmira al lado de la cama de Ramón, le colocaba la sábana con tanta devoción que casi entró de puntillas para no estropear el momento. La mujer se giró al escuchar la puerta y un amago de sonrisa cruzó su rostro, pero enseguida lo detuvo al ver la turbada expresión de Karlo.

—¿Qué te sucede?

—Nada... ¡no me hagas caso Palmira!...

Se quedó de pie observando a su padre mientras Palmira terminaba de colocar la sábana, tarea innecesaria, pues estaba perfectamente estirada y sin una sola arruga, pero la pequeña mujer seguía ocupando el tiempo en tan interesante ritual. Los ojos de Karlo se movían al mismo ritmo que las manos sobre la blanca sábana, iban de un lado para otro, pendientes de cada movimiento, hasta que las ágiles manos se detuvieron y la voz de Palmira se escuchó ligeramente ronca y agitada.

—La joven... tenía prisa.

—Eso parece.

De nuevo el silencio y otra vez las manos de la mujer recorriendo la sábana con movimientos rítmicos y gesto serio.

—¡Amina!, curioso nombre... nunca lo había escuchado.

Karlo hizo un gesto con la cabeza que no significaba nada, se limitaba a ser educado y no dejar a Palmira sin respuesta. La mujer, ante la poca comunicación volvió a la carga.

—¿La conoces desde... hace tiempo?

El ceño del hombre se frunció, tantas preguntas en boca de Palmira eran poco frecuentes. Comedida hasta el extremo, jamás preguntaba nada ajeno a ella ni se entrometía en otras vidas, solo se permitía alguna licencia con Ramón Lender, para el resto del mundo era invisible, por ese motivo a Karlo le extrañó tanto interés en Amina.

—No mucho... ¿por qué te importa tanto?

Las mejillas de Palmira se ruborizaron y durante unos segundos estuvo atolondrada sin saber que decir, luego agachó la cabeza y con la vista clavada en el suelo, sacó un hilo de voz casi inaudible.

—¡Discúlpame!... soy una entrometida, no debí preguntar...

—¡Oh lo siento, Palmira!, disculpa tú... hace muy poco que la conozco, solo nos hemos visto cuatro o cinco veces.

—Creí que era alguien que trabajaba en la empresa.

—No, tiene su propio negocio, un lugar extraño donde vende galletas con papeles dentro.

Karlo fue más explícito y durante mucho tiempo se dedicó a hablar de Amina, a la frágil mujer que tenía enfrente, como si fuera una incondicional amiga, dispuesta a escuchar sus venturas y desventuras, y, entre los silencios de Palmira, sus confesiones y el plácido rostro de Ramón Lender les dieron las doce de la noche sin darse cuenta. El nombre de Amina y su rojo cabello estuvieron constantemente presentes en la memoria de Karlo.

## CAPÍTULO XV

Se quedó parada en medio de la acera sin saber qué hacer, la huella del cuerpo de Karlo seguía marcando su piel y el calor recorriéndola, le estaba turbando los sentidos. El breve instante que había vivido acoplada al hombre, dificultaba su razonamiento, la pasión se le había colado dentro y, aunque juraba odiarle, su cuerpo decía lo contrario. Le maldecía a gritos y en silencio memorizaba sus manos, olor y tacto para que no escapara un solo detalle, volvía a maldecirle y su piel se estremecía por el deseo.

Amina se movía entre dos aguas, una lucha de poder de la que temía salir derrotada, su estúpido cuerpo había decidido llevarle la contraria y caminar al margen de sus mandatos, por más que se empeñaba en devolverle la razón, la única respuesta era la necesidad del otro, una necesidad que empezaba a ser intolerable y, cuando Karlo la empujó para volver al hospital, la joven sintió que se desgarraba por dentro. Hubiera querido permanecer aferrada a su calor y sostenida por sus fuertes brazos, alejar las dudas y dejarse llevar a donde él quisiera, sin pensar más que en las vibrantes sensaciones que produce el deseo satisfecho.

—¡No, no, maldito seas!

Lo dijo en alto, ajena a cuanto ocurría a su alrededor y dispuesta a aceptar las furtivas miradas de un par de transeúntes que, en ese momento, pasaban a su lado. Por fin reaccionó y caminó hacia el aparcamiento.

La vuelta a casa fue tranquila, apenas había tráfico y en poco más de veinte minutos estaba tirada en el sofá, con el mando de la tele sobre la mano y mirando una película que no le interesaba en absoluto. El recuerdo de Karlo era demasiado intenso para centrarse en otra cosa y, aunque siguió tumbada, cambiando de un canal a otro hasta agotarlos, ningún programa logró atrapar su atención; el hombre ocupaba demasiado espacio para permitir otras entradas.

Amina harta de soportar su debilidad, llamó por teléfono a Vinicio buscando entretener la mente y alejar al despiadado Karlo de ella. Hablaron de naderías durante tiempo y la superficial conversación no logró más que reforzar en su mente la imagen del hombre, hasta que sacó a pasear su parte irracional y, sin pensar lo que decía, le espetó a su padre.

—Creo que me estoy enamorando, pero no debo... no es el hombre apropiado.

El silencio del hombre evidenció que no estaba preparado para una confesión tan repentina y sin antecedentes. Vinicio desconocía que hubiera alguien en la vida de su hija y comenzaron las numerosas preguntas: ¿quién era?, ¿cómo se llamaba? y un largo etcétera que Amina respondió sin rechistar. Necesitaba hablar de Karlo y dejar en paz a la abuela, así que la elección de Vinicio para escuchar sus desagravios era la más lógica. Pero la joven enseguida comprendió que la elección había sido poco acertada cuando no tuvo más opción que confesar bajo qué circunstancias se habían conocido. Su padre necesitó mucho tiempo para comprender lo que su hija le estaba contando: los robos continuos en la tienda a manos del mismo sujeto, un yonqui en un coche de alta gama, un gran empresario dando cobertura a dicho yonqui, un tipo vigilando a su hija, se preguntó ¿de qué diablos hablaba Amina? y ésta, tuvo que ser muy explícita para hacerle entender el asunto y sobre todo, echar tierra encima a tantos sucesos para restarles importancia y no volver loco de preocupación a su padre.

—Hija es muy difícil entender lo que me estás contando, parece el argumento de una novela negra... ¡vamos a llamar a la policía!

—Papá olvida el asunto no debí...

—¿Qué olvide el asunto?, ¿te das cuenta de lo que me estás diciendo?... Amina, hija, si alguien te vigila hay que hablar con la policía, ese tal Karlo tiene las pruebas, solo hay que mostrarlas y que actúen en consecuencia.

Vinicio quería ir en ese mismo instante a la policía y con gran esfuerzo, la joven logró convencerle para que esperara al día siguiente, padre e hija hablarían con más tranquilidad y tomarían una decisión.

—Por favor, no le digas nada a tu madre... sabes cómo se preocupa por todo.

Fueron las últimas palabras de Vinicio antes de colgar. Llegó a la cama preocupada y dio tantas vueltas que logró dormir de puro agotamiento. La conversación con su padre había sido un tremendo error, una insensatez que solo había servido para preocuparlo de forma innecesaria. A lo largo de las horas de insomnio la joven se arrepintió cientos de veces, pero consciente de no poder dar marcha atrás, buscó el modo de suavizar los hechos y devolver un poco de tranquilidad a la vida de su padre.

Ensayó cientos de diálogos entre Vinicio y ella hasta encontrar el convincente, luego logró dormir hasta las cinco de la madrugada, hora en la que el teléfono comenzó a sonar escandalosamente en medio del silencio. Envuelta en la pesadez del sueño, se arrastró hasta el sonido. Con la mente turbia y la voz pastosa logró articular la tópica palabra al descolgar el teléfono.

Lo que vivió a continuación fue el inicio de una película de Alfred Hitchcock. Tras la llamada de la policía, Amina se vistió lo más rápido que pudo colocando sobre su cuerpo lo primero que encontró al abrir el armario. En su bloqueada cabeza rebotaban una y otra vez las palabras que acababa de escuchar al otro lado del teléfono mientras su acelerado corazón se movía a un ritmo frenético. Bajó rápido las escaleras de su edificio y corrió por aceras oscuras y casi desiertas a horas tan tempranas, las piernas mantuvieron el paso a pesar de la flojera que sintió, esa debilidad se le fue extendiendo al resto del cuerpo mientras alcanzaba el objetivo.

En diez minutos llegó a ver el final del espectáculo. Se paró para coger aire, pero lo que vieron sus ojos la dejó tan bloqueada, que no supo llenar los pulmones de oxígeno, sintió que se ahogaba, que acababa de llegar al final de sus días ante la negativa de su cuerpo a respirar vida. Lo siguió intentando hasta que logró desbloquear la garganta y con ello la entrada de aire, después vino el grito y los ojos desorbitados mientras, horrorizada, contemplaba los últimos rescoldos y el final de una ilusión.

La joven permanecía varada al suelo, con la mirada clavada en los restos de lo que había sido su negocio, en las negras paredes ya no se distinguían los dibujos y letras que con tanto entusiasmo había pintado, la puerta y el cartel eran un manchón negro y supuso que por dentro aún sería peor. Su tienda estaba completamente arruinada por las llamas y solo las paredes permanecían en pie, el resto era humo y nada; el negocio de Amina había desaparecido completamente.

Bomberos y policías se movían por la calle expectantes a pesar de que el fuego ya había sido extinguido del todo, los coches y camiones ocupaban parcialmente la calle junto a unas cuantas personas que se habían detenido a observar el lamentable espectáculo, otros muchos lo miraban desde las ventanas de sus casas, sorprendidos

por la rapidez con que las llamas lo habían tragado todo.

Las piernas de Amina se quedaron sin fuerzas mientras su mirada seguía clavada en las queridas paredes, sintió que se empezaban a doblar como si fueran enclenques ramas y a pesar del esfuerzo por mantenerse en pie, acabó sentada en el suelo apretando el estómago para evitar el vómito que las fuertes arcadas le pedían con insistencia.

—¿Qué le sucede?

La ronca voz del policía la rescató del delirio. La joven se identificó y enseguida se vio rodeada de todos los policías, varios bomberos y unas cuantas personas más sin identificar. Tuvo que responder a muchas preguntas, aunque estaba en estado casi de shock, para ello necesitó dejar a un lado los sentimientos y centrarse en la parte práctica del asunto. Identificar al responsable, junto a la falta de seguro, fueron las preguntas más delicadas a las que tuvo que responder, se le hizo un nudo en la garganta que amenazó con llenarle el rostro de lágrimas. Logró sobreponerse y continuó hablando con el policía hasta que por fin, acabó la parte burocrática.

Amina, cegada de dolor, cruzó lo que había sido la puerta de entrada, cuando bomberos y policía se lo permitieron. Acompañada por dos de ellos, junto a una potente linterna, pudo ver el interior de su negocio. Todo estaba calcinado, el mostrador las vitrinas, los electrodomésticos y demás enseres, el fuego no había respetado nada y se había cebado a conciencia con cada uno de los objetos.

Con la pena corriendo por su sangre, cruzó el hueco que la separaba del "laboratorio", necesitó respirar profundo (un aire denso con restos de humo) para poder enfrentarse a su pequeño santuario. Allí cerró los ojos y dejó que las lágrimas salieran libres mientras recordaba el olor y el tacto de la masa acariciando sus manos. Logró atrapar en la nariz el aroma del chocolate, la nata, el azúcar quemado y mezclarlo sobre una masa inmaculada y tierna que resbalaba entre sus dedos, mientras el horno esperaba impaciente.

—¡Disculpe, tenemos que irnos!

La voz del bombero la separó de sus recuerdos, se giró con nostalgia y dirigió sus pasos hacia la salida, dejando por el camino los fuertes lazos que la ataban al lugar donde había vivido muchos de los momentos que conformaban su existencia. Los sucesos buenos, los malos, penas, alegrías, llantos y hasta la pasión se habían quemado junto al fuego que, los había engullido con sus voraces llamas, dejando a Amina completamente seca por dentro, sin más ilusión que esconder la cabeza entre las sábanas y la almohada, y dejar que los días se sucedieran uno tras otro sin que ella los viera.

El regreso a casa fue espantoso, vacía y sola, sin otra compañía que su propio miedo y dolor, y la certeza de que los Lender algo tenían que ver en el asunto, caminó llena de desaliento y rodeada de dudas, tantas que su maltrecho cerebro no lograba ordenar cada secuencia de lo sucedido. En él se mezclaban los datos y las fechas de forma caótica y no podía recordar en qué orden cronológico había ocurrido todo.

Sentada en una silla, con papel y bolígrafo en mano, decidió escribir cada suceso lo más detallado posible. A pesar de las repetitivas imágenes que se le aparecían para recordarle que las llamas habían arruinado su negocio, pudo resumir en detalle su historia desde que había inventado "las galletas de la vida". Gracias a las letras escritas se dio cuenta que todo había comenzado en ese punto: el negocio empezó a funcionar



y a la vez se produjeron los robos continuos, las llamadas de teléfono anónimas y la presencia de Ramón y Karlo Lender, era un trípode sujetando un objetivo común, estaba convencida de ello y cuanto más entretenía el papel sobre las manos, más se reafirmaba en la idea.

Se incorporó de la silla y, sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró delante del edificio de Transportes Lender. Saludó al portero con un extraño "hola" y ascendió el pequeño tramo de escaleras que la separaban de Karlo.

Regina alzó una ceja en cuanto la vio cruzar la puerta, era la tercera vez que veía a la joven y se asombró al ver su aspecto, parecía recién salida de una pelea, el cabello alborotado y la inapropiada ropa arrugada y con unos cuantos manchones negros repartidos entre el pantalón y la camiseta, respecto al calzado, mejor no hablar del asunto, era imposible saber el color de las botas, en otro tiempo debieron ser marrones, pero actualmente una extraña mezcla entre marrón y negro.

—Vengo a ver a Karlo.

Dijo Amina a la mujer que la observaba por encima de las gafas con desaprobadora expresión.

—¿Tiene usted cita?

La joven respiró hondo, para contenerse y no mandar al infierno a la mujer que la seguía mirando con cara de asco.

—No, no tengo cita, pero haga usted el favor de decirle que Amina está aquí.

—Lo siento, pero... oiga ¿dónde va usted?

La joven haciendo caso omiso a la voz de Regina, siguió su camino en busca del despacho de Karlo. La puerta estaba de par en par y, sin escuchar a la mujer que le seguía los pasos, se plantó enfrente de la mesa de Karlo que frunció el ceño al verla, mientras se despedía apresurado, de la persona que estaba al otro lado del teléfono.

—¡Eres un hijo de puta!, ¡me has arruinado la vida!

Toda la rabia acumulada salió por la boca de la joven junto a la decepción, el odio y el rencor, acababa de perder su negocio y necesitaba un culpable, alguien sobre el que arrojar toda la porquería acumulada en las últimas horas. Karlo necesitó tiempo para reponerse de la escena y, hasta que logró reaccionar, pudo ver en detalle el lamentable aspecto de Amina. Sucia, desgredada e histérica, con las mejillas encendidas y dispuesta a saltar sobre él a la mínima oportunidad. El cuerpo y rostro de Regina aparecieron enseguida, estaba agitada por el esfuerzo de intentar frenar a la joven; azorada miró a su jefe que, con un gesto, le indicó que podía irse y dejar el asunto en sus manos.

De nuevo quedaron solos, con el silencio por testigo y los ojos clavados el uno en el otro. Karlo rodeó la mesa para quedar plantado delante de Amina, que le seguía taladrando con la mirada.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo sabes perfectamente (gritó Amina), ¡eres un...!

Alzó la mano hacia el hombre para dejarla caer sobre él que, con rápidos reflejos, la

sujetó en el aire, ella forcejeó furiosa hasta lograr soltarse y con el rostro enfrente de Karlo, terminó la frase.

—Mierda, ¡eres un mierda!

—Pero ¿qué demonios te ocurre?

La sujetó con fuerza por los hombros y esta vez no permitió que se le escapara por más que Amina se revolvió, terminó zarandeándola hasta conseguir hacerla reaccionar. Las lágrimas y las palabras entrecortadas, fueron la respuesta de la joven, pero a pesar de ello, se hizo entender lo suficiente para que un asombrado Karlo repitiera cada palabra para corroborar que había comprendido hasta la última sílaba.

—To-do que-ma-do... me han deja-do sin na-da.

—Lo siento mucho Amina, ¡es increíble!

—Tu padre... tu padre.

—Vuelves a culparnos igual que ayer, pero te repito lo mismo... ¡tú has visto cómo está!, ¡por dios Amina, sabes qué no se puede mover! ¿Cómo diablos iba a mandar qué incendiaran tu negocio? y ¿por qué razón?, ¡te das cuenta qué no tiene ningún sentido! ¿Qué puedo hacer para qué me creas?

—Entonces ¿quién?

—¿Cómo voy a saberlo?

La joven agachó la cabeza para mirar al suelo, la vista perdida no se fijó en nada, solo los pensamientos fluían sin control, apresurados en busca de respuestas desconocidas. El rostro de la joven desapareció del campo de visión de Karlo, solo podía ver el desordenado cabello. Sintió lástima por ella y fuertes deseos de meter sus dedos entre la maraña de pelo, perderse en ella para sentir su calor y aspirar su aroma a humo, hubiera deseado acariciarla, protegerla del dolor y mantenerla pegada a su cuerpo hasta que la joven se curase. Pero Karlo no se atrevía, por un lado sabía del fuerte carácter de Amina y por otro tenía miedo de sus propios sentimientos, en sus planes no entraba enamorarse, sin embargo, el deseo incontrolable que sentía hacia ella, fue tan poderoso que alargó el brazo hacia el rojo cabello que, irremediablemente, le atraía.

Introdujo los dedos con suavidad y comenzó a moverlos en pequeños círculos sobre la nuca. La joven, en principio dio un respingo, pero no apartó la cabeza de la mano de Karlo dejándole hacer sin condiciones. Se entretuvo en las caricias hasta que suavemente, la empujó hacia él. Los cuerpos quedaron pegados y por fin, el hombre pudo disfrutar del calor y los contornos de ella. Se abrazaron, acariciaron la espalda, se tocaron el rostro y finalmente Karlo comenzó a susurrar palabras sobre el oído de Amina.

—Lo siento mucho... lo siento.

Siguieron pegados, sabiendo que en cuanto se separaran, la magia se rompería e iban a necesitar quemar rencores para recuperarla de nuevo. Las piernas de Amina estaban débiles, a punto de doblarse como ramas secas, las manos de Karlo le servían de apoyo para no caer y se agarraba a ellas como al último recurso de su vida. Sintió una mezcla de amor y odio hacia el hombre que la sostenía y acariciaba con suaves movimientos, reconoció su cuerpo e incluso recordó las trampas por las que transita el

amor cuando el recelo y la desconfianza son sus aliados. Quiso separarse, alejar su cuerpo de la tentación, pero algo más fuerte que ella misma, se lo impedía obligándola a permanecer inmóvil mientras Karlo, seguía moviendo sus manos sobre ella, susurrando palabras de perdón.

Fue el teléfono quien decidió por ellos, el inoportuno sonido se reflejó en el cuerpo de Amina que se puso rígido como una estaca, obligando a Karlo a separar sus manos. No respondió, se quedó contemplando a la joven que, incómoda lo miraba de reojo.

—Lo lamento mucho Amina. Empezarás otra vez, arreglas el local y en breve estarás de nuevo moldeando galletas... sé que en estos momentos incluso te parece imposible, pero... solo existe la derrota para quien no lo intenta. No es difícil ponerse de nuevo en pie, lo complicado es querer.

—No tengo seguro que me cubra y... yo no puedo arreglarlo.

—¡Vaya!, ¿no tienes seguro? pero...

—Debido a los robos era un negocio de riesgo y me exigían una prima tan elevada que decidí pensarlo y... no me ha dado tiempo...

Karlo se quedó pensativo, la confesión de Amina le permitió entender su lamentable estado y su desesperación, sin recursos económicos, era muy difícil poner en pie el negocio de nuevo.

—Tal vez el detective privado haya visto algo, una pista... cualquier cosa que ayude a la policía a localizar al cabrón que lo hizo.

Amina cerró los ojos, no creía en los milagros, solo en el trabajo y el esfuerzo, y sabía que encontrar al culpable iba a ser misión imposible ¿por dónde buscar?, ¿el yonqui?, no, el yonqui no, se respondió ella misma, con el incendio del negocio, se había quedado sin chollo, pero ¿quién entonces? y, lo más importante ¿por qué?

—Debo irme.

Dijo con la mirada perdida en el rostro de Karlo. La dejó irse, no supo que decir para retenerla, se limitó a observar su espalda alejarse hasta cruzar la puerta. Luego el vacío absorbiéndolo todo y dejando mucho espacio a la pena, una pena oscura que invadió el despacho para envolverlo entre sus garras hasta anularlo y convertir su ánimo en un globo desinflado.

La calle estaba concurrida, gente y coches se movían con prisas y el cuerpo de Amina se dejó llevar por la vorágine del momento, como una muñeca rota se vio atrapada en medio del tumulto. Sin fuerzas para decidir, caminó hacia donde los pies y su falta de voluntad la llevaron, rodeándose de rostros desconocidos que caminaban con la seguridad de quien sabe a dónde va. ¡Ella no!, estaba perdida, alguien había destruido parte de su mundo y no sabía por dónde empezar a reconstruirlo.

Había cancelado casi toda la deuda con el banco, pero aún le quedaba una pequeña parte pendiente y, con la maldita situación económica del país, nadie le daría crédito para empezar de nuevo, y jamás podría devolver el préstamo a sus padres. Sintió como si le clavaran algo en el centro del corazón. Pena, rencor, decepción, rabia, deseo de venganza... todas las emociones se le juntaron en una especie de bola que le golpeaba con fuerza desatando su lado oscuro, luchó para no liarse a bofetadas contra el mundo y sus piernas tuvieron que controlarse para no golpear fuerte el suelo con los pies.

Recuperó la voluntad y empezó a caminar más deprisa, sin darse cuenta de las personas que arrollaba a su paso, terminó corriendo como si la persiguieran mil demonios hasta que agotó el cuerpo y se dejó caer a un lado de la acera, donde se quedó sentada con la espalda encorvada y el rostro mirando al suelo. La gente pasaba a su lado, unos pocos se interesaron por su salud, pero enseguida recuperaban su camino ante la indiferencia de ella. Durante un tiempo, sentada sobre la dura acera, solo existió su dolor, lo recibió con la puerta abierta dejándolo entrar sin condiciones para que campara a sus anchas por el alma hasta que, despacio, se incorporó del suelo, se subió a un autobús y regresó al refugio de su casa.

El móvil descansaba sobre la mesa, comprobó que tenía quince llamadas perdidas casi todas de la abuela, sus padres y Olga. Empezó por la abuela, le tuvo que explicar muchas cosas y de paso llorar unas cuantas lágrimas, luego le tocó el turno a Vinicio, del llanto pasó a la rabia y con él despotricó contra el mundo en general y la falta de justicia, Olga fue la última en escuchar las palabras de Amina, la mujer había ido a la tienda como cada mañana para encontrarse con el panorama desolador.

—¡Dios mío! ¿Quién ha podido hacer esa barbaridad?

Olga seguía conmocionada, sin poder arrancar la imagen de la fachada y la puerta totalmente quemadas, el negocio se había ido a la mierda de un día para otro y era complicado asimilar esa realidad.

—¡Lo siento mi niña!, es muy cruel lo que te ha ocurrido e imagino lo que estarás sufriendo.

Colgaron con la promesa de tomar más tarde un café y entre las dos buscar una salida. Continuó sentada con la mirada clavada en el teléfono, como si éste ocultara algún misterio insondable hasta que, el sonido del timbre la obligó a incorporarse. Antonia, con el rostro serio, aguardaba tras la puerta.

—Hija, ¡qué desgracia!

Amina hizo un gesto y dando la espalda a su madre, volvió al salón, Antonia fue tras ella sin dejar de lamentar la terrible pérdida y preguntando una y otra vez, quién habría sido capaz de incendiar el local.

—¿Qué ha dicho la policía?

—Nada... nada que me solucione el problema.

Su voz parecía sacada de una cueva, tan ronca y lejana que, su madre la miró detenidamente para cerciorarse de que era ella quien había hablado.

—Pero algo te habrán dicho, no sé... alguien tendrá que responsabilizarse del incendio.

—No hay seguro... la única responsable... soy yo.

—Pero... y ¿el seguro del edificio?...

—No hay nada que hacer, mamá... me he quedado con las manos vacías.

De nuevo el timbre interrumpió la conversación. Amina llegó a la puerta en cuatro enormes zancadas, agradeció en silencio la interrupción, ya que la actitud inquisidora de su madre no presagiaba nada bueno, tenía ese gesto de reproche que tan bien le conocía y que no soportaba.

El preocupado rostro de la abuela surgió en cuanto abrió la puerta, Amina se abalanzó hacia ella que ya tenía los brazos abiertos para recibirla. Se refugió en ese trocito de calor y se dejó acariciar el cabello hasta que ambas, como si se hubieran puesto de acuerdo, se separaron a la vez para entrar en la casa donde Antonia aguardaba con impaciencia. Tras los saludos pertinentes se sentaron alrededor de una mesa con un par de cafés, un té y unas cuantas magdalenas y galletas. Amina permanecía absorta contemplando los objetos que descansaban sobre el mantel y preguntándose cientos de veces ¿qué había hecho para qué las cosas hubieran terminado tan mal?

—Encontraremos el modo de abrir de nuevo el negocio, con o sin seguro volverás a tu tienda.

Las contundentes palabras de la abuela, atraparon la atención de Amina, que dejó de observar el mantel para pasear la mirada por las paredes y terminar escudriñando a la abuela.

—¿Cómo?, ¿dime cómo vamos a hacerlo?... no tengo nada y ya sabes lo del seguro que...

—Olvídate del seguro, son unos sinvergüenzas, no se puede exigir un importe tan alto, pero no te hablo de eso, entre todos buscaremos el dinero y abrirás de nuevo.

Las últimas palabras las pronunció mirando fijamente a Antonia que, rápido asintió con la cabeza.

—No abuela, ya me habéis ayudado bastante... y he arruinado el local.

—Tú no has arruinado nada, no te culpes por lo que han hecho otros, solo eres una víctima y nuestro deber, como familia que somos, es ayudarte en este duro momento.

Había tal convencimiento en sus palabras que era difícil rebatirlas y la abuela siguió hablando para concretar de qué modo la ayudarían.

—Yo tengo muy poco ahorrado, porque ya sabes que nunca se me dio bien lo de guardar dinero, pero puedes contar con ello, desde ahora mismo es tuyo y... seguro que Antonia te puede adelantar un préstamo.

Las contundentes palabras fueron recibidas con recelo por las dos mujeres, para Amina recurrir a su madre de nuevo, era tanto como pedirle que renunciara a su orgullo y a parte de sus principios, ya lo había hecho una vez y cada día se arrepentía de ello. Para Antonia entregar una vez más los escasos ahorros, que con tanto esfuerzo guardaba, en manos de su voluble hija, significaba arrancarle toda su estabilidad, era su posición económica la que le daba cierta tranquilidad en el futuro y su madre proponía dejarla sin esa seguridad para que viviera al borde de un precipicio.

—Creo que no es buena idea abuela, mamá ya me ha ayudado una vez y no es justo que lo vuelva a hacer, además todavía no les he devuelto lo que les debo.

—¡Bah, deja a un lado las tonterías!, si lo tiene es normal que te lo preste, además con lo bien que te iba el negocio se lo devolverás enseguida, ¿no es cierto Antonia?

Casi se atragantó con el café y a punto estuvo de escupirlo, la abuela le había clavado la mirada y sentía como si fueran dos agujones incrustados en el centro de su rostro, era una sucia estrategia que le obligaba a tomar una decisión en ese mismo instante.

—Creo que... debería hablarlo... con Vinicio.

—¡Bobadas!, sabes que Vinicio aprobará lo que tú decidas.

Antonia se vio de nuevo entre la espada y la pared, su madre continuaba insistiendo a pesar de la excusa y ya no sabía cómo salir de la situación sin comprometerse, seguía sintiendo la fría e inquisitiva mirada sobre ella y estaba en una situación tan violenta que decidió ponerse en pie y largarse.

—No creo que este sea el mejor momento para tomar esa decisión... otro día lo hablaremos con más tranquilidad.

Empezó a caminar hacia la puerta a grandes zancadas. Repentinamente tenía mucha prisa, necesitaba salir de allí, porque sentía que se ahogaba. Siempre era igual, la presencia de su madre la ponía en situaciones límites, siempre a punto de estallar y debía salir corriendo para no empezar a gritar.

—¡ANTONIA!

Era la abuela alzando la voz, la mujer se detuvo en seco esperando las siguientes palabras.

—Es tu hija y necesita ayuda, espero que sepas estar a la altura.

Antonia cerró los ojos y respiró hondo, luego se giró para quedar enfrente de su madre y su hija. Con la cabeza nublada por la ira y el rencor, escupió lo que llevaba años acumulando en lo más profundo del alma.

—¿A la altura?, ¿qué sabes tú de estar a la altura?... yo también soy tu hija y ¿cuándo te ha preocupado estar bien o mal conmigo?, nunca te he importado, te limitabas a darme órdenes y sigues haciendo exactamente lo mismo... órdenes que debo cumplir sin rechistar... porque tú no pides... tú obligas...

Se detuvo a tomar aire para seguir escarbando en su interior y sacar toda la basura que llevaba dentro.

—Y... estoy harta, harta de tus desaires, harta de tus pullas, harta de tus inquisidoras miradas... no quiero que me obligues a hacer las cosas según tus deseos, eres... una déspota y yo tomaré la decisión que considere oportuna. Siempre he ayudado a Amina, pero es clavada a ti e igual de desagradecida que tú.

Tras sus palabras llegó el silencio, nadie dijo nada, solo se escucharon los tacones de sus zapatos aporreando el suelo mientras se dirigía con prisas hacia la puerta; ésta se cerró y la desesperación de las palabras de Antonia, crueles e insistentes, permanecieron en el salón, al lado de la abuela y de Amina, ensuciando el espacio, enrareciendo el aire y perturbando el ánimo de las dos mujeres que se dejaron arrastrar por tan inesperados sentimientos.

## CAPÍTULO XVI

La partida de Amina lo dejó sumido en cientos de pensamientos que se movían con rapidez entre sus neuronas, un amasijo de ideas, algunas sin fundamento y otras, fruto de sus deseos, se dieron cita en el centro del cerebro de Karlo. La primera reacción de su cuerpo fue llamar al detective privado, buscó su número de teléfono y tras un par de tonos, escuchó su ronca voz.

—¡Buenos días, Santiago!

Esperó el saludo al otro lado y continuó hablando.

—Le han quemado el negocio a Amina ¿sabes algo?

—Iba a llamarte ahora para decírtelo, ¿cómo te has enterado?

—Me lo ha contado ella... ¿has visto algo?

—No, absolutamente nada, cuando he llegado aquí estaba todo arrasado, ¡le han dejado el local hecho polvo!, va a necesitar unas cuantas semanas para arreglarlo.

Se despidieron con prisas y Karlo hizo varias llamadas a contactos suyos que no dieron el fruto deseado. Un par de horas más tarde estaba de pie en el despacho, observando la calle a través de la ventana, con expresión malhumorada en el rostro y la sensación de tener las manos atadas.

Buscó la gabardina que colgaba solitaria en la percha, se la puso sobre el traje y tras despedirse de Regina con un rápido "enseguida vuelvo", tomó el ascensor para bajar al parking. Condujo el coche en dirección al hospital y durante un tiempo se entregó a la soledad de Ramón Lender que, como siempre, descansaba imperturbable sobre las blancas sábanas. Sentado a su lado, dejó que los minutos cayeran sobre ellos, con la memoria siempre alerta a cualquier detalle que se le hubiera escapado en alguna de las pasadas conversaciones con su padre, y que le sirviera para entender ¡qué le estaba ocurriendo a Amina!, ¿por qué había alguien interesado en hacerle daño?

De algún modo, intuía en el fondo de su alma, que si Ramón estuviera consciente, algo tendría que decir al respecto, pero su padre vivía en otro mundo, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor y mientras siguiera en él, solo había silencio a su lado.

Volvió a observar su rostro y se preguntó durante cuánto tiempo permanecería en estado ausente, según los doctores tenía por delante un futuro poco alentador y el hospital había dejado de ser un lugar de esperanza donde ya nada podían hacer por él. Palmira estaba acondicionando la casa para trasladarlo lo antes posible y buscando un fisioterapeuta para su rehabilitación diaria, el resto consistía en atenderlo y dejar pasar el tiempo con la ilusión de que algo bueno sucediera.

La puerta se abrió con suavidad y el enclenque cuerpo de Palmira se abrió paso entre las blancas paredes. Cargaba con un par de bolsas que dejó sobre el sillón para acercarse a la cama de Ramón Lender.

—Buenos días Karlo, ¡no esperaba encontrarte aquí!

—He venido a verle un rato... enseguida me voy.

La mujer le arregló las sábanas, luego se dirigió al cuarto de baño para coger utensilios

de aseo: toalla, cuchillas, crema para el afeitado, gel, esponja, un producto para limpiarle los dientes y una palangana. Colocó todos los artilugios sobre la mesa y sin perder tiempo procedió al afeitado.

—Discúlpame, pero ya debería estar aseado... he venido más tarde, porque hoy traían la nueva cama y se han retrasado bastante... está muy bien, creo que Ramón va a estar mucho mejor en su casa.

Dijo sonriendo mientras lo afeitaba. Él, a pesar de la mirada ausente, clavaba sus ojos en ella, como si quisiera entender lo que decía y Palmira seguía sonriendo con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—¿Cuándo nos lo llevamos a casa?

—Pues, si te parece bien hoy mismo, ya está todo preparado, de hecho he traído ropa.

Dijo señalando con la cabeza las bolsas del sillón mientras mantenía el pulso firme sobre la barba de Ramón Lender, absolutamente entregada a la tarea.

—Muy bien, en cuanto tengas los papeles del alta, me llamas y os vengo a recoger.

—¡Oh, no es necesario!, si quieres llamo a un taxi, así no tienes que molestarte.

—No, mejor os vengo a buscar.

Ella asintió con la cabeza, absorta en el rostro afeitado y Karlo salió sin hacer ruido, con la extraña sensación de sobrar en la vida de Ramón y de Palmira. Nunca se había detenido a pensar en la devoción de la mujer hacia su padre, era algo tan normal que formaba parte del día a día, como lo era abrir el grifo y que saliera agua o accionar el interruptor y que se encendiera la luz, eran sucesos que se daban por hecho y nadie los cuestionaba, así había sido para Karlo la actitud de Palmira con Ramón. Al verla mover sus pequeñas manos por el rostro de su padre, comprendió a la mujer y pudo ver el amor que sentía, tantos años de devoción solo eran posibles bajo profundos sentimientos, debajo del manto de entrega incondicional, había todo un desbordante mundo de sensaciones, dispuestas a someterse a la voluntad de Ramón Lender a cambio de migajas.

Regresó al trabajo conmocionado por el descubrimiento y durante el tiempo que vivió esperando la llamada de la mujer, su pensamiento flirteó con ellos y Amina. Pasaba de un asunto a otro con rigor científico y entusiasmado por lo sorprendente de la vida y la incapacidad del ser humano de ver lo que tiene delante de sus narices, jamás sospechó nada y se preguntó si su padre sería consciente del torrente que tenía al lado o era simplemente la mujer que cubría sus necesidades domésticas. Trabajó poco y mal pendiente de la llamada de Palmira y en cuanto escuchó su voz al otro lado del teléfono, salió corriendo en busca de ellos.

Ver a Ramón Lender sentado en el sillón, vestido, peinado y oliendo a su perfume habitual, fue extraño, un motivo más para el estupor, ya se había acostumbrado a verlo con el pijama sobre la cama, y la frágil memoria del ser humano olvida todo lo rutinario que ha sucedido dos días para atrás. Karlo apenas recordaba a su padre, se había quedado en el endeble cuerpo, la mirada ausente y el opaco silencio, y el hombre que descansaba sobre el sillón rozaba ligeramente al Ramón que siempre fue, seguía en silencio y perdido, pero la ropa le daba un aspecto mundano restándole espacio a la enfermedad.

Lo cogió entre sus brazos para depositarlo en la silla de ruedas que sujetaba Palmira,



lo hizo sin esfuerzo, el actual cuerpo de Ramón Lender, nada tenía que ver con el orondo hombre de hacía casi dos meses, era la mitad de lo que en otro tiempo fue y su hijo lo pudo transportar e introducir en el coche sin dificultad alguna. Condujo en silencio, sorteando el tráfico con destreza, mientras Palmira, desde el asiento trasero, sujetaba con fuerza los hombros de Ramón, sentado junto a Karlo, para mantenerlo firme y que no se fuera hacia los lados.

En una hora escasa estaban traspasando la puerta principal. Cruzaron el hall y el pasillo hasta llegar al dormitorio, allí depositó sobre la cama al hombre cuyo rostro aparecía fatigado, estaba exhausto y el gesto de cansancio era tan evidente que en cuanto estuvo tumbado, Palmira entornó las cortinas, dejó que los suaves acordes de la música se esparcieran por toda la habitación y despacio, sin hacer ruido, salieron para dejarle descansar en el silencio de su soledad.

—¿Quieres un café?

Invitó Palmira, convertida en anfitriona ante la ausencia de Ramón.

—Con leche, por favor, pero... si me acompañas.

La mujer sonrió al tiempo que asentía con la cabeza. Encaminó sus pasos hacia la cocina, mientras, Karlo se entretuvo hojeando una revista de cotilleo que descansaba sobre una pequeña mesa. Pasaba las hojas deprisa, aunque de vez en cuando, se detenía para mirar alguna foto o leer un titular, luego seguía pasando las hojas rápido, sin prestar demasiada atención.

La presencia de la mujer, sujetando una bandeja entre las manos, fue la perfecta excusa para apartar la revista y sentarse alrededor de la mesa donde dos cafés, una pequeña jarra con leche, un azucarero, unos bollos con un aspecto estupendo y varias servilletas habían sido cuidadosamente colocados. Sentados uno enfrente del otro, prepararon al gusto los cafés y se entretuvieron más de lo necesario en remover el azúcar, luego llegó el silencio y la búsqueda de una conversación para romperlo.

—¿Podrás atender a mi padre o te busco ayuda?

—¡Oh no es necesario!, ya sabes que he comprado todo lo que necesito para moverlo yo sola... te lo agradezco, pero podré arreglarme.

—Como quieras, pero si en algún momento sientes que no puedes con ello, lo hablamos ¿de acuerdo?

Palmira asintió con la cabeza y esbozó algo similar a una sonrisa, luego se concentró en el café para quedarse callada, sin saber qué hacer con sus manos que, insistentes, sujetaban y soltaban la taza, Karlo enfrente, también permanecía en silencio, observando de reojo el devenir de las manos de la mujer.

—Bueno... vuelvo al trabajo, cualquier cosa que necesites... me llamas.

Mientras hablaba se incorporó del asiento y comenzó a caminar hacia la puerta, antes de alcanzarla, la voz de Palmira se alzó, obligando a Karlo a detenerse.

—Tengo que hablarte de un asunto.

Se giró por completo hacia la mujer que permanecía tal y como la había visto al incorporarse del asiento, estaba sentada, la espalda completamente recta y el pecho indeciso. Karlo se acercó, con pasos lentos, hasta quedar de pie enfrente de ella cuya

mirada se mantenía clavada al suelo. Tardó en hablar y cuando lo hizo, la voz salió irregular.

—Tu padre me dejó un recado para ti.

Con gesto de sorpresa se la quedó observando sin saber que decir, lo último que esperaba era un mensaje de Ramón Lender y, además a través de Palmira.

—¿Qué recado?

Sentada y con la cabeza hacia abajo, comenzó a frotarse las manos, mientras Karlo esperaba respuestas.

—Fue antes del ictus, concretamente dos días antes... es como si supiera lo que le iba a ocurrir... me dijo que si le sucedía algo... te lo entregara.

Se incorporó del asiento y, sin mirar a Karlo, salió del salón para regresar enseguida con una minúscula caja entre las manos que le entregó de inmediato. Sin darle apenas tiempo a reaccionar, la sopesó y, sujetándola con fuerza, su mirada interrogó a la mujer que se había detenido frente a la ventana y permanecía absorta, de espaldas a él.

—¿Qué es esto?

—No lo sé... no lo he abierto... me dijo que te lo entregara... pero yo...

—Y ¿por qué has esperado hasta hoy para dármelo?

—Porque... porque tenía la esperanza de que se curaría... ahora dicen los médicos que... no hay muchas probabilidades. Me insistió que solo te lo diera cuando... le sucediera algo.

—Te dijo algo más.

—Sí, que te dijera que está relacionado con la pelirroja... es posible que se refiriera a Amina.

La pequeña caja permanecía entre sus manos, agarrada con fuerza sin saber qué hacer con ella, mientras intentaba encajar las palabras de Palmira ¡era tan extraño qué su padre volviera del lugar oscuro en el que vivía sumido para decirle algo!

Se despidió de Palmira y condujo aturdido, en medio de un tráfico que apenas veía. En su cabeza, la imagen de Ramón Lender entregando la caja a Palmira mientras le indicaba lo que debía hacer con ella, le rondaba constante, estaba clavada con fuerza en el centro de su cabeza junto a la curiosidad por saber su contenido. No consideró oportuno abrirla delante de ella y, luego dentro del coche, prefirió retrasar el momento hasta llegar al despacho, por ningún motivo especial, fue su instinto quien decidió por él.

Regina, sentada tras la mesa, se mostró seria mientras se interesaba por el traslado de Ramón Lender a su casa.

—Ha ido todo bien, gracias.

Hasta alcanzar el despacho, varios trabajadores más se interesaron por su padre, Karlo respondía amable, pero con evasivas, deseando alcanzar la parcela de soledad que necesitaba para enfrentarse a la misteriosa caja.

Se encerró a cal y canto entre las cuatro paredes, mientras sus dedos se aferraban al contenido de los últimos deseos de su padre. Era una memoria flash junto a un papel pulcramente doblado y escrito, donde reconoció su hermosa letra, un pequeño texto dirigido a Karlo:

"Querido hijo, si Palmira te ha entregado esto y lo estás leyendo, no es una buena noticia para mí, pero es necesario que te advierta, porque últimamente las cosas se me están yendo de las manos y temo lo peor. Lo primero pedirte disculpas por alguno de mis actos que desconoces y que, hasta tu partida a Burdeos, te trajeron de cabeza, sé que me has estado siguiendo, lo sé más por intuición que por haberte visto, eres escurridizo, y motivos no te faltaban.

Tengo contactos, digamos que son contactos no al cien por cien legales y hago cosas que tampoco lo son, debo detallarte la historia para que puedas entender de que te estoy hablando.

Hace mucho tiempo cuando era un crío que no levantaba dos palmos del suelo, vivía en la más absoluta de las miserias, rodeado de tristeza y de unos padres que me zurraban a la mínima oportunidad, en mis sueños infantiles juré que saldría de allí, me desprendería para siempre de la pobreza y viviría rodeado de cosas caras y hermosas. En cuanto pude abandoné la casa y la familia, para aventurarme en un mundo demasiadas veces hostil, pero conseguí mi objetivo y en poco tiempo logré vivir acomodadamente gracias a un negocio dedicado a la construcción, luego me casé con Paulina y naciste tú. Fueron buenos años hasta que el negocio se fue al carajo y me quedé sin blanca y endeudado hasta la médula, los bancos me lo quitaron todo. Arruinado busqué ayuda donde no debí hacerlo, pero la promesa infantil seguía presente y me enteré de la existencia de un chino, un tal Yong que daba préstamos".

Karlo tenía seca la garganta, la declaración de su padre, prometía no dejarle indiferente y necesitaba un trago para poder seguir leyendo. Se acercó a la vitrina donde guardaba las botellas y los vasos y se sirvió un generoso chorro de whisky que fue bebiendo a pequeños sorbos mientras, perdido en el cómodo sillón, continuaba con la lectura.

"Me entrevisté con él y de dicha entrevista salí con dinero suficiente para poner en pie Transportes Reikera, a cambio yo devolvería el préstamo poco a poco y de vez en cuando haría algún "trabajito" que, por supuesto, se me pagaría. Transportes Reikera se puso a nombre de uno de los socios de Yong, ya que el mío aparecía hipotecado, y yo figuraba como empleado con un magnífico sueldo. En cuanto devolví el crédito a los bancos, cerré la empresa y la abrí de nuevo a mi nombre y como se la conoce actualmente: Transportes Lender.

Poco a poco le fui devolviendo el préstamo a Yong a la par que utilizaba la empresa para blanquear capital, ese era uno de esos "trabajitos" de los que te hablaba y que, a fecha de hoy, sigue en activo. Sí Karlo, supongo que te habrá sorprendido que nuestra empresa tenga una doble contabilidad: la que tú conoces y la que blanquea el dinero del chino".

En este punto, alzó la mirada hacia el techo fascinado por lo que estaba leyendo y sin dar crédito. La maraña de sensaciones que hubo de soportar, eran indescriptibles, sentimientos contradictorios se dieron cita en el espíritu de Karlo que sintió que estaba leyendo las locuras de alguien ajeno a él. Necesitó otro trago de whisky antes de continuar con las palabras que, sobre el papel, parecían burlarse.

"En muchas ocasiones he tenido miedo de que lo descubrieras, pero tenemos un

contable extraordinario que sabe hacer muy bien su trabajo y que está muy bien pagado (aparte de su nómina, recibe suculentas cantidades en negro). Hemos tenido suerte, a fecha de hoy Transportes Lender está limpio y nadie sospecha nada, tenemos unos cuantos empleados que, gracias a nosotros tienen un trabajo bien remunerado y puedo colaborar con alguna ONG para acallar mi conciencia.

Sé que estoy intentando, de algún modo, justificar lo que he hecho, también sé que, no vas a aceptar bajo ningún concepto, que esté utilizando la empresa para los oscuros negocios de Yong, eres demasiado recto y con una ética tan elevada que te convierte en incorruptible, pero yo no soy así, y si tengo que elegir entre vivir cómodamente a cambio de algunos favores o vivir en la miseria, tengo muy claro hacia dónde voy a tirar. Tú también.

Ahora viene la parte en la que entra la pelirroja (se llama Amina por si no lo sabes), si Palmira ha hecho bien su trabajo y te ha adelantado al entregarte el paquete, que está relacionado con ella, supongo que estarás impaciente por saber ¿cómo encaja esa chica en esta historia?

Otro de los "trabajitos" que hago para Yong, muy de vez en cuando, es dar el último empujón a los negocios que están a punto de cerrar, siempre son pequeñas tiendas con dificultades económicas y ubicadas en algún lugar que al chino le resulta interesante (desconozco en base a qué se debe su interés), me indica el local y mi misión es forzar el cierre del negocio para que él lo pueda adquirir cuanto antes. No es complicado, son negocios a punto de cerrar y me limito a darles un "empujoncito". ¿Cómo lo hago?, actualmente utilizo a un tipo, un drogadicto llamado Rodolfo Revuelta alias el "pelao", que necesita dinero para alimentar el vicio, les roba a los dueños del negocio la poca recaudación que hayan podido hacer ese día, se queda con lo robado, más lo que le pago por el trabajo, y tras unos cuantos robos, los propietarios psicológicamente están preparados para la venta del local ya que no lo soportan y están deseando deshacerse de tan ingrata carga. La oferta de Yong es rápidamente aceptada, se abre un nuevo negocio en ese local y yo figuro como titular del mismo (a día de hoy tengo un par de negocios que no me pertenecen, pero esas fueron las condiciones de Yong y, aunque desconozco el motivo, lo acepté cuando me dio el préstamo)".

Karlo empezó a entender unas cuantas cosas: el mensaje para su padre de los que le asaltaron por la espalda en plena calle, la contabilidad de la empresa que en algunas ocasiones le resultaba extraña sin ser capaz de definir el motivo, el hombre chino que en cierta ocasión vio junto a su padre observando un local... eran detalles que tras la confesión de Ramón empezaron a cobrar sentido.

"Había un orden establecido y cada uno respetaba su trabajo, hasta que Yong se encaprichó del local de Amina. A partir de ese momento las cosas no ocurrieron como siempre, Rodolfo fue a robar unas cuantas veces y, de repente la pelirroja transformó el negocio en algo indescriptible y los clientes empezaron a entrar sin cesar, convirtiendo un negocio ruinoso en un lugar próspero y lleno de vida.

Nunca voy a los locales que desahucio, pero éste se me estaba resistiendo y las explicaciones del drogadicto no me resultaban convincentes, e hice lo que nunca debí hacer: visitarlo.

Un día me acerqué, antes del cambio de negocio, entré y comenzaron en mis recuerdos una espiral de sentimientos que creía olvidados y arrancados del alma. La joven que se alzaba tras el mostrador con su rizado cabello rojo, sus ojos verdes y

hasta su modo de colocar ligeramente la cabeza hacia un lado, era exactamente igual que otra mujer que había conocido hacía muchos años, cuando era un crío muerto de hambre y ella me daba unos galletas increíbles que yo zampaba con apetito voraz y que sabían igual que las de Amina.

En un momento dado no tuve agallas para seguir, sentí que estaba traicionando el único recuerdo bonito de mi infancia y pensé que si los robos de Rodolfo cesaban, el negocio seguiría funcionando y, con bastante suerte Yong se aburriría de esperar y él mismo se encargaría del asunto, dejándome al margen; así mi conciencia se quedaría tranquila y el bonito recuerdo intacto. Pero el chino es un tipo duro y demasiado listo, me siguió presionando para que forzara el cierre y, aunque le expliqué lo difícil que era cerrar un negocio próspero, me exigió que lo hiciera.

Por otro lado Rodolfo también empezó a complicarme las cosas, vio en el negocio de Amina, la gallina de los huevos de oro, cada vez que entraba a robar salía con una cantidad importante de dinero y ya no necesitaba el que yo le daba. Empezó a robar por su cuenta y quiso extorsionarme. Estaba atrapado entre dos fuegos y para que mi vida se liara un poco más, Amina había visto al "pelao" entrar en mi coche y se presentó en mi despacho para pedirme explicaciones acusándome de darle cobertura, tuve que amenazarla para defenderme y espero que no vuelva para acusarme de nuevo.

Viéndome con la soga al cuello, no me quedó otro remedio que hacer la grabación que verás en la memoria flash (suponiendo que aún no la hayas visto), para protegerme de Yong que era quien realmente me preocupaba. Tras una llamada telefónica en la que me exigía el cierre del local, en cuanto me dio la orden, colgó (tú, en ese momento, estabas en Burdeos), le devolví la llamada y después de mucho insistir logré convencerlo para vernos".

Llegado a este punto, Karlo se detuvo para respirar hondo, apurar el último trago e incorporarse del asiento para llenar el vaso de nuevo. Se acercó a la botella pensando en Ramón Lender y lo que estaba descubriendo acerca de su vida, aturdido comprendió que conocía algunas facetas, pero otras muchas se le escapaban y si el mismo Ramón no las estuviera detallando en la carta, jamás hubiera creído ese lado oscuro en la persona que le dio la vida y parte de lo que era actualmente. Del hombre que ahora vivía atado a una cama, conocía su lado humano e íntegro, ese que admiraba y que pretendió imitar a lo largo de sus años, pero después de lo que acababa de leer, se estaba quedando sin referente, sin espejo en el que mirarse.

Volvió al papel y a la turbulenta historia plasmada con letras redondas y grandes, la bonita caligrafía de la que siempre presumió Ramón orgulloso de los arabescos que lograba con un bolígrafo en la mano.

"Quedamos en una nave que tiene a las afueras de Madrid, en un polígono industrial, donde almacena de todo, como si tuviera el síndrome de Diógenes, tan lleno de cachivaches que apenas se podía pasar, incluso temí que la grabación no saliera bien con tanto cacharro interrumpiendo el paso y con el rostro de Yong oculto en muchas ocasiones tras alguna caja.

Llegué a la hora convenida con mi plan perfectamente preparado. En el mando del coche escondía una cámara con grabadora para llevar a cabo lo que me había propuesto y debo decirte que no fue complicado. Al lado del chino, un par de esbirros le escoltaban y estuve a punto de abandonar mi idea en cuanto los vi, pero decidí jugar al todo o nada y seguí adelante con el plan. Fue una conversación muy interesante, logré

mi objetivo y he conseguido las pruebas necesarias para que no tengas problemas con Yong. He dado esta grabación a Palmira con instrucciones precisas para que te la entregue por si la palmo. Si el chino te extorsionara para seguir blanqueando dinero a través de nuestra empresa, le muestras la grabación y te dejará en paz. Te incluyo su número de teléfono para que lo puedas localizar y también debo decirte que tengo una cuenta en Nauru con mucho dinero, es tuyo, puedes disponer de él cuando quieras. No tengo nada más que decirte, aunque supongo que si lees esto, vas a sorprenderte tanto que incluso pensaras que se trata de una pesada broma".

Incluía un número de teléfono y tres palabras "Perdóname, te quiero". Karlo movió el folio entre las manos, incluso le dio vueltas por si había algo más escrito en la parte de atrás, pero se encontró con el blanco inmaculado del papel, Ramón Lender había terminado de explicarse, pero Karlo tenía dudas, demasiadas dudas a pesar del largo texto que acababa de leer, ¿por qué no se la entregó directamente él?, hubiera sido lo más sensato y lógico, si Ramón hubiera mostrado las pruebas a Yong, éste le habría dejado en paz, se podría olvidar de Amina y Karlo jamás se hubiera enterado de nada, era tan sencillo que no comprendía los tortuosos caminos que había elegido su padre. ¿Intuiría el ictus qué estaba padeciendo?, quizás no se encontraba bien y se imaginaba lo que iba a suceder. Aquella nota no tenía sentido alguno para Karlo, si quería desligarse del chino, entregarle la prueba a él, no le servía para nada.

Dio unos cuantos paseos por el despacho, retrasando a propósito el momento de enfrentarse a la prueba que Ramón Lender había grabado, supuso que escucharía su voz y no sabía si estaba preparado para ello, recuperar de algún modo, al hombre que tanto había querido le resultaba extraño, ya estaba acostumbrado al silencioso Ramón tendido sobre la cama.

Miró a través de la ventana el ajetreo en la calle, en ella se mezclaban los que habían terminado la jornada laboral con los que miraban escaparates o simplemente paseaban, el día empezaba a esconderse en el horizonte y las primeras luces caían sobre la bulliciosa ciudad, Karlo se preguntó cuántas de las personas que observaba, vivirían historias que no les correspondían, pecados de sus progenitores que se filtraban en sus vidas como lastres con los que habrían de cargar sin tener arte ni parte en ellos, rémoras de pasados que convertían los presentes de los hijos en inciertos.

Volvió al asiento detrás de la mesa, inspiró profundo hasta llenar los pulmones de aire caliente y con una sensación de pérdida cosida a los pliegues de la piel, introdujo la memoria flash en la ranura del ordenador para comenzar a escuchar la voz de Ramón Lender mezclada con otra desconocida.

## CAPITULO XVII

De vez en cuando las despiadadas palabras de su madre resonaban en la cabeza de Amina con tanta insistencia que, la sujetaba fuertemente con las manos para acallar tan insistentes pensamientos. Fundamentalmente le dolían por la abuela, jamás la había visto así, la mujer recia y rotunda se quedó convertida en un guiñapo cuando Antonia, golpeando fuerte el suelo con los tacones, cruzó la puerta para alejarse de ellas y dejar las crueles palabras flotando en el aire. Después la abuela también se fue, no quiso dejarse mimar por la nieta, ni permitió que le curase cada sílaba que se le había clavado en la piel con la ignominia de los años callados.

Tras la partida regresaron las lágrimas al rostro de Amina, sentía el alma derrotada y eso era lo peor que podía sentir. Creer que ya no podría ponerse en pie, le daba una dimensión a su presente que le impedía la supervivencia; aguantar los palos de la vida con el corazón entero era relativamente fácil, pero cuando éste se desgarraba, todo dejaba de tener sentido. Sin ilusión, no existía nada y Amina perdió una parte tras el incendio, el resto se fue con la abuela traicionada, cuando cruzó la puerta de su casa con los hombros hundidos y las piernas tambaleantes.

Sin trabajo y el odio de su madre como espadas en alto, la joven se acurrucó en el suelo, tirada sobre la alfombra y encogida sobre sí misma en posición fetal, buscando el regreso al útero materno, cuando no era nada, tan solo el deseo de Vinicio y Antonia. Permaneció así, envuelta en la bruma de lo inconsciente, hasta que el sonido del timbre la devolvió a la parte consciente, se incorporó con desgana, aferrada al dolor y a la traición.

No comprobó por la mirilla quien estaba al otro lado, abrió sin mirar y el sonriente rostro asiático que la recibió la hizo reaccionar de inmediato, cerró la puerta con violencia mientras sentía como un nudo ataba su estómago. El timbre sonó de nuevo y ante la falta de respuesta, unas cuantas palabras dichas en perfecto castellano, surgieron a través de la puerta cerrada.

—Mi nombre es Yong, disculpe mi atrevimiento por venir a importunarla, quería hablarle acerca de su negocio... ¡es una lástima lo que le ha sucedido!

Amina tenía la oreja pegada a la puerta y escuchaba perfectamente al hombre, pero no entendía nada y siguió escuchando.

—Si le parece, podemos hablar en alguna cafetería próxima, ambos estaremos mucho más cómodos.

La joven se relajó un poco, si quería hablar en un lugar público, no debía ser un delincuente, pero era un desconocido. Pensó en Karlo y en la carpeta donde estaba recogida la información acerca del tío que la vigilaba, desde luego no era el que estaba al otro lado de la puerta, pero ¿de quién rayos se trataba? y ¿cómo sabía qué ella era la propietaria del negocio?

Su primera reacción fue ignorarle, pero la curiosidad pudo a la prudencia y, en diez minutos escasos, estaban sentados alrededor de la mesa de una cafetería, saboreando un café, un té y observándose, Yong con curiosidad, Amina con una mezcla de miedo, desconfianza y también curiosidad. Se entretuvieron en remover el contenido de las tazas, luego Yong rompió el silencio, iniciando una conversación que la joven interpretó extraña.

—Supongo que mi presencia te resultará un tanto... no sé cómo calificarla, digamos que sorprendente (hizo una pausa), no me conoces de nada y, sin embargo, me he presentado en tu casa... pregúntame lo que quieras, intentaré aclararte cualquier duda.

Era un tipo curioso, unos cincuenta y tantos años, no demasiado alto y muy flaco, llevaba un traje impecable hecho a medida y perfectamente adecuado a su extrema delgadez, en los brillantes zapatos se reflejaba la luz de la enorme lámpara que colgaba sobre sus cabezas, en el dedo meñique de la mano izquierda un anillo en forma de sello destacaba y se movía al compás que marcaba su dueño, sobre el cuello un pañuelo de seda en tonos oscuros completaba el look del hombre que, sentado enfrente de Amina, la miraba de forma inquisitiva clavando sus rasgados ojos en ella. Su brillante y moreno cabello estaba bien recortado y su lampiño y bronceado rostro le daba un engañoso aire de adolescente. Hablaba muy despacio, como si dispusiera de todo el tiempo existente, dirigiéndose a la joven con delicados y cuidados gestos.

—Sí, tengo varias preguntas que hacerle ¿quién es usted?, ¿cómo me ha localizado?, ¿cómo sabía que el negocio era mío?, ¿por qué se ha presentado en mi casa y para qué?... éstas son algunas, pero seguro que se me ocurren otras muchas.

Yong adornó su rostro con una leve sonrisa antes de responder a todas las preguntas de Amina, luego saboreó despacio un sorbo de café que dejó un momento sobre el paladar antes de tragarlo y por fin, mirando a la joven, comenzaron las explicaciones.

—Me llamo Yong, nací en Shantou, China, pero cuando tenía ocho años, mis padres vinieron a vivir a España, por lo que me considero ciudadano de aquí. Ahora, te respondo a la tercera pregunta, sabía que el negocio era tuyo, porque compraba galletas cada día, yo no personalmente, una persona de mi entorno se encargaba de ello. Respecto a la segunda, he podido localizarte por tus vecinos, me he enterado por ellos que heredaste el negocio de tu madre y ésta de la suya, te conocen desde hace tiempo y digamos que, controlan tu vida, al fin y al cabo el lugar donde tienes el local es un barrio en el que todo el mundo se conoce; es curioso las ganas que tiene la gente de hablar, con una mínima pregunta recibes las respuestas necesarias.

Hizo una pausa para apurar el café de la taza y enseguida retomó la conversación.

—Bueno, ahora viene la última y la más compleja, quizás no he debido presentarme en tu casa sin previo aviso, pero no tenía forma de localizarte de otro modo y necesito hablar contigo, porque tal vez te hayas planteado abandonar el negocio.

Se quedó en silencio esperando las palabras de Amina, pero en su mente no cabía la posibilidad de compartir sus intenciones con un desconocido.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque si has pensado en venderlo, tal vez podamos llegar a un acuerdo.

¿Venderlo?, ¿acuerdo?, Amina se quedó bloqueada con las palabras de Yong, su negocio acababa de ser arrasado por las llamas y no había tenido tiempo de pensar más allá del dolor y la imposibilidad de ponerlo en pie de nuevo, el resto de las opciones ni las había contemplado, ni podía imaginar que existieran. Estaba demasiado herida para pensar con claridad y el hombre sentado enfrente de ella, hacía muchas preguntas y de forma dictatorial, como si tuviera poder sobre sus actos.

—No estoy en condiciones de tomar decisiones ahora, además todo está demasiado reciente para hablar de ventas. No quiero seguir con el tema, disculpe.



Amina se puso en pie con la intención de alejarse del hombre que estaba logrando hacerla sentirse incómoda, pero Yong aún no había terminado y no pensaba irse con las manos vacías. Era la primera vez que se mostraba para negociar la compra de los locales, siempre lo hacía uno de sus "colaboradores", pero dadas las muy especiales circunstancias del caso, no quiso dejarlo en manos de nadie y decidió ser él mismo quien tratara el asunto.

—¿Tienes qué consensuar la venta con algún familiar?

—Eso a usted no le importa.

Fue la fría respuesta de la joven que, sintió fuertes deseos de alejarse de la oscura y torva mirada de Yong.

—No he venido hasta aquí para discutir contigo, sino todo lo contrario, si has decidido cerrar el negocio, estoy dispuesto a comprarlo.

—Y ¿por qué iba a cerrarlo?, lo puedo arreglar y hacerlo funcionar de nuevo.

—Claro que puedes, pero sabes que es bastante complicado, pasaría tiempo hasta que lograras arreglarlo y tal vez tus clientes... no te esperarían.

—Eso es asunto mío.

Los ojos de Yong se ensombrecieron más ante la falta de colaboración de la chica, creía que al verlo arrasado se habría quedado sin fuerzas para luchar y que vería en su oferta la tabla de salvación, pero la joven parecía dispuesta a seguir dando coletazos, aunque estuviera agonizando. No tenía ni un euro, ni compañía de seguros que le arreglara el local y, sin embargo, orgullosa seguía en pie.

—Espera, te dejo mi tarjeta por si cambias de opinión y decides vender.

Amina alargó el brazo hacia el pequeño papel, lo sujetó entre las manos y se alejó de la sombría mirada del hombre. Buscó el refugio de su casa y en ella se quedó rumiando las extrañas palabras de Yong, Sus ojos, su rostro y hasta sus cuidados y estudiados movimientos, le daban escalofríos, había tratado de ser correcto e incluso amable con ella, pero algo indefinible le producía cierta repulsión, una sensación que era incapaz de explicar. La cuestión era que no se fiaba de él, había surgido de la nada y en un momento tan oportuno que Amina no podía más que desconfiar, no creía en semejantes coincidencias.

El timbre de la puerta se escuchó de nuevo, antes de abrir, la joven observó a través de la mirilla. El rostro serio de Vinicio, la miró un instante, el que Amina tardó en arrojarle entre sus brazos y permanecer en ellos hasta que se agotaron sus lágrimas. Se dejó mimar, se dejó querer y hasta se permitió recuperar su infancia, en medio de los cálidos brazos que siempre la habían protegido de sus fantasmas y desesperaciones, incluso cuando eran brazos rotos por las circunstancias de la vida, seguían abrazando a Amina con la misma calidez y respeto. Luego se soltaron para mirarse a los ojos y decirle a Vinicio sin palabras, todo el dolor que llevaba dentro.

Sentados frente a frente, la joven narró las últimas diez horas de su vida sin omitir un solo hecho, una palabra o una intuición, el rostro de su padre, de vez en cuando, cambiaba para mostrar rabia o comprensión según lo escuchado, hasta que llegó la disputa con Antonia. A través de sus ojos surgieron tantas sensaciones que la joven, consciente de la ignorancia de su padre al respecto, habló más pausado para darle tiempo a asimilar sus palabras.

Vinicio no lo sabía, del trabajo había ido directo a casa de su hija, sin hablar previamente con Antonia y desconocía el estado emocional de su esposa. Temió por ella, conocía su fragilidad mental y ¡cómo se dejaba abatir fácilmente por las circunstancias!, sintió fuertes deseos de correr a su lado, pero el dolor de Amina parecía difícilmente soportable y siguió escuchando las penas brotar de la boca de su hija hasta terminar el monólogo con la extraña oferta del tal Yong.

El silencio cayó sobre ellos, Amina vacía de contenido, Vinicio digiriendo el enredo de su hija y buscando palabras de consuelo que, de algún modo, logran tocarle el alma, pero el alma de la joven en ese momento no estaba, vivía enredada en el dolor y el miedo al futuro, y no sabía de esperanzas e ilusiones.

—Eres fuerte (repetía Vinicio), saldrás de esta situación como lo has hecho otras veces, ahora mismo piensas que no hay salida, pero siempre la hay, solo necesitas un poco de tiempo y empezaras a ver las cosas de otra manera.

—¿Cuándo?, ¿cuándo empezaré a verlas de otra manera?

—Hoy no, por supuesto, hoy necesitas que te cuidemos, necesitas compañía y ahora mismo vas a meter lo imprescindible en una mochila y te vienes a casa.

—NO, NO, NO

Gritó Amina, al borde de la histeria mientras se incorporaba del asiento para huir de la mirada de su padre.

—No puedo enfrentarme a mamá, le dijo palabras muy duras a la abuela, fue muy cruel, dijo cosas que no entendí, pero que hacían daño... creo que la odia y... a mí también... temo por la abuela, debí retenerla, que se quedara conmigo, pero...

No terminó la frase, observó el rostro serio de su padre, parecía tan dolido que no tuvo más opción que callarse, lo último que pretendía era hacerle daño.

—No juzgues tan alegremente a tu madre, quizás tenga motivos...

—¿Motivos?, ¿motivos para odiar a la abuela?, ¿motivos para odiarme a mí?

—A ti no te odia y no hables de odio, es una palabra demasiado fuerte para decirla con tanta ligereza, además es un asunto entre ellas, no somos quienes para opinar y sobre todo para juzgar.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Por qué hablas de ese modo?

—Repito que es un asunto entre ellas.

Una fea sensación se posó en Amina, sintió que, oculto en alguna parte, había un secreto de familia, algo que se escondía en la historia familiar y que se ocultaba en el paso del tiempo, sucesos que habían marcado la vida de sus antepasados y que, de algún modo salpicaban su presente hasta que, un buen día, un hecho puntual los sacaba a la luz, y los valores que creía sólidos se iban a la mierda para siempre, dejándola desnuda y a medio camino entre el perdón y la apariencias.

—¿Y yo?... también es asunto mío.

—Tu madre no te odia Amina y es incomprendible que lo pienses.

—Entonces, ¿por qué dijo que siempre me ha ayudado, pero que soy igual de

desagradecida que la abuela?, ¿acaso no son palabras crueles?, yo creo que sí, papá. Siempre la has justificado y entiendo que lo hagas, porque la quieres, pero a veces no eres objetivo. No me trata con cariño y mis recuerdos de infancia con ella, son tan escasos que los podría contar en dos minutos y me sobraría tiempo, nunca ha estado a mi lado... solo os recuerdo a la abuela y a ti.

—Sabes que la pastelería le ocupaba todo el tiempo, no...

—¡Tú también trabajabas!

Siguieron hablando del tema, Amina para cuestionar, Vinicio para justificar a su esposa hasta que se dieron cuenta que estaban metidos en un círculo, dando vueltas sobre lo mismo, cada uno tenía su opinión al respecto, eran posturas encontradas que no lograban un punto en el que detenerse a firmar un acuerdo. Llegaron a un acuerdo tácito, para zanjar esa conversación.

—¿Qué podemos hacer con el local?, no tengo dinero para arreglarlo y en las condiciones que está si no lo arreglo no podremos alquilarlo

—No te preocupes por eso, encontraremos una solución.

—No se me ocurre ninguna... tal vez... la propuesta del chino sea una oportunidad, lo compraría tal y como está, repartiríamos los beneficios y recuperaríamos el dinero que os debo...

—No hay ninguna necesidad de vender el local... ya veremos...

—Tal vez a mamá sí que le gustaría venderlo... y a la abuela también.

Vinicio se incorporó del asiento consciente de no poder decidir por Antonia, le gustaría llenar a su hija de ilusiones, arreglar el local y que siguiera con el negocio, pero ni las ilusiones, ni la reforma estaban en sus manos, así que prefirió cambiar de tema y seguir insistiendo para que pasara unos días con ellos, pero la joven no tenía ni ánimo, ni fuerzas para estar al lado de su madre y tras muchas palabras de agradecimiento desechó la oferta. Se despidieron con miles de besos y cientos de abrazos y el afecto de Vinicio, permaneció durante tiempo en los pliegues de su alma para salvarla del pozo en el que estaba a punto de caer.

A la abuela la llamó tantas veces por teléfono que tenía las marcas de las teclas en los dedos, otras tantas fue a verla, pero la abuela se había transformado, convirtiéndose en una anciana de noventa y dos años con la espalda encorvada, la piel llena de arrugas y la mirada ausente. Amina le gritaba para hacerla reaccionar, pero el espíritu fuerte y libre ya no habitaba dentro de ella, se había encadenado a la tristeza y, envuelto en melancolía, permanecía durante horas amarrado a una silla sin más objetivo que escuchar el dolor del pasado y las palabras de Antonia. Le agarraba las frías manos con la intención de llenarlas de calor, pero la abuela había colocado una barrera entre ella y la vida y estaba decidida a dejar su espacio a otro.

Un día cualquiera en una mañana cálida de otoño, la abuela se fue. Amina la encontró tumbada en la cama, con su fiel gato al lado, recién duchada, vestida de fiesta y con el rostro tan maquillado que la joven, con una inmensa sonrisa en la boca, fue a abrazarla, convencida de su resurgimiento. Luego, gritó, chilló, golpeó con rabia la cama y las paredes, dio patadas a los inertes muebles, maldijo a Dios, al cielo, al infierno para, finalmente, dejarse caer al lado de la abuela donde permaneció hasta que Vinicio vino a rescatarla.

La tuvo que sacar a rastras, tirando de ella para separarla del cuerpo muerto de la abuela y cuando logró devolverla a la realidad, el espíritu de la mujer sólida, férrea, luchadora y de fuertes convicciones que, la había cuidado con el amor de una buena madre y la disciplina de un soldado, existía en forma de cenizas repartidas por el campo, las rocas y entre las ramas de los árboles.

Fueron días llenos de oscuridad, sin timón para conducir su vida y sin ganas de guiarse. Cerró la puerta de su casa y se escondió dentro, dejando que el dolor entrase y se repartiera por todos sus órganos. Durante una semana vivió encerrada, sin más presencia que su dolor y la risa de la abuela sorprendiéndola en cada esquina. Ni la preocupación de Vinicio, ni la agonía de Antonia, ni la insistencia de Olga, ni las irregulares llamadas de Karlo lograron devolverle la cordura, durante esa semana vivió atrapada en el delirio del dolor y la necesidad de la abuela.

Antonia por su parte, se mantenía a flote gracias a Vinicio, que la sujetaba con fuerza mientras remaba. Un insano sentimiento de culpa se le había colado dentro tras la muerte de la abuela y amenazaba con quedarse durante un tiempo si, de algún modo, no lo remediaba. También para ella fueron días oscuros: el impacto de la noticia, el sepelio, muchos rostros conocidos dando el pésame, otros muchos desconocidos también, esparcir las cenizas, leer el testamento y por último tratar de recuperar la normalidad por el bien de la familia, y, en medio de todo ello, los acusadores ojos de Amina juzgándola, con el mismo duro gesto que la abuela utilizaba para reñirla cuando, Antonia era una niña y necesitaba que los adultos guiaran su conducta.

La sólida presencia de Vinicio vino a sacarla de tan infames pensamientos.

—Antonia, en cuanto te encuentres con fuerza, deberíamos ir a casa de tu madre para ordenar sus cosas... también el asunto de los bancos. Ha pasado una semana y ya tendríamos que poner sus temas en orden.

Lo hicieron en cuanto Antonia asumió enfrentarse a los recuerdos de la abuela. Refugiada entre los brazos de Vinicio, se coló en su santuario, olió los restos de su perfume en la ropa y sintió su esencia en cada objeto. Limpió, colocó y ordenó, según el destino de cada cosa, la mayoría irían a parar a Cáritas, el resto pasarían a formar parte de los recuerdos vivos. La casa era propiedad de la abuela, de momento permanecería intacta hasta decidir qué hacer con ella, tal vez Amina la quisiera o alguno de los gemelos cuando tuvieran la edad en la que, sensatez y obligaciones priman en la conducta de las personas.

—Mira lo que he encontrado en uno de los cajones del mueble del salón.

Vinicio le mostraba un sobre blanco mientras un gesto de sorpresa se repartía por su rostro.

—¿Qué es?

—Un sobre cerrado... es la letra de tu madre... está dirigido a Amina.

Antonia enredó con el sobre entre las manos y lo sopesó, luego se lo devolvió a Vinicio que lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y continuó con la tarea que los había llevado hasta allí. Terminaron tarde y cuando llegaron a casa estaban cansados y silenciosos, mientras una pregunta rondaba por sus cabezas ¿qué habría dentro del sobre?

—¿Cuándo se lo vas a dar a Amina?

La respuesta de Vinicio no se hizo esperar.

—Mañana. Me preocupa nuestra hija, está demasiado triste, primero su negocio se quema y, luego se muere tu madre, ¡demasiadas desgracias seguidas!

—Sí, a mí también me preocupa y me duele su mirada... siento que me hace responsable de su muerte... es como si... ya me siento bastante culpable para que ella me lo recuerde... ¡oh dios mío Vinicio!... no debí decirle todo aquello... ¡fui tan cruel!, y para hacerme sentir peor, me ha dejado todo cuanto poseía...

Los afectuosos brazos de Vinicio la rodearon, mientras dulces palabras salían de su boca.

—Antonia, amor mío, no te tortures con eso, estabas enfadada y dijiste lo que llevabas dentro desde siempre... ella nunca se preocupó de ti, es cierto que a Amina la adoraba, pero contigo era diferente, he sido testigo de ello durante todos los años que llevo a tu lado, era una mujer con mucho carácter y dura que se mostraba especialmente fría contigo y... es lógico que testara a favor tuyo, al fin y al cabo eres su única hija.

Siguieron sentados sobre el sofá, abrazados y observando las decoradas paredes, llenas de máscaras, tapices y cuadros. Los gemelos estaban en su cuarto estudiando o imaginando que lo hacían, lo cierto era que, en contra de lo que habitualmente solía ser, no salía ruido de sus habitaciones por lo que, el matrimonio estaba disfrutando del silencio y la paz de la casa.

—¿Qué vamos a hacer con el local?

Preguntó Antonia a sabiendas de las dudas que seguían albergando al respecto.

—No lo sé, Amina no está en condiciones de pensar en nada, dice que no quiere seguir con el negocio, pero creo que psicológicamente está sin fuerzas, quizás deberíamos esperar a que se recupere un poco.

—Ese tal Yong si está tan interesado, tal vez sea una buena opción... y... si está dispuesto a comprarlo a pesar del destrozo de las llamas... piensa que cualquier cosa que hagamos, tendríamos que arreglarlo nosotros... Amina no tiene ni un euro.

Vinicio ya lo había pensado, era una buena oferta, pero Amina seguro que lo intentaría de nuevo, ahora no, ahora, estaba demasiado herida para tomar decisiones y no quería presionarla.

—Lo sé, pero si no te importa, prefiero que lo decida Amina.

Se acostaron temprano, la tarde había sido dura para Antonia, cargada de emociones pendientes de expresar y lágrimas contenidas y derramadas. Durmieron de forma intermitente, entre la vigilia y el sueño, hasta que la madrugada los sorprendió con el sonido del despertador, obligando a Vinicio a incorporarse. Se duchó, vistió, desayunó y veinte minutos después estaba sentado al volante del coche.

Condujo con la seguridad del camino conocido, llevaba veintitrés años en la misma empresa haciendo el mismo recorrido sin alterar un ápice la ruta. Utilizaba el más corto y no le gustaba improvisar, era hombre de rutinas, en ellas se sentía cómodo y así le gustaba que transcurriera su vida. Pero últimamente, aunque aparentaba normalidad, sentía sus nervios agitados, su familia no estaba pasando por un buen momento y, desde luego, la rutina ya no formaba parte del día a día, la inesperada muerte de la abuela, había dejado muy trastocada a Antonia y Amina parecía naufragar en un barco

a la deriva, los gemelos estaban más adolescentes que nunca y para más tormento, el chino les proponía una, tan buena oferta por el local, que era difícil resistirse a la venta. Pasó la mañana entre planos y llamadas de teléfono, hasta que dieron las dos y salió huyendo sin apenas despedirse.

Llamó al timbre y esperó hasta escuchar unos suaves pasos que se movieron lentos al otro lado de la puerta. Ver el dolor en el rostro de Amina le resultaba insoportable, la joven parecía consumida por la pena, y cada día estaba más delgada.

—Hola papá, ¿pasa!

Hizo un gesto con la mano y Vinicio la siguió hasta sentarse en el sofá.

—¿Qué tal te encuentras?

—Añoro a la abuela... echo de menos su voz, sus consejos, sus gestos... sabes... hay momentos, que la siento tan cerca, que hasta puedo olerla... creo que aún sigue aquí, entre las paredes de esta casa, esperando a que reaccione.

Vinicio asintió con la cabeza sin saber que decir o hacer, pensó que al menos, era consciente que debía reaccionar, era un paso y lo celebró con una leve sonrisa.

—No debió irse ahora... la necesito más que nunca.

—Nunca es buen momento para que las personas que amamos se vayan.

—Lo sé, pero... ahora... no sé qué hacer con mi vida... la abuela, de algún modo, me hubiera ayudado.

—Amina... siempre puedes contar conmigo, cualquier cosa que necesites, vendré corriendo si es necesario... ¡no lo olvides!

—Lo sé papá y agradezco tus palabras, pero tienes muchas obligaciones: cuidarme a mí, a mamá, a los gemelos... ¡te damos demasiado trabajo!

—El amor no sabe de esfuerzos, me gusta cuidar a mi familia y no es ninguna obligación hacerlo, además no soporto verte tan triste y me siento impotente de no poder ayudarte.

Un momento de silencio los atrapó entre sus enredos. Existían palabras pendientes de ser pronunciadas en voz alta, pero dolían y era arriesgado decirlas, cuando el afecto y los sentimientos andaban en medio. Amina sentía que le quemaban dentro, pero Vinicio se lo había dejado muy claro "ella no era nadie para juzgar a su madre" y, sin embargo, odiaba a Antonia, había matado a la abuela diciéndole tantas barbaridades, la pobre no pudo soportar su rencor y decidió irse. Todo estaba clavado en el corazón de Amina y cada maldita sílaba pronunciada por su madre, se le enroscaba dentro y le apretaba con fuerza hasta estrangularla y devolver al exterior sentimientos llenos de odio, rencor e ira hacia la mujer que consideraba la causante de la muerte de la abuela.

—Tengo algo para ti.

Vinicio sacó el sobre de uno de los bolsillos de la chaqueta y lo puso delante de los ojos de Amina, la joven leyó su nombre y, rápido, extendió la mano hacia él.

—Es... ¡la letra de la abuela!

Su padre asintió con la cabeza mientras torrentes de lágrimas empezaron a correr por

el rostro de Amina. El sobre tuvo el efecto de una compuerta abierta, la joven sintió que se ahogaba ante la posibilidad de leer las últimas palabras de la abuela y, tras besar el sobre entre llanto y gemidos, lo apoyó sobre su pecho donde permaneció hasta que la sonrisa de la abuela se coló en el pensamiento de Amina.

## CAPÍTULO XVIII

Karlo caminaba con pasos rápidos, impaciente por llegar a la oficina. Había quedado con un cliente en una cafetería próxima para modificar un par de puntos del contrato y terminaron discutiendo acerca de dichos puntos, el cliente no estaba conforme con las cláusulas que transportes Lender le aplicaba y no lograron llegar a un acuerdo, más bien todo lo contrario. Karlo enfadado, se incorporó del asiento, abonó las consumiciones y dejó al cliente plantado, por considerar un abuso lo que le exigía.

Se encerró en su despacho y dio unas cuantas vueltas alrededor de la mesa con grandes zancadas, hasta que sintió que la ira poco a poco se iba desvaneciendo, al fin logró concentrarse en varias tareas que tenía pendientes y, durante tres horas, se dedicó en exclusiva. Luego, cansado y hambriento, salió del despacho y del edificio, en busca de un restaurante.

Por el camino, el rostro ausente de Amina y la mirada clavada en el féretro, le persiguieron hasta sentarse alrededor de una mesa para elegir los platos. Se había enterado por casualidad del fallecimiento de su abuela. Fue después de haber visto la grabación de Ramón Lender, cruzó media ciudad en busca de la joven y cuando, sus insistentes dedos tocaron varias veces el timbre de su puerta y, ya no esperaba respuesta alguna, una mujer mayor, la vecina de al lado, le comunicó la fatal noticia y todos los datos necesarios para dar el último adiós a la mujer que había alimentado el cuerpo y el alma de su padre.

La pena estaba al lado de Amina cuando la vio en el tanatorio, sentada y ajena a todo cuanto sucedía a su alrededor, parecía una efigie de piedra, tan quieta que asustaba mirarla. Karlo se acercó para darle el pésame, pero Amina no estaba, fue otra la mujer que aceptó un beso en cada mejilla y las manidas frases de consuelo. Tras el entierro, había intentado varias veces hablar con ella, pero la pena seguía pegada a su lado y con ella, la ausencia del mundo, no estaba dispuesta a escuchar ni hablar de nada diferente al dolor de la pérdida y Karlo no tuvo más opción que dejar que el tiempo pasara para atemperar el espíritu y coser los trozos del corazón roto.

Comió despacio, masticando lento cada trozo y enfrascado en el mar de dudas creadas desde que vio la maldita grabación. En ella, la voz de Ramón se escuchaba con claridad y la de Yong también, a pesar de estar grabada pésimamente. De vez en cuando aparecía en el video el chino y otros dos hombres a su lado. La conversación giraba, fundamentalmente, en torno al local de Amina, Yong le exigía el cierre del negocio y Ramón por su parte se esforzaba en hacerle comprender que era un negocio próspero y que con los métodos que habitualmente usaban, era imposible cerrarlo, al chino poco le importaba si era o no posible, lo quería y no estaba dispuesto a seguir escuchando más trabas, su padre insistía que había otros locales a punto de quebrar, pero al otro no le interesaban las opiniones de Ramón, "Te dejé dinero para que abrieras la empresa y tu obligación es cumplir lo que pactamos" insistía Yong en tono frío, "¿Qué pactamos? (preguntaba Ramón), yo te lo voy a recordar, blanquear dinero a través de mi empresa, cosa que he hecho arriesgándome a que mi hijo se diera cuenta... pero respecto a los locales concretamos muy poco, solo que debía conseguir que cerraran, aparecer yo como titular y poco más", "No quiero seguir escuchando más inconvenientes, quémallo, si es necesario", fueron las últimas palabras del chino.

Karlo, ahora comprendía los motivos de su padre para no hacer algo con la grabación, sencillamente no le había dado tiempo, el maldito ictus le impidió tomar decisiones.



Tres días después de la grabación Ramón dejó de pelearse con la vida para convertirse en lo que era actualmente, una jugada del destino le impidió limpiar su conciencia, deshacerse de las ataduras que le ligaban a Yong y recuperar una vida coherente y sin doblez, alejado de historias oscuras, hombres drogadictos y los vericuetos por los que le llevaba el chino y, aunque afortunadamente había tenido tiempo de escribir la larga carta y entregar a Palmira la memoria flash, una duda quedaba pendiente de aclarar ¿por qué Yong había tardado tanto tiempo en incendiar el negocio de Amina?

Siguió masticando la carne despacio mientras pensaba ¿qué hacer con la grabación? Necesitaba hablar con Amina para que supiera quien lo había incendiado, pero hasta que ella no se arrancara el dolor y recuperara de nuevo su vida, tendría que esperar. Respecto a la empresa, había despedido al contable y con Ramón y el contable fuera de juego, Yong ya no tenía forma de blanquear dinero a través de la empresa.

También estaba el asunto de los dos negocios en los que su padre aparecía como titular, ese tema le traía de cabeza, ¡era tan extraño!, había intentado localizarlos, pero se había encontrado con un muro burocrático, más alto cada día. Conforme preguntaba e indagaba, las respuestas eran cada vez más escuetas, "no le podemos ayudar" o "no hay nada al respecto", se habían convertido en las respuestas habituales a las que debía enfrentarse junto a la cara de póquer de la chica de turno y un gesto de no comprender ¿por qué no tenían acceso a dicha información?

Para Karlo la mano de Yong estaba detrás, era la única explicación lógica y en más de una ocasión, se había planteado llevar la grabación a la policía, pero la implicación directa de su padre le hacía dudar, era echar por tierra su reputación y, aunque ya no fuera consciente de ella, Karlo sabía lo que para él significaba y, sentía algo parecido a la traición y, por supuesto, traicionar a Ramón Lender no entraba en su cabeza.

Su paladar disfrutó del poderoso sabor del café, notó como llenaba su boca y lo dejó quieto, durante unos instantes, antes de tragarlo, mientras su mano agarraba el móvil y buscaba un nombre en la agenda: Santiago Colmenero.

El detective respondió rápido, un par de tonos y enseguida escuchó su voz. Tras los saludos pertinentes, Karlo invirtió cierto tiempo en aclarar el motivo de su llamada. Santiago había dejado de seguir a Amina después del incendio del local y desconocía los últimos acontecimientos. La conversación giró en torno a Yong y la intención, por parte de Karlo, de contratarle nuevamente para que lo investigara.

—Tiene que localizarlo y seguirlo para descubrir en qué líos anda metido, aunque me temo que este trabajo va a ser mucho más complicado...

—Y peligroso... por lo que me está diciendo.

Acordaron verse esa misma tarde en el despacho de Karlo para que Santiago viera la grabación y concretar un par de detalles sueltos.

Colgó e iba a guardar el móvil cuando su mano tropezó con la copa de vino derramándose parte de su contenido en el mantel y el resto sobre sus pantalones. El camarero se acercó solícito para ayudarlo, pero Karlo rechazó la ayuda, estaba empapado y la única solución posible era cambiarse la ropa. El contratiempo le obligó a darse prisa, caminó a paso ligero en busca del coche y hábilmente condujo hacia su casa en medio del tráfico.

Cogió el ascensor hasta el noveno piso donde se detuvo, con las llaves en la mano,

delante de la puerta de su casa. Era un ático amplio, luminoso y cómodo con unas vistas estupendas de parte de la sierra y unas cuantas cúpulas y torres de iglesias; tenía pocos muebles, pero bien distribuidos y al lado del enorme ventanal, un gran y cómodo sillón fundamental para el pensamiento o la meditación. Karlo abrió con varios giros de llave y entró rápido para no perder tiempo.

Buscó en el armario un traje y olfateó el aire, olía diferente, su extraordinario olfato, herencia de su madre, así lo confirmaba. Imbuido en la esencia de un perro, recorrió toda la casa en busca de más pruebas, olfateando cada rincón, con ojos y oídos alertas. Exploró armarios, cajones, papeles, el ordenador, la ropa incluso la cocina y el cuarto de baño, pero no encontró nada fuera de su sitio, todo estaba en perfecto desorden, tal y como solía dejarlo habitualmente hasta que, la chica que le arreglaba el piso un par de veces a la semana, lo colocaba de nuevo. ¡Maldita sea!, dijo en voz alta, convencido de que alguien había estado en su casa, pero a la vez con la duda de la paranoia, tal vez estaba viendo cosas que no existían, últimamente vivía sugestionado por los acontecimientos y no estaba siendo objetivo. Trató de echar tierra sobre el asunto y tras cambiarse de ropa, regresó de nuevo a la oficina.

Santiago llegó puntual, vio la grabación, concretaron unos cuantos puntos y ajustaron las tarifas, luego se fue y Karlo se colocó delante del ordenador para terminar varios asuntos pendientes, pero su cabeza estaba en otra parte, concretamente en su casa, la sensación de asalto seguía tan viva como en el instante que olfateó el aire por primera vez. En algún lugar de su cerebro, en la zona más primitiva, la que alberga los instintos, una lucecita encendida le estaba alertando de un peligro, no conseguía definirlo, pero estaba ahí, insistente y pertinaz sacudiendo su calma para ponerlo a la defensiva.

Se incorporó del asiento, enfadado por su incapacidad para concentrarse en los asuntos de la empresa y, sin un fin determinado, ni un rumbo en concreto, comenzó a caminar por la calle, hasta que se vio subido en un taxi en dirección a la casa de Amina.

Llamó al timbre y esperó con ninguna esperanza de verla; pero esta vez se equivocó. La joven que le abrió la puerta seguía con el rostro decrepito, el cabello revuelto y los hombros hundidos, pero al menos sus ojos ya no parecían ausentes. Su mirada se clavó en Karlo con tal intensidad que sintió como le traspasaba la piel hasta llegar a su corazón, por un instante deseó abrazarla, cuidarla, arrancarle la pena que llevaba dentro y liberarla del dolor. Sacudió la cabeza para alejar tan inoportunos pensamientos y, con la voz más normal que logró rescatar, dijo a Amina.

—¿Puedo pasar?

Ella se hizo a un lado. Karlo caminó entre las sombras de las paredes y los muebles, las persianas estaban entornadas cerrando el paso al exterior y, las luces apagadas, le impidieron acertar con el camino; la joven accionó el interruptor y un chorro de luz iluminó el salón.

La casa era un caos: sillas en medio del paso, vasos y platos sucios encima de la mesa, ropa abandonada sobre el sofá, restos de la cera de las velas pegados al cristal de la mesa... y en el aire mezclado con el desorden, el inevitable sufrimiento de Amina.

—Tienes la casa hecha un asco... y tú también.

—Si no te gusta lárgate.

—Lo que no me gusta es verte así... ya es tiempo de que reacciones.

—¿Y a ti, qué te importa mi vida?... ¿acaso eres mi padre?

Lo dijo con rabia, como casi siempre que se dirigía a él, lo que le alegró sinceramente, ya que equivalía a tener ganas de luchar, y eso podía ser el comienzo, el despertar de nuevo a la vida.

—He venido, porque necesito hablar contigo.

—Pues habla.

Karlo buscó acomodo en el sofá, apartó un par de pantalones, una camiseta, un jersey y se sentó, Amina lo hizo enfrente, sentada en el suelo en la posición del loto.

—Disculpa, así no me siento cómodo, tú sentada en el suelo y yo en el sofá.

—Me da igual cómo te sientas.

Karlo se incorporó y se sentó sobre el suelo, enfrente de la joven que, sorprendida, le miró de un modo extraño mientras aguardaba sus palabras.

—Conozco a la persona que mandó incendiar tu negocio.

Las cejas de Amina se alzaron levemente, no se mostró impactada por lo que acababa de escuchar, incluso parecía no tener demasiado interés en saber quién era el responsable.

—Se llama Yong, es chino y, por alguna razón que desconozco, le interesa tu negocio y lo ha incendiado para que se lo vendas.

En cuanto la joven escuchó el nombre, todo su cuerpo se puso en alerta, la indiferencia dio paso a un sentimiento bien distinto y a partir de ese momento, durante el tiempo que duró la visita de Karlo, Amina logró arrancar a la abuela de sus pensamientos para usarlos en una cuestión diferente.

—¿Por qué lo sabes?

Buscó en el bolsillo de su chaqueta la memoria flash, la cogió entre sus dedos y agitándola suavemente en el aire, se quedó mirando a la joven que observaba sus movimientos sin entender nada.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Karlo se incorporó y alargó la mano vacía hacia ella para ayudarla a levantarse, se sujetó con fuerza y se dejó alzar, luego recorrieron la distancia que los separaba del ordenador y Amina se quedó colgada de la conversación y las escasas e intermitentes imágenes del hombre que ya conocía. Las últimas palabras de Yong "No quiero seguir escuchando más inconvenientes, quémalo, si es necesario", se le clavaron en el alma.

—¿Dónde has conseguido esto?

La voz del hombre fue pausada y clara, mientras le relataba los últimos momentos de Ramón Lender antes del ictus. Tanto la carta, como su implicación directa en los robos, a través del yonqui, salieron a relucir en la intimidad de la pequeña habitación que los acogía, luego, quedaron en silencio durante el tiempo que la joven necesitó para asimilar semejante historia.

—¿Por qué no me la has mostrado antes?

—Lo intenté, pero no parecías receptiva a nada externo... estabas consumida por el dolor.

Ambos agacharon la cabeza en señal de respeto hacia la abuela y enseguida Amina volvió a la carga.

—La podías haber entregado a la policía... ¿por qué no lo has hecho?

Karlo era consciente del interrogatorio al que estaba siendo sometido, pero de algún modo se sentía responsable del incendio y debía compensar, en la medida de lo posible, a la joven.

—Eres tú quien debe hacerlo... yo no puedo... mi padre aparece como un delincuente y... le debo un respeto.

Ella asintió con la cabeza y comenzó a caminar en medio de los muebles y el desorden, llegó a la ventana y se quedó parada enfrente como si contemplara la calle, Karlo veía su cuerpo a contraluz, llevaba una enorme camiseta que tapaba todas sus curvas y el largo y revuelto cabello caía en desordenados rizos sobre su espalda, un pantalón ancho y sucio tapaba el resto de su cuerpo rematado por unos pies descalzos. De nuevo el deseo se apoderó de Karlo, notó que se excitaba y tuvo que pensar en cosas triviales para reconducir sus anhelos a un lugar seguro, donde permanecieran ocultos y controlados.

—Le conozco... conozco a ese tal Yong.

Le tocó el turno de las confidencias a ella, también Amina tenía una historia que contar y así lo hizo. Relató en detalle su encuentro con el chino, cada palabra y las propuestas, así como, las malas vibraciones que había sentido en su presencia.

—Sabía que había algo extraño, sus explicaciones no me convencieron en absoluto, pero era un sentimiento visceral, sin fundamento alguno.

Siguieron hablando del tema sin concretar cuál sería el siguiente paso, llevarían la prueba a la policía, pero no acordaron cuando, todo dependía de Amina, necesitaba fuerzas para aparcar un rato el dolor y salir de casa.

Lo acompañó hasta la puerta, donde se detuvieron para despedirse, quedaron parados uno enfrente del otro, sin saber que hacer o decir. Karlo deseó quedarse, poder seguir compartiendo conversación y tiempo con la mujer, pero todo estaba dicho y no se le ocurrió un modo de seguir justificando su presencia.

—Sabes... le gustaste a la abuela... te definió como un buen tipo.

Sus palabras salieron a trompicones mientras dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Con fuertes manotazos las limpió, frotándose la cara hasta hacerse daño, Karlo la agarró por las muñecas y se las apartó, luego entrelazó sus manos con las de Amina y se quedaron observándose mientras el calor pasaba de un cuerpo a otro a través de las extremidades.

—También ella me gustó y ayudó a mi padre cuando era un chaval... Amina, sé que lo estás pasando muy mal... y me siento responsable por lo del incendio... cualquier cosa que necesites, no dudes en buscarme... quisiera ayudarte, pero no sé cómo.

Soltó sus manos para acariciarle el rostro, el dolor reflejado en él no le dejaba pensar con claridad, su instinto de protección actuaba ajeno a su parte racional, ya no creía en

el amor y, sin embargo, estaba actuando como un hombre enamorado. Siguió acariciando el doliente rostro con el deseo pegado en los labios, hasta que las palabras de Amina lo detuvieron.

—No necesito tu ayuda y... no te sientas responsable del incendio.

Se apartó de la joven, primero las manos después el resto. No se despidió, abrió la puerta y se fue casi huyendo, necesitaba alejarse de la mujer que lo turbaba hasta convertirlo en lo que no quería. Caminó por las calles perdido en la bruma de su cerebro y, sin dirigir los pasos, se dejó guiar por sus piernas que se enredaron en callejuelas estrechas, calles sin salida y callejones oscuros. Recorrió el barrio de Ramón Lender y de la abuela hasta que sus cansados pies lo devolvieron a las avenidas anchas, al denso tráfico y a los iluminados escaparates.

No había nadie en la oficina, todos los empleados se habían ido, incluso Regina, solo el vigilante daba vueltas de un lado para otro, recorriendo de vez en cuando los despachos y las salas. Ambos se saludaron, intercambiaron algunas palabras de cortesía y Karlo se fue directo al despacho, buscó la memoria flash en el bolsillo interno de la chaqueta y la introdujo en una caja cerrada con llave donde guardaba los documentos importantes. La original estaba en una caja fuerte del banco.

Regresó a su casa conduciendo sin prisas. Cruzó la puerta y sin quitarse la ropa, se tumbó sobre la cama, donde se quedó tirado boca arriba con la mirada perdida en la claraboya. De nuevo, volvió la sensación de alguien registrando su hogar y un pequeño escalofrío lo recorrió. Había escondido por prudencia, las dos memorias lejos de su casa y se alegraba de ello, quien buscara allí, difícilmente encontraría algo.

Se quedó dormido con el traje puesto y la luz de la luna entrando a través de la gran claraboya que ocupaba buena parte del techo, una pequeña excentricidad de la que disfrutaba cada día, el cemento y los ladrillos habían sido sustituidos por un grueso cristal que le permitía contemplar cielo, estrellas y luna desde el refugio de su cama.

Entre la vigilia y el sueño durmió unas cuantas horas con la sombra de Yong rondando impune por su casa, registrando y vigilando su vida y, el dúctil cuerpo de Amina acoplado al suyo, retorcido de placer mientras recorría cada trozo de piel con sus dedos. Su boca sobre el pecho de la joven, sus dientes mordisqueando los pezones, su lengua saboreando con placer mientras dejaba a su paso los regueros de saliva que marcaban un territorio fértil y dispuesto a la batalla.

Se despertó a las tres de la madrugada con la boca seca, el miembro erecto y el vacío en alguna parte oprimiendo hasta hacer daño. Se incorporó de la cama lento, como si fuera un anciano o llevara un gran peso sobre los hombros, se desvistió y, desnudo, dirigió sus pasos hacia el cuarto de baño donde se mojó la cara con agua fría y se lavó los dientes, completó la higiene bucal buscando la seda dental en el armario donde guardaba todos los objetos de aseo y, fue en ese preciso instante, cuando Karlo confirmó que alguien había violado su casa.

El soporte de las maquinillas de afeitar se lo anunciaba, era su única manía: dejarlo siempre en una determinada posición, por pura y simple comodidad a la hora de manipularlo y, sin embargo, estaba en dirección contraria, de tal modo que debía hacer un giro de muñeca para poder cogerlo. Era una nimiedad, pero con el suficiente peso para confirmar que alguien había fisgoneado sus cosas. Se sintió observado por Yong, intuía que era un hombre peligroso y decidió, impulsado por el propio miedo, que en cuanto amaneciera iría a la policía a denunciarlo, ya no tenía sentido esperar por

Amina, le había dejado bien claro que no necesitaba su ayuda y respecto a la reputación de su padre, debía sacrificarla.

Se acostó de nuevo, pero el sueño ya se había largado, ni siquiera lo pudo atrapar a ratos, permaneció despierto y alerta deseando que la luz del día se derramara sobre cada rincón de Madrid, esa luz del amanecer que cae despacio sobre los edificios para arrancarles destellos y colores imposibles de definir. Vivió esas horas tenso y nervioso, soportando un sentimiento oscuro que se le había colado y no le dejaba en paz, ni siquiera encontraba sosiego en la alarma conectada, un hecho inusual, ya que excepto cuando se iba de vacaciones o abandonaba la casa durante algunos días, nunca había sentido la necesidad de ponerla, sin embargo, su instinto le estaba avisando de un miedo indefinido que respiraba la casa, obligándole a vivir tan inquieto que no lograba permanecer tumbado media hora seguida. Intentó descartar tales pensamientos por infundados, con tan poca solidez, que ni siquiera lo del soporte de las maquinillas se podía considerar una prueba, él mismo lo pudo haber colocado diferente sin darse cuenta, y estaba viendo fantasmas donde solo existían las acciones rutinarias de cada día.

Recibió la mañana impaciente, deseando dejar la casa y ver los conocidos rostros de Regina y demás compañeros de trabajo. Era muy temprano y no coincidió con ningún vecino en el ascensor. Su cuerpo descendió hasta el garaje mientras en su cabeza planificaba a grandes rasgos el día: llegaría a la oficina, cogería la memoria flash y la llevaría directamente a la comisaría más próxima.

El ascensor se detuvo y Karlo abrió con llave la puerta que lo separaba del garaje, buscó el mando del coche y caminó hacia él. Vio a un hombre al lado de la plaza donde tenía aparcado el vehículo y supuso que sería un vecino, era una propiedad grande y apenas los conocía a pesar de los años que llevaba viviendo en ella. Siguió caminando con paso firme; por el rabillo del ojo vio a otro hombre que venía hacia él, se detuvo de repente, y se quedó paralizado con los pies anclados al suelo, alertado por algún instinto primario que, no pudo definir, pero que le impidió seguir avanzando, obligándole a estar pendiente de los dos tipos que caminaban en su dirección.

El cuerpo de Karlo se puso tenso, preparado para recibir cualquier sorpresa y dispuesto a utilizar la fuerza si fuera necesario. Los dos sujetos estaban cada vez más cerca, avanzaban rápido como si tuvieran prisa y Karlo, en posición de defensa, enseguida empezó a distinguir sus rasgos. Uno era oriental, el otro occidental y, hasta ese dato llegó la observación, ya que un tercer hombre por detrás, tapó con un trapo la boca de Karlo. No lo había visto, lo intuyó cuando estaba a su lado y ya no pudo reaccionar, el trapo impregnado en cloroformo, permaneció pegado a su nariz durante unos segundos.

No pudo hacer nada, su cuerpo se desplomó y su mente se llenó de oscuras tinieblas que se fueron derramando como sombras sobre la voluntad de un Karlo vencido por las dudas y el tiempo. No sintió más, sus miedos, deseos, ilusiones, frustraciones... se mezclaron con la madre tierra donde se convirtieron en polvo hasta que, despertó del letargo en un lugar desconocido, con olor a subterráneo, como si estuviera a unos cuantos metros por debajo del suelo y rodeado de varios rostros desconocidos que le observaban mientras intentaba alejar el sopor de su cerebro.

## CAPÍTULO XIX

Se quedó sola y desmañada, con un incómodo vacío en la boca del estómago. Se había sentido bien cuando las manos de Karlo entrelazaron las suyas, también había visto ternura y deseos de protección en la mirada del hombre y hubiera querido sentir sus brazos alrededor de su debilitado cuerpo, pero se fue, sin explicación alguna, salió casi huyendo, dejando a Amina perdida y abandonada en un mundo de emociones violentas y contradictorias que no lograba aplacar o encauzar hacia la comprensión. Karlo conseguía alterarla de todas las formas posibles: perturbaba sus sentimientos y le proporcionaba informaciones letales.

Primero fue la vigilancia a la que estaba siendo sometida y, luego mostrarle el rostro del pirómano que le había arruinado el negocio. Cada vez que Karlo aparecía, era para trastocar su vida, dejándola sumida en un estado de perplejidad donde permanecía durante un tiempo, hasta que reaccionaba con alguna decisión.

El rostro de Yong, constituía el centro de esa perplejidad que estaba sintiendo. El chino se le quedaba en el cerebro dando vueltas como en una batidora y Amina no sabía qué hacer con él. Cientos de veces se preguntaba ¿por qué tanto interés en su local? y otras ciento recibía la bofetada del silencio. No lo comprendía, había tantos negocios al borde de la quiebra que era difícil entender esa fijación en uno que funcionaba perfectamente, ¡el muy desgraciado le había arruinado la vida al quemarlo!

Buscó a la abuela entre las cuatro paredes que la separaban del resto del mundo, necesitaba su calor, sus palabras y hasta sus reproches, su ausencia la había dejado coja, perdida en un laberinto de pánico y tristeza y no sabía cómo recuperar a la Amina de siempre.

Habían pasado más de dos días desde que Karlo le mostrara la grabación y, aunque había intentado en varias ocasiones contactar con él a través de móvil, siempre estaba fuera de cobertura. Pensaba denunciar a Yong y mostrar a la policía la grabación como prueba, pero el silencio de Karlo empezaba a ser, además de molesto, una cuerda que le ataba las manos impidiéndole actuar.

Decidida a resolverlo, se duchó y arregló el rostro con una base de maquillaje, un poco de color en las blancas mejillas y un ligero toque marrón sobre los labios. Después con cierta paciencia, desenredó el cabello y, agitando el secador en el aire, lo secó con movimientos rápidos. Una falda larga negra, un suéter naranja y botas negras, cubrieron su cuerpo y pies, completó el atuendo con un enorme pañuelo (también color naranja) al cuello, un gran bolso de color indefinido y una cazadora negra.

Bajó por las escaleras, cruzó el portal y en cuanto salió a la calle, se quedó plantada en medio de la acera, sin saber qué hacer. Hacía unos cuantos días que solo veía la calle a través del cristal y se sintió perdida y blanco de todas las miradas. Empezó a caminar a fuerza de obligar a sus pies a moverse y así logró llegar a la parada del autobús. Fue un trayecto extraño mezcla de inseguridad y miradas furtivas, hasta que por fin llegó al destino.

Se quedó parada enfrente del edificio donde Transportes Lender tenía sus oficinas, luego se dirigió a la puerta y, tras el breve saludo al conserje, subió el pequeño tramo de escalera que la separaba de Karlo. Sintió el estómago alborotado y se preguntó una vez más ¿por qué no lo había llamado por teléfono a la oficina?, hubiera sido mucho más lógico y sencillo que enfrentarse a él, pero la respuesta era cualquier cosa menos

sencilla y racional.

Siguió ascendiendo hasta alcanzar la puerta de entrada, la cruzó y los curiosos ojos de Regina la miraron de arriba a abajo. Una chispa de reconocimiento apareció en ellos, la identificó rápido y Amina, consciente de ello, enseguida preguntó por Karlo.

—¡No está!

Fue la combativa respuesta de la mujer que la miraba altiva, herida por no haber podido retenerla en la anterior ocasión.

—Mire, no quiero causarle ningún problema, necesito ver a Karlo y si usted me niega la entrada haré lo mismo que la otra vez.

—¡Le he dicho, jovencita, qué no está!, creo que me he expresado clara y correctamente.

—¿Dónde podría localizarlo?, he llamado varias veces a su móvil y siempre está fuera de cobertura. ¡Por favor, es urgente que hable con él!

Regina se quedó mirando a la joven, estaba claro que no lo sabía, se preguntó dónde rayos estaría metida para ignorar el asunto. El rostro de Karlo salía en unos cuantos medios de comunicación, la policía lo estaba buscando y la televisión ayudaba en la búsqueda, mostrando con frecuencia su foto en algunos programas, pero la chica, por lo visto, estaba en el limbo y no se había enterado de nada.

—Karlo ha desaparecido... desde hace casi tres días nadie le ha visto.

Amina sintió como el aire se convertía en sólido, intentó atraparlo para llenarse los pulmones, pero el preciado oxígeno, transformado en un bloque compacto, se negaba a entrar. Dentro de su cabeza, una niebla espesa le cubría las neuronas para que no pudiera razonar, ni enviar órdenes a las piernas para que se movieran, su sistema nervioso se había bloqueado y Amina estaba paralizada.

—¡Señorita!, ¿qué le sucede?

—La memoria... tenemos que encontrar la memoria.

La joven parecía un robot, estaba rígida y hablaba sin dirigirse a nadie en concreto, como si hubiera entrado en trance.

—¿Qué memoria? ¿De qué está hablando?

Preguntó Regina preocupada por tener delante a una lunática incapaz de razonar. Se incorporó del asiento, rodeó la mesa y se colocó enfrente de la joven con la esperanza de verla reaccionar de algún modo, pero la razón de Amina, trastocada desde la muerte de la abuela, sentía que había tocado fondo con la desaparición de Karlo, era el punto final a una cadena de acontecimientos a los que se había tenido que enfrentar, tan seguidos que, su cuerpo había decidido no responder, quedarse quieto y dejar que el tiempo pasara para volver a la normalidad, al día a día donde tenía un control relativo de los sucesos.

—Señorita... si no se encuentra bien, dígamelo y llamamos a una ambulancia.

Las palabras de Regina no alcanzaron el entendimiento de la joven, solo la oportuna presencia de Santiago Colmenero lograron el milagro de hacerla reaccionar.



—Buenos días, necesito hablar con algún responsable de la empresa o con alguien que tuviera amistad con Karlo.

—¿Para qué?

—Es muy importante... afecta a su desaparición.

—Si está relacionado con la desaparición, puede hablar directamente conmigo.

Dijo Regina. Santiago dudó escasos segundos, miró detenidamente a Amina, y continuó hablando.

—Karlo poseía una grabación donde aparecía su "posible" secuestrador, hay que encontrar esa grabación y entregarla a la policía.

En cuanto Amina escuchó la palabra grabación, su sistema nervioso se desbloqueó, fue como si cientos de gramos de cordura entraran dentro de ella para que pudiera intervenir en la conversación, giró sobre sus talones y, mirando a Santiago, alzó la voz.

—¿Quién es usted?

—Santiago Colmenero, soy detective privado y quien la ha estado siguiendo, por orden de Karlo.

Hubo una pausa en el tiempo para que cada uno pudiera asimilar la información, Regina estaba perpleja, Amina sorprendida y Santiago parecía el menos afectado; luego siguieron hablando en un lenguaje que a la secretaria le costó entender. Tanto Amina como Santiago buscaban una memoria flash, los dos habían visto la grabación e insistían en la importancia de la prueba, no sabían dónde Karlo la guardaba, pero era tan importante que debían localizarla.

Regina al principio se mostró reacia, pero fue tal la insistencia de los dos, que decidió darles una oportunidad. Los tres se dirigieron al despacho y, mientras Regina buscaba la memoria, Amina y Santiago intercambiaron datos sobre lo que cada uno sabía.

Para Santiago la cuestión era simple: Yong se había llevado a Karlo y estaba secuestrado o muerto. La joven se llevó la mano al pecho en cuanto escuchó la palabra muerte y suplicó en silencio para que no le hubiese ocurrido nada, otro revés de la vida sería intolerable, no podría soportarlo.

Lo comprendió de forma repentina, como sucede a veces con las cosas importantes, fue consciente de la necesidad que tenía de Karlo. El hombre se le había metido dentro un día cualquiera y allí había permanecido agazapado hasta encontrar el momento de salir a la luz. Amina recordó su olor, sabor y el tacto de sus dedos moviéndose despacio por su piel, sintió sus ojos fijos sobre ella y el calor de sus brazos alrededor de su cuerpo. Hubiera querido atrapar el tiempo y que los recuerdos siguieran vivos, pero la voz de Regina la devolvió a una realidad dura que se imponía a los deseos y sueños.

—¡Aquí no hay nada!, tal vez lo tiene en su casa... lo he registrado todo y... ¡uy! me olvidaba de la caja donde guarda los documentos importantes.

La mujer buscó la llave, la encontró en uno de los cajones, disimulada entre numerosos y pequeños objetos, la cogió y sujetándola con fuerza, se dirigió a la caja oculta dentro de un mueble. Santiago siguió con la cabeza cada uno de sus movimientos, mientras Amina continuaba perpleja ante las infinitas posibilidades que se abrían respecto a

Karlo.

No tuvo que hurgar mucho dentro de la caja, enseguida encontró lo que buscaba y la memoria flash pasó rápido a sus manos. Cerró la caja y con paso firme se acercó a la joven y al detective.

—¿Qué contiene?

Preguntó Regina con gesto serio y un aire tan profesional que la respuesta no se hizo esperar. Fue Santiago quien explicó en detalle el contenido de la grabación mientras Amina asentía con la cabeza. Cuando terminó, había hecho casi una transcripción de la conversación entre Yong y Ramón Lender.

—Voy a comprobar si lo que dicen es cierto... luego hablamos.

Encendió el ordenador de Karlo y durante un tiempo las palabras que salían de la grabación y la concentración de Regina fueron los únicos elementos vivos del despacho, el resto permaneció inerte.

La mujer arrancó la memoria del dispositivo, estaba aturullada, lo que había visto y sobre todo escuchado, iba más allá de su capacidad de comprensión. Conocía a Ramón desde hacía muchos años y jamás se lo hubiera imaginado mezclando su vida con la de sujetos como el chino, ¡era increíble!, su jefe, el hombre que donaba cantidades importantes de dinero a gente necesitada, que rezaba y buscaba a Dios en cada acto, en tratos con gente sin moral, ni escrúpulos. A Regina se le acababa de caer el ídolo y el shock fue tal que, sin decir una sola palabra, entregó la memoria a Santiago y salió del despacho, dejando solos a Amina y al detective.

Abandonaron el edificio y sin mediar palabra se dirigieron a la comisaría más próxima donde entregaron la prueba que pretendía encontrar a Karlo. Tuvieron que responder a muchas preguntas durante tanto tiempo que se quedaron agotados. Cuando terminaron y cada uno se refugió en su casa, Amina se ocultó de nuevo entre las cuatro paredes, para pensar en Karlo y añorar su ausencia. Se prometió que si aparecía, buscaría el modo de estar a su lado y que el tiempo dispusiera. Una plegaria silenciosa salió de sus labios, para pedir suplicante por el hombre que le había alterado el corazón y la razón, para que siguiera vivo, cuerdo y con ganas de vivir.

A la abuela le gustó Karlo, en cuanto lo conoció apostó por él. Antes de morir en una de las conversaciones íntimas que abuela y nieta mantenían a menudo, se lo dijo: "es atractivo, muy educado e íntegro, justo lo que necesitas y valoras en un hombre". Amina sonrió al recordar sus contundentes palabras y supo que tenía razón, Karlo era lo que necesitaba, solo él había logrado que dejara el dolor aparcado en casa y saliera a buscarlo, había conseguido que en su cerebro existiera algo más que la constante presencia de la abuela y, ya que había llegado a semejante convencimiento, esperaba encontrarlo en algún lugar.

Tumbada sobre el sofá sin más actividad que la de su mente ordenando pensamientos, recordó la redonda letra de la abuela sobre el blanco papel. Seguía impactada por su contenido y, aunque debía hablar con su madre sobre ello, le faltaban las ganas y la fuerza que necesitaba para hacerlo. En la carta explicaba detalles de su pasado que Vinicio, Antonia y Amina ignoraban, sucesos que, ocurridos hacía demasiados años, seguían pesando como losas sobre los hombros de su madre.

Un relato largo e intenso sobre las razones que la habían llevado a dejar a la niña en las generosas manos de sus padres y luchar cada día para olvidar los motivos de su

existencia. La palabra violación aparecía repetidas veces sobre el immaculado papel, necia, sucia, aberrante, dolorosa como una lacra atada a los recuerdos con nudos imposibles, escrita con miedo y rabia a pesar del tiempo transcurrido y por encima de todo, como una capa invisible, los restos de la vergüenza de la abuela por lo sucedido.

Amina lloró sobre esa indigna vergüenza, la rabia, la ira e incluso la culpa se hicieron patentes cuando volvió a leer el testimonio de la mujer a la que tanto había querido, preguntándose cientos de veces ¿por qué en tan solo un par de ocasiones se interesó por la paternidad de Antonia?, debería haber insistido ante sus excusas, tal vez hablando de ello, la abuela se hubiera limpiado el remordimiento y la humillación. No debió irse sin el perdón de Antonia, era un lastre demasiado grande para llevárselo al otro lado, donde hay que ir ligero de equipaje.

Tenía treinta y dos años (los mismos que Amina) cuando sucedió, la abuela era conocida en el barrio como la dueña de la "Sabrosa", una mujer de armas tomar, con unos cuantos pretendientes que la rondaban, pero ninguno lograba llegar más allá de la antesala de su corazón, y cuando apareció él, hijo de un acaudalado terrateniente muy influyente en la vida política española en aquellos años, estaba cansada de asedios y promesas. La buscó en muchas ocasiones, pero también él se encontró con el rotundo rechazo de la abuela que, harta de sus exigencias y su poca educación, le gritó que la dejara en paz. El tipo se volvió loco al escucharla, se abalanzó sobre ella y agarrándola fuerte del cabello intentó forzarla, pero ella logró escapar a pesar de las bofetadas y los golpes, huyó y se refugió entre los amigos, los conocidos y el miedo. Pero en una época en que la ignorancia y las acusaciones primaban sobre todo lo demás, la abuela fue detenida a los tres días del incidente. Acusada de contrabando bajo pruebas infundadas, ingresó en prisión donde permaneció encerrada hasta que el hijo del terrateniente entró en la cárcel a buscarla.

Ayudado por un par de funcionarios sin escrúpulos que la sujetaron con fuerza, el muy hijo de puta descargó toda su furia sobre ella. La violó, abofeteó, pataleó y a punto estuvo de reventarla si uno de los funcionarios, en un arranque de cordura, no lo separa. Entre los dos, lo arrastraron fuera de la solitaria y oscura celda. Ella se quedó semidesnuda, tirada sobre el frío y duro suelo, con el cuerpo mancillado, el corazón roto y la asquerosa voluntad empujándola a seguir viviendo a pesar de su negativa.

La sacaron de la celda casi muerta y durante dos días estuvo a medio camino entre este mundo y el otro. Alguien, empeñado en que siguiera viva, le curaba diariamente las heridas, le obligaba a tragar líquidos y le bajaba la temperatura a base de paños fríos. Al cabo de esos dos días, tuvo que rendirse a la evidencia: seguía viva.

Un indulto, llegado de forma misteriosa, del mismo modo que las pruebas del contrabando, la excarceló a las tres semanas de ocurrir los hechos. La abuela se vio repentinamente arrojada de prisión y libre. Con la humillación escrita en el rostro, se presentó en casa de sus padres que, aunque nunca aprobaron su modo de vida y su insultante independencia, la acogieron con tanto respeto, que poco a poco con cariño y mucha paciencia, lograron que regresara a la vida.

Volvió de nuevo a la pastelería y se plantó detrás del mostrador con la vergüenza y la incipiente tripa: Antonia se abría paso en las entrañas de la abuela. Pequeña e implacable, la niña iba creciendo a pesar de la apretada faja, varias pócimas supuestamente abortivas y unas cuantas cabriolas en el aire con la esperanza de que un mal golpe, acabara con la vida del esperpento que llevaba dentro. Pero el minúsculo esperpento se había aferrado con fuerza a su útero y no había modo de arrancarlo.

El nacimiento de Antonia, fue un acontecimiento triste. Tumbada sobre la cama, con las piernas esparrancadas y chillando como una posesa, expulsó de su vientre al pequeño ser que durante nueve meses había formado parte de ella. No quiso verla, gritó que se la llevaran y después, sudorosa y vacía, lloró lágrimas de fuego y odio.

Desde el primer día sus padres se hicieron cargo de la niña. No quiso saber nada de ella, ni siquiera le dio el pecho, ellos la cuidaban y alimentaban mientras que la abuela, de vez en cuando la observaba para comprobar que su rostro era insultantemente igual que el del hombre que la había deshonrado. Con cinco años la pequeña Antonia era feliz, ajena al torbellino que seguía albergando el corazón de la abuela, que no lograba alcanzar la paz, sabiendo que el canalla vivía una cómoda vida al lado de su esposa y sus dos hijos.

Tras mucho meditar, un análisis minucioso y muchas horas de preparación, un día lo hizo. Aprovechó la mañana de un miércoles, uno de los días en que se reunía con su amante en la casa de esta. Para llegar a ella, transitaba por las calles menos concurridas de la ciudad evitando así, los rostros conocidos. Lo siguió agazapada entre las sombras y el pánico, hasta encontrar el momento oportuno, se acercó a la espalda del hombre y, agarrando con ambas manos el enorme cuchillo, le asestó una puñalada que casi lo atravesó. Pudo ver sus ojos antes del golpe definitivo, el hombre cayó al suelo boca arriba para ver la cara de su asesino.

Cuando vio a la abuela, sus asombrados ojos se oscurecieron y tuvo que escuchar las que serían las últimas palabras que oiría, "muere, maldito hijo de puta, solo así hallaré la paz".

A partir de ese instante a la abuela le tocó dar vueltas sobre una ruleta rusa. En la pastelería vivía pendiente de la puerta esperando ver cruzar a la guardia civil con las esposas en la mano para detenerla, en casa le sucedía lo mismo, cualquier sonido diferente era motivo de alarma. Vivió con el ánimo alterado un día tras otro hasta que las semanas se fueron sucediendo y no ocurrió nada, no vino nadie a detenerla, ni siquiera a interrogarla y pasado un tiempo comenzó a recibir las noches y los días, sin sobresaltos, con la paz que tanto necesitaba.

Poco a poco empezó a fijarse en las correrías de la pequeña Antonia gritando por la casa y también, poco a poco, el odio hacia la niña se fue transformando en indiferencia. Así fueron creciendo una hacia la adolescencia y la otra hacia la madurez, cada una en su mundo, físicamente juntas, pero separadas por un pasado que no supieron aclarar, la abuela por orgullo y vergüenza, Antonia por ignorancia y soberbia.

La carta terminaba con un par de detalles, en uno le pedía perdón a Antonia y en el otro agradecía a Amina la luz que había llevado a su oscura vida, su derroche de amor y su generosidad. Al final del papel un "te querré siempre" y la fecha, cerraba lo escrito.

Amina sentía un nudo dentro cada vez que releía la carta, la terrible vida de la abuela se le había clavado junto a la maldad del canalla que la violó.

Tumbada sobre el sofá, seguía rememorando las palabras escritas, cuando el sonido del timbre la obligó a incorporarse, acercó el ojo a la mirilla y pudo ver al otro lado a una mujer desconocida, se preguntó quién sería e intentó no hacer ruido, pero la mujer insistió con el timbre y de nuevo el sonido se extendió por la casa.

—¿Quién es?

Preguntó y esperó una respuesta con la oreja pegada a la puerta.

—Me llamo Paulina, no me conoces, pero... soy la madre de Karlo... y necesito hablar contigo.

Dudó, pero la curiosidad se impuso y abrió. Se encontró con una mujer elegantemente vestida, con el rostro surcado por la preocupación, excesivamente maquillada y oliendo a un insistente y pesado perfume. Pasó al lado de Amina que se apartó para dejarla entrar, luego fue tras ella hasta el salón, donde ambas se sentaron en los sillones, una enfrente de la otra. Las miradas furtivas dieron paso a las directas cuando Paulina comenzó a relatar el motivo que la había llevado hasta allí. Fue un monólogo que, enseguida captó la atención de la joven, la mujer no se dejó nada en el tintero. Explicó quién era, como la había conocido y finalmente ¿por qué necesitaba hablar con ella?

—Hay que encontrarlo... eres la única persona que conozco que tiene relación con él y he pensado que tal vez, te contara algo... no sé... si alguien le estaba extorsionando, si tenía enemigos... debe haber alguna razón para que haya desaparecido.

Le tocó el turno a Amina, con voz pausada y los ojos clavados en Paulina, habló sobre Yong, Ramón Lender y la grabación. La mujer se llevó la mano al pecho en varias ocasiones a lo largo del relato, hasta que las últimas palabras de la joven cayeron como piedras sobre ella.

—Tengo miedo por él, lleva demasiados días desaparecido.

—¿Qué aspecto tenía ese tal Yong?

—Extremadamente delgado, el cabello muy negro y brillante, me llamó la atención lo bronceado que estaba y lo elegante de su indumentaria.

Paulina tragó saliva y en voz bajita como si tuviera un nudo en la garganta preguntó.

—¿Parecía peligroso?

—No lo sé... no me sentí cómoda en su presencia.

Se mantuvieron en silencio con las cabezas agachadas, asumiendo la misma historia cada una a su manera, según sus características e historia personal, pero ambas con un objetivo común: localizarlo.

Para Amina era el hombre que acababa de conocer y quizás a querer, para Paulina era muy diferente, era el hijo querido que un día perdió cuando otro hombre se cruzó en su vida y en la de Ramón Lender; algo tan prosaico como un calentón sin más importancia que la fuerte atracción que sintió por un cuerpo joven, diez años menor que el de ella, tan perfecto y musculoso que Paulina perdió la noción del tiempo y del futuro. Ramón entró en el dormitorio, como hacía cada día al llegar a casa, y se encontró los dos cuerpos desnudos, sudorosos, retorcidos y jadeando sobre su cama intercambiando saliva y besos, mientras se abría un boquete bajo sus pies. Ramón Lender sintió que se hundía, tragado por el indigno agujero que lo engullía y atrapado en sensaciones desconocidas que le cegaron la razón y el discernimiento. No dijo nada, no gritó, ni soltó un puñetazo sobre la mesa, salió del dormitorio y esperó en el salón a la que, hasta ese mismo instante, había sido su esposa.

Fue un acuerdo rápido, él se quedaba con Karlo y ella desaparecía para siempre de sus vidas, a cambio de la manutención. Paulina no pudo elegir, si se negaba Karlo sabría la verdad y Ramón Lender pediría el divorcio y la tutela del hijo, tenía poder y dinero para hacerlo, mientras que ella solo tenía la vergüenza por lo ocurrido.

Se fue sin despedirse (otra de las imposiciones de Ramón), para vivir lejos de los ojos de Karlo, pero pendiente de cada uno de sus pasos. Conoció, en la distancia cada trozo de su vida, sufriendo y hasta llorando cuando, a punto de casarse, tuvo que cancelar la boda. Y, ahora estaba allí enfrente de Amina, escuchando palabras que no quería escuchar y recordando recuerdos que le hacían daño.

—La policía tiene que encontrarle, necesito verle de nuevo... necesito su perdón...

Lo dijo en voz baja, tanto que Amina tuvo que estirar el cuello para poder escuchar. Paulina se incorporó del asiento y empezó a caminar hacia la puerta, estaba aturdida y pálida ni siquiera el maquillaje podía disimular el tormento que estaba sufriendo.

—¿Se encuentra bien?

La mujer respondió "si" con un movimiento de cabeza, luego agradeció a la joven la información facilitada y se fue, dejando la estela de su perfume flotando en el aire.

Amina cerró la puerta y se tumbó hecha un ovillo sobre el sofá, envuelta en una manta y en melancolía, contemplando las agujas de un reloj que parecían haberse detenido, mientras en su cerebro se abrían paso las imágenes de la abuela y de Karlo mezcladas, como si fueran las piezas de un puzzle desordenado, empezó a colocarlas mentalmente, pero los restos de las emociones y la ofuscación por las recientes pérdidas, le impidió seguir adelante. Llena de ira se incorporó, abrió el cajón donde guardaba la carta de la abuela y decidida a poner fin a las dudas e inquietudes de su madre, la guardó en el bolso.

En la calle aceleró el paso hasta llegar al edificio donde vivían sus padres con los gemelos, allí se detuvo para tomar aire antes de cruzar el portal y, con los pulmones llenos de oxígeno, comenzó a recorrer el tramo que la separaba de Antonia y de la verdad.

## CAPÍTULO XX

Abrió los ojos obligado por la potente luz que alguien enfocó sobre ellos, alrededor solo pudo distinguir sombras que se movían de un lado para otro y susurraban palabras que no lograba entender. Hacía frío y una sensación de humedad le atravesaba la ropa para adherirse a su piel, quiso moverse, pero unas cuantas vueltas de cinta le amarraban las manos y los pies mientras permanecía sentado sobre una dura e incómoda silla. Con la mente aturdida, el cuerpo atado y la luz cegadora sobre sus ojos, Karlo se preguntó ¿cuánto tiempo llevaría allí y hasta cuando pensaban retenerlo?, giró la cabeza hacia un lado para apartar los ojos de la fastidiosa luz que, insistente, seguía ocultando su visión, permaneció en esa postura hasta que alejaron la linterna de su rostro.

Pudo distinguir a tres desconocidos, escondidos por las sombras que danzaban a la luz de unas cuantas velas repartidas por lo que parecía un sótano alargado, con el techo bajo y colgando de él una solitaria bombilla que, triste, lanzaba sobre el espacio tan escasa claridad que parecía quedarse en la intención, pensó que tal vez fueran los mismos que le secuestraron, aunque apenas podía recordarlos dada la rapidez de lo sucedido.

Uno de los tres hombres se le acercó, Karlo intentó verle el rostro, pero la luz de la bombilla sobre su espalda le impedía ver algo más que una sombra acompañando una voz.

—Hay dos cosas importantes que debes saber, la primera que te vamos a hacer varias preguntas a las que responderás, la segunda que si no respondes vas a recibir unas cuantas hostias y por mucho que grites, nadie te va a oír.

Fueron las palabras de la sombra que, una vez dichas, se alejó hacia alguna parte que Karlo no pudo ver, los otros dos estaban cerca, de espaldas a él, como si vivieran ajenos a lo que sucedía. Movié las manos y los pies en un absurdo intento por desatarse, pero la cinta se mantenía pegada al presente del hombre y entendió que debía buscar otra forma de largarse de allí, el tipo que le había hablado no parecía estar de broma y sintió algo cercano al miedo.

Esperó tiempo, quizás demasiado y fue esa espera la que terminó convirtiendo su estado de ánimo en un barco zozobrando, olas enormes lo movían sin compasión, bandeando su vida de un lado para otro sin el control de la voluntad. A Karlo la espera lo estaba consumiendo, necesitaba saber ¿por qué y para qué estaba allí? pero, aunque preguntó en muchas ocasiones a los dos tipos que compartían el espacio con él, no obtuvo respuestas, solo indiferencia por parte de los sujetos que, dedicaban su tiempo, a colocar el contenido de unas cuantas cajas mientras intercambiaban frases en un extraño idioma, supuso que en chino, ya que la complexión de ambos le indicaba que eran orientales.

Siguió esperando con la sensación del mundo detenido y una gran alarma colgando de su corazón. Dos, tres, seis horas, tal vez más, quizás menos, para Karlo el tiempo dejó de existir en aquel lugar sórdido y frío con olor a moho y miedo, donde nadie parecía darse cuenta que estaba amarrado a una dura silla, que le dolía todo el cuerpo por mantenerse en la misma posición y que las malditas cintas le apretaban sin piedad.

Cuando su desesperación estaba alcanzando las cotas de lo imposible, un tipo fornido, ancho y alto, se plantó enfrente de Karlo y otro se colocó detrás, de tal modo que, a

pesar de girar el cuello, no logró verlo.

—Las preguntas son muy fáciles y si colaboras terminaremos rápido.

Dijo la voz a su espalda mientras apoyaba su mano sobre el hombro de Karlo y seguía hablando.

—¿Por qué has estado investigando las dos empresas que están a nombre de tu padre?

—Para confirmar quien era su legítimo propietario e investigarle.

—¿Por qué crees que hay otro propietario?

—Mi padre me lo dijo.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Después del ictus, en una carta que había escrito... previamente.

Hubo un silencio acompañado del sonido de unos pasos moviéndose detrás de Karlo, de izquierda a derecha y viceversa, rítmicos, pausados como si marcaran los tiempos en una imaginaria melodía. Cuando los pasos se detuvieron, regresó la voz.

—¿Qué más decía la carta?

—Que el propietario de esos locales es Yong, que blanqueaba dinero a través de Transportes Lender y que obligaba a mi padre a acelerar el cierre de negocios nada rentables para después hacerse con ellos.

—Vaya, el bueno de Ramón te lo contó todo en la carta.

Karlo sabía que el hombre que se ocultaba detrás era el propio Yong. En cuanto escuchó su voz la identificó por la grabación, aunque en ella aparecía ligeramente distorsionada, tenía una peculiar forma de hablar de modo muy pausado que la hacía inconfundible.

—Sí Yong, me lo contó todo y además lo grabó...

Otra vez los pasos recorriendo el duro pavimento de un lado hacia el otro hasta detenerse enfrente de Karlo. Unos encendidos ojos negros se colocaron delante de su rostro, pudo verlos, a pesar de la poca luz, lanzando llamas de fuego y hasta sintió su calor.

—¿Qué grabó?

El tono amable había desaparecido para dar paso a otro bien diferente, en contraste con la mirada, la voz salió gélida y dura, solo eran dos palabras, pero Karlo las sintió como dos bofetadas.

—¿QUÉ GRABÓ?

Repitió con el tono más duro.

—Vuestra última conversación, cuando le dijiste que quemara el local de Amina si fuera necesario.

El siniestro lugar se quedó en silencio, un silencio infame y predecible tras las



provocadoras palabras de Karlo, que sin estar en posición de enfrentarse al chino, sin embargo lo hacía, inconsciente del peligro o tal vez consciente, pero harto de aguantar tan injusta situación. El maldito Yong se paseaba delante suyo como un pavo real, sabiéndose poderoso y con capacidad para manejar la situación a su antojo si algo no le agradaba.

—¿Por qué grabó esa conversación?

—Para evitar esto.

Respondió Karlo con gesto de "es evidente".

El puñetazo llegó directo de la mano del chino, se lo dio en pleno rostro, cargado de rabia y con una fuerza impensable en alguien tan aparentemente delicado. El impacto lo dejó aturdido, como si vibrara por dentro, con la nariz sangrando y un insoportable dolor en el punto exacto del golpe.

—¿Para evitar qué?

Fanfarroneó Yong, que parecía estar divirtiéndose con la escena.

—¡Maldito hijo de puta!, te vas a arrepentir de...

Otro golpe, también en el rostro, le impidió terminar la frase y otra vez le respondió con la burla en el tono de voz y en la actitud.

—¡Arrepentirme!, ¿de qué crees que me puedo yo arrepentir?, ¡mírate! ¿Crees acaso que vas a poder hacer algo?

—¡Hijo de puta!

Esta vez el golpe vino del otro tipo, fue directo al estómago, con tal fuerza que Karlo se dobló hacia adelante y durante un tiempo se quedó sin respiración, sintiéndose incapaz de lograr que sus pulmones se llenaran de aire, boqueó en el espacio con ansia, en busca del preciado gas que alimentara su cuerpo, cuando consiguió encontrarlo, aspiró profundo para llenarse de vida.

—Te aconsejo que no sigas por ese camino, no aguantarás ni una hora.

Las siniestras palabras de Yong calaron en la razón de Karlo que dejó de actuar con el corazón para poner a funcionar el cerebro, tanto golpe lo estaba debilitando y debía estar fuerte y preparado por si en algún momento surgía la oportunidad de escapar.

—¿Qué has hecho con la grabación?

—Está guardada en el banco... por eso no encontrasteis nada en mi casa a pesar del registro, y... la ha visto más gente... si me ocurre algo irán a la policía.

De nuevo los pies de Yong empezaron a moverse de un lado hacia otro, acompañados por la imaginaria melodía, se detenían a ratos, pero enseguida volvían a marcar el ritmo. Con las manos en los bolsillos, se detuvo enfrente de Karlo.

—No te creo. Si existiera esa prueba la habrías llevado a la policía, ¿qué sentido tiene mostrarla a gente?

—Para protegerme.

Lo dijo con voz cansada, debilitado por los golpes y el cansancio.

—Si querías protegerte solo tenías que llevarla a la policía y a estas horas yo estaría detenido. Sabes lo que creo, que tu padre te lo contó antes de ponerse enfermo, pero no tienes nada, ni existe tal grabación, absolutamente nada que pueda implicarme.

El tipo fornido permanecía quieto como si fuera una estatua, atento a las indicaciones de su jefe y pendiente de cada uno de sus movimientos, al igual que Karlo, ambos observaban la puesta en escena de Yong.

—Llevas poco más de un día desaparecido y nadie parece haberse dado cuenta de ello, no hay movimiento en tu entorno familiar, ni en las amistades. Si esa prueba existiera, la policía no esperaría las cuarenta y ocho horas para empezar a buscarte.

Las palabras de Yong eran tan certeras que Karlo tuvo que rendirse a la evidencia. Solo dos personas conocían el contenido de la grabación y ni Amina, ni el detective se darían cuenta de su desaparición hasta que ésta fuera oficial. Amina vivía sumida en su propio dolor y respecto al detective, hasta que no localizara algo importante no se pondría en contacto con él y, dado que, desde que le contrató para investigar a Yong y su desaparición no había transcurrido ni siquiera un día, era poco probable que tuviera algo.

Karlo vio como Yong le hacía un gesto al hombre fornido antes de irse, luego desapareció dejando atrás, el sonido de sus zapatos extendiéndose por las sombras que bailaban sobre las paredes. Se sentó cerca de él, sin hablar y sin quitarle el ojo de encima, con las gruesas manos sobre las piernas, como si estuviera preparado para salir corriendo en cualquier momento. La ajustada camiseta sobre su cuerpo le realzaba los hombros y el pecho que parecían de acero, era evidente que practicaba el culturismo, la halterofilia o algún deporte similar, Karlo había probado su puño y se encogió sobre sí mismo asustado, al recordar la intensa fuerza en su estómago.

—Necesito beber, tengo mucha sed.

Le dijo a la mole que, sin inmutarse, le miraba fijamente. No había bebido, ni comido nada desde que le secuestraron y, si era cierto que llevaba encerrado más de veinticuatro horas, era lógico que se sintiera a medio camino entre el estado normal de un cuerpo y el desfallecimiento.

—Necesito agua.

Le repitió al hombre, pero éste se limitaba a mirarle como si no comprendiera lo que decía. Insistió con la esperanza de aburrirlo en algún momento y que al menos le respondiera, pero el grandullón parecía hecho de piedra e inmune a las palabras. Forzó su mente a pensar en otras cosas, olvidarse de las carencias y fatigas de su cuerpo y emplearse a fondo para escapar del lóbrego lugar, donde llevaba tantas horas atado.

Estaba asustado, las palabras de Yong no presagiaban nada bueno y el hecho de secuestrarle era una muestra de lo que era capaz de hacer. Su padre había tenido negocios con un tipo demasiado peligroso y, por lo que parecía, con infraestructura para hacer cosas al margen de la ley.

Observó el lugar con detenimiento, era un subterráneo. Su primera impresión fue, la de estar en un túnel del metro, casi una certeza que, a medida que seguía mirando, más se ratificaba en ello. Intentó ver lejos, hasta donde la luz se lo permitía, las desnudas paredes sujetaban, junto a unas cuantas vigas verticales, un techo bajo que se alzaba en algunos tramos. Karlo entornó los ojos, tratando de inspeccionar el lugar, y alcanzó a ver en el suelo, disimulado entre trozos de cartón y otros restos, raíles. Confirmadas

sus sospechas, continuó investigando durante un buen rato, en busca de la puerta por donde Yong y el resto de los hombres entraban y salían, pero no consiguió ver nada, por tanto solo dos explicaciones le parecieron posibles: quedaba lejos del lugar donde lo tenían amordazado o estaba disimulada para evitar miradas indiscretas.

Un pinchazo en la mandíbula le recordó los dos puñetazos que Yong le regaló y, automáticamente, sintió ira y rabia esparcirse por dentro para revolverle las entrañas. Deseó tener las manos libres y poder devolverle cada golpe multiplicado por diez, era un malnacido con unos cuantos esbirros a su lado que hacían su santa voluntad, lo intuyó por la forma que tenían de dirigirse a él, humildes y sumisos como si tuvieran miedo, hasta el grandullón que, seguía enfrente suyo sin mover un solo músculo, parecía diferente ante su presencia, pendiente de cada movimiento de Yong, como un perro con su dueño.

Entre el odio hacia el chino y el agotamiento, logró dormitar a ratos, sentía como si perdiera la conciencia y de repente, algún ruido o su propio miedo, lo despertaba para ponerlo en alerta, echar un vistazo alrededor y volver a dormitar de inmediato.

Esta situación se repitió de forma intermitente durante horas, hasta que sintió deslizarse, desde la cabeza a los pies, litros de agua arrojada con un caldero por el hombre fornido que le había estado vigilando sin pestañear. La sintió helada y pudo ver, a través de los ojos y el orgullo empapados, a Yong que se había colocado delante en actitud de espera.

—Evidentemente me has mentado, y no me gusta que me mientan. La policía ya te está buscando, pero no hay ninguna orden de búsqueda hacia mí.

Tras estas palabras permaneció en silencio, pendiente de la reacción de Karlo que le retaba con la mirada, luego continuó.

—Tampoco tú me gustas, pero eso lo voy a resolver muy pronto. ¡No saldrás vivo de aquí!. Puedes confesarte si quieres o hacer examen de conciencia, porque en breve estarás muerto, solo estoy pendiente de unos cuantos detalles y habré confirmado que ni tú, ni nadie tenéis prueba alguna que me acuse.

A Karlo las palabras no lo tomaron por sorpresa, de algún modo, ya lo sabía. Sintió frío, el traje empapado se le pegaba despiadado al cuerpo, que temblaba sin ningún control, mientras la sonrisa burlona del chino se le clavaba en el alma. Intentó moverse en un absurdo intento por golpear el burlón rostro que le estaba mirando.

—Debiste dejar en paz a Amina, mi padre te lo pidió encarecidamente, era un negocio rentable, como muy bien te dijo... había otros...

—Ya, pero resulta que...

Pareció dudar, pero enseguida continuó.

—Resulta que quiero ese, vas a morir así que... ¡da igual que lo sepas!, te llevarás mi secreto al lugar donde vayas. Supongo que habrás notado que estamos en una vía de metro, una antigua vía que lleva muchos años cerrada y que a mí me sirve para mover la mercancía: falsificaciones de ropa, bolsos, joyas, perfumes, obras de arte... cualquier producto ilegal circula por aquí, se empaca o desempaca, según, y lo saco a la calle por medio de los negocios que he ido adquiriendo, entre ellos los dos donde aparece tu padre como propietario.

Alzó la mano hacia el techo y trazó una raya imaginaria en el aire, luego miró a Karlo y

continuó hablando.

—Todos mis locales están justo encima de esta antigua vía de metro, tengo seis en total, haciendo una especie de "L" a lo largo de un buen tramo de la ciudad y paralela a los túneles, resulta que el de Amina también está encima y es un punto muy bueno de entrada y salida de la mercancía. Es muy fácil, solo un agujero de acceso y el local queda enseguida comunicado con el túnel. Supongo que ahora entenderás los motivos de mi interés.

La maldita casualidad había puesto el negocio de Amina en su punto de mira, su situación lo convertía en un local tan importante para los tejemanejes de Yong, que haría hasta lo imposible para conseguirlo. La vida de Karlo era un obstáculo y su muerte ya era un hecho, pendiente tan solo de confirmar unos cuantos detalles, como arrogantemente le había dicho.

—Si tan importante es para ti ese local, pudiste quemarlo antes, inmediatamente después de enfermar mi padre ¿por qué no lo hiciste?

—¡Vaya, vaya, vaya!, te quedan pocas horas de vida y tienes curiosidad por saber... es algo tan sencillo como problemas técnicos, es una medida drástica y hay que ser muy cuidadoso, el fuego no se podía propagar por los demás pisos del edificio, solo el local... no podía correr el riesgo de quemar el resto, además debía conocer cada paso de la joven para tenerla controlada y también eso lleva su tiempo.

—Por eso la vigilabas.

Yong alzó la ceja y miró detenidamente a Karlo, escudriñando cada uno de sus gestos, luego se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—La jugada no te ha salido bien, a pesar del incendio, Amina jamás te venderá el local.

Varios puñetazos volaron sobre su rostro, fruto de la ira del Yong colérico que se mostraba tal cual era y Karlo tuvo miedo, un miedo ancestral y maloliente, que se le metió dentro, en las vísceras, retorciendo desalmado sus esperanzas, de tal modo que, durante escasos segundos, pudo ver su futuro roto, pisoteado por los pies de Yong,

Sin presente, ni futuro lo vio alejarse tras la confesión y los golpes, giró la cabeza para ver hacia donde iba, pero el hombre fornido que no descansaba nunca y estaba siempre vigilante, interpuso su cuerpo entre la mirada de Karlo y la sombra lejana de Yong.

El tiempo se detuvo definitivamente. Estaba empapado, sin fuerzas y tan torturado que dudaba si podría incorporarse, aunque lograra arrancar la maldita cinta que lo sujetaba al dolor y al miedo. Tuvo deseos de llorar, pero sintió la mirada clavada del hombre armario y algo en su interior se reveló a mostrar sus sentimientos, tragó las lágrimas dejando el orgullo intacto y el pensamiento en intensa actividad buscando la manera de escapar, a pesar de tener tan pocas posibilidades que, si existía alguna, era más producto de la imaginación que de la realidad.

Empezó por la cinta enrollada alrededor de las manos. Amarraba con fuerza sus muñecas, luego pasaba por debajo de la silla y regresaba a sus manos donde, con varias vueltas, las cubría parcialmente, necesitaría poder doblar los dedos y girar la muñeca para alcanzar el final de la cinta y tirar de ella, pero ni podía doblar los dedos, ni hacer el giro de muñeca por lo que, continuó investigando los pies, tobillos y piernas para ver sus posibilidades. Comprobó también que sus extremidades inferiores estaban

fuertemente amarradas a la silla por unas cuantas vueltas de cinta, hasta el punto de que sus piernas y las patas delanteras de la silla, parecían haber sufrido un proceso simbiótico. Tras el minucioso análisis, tuvo que admitir que las posibilidades de escapar quedaban reducidas a casi cero y, si a ello añadía la presencia constante del tipo que tenía enfrente, desaparecía el "casi".

Karlo apoyó con fuerza los pies sobre el suelo y empujó hacia arriba, como si fuera a incorporarse de un asiento. Logró levantar un poco la silla y su cuerpo, también el del grandullón que, rápido se acercó y sin mediar una sola palabra, le soltó un puñetazo sobre el estómago que lo mantuvo inmóvil durante unos cuantos minutos. Miró al tipo con rencor y odio, pero supo mantener el pico cerrado para no recibir otra hostia, después hizo como si estuviera dormido, agachó la cabeza y permaneció en esa posición mientras imitaba la plácida respiración del sueño.

Enseguida escuchó los fuertes ronquidos del gigante y aprovechó a girar el cuello, sin hacer ruido, para comprobar el espacio a su espalda. Entre la oscuridad, pudo distinguir una puerta, a unos quince metros de donde se encontraba, y supuso que era el lugar por donde Yong había accedido las dos veces que se vieron. Midió mentalmente el espacio y el tiempo necesarios para llegar allí, arrastrándose amarrado a la silla y concluyó que por más profundo que fuera el sueño del tipo que le vigilaba, las condiciones en las que debía moverse, lo despertarían.

Observó su cabeza agachada, casi hundida sobre el pecho, que se movía fuerte, arriba y abajo, por la violencia de sus ronquidos, parecía un oso atrapado en el aspecto de un humano y Karlo se encogió al recordar sus zarpazos. Repentinamente cesó de roncar y Karlo, de nuevo, se hizo el dormido.

Siguió actuando hasta que lo escuchó nuevamente roncar. Miró más allá de la oscuridad, donde no existían ni las sombras, ni los contornos, solo el color negro, pero supuso que si seguía la dirección de las vías del tren encontraría otras salidas, había visto a los hombres que manipulaban las cajas, ir en aquella dirección y además Yong dijo que los seis negocios estaban comunicados con el túnel, no necesitaba ser muy avezado para llegar a esa conclusión, la cuestión era, ¿qué salida quedaba más cerca de donde él estaba?

Entre el frío de la ropa mojada, el dolor de su cuerpo, la fatiga, el hambre, la sed y la certeza de una muerte inminente, analizó en detalle cada tramo de suelo, pared y techo que estaban al alcance de su mirada. Fue un análisis minucioso en busca de pros y contras y espoleado más por el miedo que por la realidad, tuvo que aceptar que las posibilidades eran mínimas, pero su "yo" positivo le gritó que siempre las hay, incluso bajo las peores circunstancias. Necesitaba aferrarse a esa esperanza para soportar la presión, psicológicamente empezaba a sentir que se derrumbaba y debía permanecer "optimista" e "ilusionado", ya que sabía que solo existía un camino: tirar hacia adelante.

Los ronquidos del grandullón cesaron y Karlo fingió seguir dormido, necesitaba que bajara la guardia, que se confiara y no supusiera que había estado escudriñando el lugar; era más fácil sorprender a un hombre confiado que a uno en alerta. Siguió actuando durante un tiempo, luego alzó el rostro hacia al gigante para decirle.

—Supongo que si te pido agua, ni siquiera vas a responderme.

Mantuvo los ojos fijos en Karlo, el rostro imperturbable y el silencio total, ni un solo gesto, nada hacía presagiar que estuviera vivo, excepto por los puñetazos y los ronquidos no existía más información al respecto, podría ser un holograma y nadie lo

cuestionaría.

Intentó olvidar su presencia, cerró los ojos y se sumergió en un mundo mágico. Se imaginó al lado de Amina, sintió sus labios, su calor y se dejó arrastrar por un mundo de sensaciones placenteras. La piel de la joven se pegaba a la suya, sus cuerpos se acoplaban, entrelazaban las manos y su ardiente boca se cerraba sobre la de ella. En su imaginación, Amina le hacía el regalo más preciado: devolverlo a la vida.

Durante horas se refugió entre sus sueños y los brazos de la joven hasta que, la locura del nuevo día se impuso. Yong apareció, cargando con prisas y ordenes que repartió, primero al grandullón y después a otros tres hombres que colocaban bolsos dentro de cajas. A pesar de la proximidad, Karlo no pudo oír lo que les decía, el chino hablaba en susurros, pero sí pudo ver la reacción de los hombres, los vio asustados incluso el grandullón parecía alterado por las palabras del jefe.

Los tres hombres y Yong se perdieron en la oscuridad del túnel, el otro siguió pendiente de Karlo. Se le veía diferente, con evidentes signos de nerviosismo empezó a pasear a grandes zancadas de un lado para otro, moviéndose con la gracia de un robot, de vez en cuando se detenía y de nuevo retomaba sus rígidos movimientos. Ambos vivieron horas de espera, con el tiempo suspendido en algún punto indefinido entre la pausa de Karlo y la prisa del grandullón.

Todo sucedió tan rápido que fue difícil distinguir la ficción de la realidad. Yong apareció de nuevo y esta vez Karlo, sí pudo escuchar las palabras dirigidas a su vigilante.

—Confirmado, la poli me está buscando, en tres horas te espero en el almacén para largarnos, recuerda, en tres horas. Empaca las cosas que ya sabes y, ¡deshazte de éste!

Miró de reojo a Karlo y, tras una mueca de desprecio, se fue sin más. El grandullón empezó a actuar como si estuviera teledirigido, vaciaba unas cajas y llenaba otras, mientras Karlo luchaba inútilmente por soltar las cintas que le sujetaban al peligro.

Por primera vez desde que estaba allí dejaron de vigilarle y también por primera vez, Karlo sintió que su final estaba tan cerca que, se agarró al cabello de Amina para no caer al precipicio.

## CAPITULO XXI

Lágrimas de arrepentimiento, lástima y dolor corrían por las mejillas de Antonia. Estaba custodiada por Vinicio a un lado y Amina al otro y sobre su regazo la carta, testimonio vivo de un pasado cruel e injusto. La mujer lloraba mientras los dos testigos de su llanto permanecían en respetuoso silencio, pendientes de cada uno de sus gestos. En la mano derecha sujetaba un pañuelo de papel arrugado y roto, con la izquierda agarraba la carta y la movía con violencia en el aire al tiempo que su voz, rota por el llanto, se escuchaba en el silencio de la pequeña sala.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me lo contó todo? ¿Por qué, por qué, por qué?

Antonia movía la cabeza de un lado hacia otro, como si así pudiera ahuyentar los fantasmas del pasado y hacer regresar a su madre para compartir confidencias y risas.

—¿Por qué?

Miró suplicante a su esposo e hija en busca de respuestas, ellos también la observaron y la voz de Vinicio se escuchó dudosa y pausada

—Supongo que lo querría así... tal vez seguía humillada por lo que le había sucedido y no quería... hablar de ello.

—¡Pero era importante!, si yo lo hubiera sabido, todo habría sido diferente... la odiaba porque... no me quería.

Era difícil hablar, opinar o dar consejos, Antonia acababa de descubrir la realidad de la abuela y con ello la explicación a la falta de afecto o acercamiento entre ambas, ¿qué decir a alguien qué debería regresar al pasado para poner las cosas en su sitio?

El pañuelo arrugado se movió por su nariz y rostro recogiendo restos de lágrimas, luego regresó a su mano donde quedó atrapado entre la palma y los dedos. Amina observaba a su madre con lástima, le dolía verla así. Nunca sospechó nada, ni siquiera se dio cuenta, a lo largo de su vida, de esa distancia existente, jamás vio el lago helado que las separaba y, por supuesto, no fue consciente de la indiferencia de la abuela con Antonia, siempre creyó que la culpa era de su madre que, no la soportaba y no reparó en ningún motivo para dicho odio, sencillamente era un sentimiento que, como en miles de familias, se daba y como tal, lo asumió desde que tuvo uso de razón.

Antonia seguía envuelta en un mar de dolor, el impacto por lo leído se reflejaba en su rostro y Amina, dudó si sería el mejor momento para hacerle la pregunta que le quemaba en los labios. Tal vez si lo hacía, añadiría más leña al fuego o quizás su madre, con la guardia bajada por las circunstancias, por fin le daría una explicación.

—Mamá... no quiero que sufras más por lo que voy a decirte... pero yo también necesito respuestas... ¿dime por qué no me quieres?

Lo soltó a bocajarro, sin adornos, ni sutilezas, la misma pregunta que tantas veces le había insinuado y que Antonia siempre eludía con la maestría de un profesional de esgrima. Las dos mujeres se miraron más allá de los ojos, en busca de la verdad, esa gran señora que a veces se muestra esquiva y huraña compartiendo asiento con la mentira, mientras, Vinicio nervioso, se frotaba las manos hasta casi hacerse daño, pendiente de la reacción de las mujeres de su vida. La tensión duró cubierta de dudas, desconfianza y recelo, Antonia debía responder y, sin embargo, callada miraba a su

hija como si la viera por primera vez, luego se incorporó del asiento y se acercó a la ventana para abrirla levemente dejando un resquicio por donde entraba el aire de la calle.

La mujer permaneció pegada a la ventana para que ese aire acariciara su rostro mientras, de nuevo las lágrimas, hacían acto de presencia. Padre e hija se mantuvieron quietos, sin mover un solo músculo, pendientes de los movimientos de Antonia, quien de repente, como si le acabara de llegar una brillante idea al cerebro y manteniendo la misma posición, con el rostro clavado en la ventana, dijo.

—Porque eres igual que ella y constantemente me la recordabas.

No había rencor en sus palabras, simplemente constataban un hecho, y así las entendió Amina, que cerró los ojos para dejar que la quietud se extendiera por su alma. Después se incorporó del asiento y se acercó a su madre que permanecía de espaldas, con el rostro en la ventana, recibiendo el aire. Alargó las manos hacia ella para envolverla en su abrazo, Antonia se dio la vuelta y, tras una intensa mirada, se refugió en su hija.

Estuvieron abrazadas durante tanto tiempo, sin más sonido que el de sus corazones, que el mundo se detuvo para dejarlas aclarar sin palabras: los malos entendidos, las sólidas corazas, los silencios repetidos, los velados reproches, los pensamientos infames y sobre todo los odios creados.

Fue placentero reencontrarse con su madre, con una sola frase había logrado aclarar todo su pasado y, a partir de ese momento, la vida iba a ser muy diferente para ambas. Alzó la cabeza hacia el techo, mientras sujetaba con fuerza a Antonia y, con un silencioso gesto, dio las gracias a la abuela por revelar en la carta lo que durante toda su vida había ocultado.

Era noche cerrada cuando dejó la casa de sus padres, se despidió de los gemelos agitándoles el cabello con la mano y cruzó la puerta junto a Vinicio, que la acompañó hasta su casa. Caminaron en silencio, agarrados del brazo y disfrutando del paseo. Hablaron de Karlo y de sus sentimientos recién descubiertos, no escatimó en palabras, volcó todo cuanto llevaba dentro en el oído de su padre que escuchaba atento y, suplicante rogaba, que apareciera pronto el hombre que había alterado el corazón de su hija.

Se despidieron en la puerta. Vinicio con pasos rápidos se alejó calle abajo, Amina se acurrucó en el sofá de su casa donde se envolvió en calor y protección. Buscó mentalmente a la abuela hasta encontrarla, enseguida vino a su lado a sentarse para hacerle compañía y velar el sueño de la joven.

En otro lugar de Madrid, Karlo luchaba a contrarreloj por su vida, escondido en el antiguo y abandonado túnel de metro y sin la presencia del fortachón, que había abandonado su puesto para empaquetar las cosas que su jefe le había ordenado. Caminaba a saltos, atado, con la silla pegada al culo y con las escasas fuerzas que le quedaban, hacía la puerta por donde había salido Yong. Avanzaba muy despacio, sin saber hacia dónde y con un solo objetivo en la cabeza: seguir vivo.

El sudor que le corría por la frente se le metía en los ojos, provocándole fuertes picores y pérdida de visión, el respaldo de la silla le golpeaba la espalda por la retorcida postura y sentía que, tanto las muñecas como los tobillos, se le estaban rajando por los tirones que daba en cada salto que le acercaba a la puerta. Logró alcanzarla cuando las fuerzas estaban a punto de abandonarle, se quedó quieto, jadeando hasta



recuperarse un poco antes de seguir avanzando, luego apoyó con energía la barbilla en el picaporte y empujó hacia abajo.

Logró abrirla tras varios intentos. Se encontró con un pequeñísimo rellano y unas empinadas escaleras en penumbra, una débil y lejana luz se proyectaba sobre ellas, procedente de algún lugar incierto como si, al final de las numerosas escaleras, hubieran dejado alguna puerta entreabierta y por ella se colara la ansiada claridad que Karlo necesitaba. Parado en el rellano, contemplaba atónito la empinada y larga escalera para preguntarse ¿cómo diablos podría alcanzar la cima?

Sintió que la desesperación hacía mella en él. Atado y clavado a una silla, jamás podría ascender ni un solo peldaño, no obstante, a pesar del abatimiento lo intentó. Tuvo que dar un gran salto para ascender el primer peldaño, donde se quedó suspendido, tratando de guardar un equilibrio que su maltratado cuerpo fue incapaz de mantener. Cayó como un muñeco roto sobre el rellano, con todo el estrépito que, tanto él como la silla, hicieron al golpearse contra el suelo. Un dolor intenso en el hombro y la cadera le sacaron un grito y una maldición que casi escupió mientras trataba inútilmente de ponerse en pie. Luchó y peleó hasta que las fuerzas lo abandonaron por completo y no tuvo más opción, que seguir tumbado de medio lado sobre el frío suelo hasta que se le ocurriera algún modo de incorporarse.

Las imágenes de su vida presente se fueron sucediendo dentro de su cerebro sin darle tregua. Amina, Ramón Lender, Paulina, incluso la abuela, se fueron colocando, uno detrás de otro, en una sucesión interminable de consejos que Karlo recibía con la indiferencia de lo imposible. Estaba empezando a rendirse, tanto su cuerpo como su alma, comenzaban a perder la capacidad de lucha necesaria para seguir en pie; el coraje se esfumaba por las alcantarillas del suelo donde seguía tirado y las esperanzas habían desaparecido en el preciso instante que cruzó la puerta y se tuvo que enfrentar a las absurdas escaleras que, imponentes como altos picos, se alzaron ante sus ojos.

Ramón Lender con sus afables e insistentes palabras no pudo convencerlo para que siguiera luchando, ni siquiera Amina con sus ardientes ojos y su cabello rojo enredado entre sus dedos, pudo incorporarlo del suelo y empujarlo hacia las empinadas escaleras, el miedo y la incapacidad se habían apoderado de Karlo que se quedó hecho un ovillo sobre el suelo a esperar lo que el destino le deparara, se rindió a él, completamente decidido a no intervenir.

El grandullón ya había terminado de empaquetar y solo restaba deshacerse del tipo. Cuando Yong le ordenaba algo, obedecía sin más, porque le quería y, porque siempre era por su propio bien, cualquier asunto que le pidiera lo hacía sin detenerse a pensar en ello, sus palabras eran incuestionables. Se movía despacio por el túnel, había terminado antes de lo previsto y le sobraba tiempo. Pensó que con un par de disparos en el corazón sería suficiente y acarició la pistola que llevaba en la mano como si quisiera cerciorarse de su presencia.

No le gustaba matar, las últimas miradas le ponían nervioso y las palabras de súplica del inminente cadáver le resultaban patéticas, si otro pudiera hacerlo le cedería con gusto el puesto, pero Yong solo confiaba en él, jamás le había fallado y eso que, ya ni se acordaba cuantos muertos llevaba encima, sobre todo en China y en Méjico donde había dejado tirados en medio de la nada, unos cuantos cadáveres que, como siempre, le rogaron y suplicaron por su vida, llegando incluso a ofrecerle mucho dinero. Pero él tenía sus principios y la fidelidad a Yong era inquebrantable desde que, hacía mucho tiempo, cuando era poco más que un adolescente, lo sacó del centro de menores donde lo habían recluido por robar y dar unas cuantas palizas a su madre prostituta. Lo

adoptó y le enseñó todo cuanto sabía, entrenó fuerte en el gimnasio y dejó de ser el tonto para convertirse en alguien importante al lado de Yong.

Ya faltaba poco para estar al lado del tipo que tenía los minutos contados, apenas veinte metros, apuró el paso para llegar cuanto antes y alcanzó en varias zancadas el lugar donde debía estar Karlo atado a una silla, esperando su fatal destino.

Se frotó los ojos varias veces tratando de comprender ¿por qué las cosas no estaban cómo debían?, el tipo había desaparecido y si no lo encontraba iba a incumplir las órdenes de Yong.

Desesperado giró la cabeza hacia la izquierda y después a la derecha, escrutando confundido el espacio, luego revolvió entre las cajas, olfateó el aire y finalmente volvió sobre sus pasos rastreando el suelo y comprobando en los recovecos y en las esquinas de las paredes si se escondía el cuerpo de Karlo. No lograba entenderlo, él mismo lo había atado y por experiencia sabía, que era imposible soltar sus amarras, incluso había comprobado la cinta cuando lo dejó solo y estaba tan fuertemente atado que jamás lograría soltarse, entonces ¿cómo demonios se había escapado?

Desesperado siguió dando vueltas consultando cada poco la hora, el tiempo se le echaba encima y Yong le esperaba. Regresó de nuevo al lugar donde se apilaban las cajas con la mercancía y se detuvo a pensar, no podía andar muy lejos, debía estar en alguna parte. Empezó a caminar hacia la puerta, despacio, con los oídos alertas a cualquier sonido, sus rígidos movimientos imprimían a su cuerpo muy poca gracia, daba la impresión de moverse accionado por un resorte escondido en alguna parte. Se detuvo al lado de la puerta y, empujando el picaporte hacia abajo, la abrió.

No encendió la luz, con la que entraba de arriba tenía suficiente para ver que, ni en el pequeño rellano, ni a lo largo de la escalera estaba Karlo que, permanecía agazapado detrás de la puerta y protegido por ésta.

Había escuchado los pasos del grandullón y en un último esfuerzo por salvar su vida, empujó su cuerpo hasta dejarlo pegado a la pared. Se arrastró sobre el frío suelo, con la silla pegada y moviéndose en el mínimo espacio, pero logró mantenerse oculto a la vista del gigante que, desconcertado, cerró la puerta y regresó a inspeccionar el túnel.

Respiró hondo, acababa de darle una pequeña tregua a su vida y ese hecho animó un poco su derrotado espíritu, devolviéndole en parte las ganas de seguir luchando. Tal vez si aguantaba un poco, lograra escapar de la tan temida muerte. Al grandullón no se le había ocurrido mirar detrás de la puerta, quizás con la suerte de su lado, el tiempo se le echaría encima y tendría que largarse para reunirse con Yong, si permanecía escondido, en algún momento le podría localizar la policía y...

No pudo pensar más, escuchó de nuevo los fuertes pasos del gigante tras la puerta moviéndose impacientes y próximos a él. Mentalmente gritó para que no entrara, buscando en su interior el modo de alejarlo con el pensamiento, pero los pasos le seguían rondando y aunque se alejaban, de vez en cuando volvían para angustia de Karlo. Vivió el momento con tanta tensión que sintió la boca completamente seca, la saliva se convirtió en una incómoda masa difícil de tragar, un sudor frío mezclado con la ropa mojada le recorrió todo el cuerpo y su agitado estómago parecía estar suspendido en el aire.

Acurrucado en las entrañas de la tierra vivió el miedo y la soledad que, como una pátina recorrieron su piel hasta meterse dentro, impaciente esperaba que sucediera el milagro de verse libre para respirar el aire de la calle y poder decidir cuál sería su

próxima vida.

El sueño se cortó de forma repentina cuando la puerta se abrió de nuevo, esta vez de un modo tan violento que golpeó el respaldo de la silla y su espalda. El rostro del grandullón mostraba sorpresa cuando se enfrentó al de Karlo que, tirado sobre el suelo, le miró desafiante a pesar de su evidente desventaja. Encendió la luz y se agachó para agarrarlo por los hombros, de un solo tirón lo dejó sentado. Karlo sintió las fuertes manos sobre él y en ningún momento puso en duda que si quería, podría partirle el cuello sin esfuerzo alguno, no tenía necesidad de usar la pistola que llevaba metida en la cintura del pantalón.

—De mí, nunca escapa nadie.

La voz del gigante no se correspondía con su anatomía, era ligeramente aflautada y suave en clara contraposición con su corpulento físico, una burla de la naturaleza, pensó Karlo, dotarlo de tan extraordinario cuerpo y tan ridícula voz. Intuyó que su coeficiente intelectual no era muy alto y puso a trabajar el suyo, con la pretensión de enredarlo para ganar tiempo.

—¿Siempre haces lo qué te ordena Yong?

Le preguntó desafiante, el otro le miró extrañado con gesto de no entender la pregunta, luego agarró el respaldo de la silla y a rastras llevó a Karlo al punto exacto donde había estado durante los tres últimos días y se colocó enfrente, a unos dos metros.

—Parece que eres incapaz de pensar por ti mismo.

Siguió insistiendo con la vaga esperanza de llamar su atención, pero el gigante se limitó a sacar la pistola, colocar un silenciador y, tras quitarle el seguro, estiró el brazo para apuntar directamente al corazón de Karlo.

—No tienes huevos para enfrentarte a él.

Lo vio dudar, con la pistola en la mano apuntándole altiva, sabedora de su poder, y a pesar de ello, dudó lo suficiente para que Karlo siguiera hablando.

—Te manipula igual que a todos los que están a su lado, haces el trabajo sucio y ni siquiera te das cuenta.

—Deberías suplicarme que te dejara vivir y dejar de hablar, ¡solo dices estupideces!

—No te das cuenta ¿verdad?

—¿De qué no me doy cuenta?

Karlo no sabía que decir y tuvo que improvisar.

—Te trata como si fueras su esclavo.

El grandullón bajó la pistola y dejó el brazo caído a lo largo del cuerpo, luego miró desafiante al hombre que ya debía estar muerto y que, sin embargo, no paraba de hablar y decir cosas inoportunas de Yong.

—Me quiere, es... como mi padre.

—Un padre jamás obligaría a un hijo a matar, si te quisiera de verdad, no te mandaría hacerlo, te trataría de otro modo.

—¡Cállate!, no sabes nada.

—Claro que lo sé, él no comete delitos de sangre, tú sí... cuando os agarre la policía, tu historial delictivo te llevará directamente al infierno.

Karlo no sabía de qué hablaba, daba palos de ciego en busca de las palabras que le hicieran reaccionar, creía que si las encontraba el grandullón podría actuar diferente, largarse y dejarle vivo. Se aferraba a tan absurda esperanza como cualquier moribundo a la vida, pero el otro se resistía y de nuevo pudo ver el ojo del arma mirándole.

—¡Cállate!... ¡él me quiere!

El disparo se escuchó amortiguado por el silenciador, la bala cruzó el aire incrustándose en la pared, Karlo lo supo y su instinto actuó dejándole al margen. En cuanto escuchó las palabras del gigante, su cuerpo se impulsó hacia la derecha y el duro suelo lo acogió, se quedó tumbado de lado, con el hombro, la cadera y la pierna magullados por el impacto y la sensación de haberse roto algo por dentro.

El otro, el hombre grande, miró desconcertado el fardo que se retorció en el suelo y, su reducido pensamiento, tardó en asimilarlo. La regla era sencilla, él disparaba dos, tres veces y el otro moría, luego se largaba y ahí terminaba el asunto hasta que, algún otro estúpido, desafiaba a Yong, sin embargo, éste hablaba sin parar y había esquivado la bala a pesar de estar fuertemente atado. Un mal presentimiento se le coló amenazante, miró a Karlo que, tumbado en el suelo, observaba fijamente cada uno de sus gestos, esperando resignado su destino fatal.

—¡No me mires!...

Gritó el gigante atormentado, como si todos sus fantasmas se hubieran reunido alrededor suyo.

—¡No me mires!

Repitió mientras alargaba la mano que sujetaba la pistola hacia un Karlo pasivo e incapaz de seguir luchando. Obedeció, cerró los ojos y esperó tranquilo el impacto de la bala preguntándose, si dolería o sería tan rápido que apenas se daría cuenta, quizás un ligero dolor a la entrada y luego nada, todo desaparecería bajo sus pies para formar parte de otro lugar: el de los muertos.

Buscó con la mente una escena agradable con la que pasar sus últimos segundos y, de nuevo, el rostro de Amina vino a buscarle, se quedó a su lado para hacerle compañía mientras le sujetaba la mano y él se dejaba acariciar.

El estrépito de una puerta golpeándose con fuerza contra la pared, seguido por el sonido de muchos pasos caminando sobre el suelo, le obligó a abrir los ojos. Tirado sobre el suelo pudo ver, a través del dolor de su magullado cuerpo, a unos cuantos policías protegidos hasta los dientes y con sus armas dirigidas hacia ellos, gritando la famosa y bendita frase.

—¡Tire el arma!

El resto fue demasiado rápido para recordarlo en detalle. Al fortachón lo esposaron y a él lo libraron de las ataduras con las que había cargado durante más de tres días. Lo sacaron a la luz y, protegido en una ambulancia, lo llevaron a un hospital donde curaron sus heridas y su alma. Luego lo dejaron ingresado para hacerle unas cuantas radiografías y muchas pruebas médicas que, Karlo afrontó con la serenidad del que ha

vivido un momento de su vida tan crucial, que cualquier hecho a partir de ese momento, carece de importancia. Se dejó manipular con la sonrisa en los ojos y la palabra amable en la boca hasta que, le dejaron tranquilo en una silenciosa habitación, pendiente de los resultados.

Comió hasta donde su estómago se lo permitió, luego se dejó envolver por el sueño, que lo mantuvo atrapado durante horas, hasta que, unos ojos verdes brillantes y un cabello rojo rizado, lo arrancaron del preciado sueño.

## CAPITULO XXII

¿Para qué hablar cuándo las manos y las miradas utilizan un lenguaje más preciso y sabio que cualquier palabra?

Eso debieron pensar Amina y Karlo sentados sobre la cama de hospital, rodeados de silencio y discreción. Se observaban sin entender como habían llegado hasta allí y al mismo tiempo dando las gracias por ello. Cuando el futuro parecía perdido, el milagro de la vida se había impuesto y, tanto uno como otro, permanecían atentos y cuidadosos para no estropear el soplo de aire que comenzaba despacio, pero firme a rodearlos. Era difícil hablar de miedos, sentimientos, necesidades y un sin fin de emociones complicadas de expresar, sin embargo, los ojos fijos, atentos y pendientes de lo que el otro hacía, bastaban para tranquilizar a la mujer y al hombre que, callados, esperaban.

La enfermera entró sonriente, toda vestida de blanco y con los zuecos golpeando el suelo con firmeza, se acercó segura a la cama, con la seguridad de quien lleva muchos años lidiando con enfermos y su voz se escuchó profesional mientras miraba a Karlo.

—¿Qué tal te encuentras?

—Un poco magullado, pero por lo demás perfecto.

—Ya tenemos los resultados de las pruebas, en breve pasará el doctor para darte el alta, ¿necesitas algo?

—No gracias, estoy bien, ¿qué tal los resultados de las pruebas?

—El doctor te explicará todo ¿de acuerdo?

Se quedaron solos de nuevo y sin decir nada, ni siquiera mirarse. Sus manos se entrelazaron. Karlo sintió el calor de Amina y, agradecido, cerró los ojos para absorber despacio la hermosa sensación que estaba recibiendo, luego los abrió y miró a la joven que, con una leve sonrisa, le acariciaba el rostro.

—Creo que me estoy enamorando... sabes, cuando estaba encerrado, con las manos y los pies atados... pensaba en ti para soportar el dolor, la soledad y la proximidad de la muerte... creo que tu cabello y tus ojos me salvaron.

El corazón de Amina comenzó a saltar, apretó con fuerza la mano de Karlo y con una sonrisa le invitó a seguir hablando.

—Me juré a mí mismo que jamás volvería a enamorarme, hace mucho tiempo...

La entrada de Santiago Colmenero arruinó el momento de las confidencias, a Karlo le hubiera gustado escuchar a Amina, pero la presencia del detective, les obligó a cambiar el tono de la conversación.

—Te veo bien a pesar del feo moratón en la cara.

Karlo se pasó la mano libre por el rostro e hizo un pequeño gesto de dolor, señal evidente de las consecuencias que los puñetazos de Yong y el gigante habían tenido. Le dolía la mandíbula, el labio inferior y la nariz y prefirió no mirarse en el espejo, porque supuso que no estaría en su mejor momento y esperó que su falta de atractivo no influyera para nada en Amina.

—Duele, ¿eh?

—Duele bastante... pero teniendo en cuenta que he estado a punto de quedarme sin vida, unas cuantas magulladuras, es un precio bajo... por cierto, muchas gracias por llevar la grabación a la policía, me habéis salvado.

Miró a la joven mientras las palabras de agradecimiento salían de su boca, Santiago movió la cabeza de un lado hacia otro.

—¡Era nuestro deber!

Siguieron charlando un rato, por pura educación, Santiago se dio cuenta que sobraba y enseguida se fue. Luego le tocó el turno a Regina, a unos cuantos empleados, un par de amigos y algunos conocidos. La noticia de su rescate se había extendido como la pólvora y todos querían verle y tocarle como si no fuera real y necesitaran cerciorarse de su presencia.

Hubo mucho movimiento, gente que entraba y salía de la habitación alabando la suerte que había tenido de continuar vivo y preguntando inquisitiva ¿por qué lo habían secuestrado?. Karlo respondía amable a todos y cada uno, agradeciendo profundamente la visita y el interés, mientras Amina, permanecía fiel a su lado, sonriente y viva. Al igual que él había encontrado el amor, aunque todavía no se lo hubiera dicho y, por primera vez desde que la abuela se fue, tenía un motivo para seguir existiendo.

Se adaptó rápido al pequeño mundo de Karlo y también ella, como si fuera la anfitriona, agradecía la visita de los que formaban el círculo del hombre que le estaba devolviendo la sonrisa. Él la miraba feliz viéndola hacer y, de vez en cuando, alargaba su mano hacia el rostro de la joven, se lo tocaba ligeramente con la yema de los dedos mientras derramaba la mirada sobre ella y, luego regresaba con los otros, a terminar la interminable lista de palabras tópicas y convencionales.

Por fin llegó el médico y todos se fueron, excepto Amina. Le escucharon atentos, nada serio, una pequeña luxación en el hombro izquierdo (provocada al lanzarse al suelo para esquivar la bala), ya se lo habían colocado y simplemente debía llevarlo en cabestrillo durante tres semanas y al cabo de ellas repetir la radiografía, por lo demás estaba bien, unos cuantos moratones que el tiempo curaría y olvidarse del asunto. El doctor se fue tras los consejos médicos y personales, los jóvenes se quedaron solos, un poco aturdidos y sin saber qué hacer.

—Creo que voy a necesitar tu ayuda para vestirme.

Amina le ayudó a ponerse la ropa que Regina le había traído. Primero le colocó el pantalón, los calcetines y los zapatos, después el jersey, asunto más complicado, ya que el brazo en cabestrillo no facilitaba la tarea, pero lograron resolver la situación y salir airosos.

Dejaron el hospital caminando uno al lado del otro, estaba anocheciendo y el aire otoñal, los recibió. Iban en silencio y Karlo respiraba profundo, como si pretendiera acercar a sus pulmones la esencia de la naturaleza que le había sido negada durante tres largos y oscuros días. La calle estaba concurrida de coches y gente que se movía arrebujada entre las prendas de abrigo, los jóvenes caminaban por la acera despacio, cogidos de la mano y disfrutando de la mutua compañía.

—¡Acompáñame a casa!

La voz de Karlo salió ligeramente ronca e impaciente esperando la respuesta de Amina que, enseguida dijo un rápido y bajito "SI". Con la agilidad de una gacela y a pesar del cuerpo magullado, enseguida tiró de ella para meterla en un taxi e inmediatamente se sentó a su lado. El trayecto de media hora fue acompañado por los dedos de él enredados en el cabello de ella, mientras el taxista discurría lento por el exceso de tráfico en hora punta.

El taxi se detuvo enfrente del edificio. Cruzaron la puerta de acceso a una urbanización cerrada, con piscina, paddle y unos cuantos servicios más, que Karlo nunca usaba, luego cruzaron la del portal y, metidos en el ascensor, ascendieron los nueve pisos. Abrió la puerta y dejó pasar a la joven que, por primera vez desde que fue a verlo al hospital, sintió que su corazón se aceleraba por el exceso de emociones. El hombre, consciente también del paso que estaban dando, la condujo suave y firme por la casa, los ojos de Amina lo recorrieron todo, mientras agarrada a su mano se dejaba llevar, sin voluntad para hacer o decir nada diferente a lo que hacía o decía Karlo.

—Tengo sed, busquemos algo en el frigorífico.

Con un par de cervezas, sentados sobre el sofá y con una agradable música de fondo Amina logró relajarse, alejar la tensión y olvidar los últimos terribles acontecimientos, Karlo, por su parte, estaba relajado desde hacía tiempo, cuando agarró la mano de la joven y la mantuvo sujeta entre la suya, sin condiciones.

—Amina, lamento todo lo que te ha ocurrido, la muerte de tu abuela, el incendio del local... mi padre jamás debió tener tratos con hombres como Yong... me siento responsable y quisiera ayudarte con el negocio, tengo dinero para...

—Por favor, Karlo, lo que haya hecho tu padre no es asunto tuyo, no me debes nada, además... bastante has tenido que pagar por las... "amistades" de tu padre... creí que no volvería a verte.

Lo último lo dijo bajito y tímida, incluso agachó la mirada.

—¿Qué sentirías si no volvieras a verme?

La pregunta la cogió desprevenida, iba a responder cualquier cosa, algo gracioso, pero entonces se fijó en sus ojos, Karlo hablaba en serio, quería una respuesta, necesitaba palabras que confirmaran los hechos. Dudó unos instantes, los que necesitó hasta encontrar una frase.

—No lo sé, pero... tengo la necesidad de estar a tu lado.

Se incorporó del asiento y quedó de rodillas enfrente de Amina que, rápido, hizo un gesto para que se levantara, pero él permaneció en la misma posición, acariciando con su mano sana la cintura de la joven y mirando dentro de sus ojos. Luego la mano se desplazó a su rostro que recorrió lento, deslizando suavemente las yemas de los dedos sobre él.

Frente, nariz, pómulos y labios fueron inspeccionados por la mano experta del hombre que, dejando impreso su rastro para seguir recorriendo el cuello, las orejas y el escote, acercó el rostro a la joven que, agachó ligeramente la cabeza para quedar a su altura, después, buscó su boca. La encontró hambrienta y dispuesta a saciarse, primero los labios, donde jugaron un rato, luego las lenguas que se enlazaban, separaban y de nuevo se volvían a juntar. Disfrutaron de interminables besos que las atrevidas lenguas se negaban a concluir y Amina, sintió que un fuego extraño se le metía dentro para



exigir a Karlo que le diera más.

Se incorporaron y con los cuerpos, manos y bocas pegados uno en el otro, recorrieron lentos el camino hacia el dormitorio, deteniéndose de vez en cuando para desprenderse de las incómodas prendas que entorpecían las pasiones. El hombre maldijo en silencio los golpes recién recibidos y el brazo en cabestrillo que le impedía ciertos movimientos; a pesar del cuidado de Amina para no hacerle daño, el preludio al sexo estaba resultando doloroso en algunos momentos, pero el deseo era irracional y tan intenso que su cuerpo siguió empujando al de la joven buscando el intercambio de placer.

Llegaron al dormitorio semidesnudos y envueltos en una nube de inconsciencia, Amina terminó de desnudar a Karlo cuyo erecto miembro se erguía impaciente y sumiso a los dictados de la joven. Tumbado sobre la cama, la vio desnuda sin más adornos que el placer que estaba dispuesta a dar y recibir. Amina se puso encima de él, consciente de los limitados movimientos del hombre debido a los golpes. Comenzó a recorrerle el pecho con su lengua, Karlo intentó atraparla con su boca, pero el firme "Shhsss" de ella lo mantuvo quieto, dejándose hacer por la mujer que supo manipular todo su cuerpo.

Las manos, la saliva y la lengua de Amina, tocaron, besaron, lamieron y chuparon a un Karlo vencido y dispuesto a acatar cualquier orden de la joven. La boca atrapó su sexo donde hurgó hasta escuchar su voz, en medio de los gemidos y el placer.

—¡Dios mío, Amina!, no aguanto más... ¡me voy a correr!

Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar antes de quedar exhausto tras la batalla. Después, con el cuerpo de Amina sobre el suyo, y tras un tiempo, el necesario para recuperar de nuevo la cordura, se echó a un lado y su boca buscó los pezones de la joven que erguidos hacia él, disfrutaban juguetones de las caricias. La lengua llegó al ombligo y siguió bajando hasta alcanzar el centro de su unidad, allí se detuvo, para lamer y chupar, Amina sintió que perdía en parte, la plena conciencia y la urgencia se le metía para retorcer su cuerpo que trataba de aguantar y retrasar el momento.

Sintió como el pene de Karlo se abría paso, ya recuperado y preparado de nuevo para la lucha. Estaban tumbados de lado y Amina entrelazó una de las piernas sobre su cintura y empezaron a moverse al ritmo que la pasión les imponía, dentro y fuera, unas veces rápido otras más lento y la media luna sobre sus cabezas, traspasando la claraboya y esparciendo su blanca luz sobre los cuerpos desnudos, que se movían frenéticos al son de una música primitiva y arcaica, remontándose al origen de la vida, a los instintos más primarios y a los comienzos del mundo donde todo empieza y termina en el mismo punto: la supervivencia.

El orgasmo llegó como un fagonazo, una fuerte sacudida y después, durante unos segundos: nada.

La mente vacía y los brazos agarrados con fuerza al cuerpo de Karlo, dispuestos a quedarse allí para siempre a seguir sintiendo el milagro de la vida.

—Eres increíble y, ya te necesito.

Ella sonrió con el cuerpo acoplado y resistiéndose a separarlo hasta que, el insistente sonido del teléfono los sacó del paraíso, obligándoles a atender los asuntos terrenales. Amina alargó el brazo hasta la mesilla, lo cogió y se lo entregó a Karlo. Al otro lado la voz de Santiago Colmenero saludó primero y después siguió hablando.

—Supongo que te alegrará saber que han pillado a Yong, iba en coche hacia Francia, por lo visto el tipo que te iba a matar, cantó como un pajarito y lo confesó todo, tengo amigos en la policía que me lo han confirmado, además el jodido chino, tenía una trama montada que la poli ha flipado cuando la han descubierto, una buena red por debajo de Madrid unida por negocios aparentemente legales que ocultaban todo el entramado. No sospechaban nada... ha sido un buen golpe.

—Me alegro, un par de ratas menos.

—Hay más de dos, ¿recuerdas a Indalecio Guzmán Fuentes, el tipo que vigilaba a Amina?

—Claro que lo recuerdo

—También él está entre rejas por extorsión y unos cuantos delitos más, fue él quien informó a la poli donde podían localizarte.

Santiago al enterarse de la desaparición de Karlo además de entregar la grabación, les facilitó el dossier con su propia investigación, localizar a Indalecio fue sencillo y que cantara también, lo que les permitió encontrar a Karlo tan rápido que lo arrancaron de la muerte por décimas de segundo.

—Y Rodolfo Revuelta, el drogadicto que atracaba la tienda de Amina por orden de tu padre, también les hace compañía, aunque creo que ese no va a estar mucho tiempo, por cierto, dile que era él quien hacía las llamadas anónimas...

Siguió hablando sobre algunos detalles más, pero Karlo ya no le escuchaba, estaba pendiente del cuello y la oreja de la joven, recorriéndolos con sus labios mientras ella se tapaba la boca para que Santiago no oyera su risa.

Colgó y siguió jugueteando con otras partes del cuerpo de Amina que, encantada, le dejaba hacer.

Agotados por tanto derroche de besos, caricias y mimos, se quedaron tumbados boca arriba contemplando el cielo, Karlo estaba extenuado, le dolía todo el cuerpo y solo el exceso de adrenalina, fruto de las emociones, le permitía mantenerse en pie y despierto. Hizo un gesto de dolor que no le pasó desapercibido a Amina.

—¿Te duele mucho?

El afirmó con la cabeza mientras sus ojos se perdían en los de ella.

—¡Te voy a cuidar!, prepararé algo para que comas y luego intentas dormir. Necesitas recuperarte.

Hizo ademán de incorporarse, pero la mano de Karlo, detuvo sus intenciones.

—No te alejes de mí...

—La cocina está cerca, volveré pronto.

Respondió riendo. Los dedos de Karlo se enredaron en su cabello y tiró hacia él para besarla.

—No quiero que te vayas... ¡quédate aquí!

Su voz ronca y las dulces palabras, iban directas al centro de Amina donde se

quedaban para echar raíces dispuestas a crecer. Sus manos acariciaron el rostro del hombre y sus labios se posaron a besar y degustar los que ya empezaban a ser familiares, a formar parte de ella.

—Sabes, muchas veces he odiado a tu padre, pero en este momento le estoy profundamente agradecida...

—Gracias a él estamos aquí.

Karlo terminó la frase por ella, que asintió con la cabeza.

—¿No vas a llamar a tu madre?... estaba muy preocupada...

—En cualquier momento te contaré la historia de mi madre, ahora no tengo ganas de hablar de ella.

Siguieron contemplando el cielo, agarrados de la mano y con los cuerpos satisfechos de caricias.

—Echo de menos a la abuela.

—Recuérdala siempre, para que no se aleje de tu lado.

Exacto, ese era el secreto para mantenerla viva, recordarla siempre.

A lo lejos, en algún lugar de Madrid, una canción se colaba por las rendijas de las paredes y los pensamientos, el oído de Amina escuchó atento y la letra le llegó clara y directa. Comenzó a tararearla: “volví a dejarme querer, volví con ganas de volver, volví a entender que todo empieza donde acaban mis pies”

## **Agradecimientos**

A mi familia: Luciano, Trini, Sonia, Agustín, M<sup>a</sup> Sol, Pedro, Rosi, Rafa, Cristi, Sergio, Clara, Gadea, Rubén y a mis tíos, tías, primos y primas que, aunque lejanos en distancia, permanecen cerca de mi corazón.

Y cuatro menciones especiales: a mi madre Teresa que sigue a mi lado, a mi marido Javier mi gran apoyo, a mi hija Daniela que con su risa derriba barreras y a mi sobrino Manuel por su cariño e inestimable ayuda con los nombres de algunos personajes.

***This file was created  
with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
27/05/2013***